



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
DOCTORADO EN ANTROPOLOGÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

**TABACO, TURISMO Y TRADICIONES:
LA VIDA COTIDIANA EN SAN ANDRÉS TUXTLA, VERACRUZ**

TESIS
QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE
DOCTOR EN ANTROPOLOGÍA

PRESENTA
AGUSTÍN PORFIRIO GONZÁLEZ GONZÁLEZ

TUTORES
DR. HERNÁN JAVIER SALAS QUINTANAL (IIA-UNAM)
DRA. MARÍA EUGENIA D'AUBETERRE BUZNEGO (ICSyH-BUAP)
DRA. ANA BELLA PÉREZ CASTRO (IIA-UNAM)
DRA. PAOLA VELASCO SANTOS (IIA-UNAM)
DRA. MARÍA LETICIA RIVERMAR PÉREZ (ICSyH-BUAP)

CIUDAD DE MÉXICO - 2017



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*En esta región tuxtleca
de ríos, lagos y lagunas,
bajo la luz de la luna
van saliendo las chanecas
y los leques y las lecas.
Que bajan de tarde al río
entre tanto pedrerío
pueden quedar encantados
por algún chaneque abusado
en este terruño mío.
(Andrés Moreno)*



En San Andrés Tuxtla, la vida cotidiana se ha vuelto espectáculo para propios y ajenos.
[Fotografía: el autor, noviembre 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

Introducción	6
Capítulo 1º	
Tabaco, hegemonía e historia. Un poblado en la serranía de Veracruz	
San Andrés Tuxtla	21
La ruta del tabaco: primera parada, San Andrés Tuxtla	32
Un vistazo a la historia: segunda parada, monopolios coloniales y plantas de tabaco	47
Presencia de transnacionales: tercera parada, el mercado internacional del tabaco en México	62
La intermediación estatal: cuarta parada, una paraestatal en Veracruz	80
Momento de la despedida: fin del recorrido y breves consideraciones	110
Capítulo 2º	
El Turismo y el Espectáculo. Derroteros de una transformación en San Andrés Tuxtla, Ver.	
El turismo en la época neo-liberal	122
El “viaje del rebaño errante”. Los turistas en la posmodernidad neo-liberal	135
Senderos y rutas en el “México Desconocido”	155
La “autenticidad” de la vida cotidiana en el turismo	170

Viajeros, turistas y espectáculos en la serranía tuxtleca _____ 196

Capítulo 3°

Las tradiciones tuxtlecas. Ilamas, globos y mojígangas _____ 225

La danza de las mojígangas. Las fiestas titulares en San Andrés Tuxtla _____ 229

El vuelo de la ilama. Globos, globeros y tradición _____ 248

¿Fin de las tradiciones o su continuación por otros medios? _____ 267

Conclusión _____ 269

Referencias Bibliográficas _____ 282

INTRODUCCIÓN

Desde hace ya algunas décadas, en la región sur del estado de Veracruz se viene gestando un cambio en el modelo de acumulación capitalista. Las regiones que fueron históricamente configuradas por el mercantilismo colonial para la producción de mercancías como el tabaco y el ganado, actualmente son definidas como espacios para la producción y consumo de novedosos productos inmersos en el mercado del turismo. En el proceso, los valores de uso que constituyen algunos elementos culturales cotidianos, son transformados en valores de cambio gracias a un proceso selectivo de alienación y fetichización. Los que una vez fueron paisajes agrestes y geografías mercantiles, hoy en día son parte de un espectáculo natural y cultural. Imágenes, festividades y tradiciones de una supuesta realidad prístina y bucólica, nutren el discurso de un proceso que entreteje el consumo y la comercialización de la vida cotidiana. Enmarcado por el neoliberalismo que prácticamente ha permeado todos los espacios de la vida (Laclau *et al.*, 1987), los que fueron espacios de explotación agrícola y de celebraciones cotidianas (tanto religiosas como paganas), hoy son puestos a la venta a un público ávido de expresiones culturales “auténticas”. En este sentido la región de Los Tuxtlas, área que me propongo analizar, ilustra la forma como el capitalismo –en la dinámica búsqueda de nuevos nichos de acumulación– reconstruye el sentido y la vida cotidiana del territorio tuxtleco. En este giro, el pasado es velado por un proceso de espectacularización que encubre la difícil realidad de la región. Con ello, Los Tuxtlas pasan a formar parte de un crisol de lugares apropiados por las políticas turísticas multiculturales. Ideados en el proceso hegemónico como poblaciones cuya vida en común posibilita el distanciamiento de los complicados ritmos de vida urbana, la transformación de la geografía veracruzana permite el escape momentáneo de la vorágine individualista tan presente en el capitalismo; generando así, el encuentro con los “otros” exóticos, con el paisaje agreste vuelto espectáculo natural y cultural.

San Andrés Tuxtla, Catemaco y Santiago Tuxtla (en el sur del estado de Veracruz) componen la región de los Tuxtlas en el Sotavento veracruzano. En esta zona,

un proceso hegemónico y selectivo transforma sus territorios y los apropia mediante el turismo, tanto cultural, como ecológico y religioso. Propongo abordar al turismo como la expresión de un proceso que criba y excluye, en el que la “hegemonía selectiva” en los términos de Gavin Smith (2011), direcciona los rumbos del dominio y consenso entre las clases sociales. Es en la praxis de esta lógica donde centraré la atención de mi investigación. A través del estudio de los pormenores del proceso histórico que configuró la geografía y cultura de San Andrés Tuxtla, discutiré los pormenores de una hegemonía selectiva que da lugar a unos y arroja a otros al desempleo, la migración o el narcotráfico. A través del estudio de las formas como se experimentan los condicionamientos de clase, el análisis aporta los matices etnográficos necesarios para entender la cultura (Crehan, 2004) de aquellos que viven como subalternos. Dichos elementos analíticos resultado de la etnografía son, a su vez, acotados por el abordaje de los componentes históricos, económicos y políticos de dicho proceso; tratando de resaltar con ello las experiencias de algunos campesinos, músicos definidos como “tradicionales”, empresarios, promotores culturales y prestadores de servicios turísticos. Reconozco que a la par de estos sujetos existe una constelación de experiencias similares, no obstante, partir de ellos permite el estudio de los cuadrantes del proceso que escenifica el espectáculo de lo cultural y natural en San Andrés Tuxtla.

Considero importante resaltar el carácter procesual de la temática aquí estudiada, razón por la cuál esta será analizada desde su diacronía. Observar los cambios políticos, económicos, sociales y culturales generados por la lógica de acumulación en la región de Los Tuxtlas, permite la reflexión y el estudio de los giros en el modo de acumulación capitalista, así como su impacto en la vida de quienes la habitan. En otras palabras, retomando la lectura de Gavin Smith (2007: 224) acerca del carácter dialéctico de la hegemonía mediante la metáfora de la Cara de Janus, partiré entendiendo al capitalismo como un proceso inacabado en donde uno de los rostros de Janus mira hacia atrás moldeando a través de luchas de poder el carácter histórico de los sujetos, mientras que la otra cara observa hacia adelante generando alianzas y consensos. Para ello, señalo las dinámicas del capitalismo que permean la vida cotidiana de San Andrés Tuxtla. Pensar la

dinámica del capitalismo desde sus fricciones, alianzas, historias y tensiones, invita a un análisis detenido de un proceso histórico y social.

Para iniciar la descripción de lo que acontece en el Sotavento veracruzano, es preciso partir de las reflexiones que se han hecho acerca de los sujetos rurales en México y de la serie de relaciones sociales y económicas que los atraviesan. Aunque han sido varias las formas del análisis teórico considero pertinente retomar algunas de estas discusiones con el fin de presentar un panorama que esboce las aproximaciones ya hechas. Si bien los campesinos son diferentes de aquellos sujetos que habitan las ciudades, propongo pensar la dualidad campo/ciudad –por muchos abordada– como una relación dialéctica, resultado de la configuración de un espacio más amplio que es consecuencia del desarrollo capitalista, la región. Partir de la región como una categoría de análisis posibilita el abordaje no sólo de la geografía capitalista, sino también de los diferentes procesos históricos y económicos que configuran los espacios para la extracción de mercancías, frente a aquellos destinados a su circulación y concentración. Esta apreciación va más allá de la mera enumeración de los componentes del campo y de la ciudad para entonces pensarlos como partes del mismo proceso con sus respectivos matices históricos, sociales, económicos, culturales y políticos.

En el análisis del capitalismo resulta necesario partir de una lectura histórica que lo presente como un proceso de larga duración (Marx, 1867). De acuerdo con Roseberry (2002: 62), es posible atisbar la génesis histórica del capitalismo mediante dos acepciones: la primera presta atención a los diferentes momentos y espacios del desarrollo de este sistema social; mientras que la segunda discute los cambios en las relaciones y jerarquías presentes entre un centro y la periferia. Partiendo de la primera de las acepciones de Roseberry (2002: 64), el carácter social de la historia capitalista puede ser pensado como una dinámica donde la configuración local de “instituciones, poderes, agencias y resistencias” se sobrepone a los órdenes previos, que bien pueden ser no-capitalistas o periodos previos de la acumulación. Lo local, entonces, puede ser entendido como el espacio –histórico y social– que dota de sentido la implementación de la lógica de acumulación entre el control de unos y la explotación de otros localmente, para luego

relacionarse de manera global. A la par de ésta apreciación, Wolf (2005) define esta expansión geográfica e histórica del capital a través del estudio de las “interrelaciones” que en él se generan. En ellas, se entreteje una maraña de dinámicas que sobrepasan la dualidad centro/periferia para así pensar lo global a través de lo local. Continuando con Wolf (2005), lo que hoy se llama “globalización” no es un fenómeno reciente en la historia de la humanidad, sino que responde a la expansión gradual y complicada de las “interrelaciones” capitalistas en el mundo. Por lo tanto, propongo pensar al capitalismo como un sistema social cuyas dinámicas económicas, políticas e históricas entrelazan a las poblaciones del mundo.

Por otra parte, la historia del capitalismo está plagada de matices, geografías y poblaciones que lo viven e implementan de diversas maneras, razón por la cual definimos al capitalismo como una dinámica heterogénea. En acuerdo con Žižek (2013: 80), podemos plantear que “...no hay ‘un punto de vista mundial capitalista’; no hay una “civilización capitalista” propiamente dicha. La lección fundamental de la globalización es precisamente que el capitalismo puede acomodarse a todas las civilizaciones...”. La complejidad del capitalismo descansa en las maneras como es construido por quienes lo personifican. Su carácter histórico y los agentes que lo construyen, tanto mercaderes como instituciones o agencias que lo administran (Roseberry, 2002), son los responsables de otorgarle al sistema un sinfín de matices que problematizan su entendimiento. De ahí que podamos pensar al capitalismo como un proceso (Harvey, 1998).

Puesto que el capitalismo es un proceso histórico, las condiciones como se articula no son elegidas por quienes lo experimentan y personifican (Hall, 2010). La continua expansión de la destrucción creativa incesantemente busca nuevas aspiraciones y necesidades en el mundo humano (Harvey, 1998: 375), se revoluciona. Este proceso social en constante reinención, ocasiona una serie de antagonismos estructurales entre las fuerzas y las relaciones que lo componen (Žižek, 2013: 16). Por ende, el mundo de las mercancías paulatinamente apropia todos aspectos de la vida humana. Los problemas ocasionados por su expansión son solucionados mediante la continua revolución de su lógica acumulativa o a través del consenso. Nuevos nichos son creados, mientras que

otros son desechados o reconfigurados. En este sentido, la heterogénea historia del proceso aparece, parafraseando a Smith (2011: 11), llena de luchas por el poder que emergen de las relaciones capitalistas; luchas que son la expresión de relaciones entre clases sociales.

La expansión de la “no-vida” (Debord, 2006), se adecúa y eventualmente aliena todos los aspectos de la vida. En ella el capitalismo genera su propia “geografía histórica” siempre a través de la especulación, de la creación constante de nuevas mercancías, nuevos espacios para su extracción y producción, nuevos procesos laborales y sujetos a explotar (Harvey, 1998: 375). La geografía histórica del capitalismo esta pues, llena de cambios ocasionados por su constante expansión. En su configuración las regiones que históricamente fueron construidas por la expansión mercantilista –momento al cual Marx llamó acumulación originaria–, fueron definidas por las dinámicas locales y las interrelaciones globales que las arrojaron a la competencia y a la obtención de ganancias. Las regiones entonces son heterogéneas, tanto en su historia como en las dinámicas políticas, sociales y culturales. Concebimos a la región como una herramienta heurística (Salas *et al.*, 2011a) para así estudiar la complejidad de un proceso dinámico e inacabado, donde la revolución permanente que direcciona su lógica se ve siempre mediada por la incertidumbre.

La región es histórica (Ariza, 2009; Giménez, 1996; Salas *et al.*, 2011a); en ella convergen los modos de vida previos al arribo del capitalismo. En el análisis de su historicidad se pueden rastrear las “olas” (Roseberry, 2002: 74) y las huellas del desarrollo de las fuerzas productivas, pensándolos no como etapas o fases con fronteras históricas delimitadas, sino como capas que se superponen unas con otras resultando un proceso que se ajusta a cada territorio. Remontarse a la historia de las regiones permite analizar lo ocurrido en el pasado y así entender las dinámicas del presente. Sin esto las regiones no se podrían explicar y lo acontecido en sus geografías carecería de una lectura heurística. En este sentido, emprendemos en el primer capítulo, “Tabaco, hegemonía e historia. Un poblado en la serranía de Veracruz, San Andrés Tuxtla”, una revisión

histórica de lo acontecido en la región de San Andrés Tuxtla tomando como punto de partida el cultivo del tabaco.

La génesis de este cultivo se remonta a una época cuando las hojas secas de tabaco jugaron un papel determinante en el desarrollo de diversos aspectos de la vida colonial, siendo los más trascendentales aquellos relacionados con la economía. La incorporación de su producción y consumo en el marco del mercado mercantil, transformó el territorio y la administración de la Nueva España y la hizo partícipe de un proceso global en gestación. En él aparecieron nuevas regiones construidas con el objetivo de extraer las valiosas hojas y los dividendos, a la par que se establecieron relaciones políticas entre administradores, latifundistas y trabajadores. Con la instauración del Real Estanco del Tabaco, el cultivo de las solanáceas posibilitó el rápido enriquecimiento de la Corona y el auge de una élite que controló gran parte de las ganancias. Empero, el monopolio instituido por el Estanco estuvo acompañado del contrabando, un mercado ilegal que se cimentó en el cultivo de las solanáceas en zonas ajenas al centro del estado de Veracruz. Aunque el pequeño poblado de San Andrés Tuxtla se encontraba fuera del monopolio, el tabaco no quedó relegado de sus actividades económicas, motivo por el cual se continuó su cultivo de forma irregular en la región. En este sentido, y tomando como referente dicho análisis histórico, en el primer capítulo mostramos la forma como se establecieron las relaciones de poder, las negociaciones y las prácticas de una economía en desarrollo, a la par que arrojamos luz sobre las siguientes etapas.

Una vez concluido el monopolio del Real Estanco del Tabaco, el complejo desarrollo del mercantilismo derivó en la incorporación de otras regiones al cultivo de la planta. Ya para el siglo XX, la geografía de las solanáceas estableció parámetros similares a los observados en la época anterior, es decir, grandes territorios controlados por una élite inmersa en negociaciones con un mercado internacional controlado por el vecino país del norte. Bajo la administración de las grandes compañías estadounidenses, nos adentramos a un segundo episodio en nuestro análisis en el que el país se integra a un proceso capitalista a partir del establecimiento de estrechas relaciones geopolíticas que

dividen el territorio del cultivo de acuerdo a las variedades de tabaco que el mercado demandó en la época. Por una parte, los productores en el norte del país (particularmente en el estado de Nayarit) se dedicaron a recibir los insumos de las empresas estadounidenses que sembraron tabaco rubio, caracterizado por su suave sabor y por ser el preferido en la fabricación de cigarrillos. Mientras que aquellas regiones que cultivaron las variedades oscuras, quedaron relegadas de las inversiones estadounidenses, es precisamente cuando la región de Los Tuxtlas quedó, una vez más, al margen del proceso. Sin embargo, la demanda del tabaco oscuro continuó y la fabricación de puros hechos a mano permitió a algunos latifundistas preservar en sus tierras la siembra y cosecha de las variedades endémicas. Enmarcado por un mercado ávido de cigarrillos y puros, el cultivo estableció una vez más las diferencias entre regiones dotadas de infraestructura e insumos, frente a aquellas relegadas a una agricultura rústica, basada en la producción a menor escala y con un mercado limitado al consumo de puros. Bajo el monopolio de las grandes tabacaleras estadounidenses y las relaciones entre campesinos, latifundistas y el Estado, emergen una serie de alianzas y rupturas que derivan, años más tarde, en la aparición de un nuevo monopolio.

Reconociendo la importancia política y social de este episodio, el primer capítulo esboza la antesala al tercer argumento en nuestro abordaje histórico: la instauración del control Estatal sobre productos como el tabaco que, como el café y la caña de azúcar, tiene un alto valor comercial. Con la intensificación de la producción tabacalera en México, aparecieron un sinnúmero de demandas por parte de los campesinos organizados en ejidos y filiales del Estado. Es en ese contexto cuando se funda en 1972 la paraestatal Tabacos Mexicanos S. A de C. V (Tabamex) como mediador de una tensa situación agrícola. Mediante la regulación de costos, inversión en infraestructura y administración de las áreas de cultivo, el Estado monopolizó la producción de tabaco por un periodo de 20 años. Con el control estatal, regiones como Los Tuxtlas adquirieron una mayor relevancia en la producción industrial del tabaco. De ser un cultivo administrado por latifundistas, las grandes inversiones hechas por la paraestatal beneficiaron la producción ejidal, transformando así las relaciones de poder entre las élites agrícolas y el campesinado. Empero, el control de los grandes productores en poco fue afectado. Las

formas como preservaron su hegemonía en la zona fueron imprescindibles en la configuración de la vida cotidiana en la población serrana. Con el dominio del mercado, las élites controlaron la economía e influyeron ampliamente en las dinámicas al interior de la población, sesgando así los alcances de la organización estatal en los ejidos. El racismo y clasismo, por ejemplo, dieron pie a una serie de negociaciones locales entre el Estado, los ejidatarios y las familias de terratenientes. De la mano de un mercado de contrabando y el debilitamiento en la producción estatal de tabaco, las élites agrícolas retomaron la producción de las solanáceas en la región y viejas relaciones de poder fueron articuladas una vez más. Por lo tanto, abordamos en el tercer momento de nuestro análisis el auge y clausura de la paraestatal, buscando así demostrar la forma como las capas de un proceso histórico se superponen para configurar un presente complejo y dinámico.

Siguiendo a Harvey (2010: 185), podemos decir que en el capitalismo la constante revolución de la geografía transforma los paisajes, vela las historias locales y moldea las experiencias de quienes los habitan y viven. De este modo el estudio de la región, en nuestra argumentación, va más allá de la mera enumeración de los rasgos culturales e históricos de los sujetos que pueblan estas geografías –como ocurre en las observaciones hechas por Giménez (1996) por ejemplo–; se trata en sí, de un esfuerzo teórico y metodológico por repensar la lógica que las encuadra y las construye a lo largo del tiempo. El capitalismo no es una cosa que puede ser desarticulada para así enumerar sus partes, es un complejo proceso histórico hecho por las clases, subalternas y hegemónica, que lo dotan de significados y rumbos. Esta óptica permite entonces rebasar el listado de los rasgos culturales e históricos de la región, para entonces pensar la manera en que se llegan a originar ciertos modos de vida, ciertos condicionamientos que son resultado de un largo proceso que constantemente moldea las acciones y experiencias de vida humanas.

El desarrollo geográfico e histórico del capitalismo, continuando con Harvey (2010: 196), configura los sistemas productivos y la división del trabajo a través de la gestación desigual de regiones. Esta característica potencia la constante revolución del

capital y direcciona la invención de nuevas mercancías y espacios mediante la especulación y la búsqueda de nueva mano de obra. El desarrollo desigual de las regiones es, pues, parte del proceso. Los antagonismos que surgen entre una región y otra dejan de ser gratuitos y responden a relaciones de poder (Pérez, 2001), cimentadas en la construcción de territorios dotados de lógicas específicas e interrelacionados históricamente. Por consiguiente, la presente investigación tiene como objetivo “...el mapeo de los poderes y las relaciones asociadas con un particular momento del desarrollo capitalista, las estructuras sociales específicas de acumulación, y las reconfiguraciones del espacio social...” (Roseberry, 2002: 77).

Estudiar lo local, la región y las relaciones que los sujetos establecen con la configuración estructural del capitalismo global (Roseberry, 2002), arroja luz sobre las tensiones, las fricciones y las mediaciones acontecidas en la dinámica del poder que estructura la vida cotidiana. En ese sentido, lo rural no puede ser entendido sin lo urbano o nada más como un espacio enfocado al sector primario de la economía. Aprender la complejidad del proceso capitalista posiciona lo rural en directa relación con lo urbano (Pérez, 2001) y, con ello, abandona la dualidad campo/ciudad. La relación entre ambos, expresada en la mutua dependencia económica construida a lo largo de la historia, plantea una dialéctica entre espacios que han sido pensados como diferentes¹. Estos espacios son a su vez una “...concentración de historia local y reorganización capitalista...” (Roseberry, 2002: 73), en donde las relaciones jerarquizadas localmente son la expresión de una jerarquía global.

Las relaciones de poder, locales y globales, entrelazan a las regiones del mundo. El capitalismo reflejado localmente en una particular división del trabajo, en un modelo de acumulación y en ciertos tipos de regiones, se articula globalmente a través de los intercambios (económicos y culturales) y de la historia entre los centros que acaparan y crecen gracias a la explotación de las periferias. No hay que perder de vista la complicada red de relaciones en donde lo local expresa lo global (Binford, 2004: 11) y como este

¹ Al respecto, Hall (2010: 136) aborda la diferencia entre ciudad y campo como una que ocurre en

adquiere un sinfín de especificaciones una vez que es implementado en una geografía particular. La acumulación del capitalismo es, en este sentido, realizada localmente y acaparada globalmente por unos frente a otros que la producen. Retomando a Hjorth (2011: 108), son estos procesos globales los que también incorporan a poblaciones enteras en la acumulación, en la conformación del ejército industrial de reserva y en el consumo de las mercancías producidas mundialmente.

Partir del abordaje de la forma en la que localmente es “puesta en escena” la globalización (Binford, 2004), permite pensar a las regiones como territorios más amplios, complejos e interrelacionados unos con otros. En ellos, lo rural y lo urbano son parte y expresión de la misma lógica de acumulación, del proceso que construye de manera diferenciada espacios para la explotación y el esparcimiento, para la circulación de mercancías y otros para su producción. La configuración histórica y social de estos espacios, les otorga los condicionamientos que median la vida de quienes los habitan.

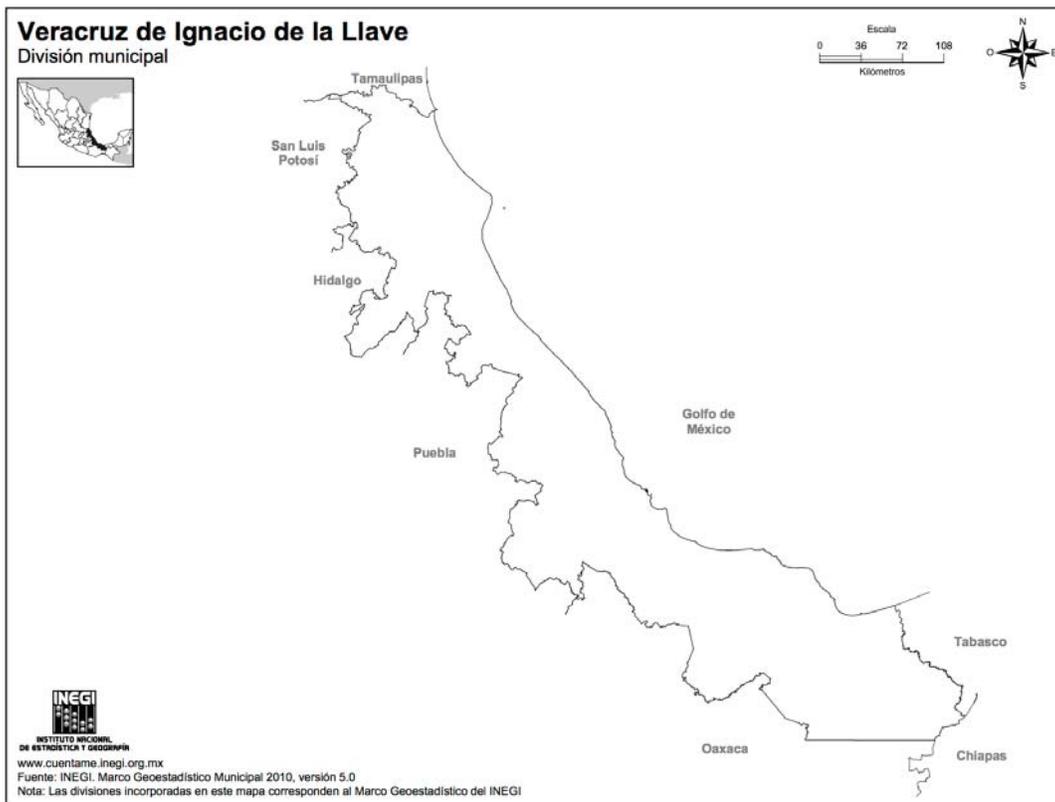
Partiendo de lo anterior, presentamos el segundo capítulo, “El turismo y el Espectáculo. Derroteros de una transformación en San Andrés Tuxtla, Ver”. Tras el cierre de la paraestatal Tabamex S. A de C. V y del endeudamiento de los campesinos tuxtlecos, el modelo de acumulación construyó un nuevo nicho en San Andrés Tuxtla: el turismo. Definido como algo más que el desplazamiento de personas de un lugar otro con fines de esparcimiento, el turismo es parte de un proceso que coloniza la vida cotidiana de los lugareños y vela la realidad de un lugar. El turismo es, en nuestra argumentación, el resultado de una industria de espectáculos, nutrido por la construcción de “experiencias auténticas” que apropian la vida cotidiana de un lugar al otorgarle relevancia en un mapa mundial plagado de lugares “exóticos y únicos”. Por este motivo, emprendemos un análisis de los pormenores que constituyen esta industria y el proceso que selectivamente configura las “experiencias” turísticas. Aunque el turismo en San Andrés Tuxtla aún continúa su desarrollo, en la última década nuevos intereses han revolucionado la manera de significar y alienar los paisajes, lugares, tradiciones y costumbres de los sanandresinos. Bajo las variantes cultural y ecológica, la industria del ocio ha crecido exponencialmente en un municipio abigarrado de escenarios naturales y poblaciones

empobrecidas. Dividimos entonces el abordaje de nuestra lectura del proceso en tres momentos.

En el primero se describen los aspectos que constituyen aquello que llamamos turismo. Al ser un proceso tan complejo y dinámico, que se adecúa a las circunstancias sociales, naturales, históricas y culturales de un lugar, el turismo ha sido definido de varias formas a lo largo de las últimas cuatro décadas. De ser entendido como el “viaje” de un lugar a otro, hoy en día las expresiones del proceso son amplias y diversas. Es importante destacar la génesis del proceso para así contribuir al debate que está presente en la antropología mundial. Luego de describir las aristas del capitalismo vuelto turismo, nos aproximamos a estudiar la forma como se apropia de la vida de los lugareños. Definiendo al turismo como la construcción de un momento ajeno a la cotidianidad de los sujetos, exponemos la manera como articula nociones que le permiten apropiarse las expresiones culturales de los “otros”. Para ello, discutimos la noción de “autenticidad” como un elemento de análisis en la génesis del turismo en México y particularmente en Veracruz. Luego de los nombramientos de los Pueblos Mágicos por parte de la Secretaría de Turismo, la búsqueda por encontrar tradiciones, arquitectura y patrimonio ha transformado la noción del turismo en el país. A diferencia del modelo posrevolucionario que encontraba en los monumentos y sitios arqueológicos elementos que homologaban la identidad nacional, hoy en día la diversidad y el multiculturalismo norman el panorama político del Estado. En este sentido, Veracruz se inscribe en un proceso mundial auspiciado por organizaciones que resguardan y promocionan el patrimonio cultural, arquitectónico y natural del mundo. Con lo anterior presentamos los antecedentes analíticos de un tercer momento en el análisis: las facetas del turismo en San Andrés Tuxtla. Partiendo de los elementos que componen la multiplicidad de “atractivos” que el municipio tiene, mostramos las relaciones de poder que emergen al instaurarse una serie de prácticas no-cotidianas en tres lugares: las playas de Montepío, la cascada ubicada en el ejido El Salto de Eyipantla y el ecoturismo que algunos empresarios e iniciativas estatales proyectan en la zona. Prestamos atención entonces a la forma como el turismo encubre la realidad del poblado sin quebrantar el orden establecido por el proceso generado por el cultivo del tabaco.

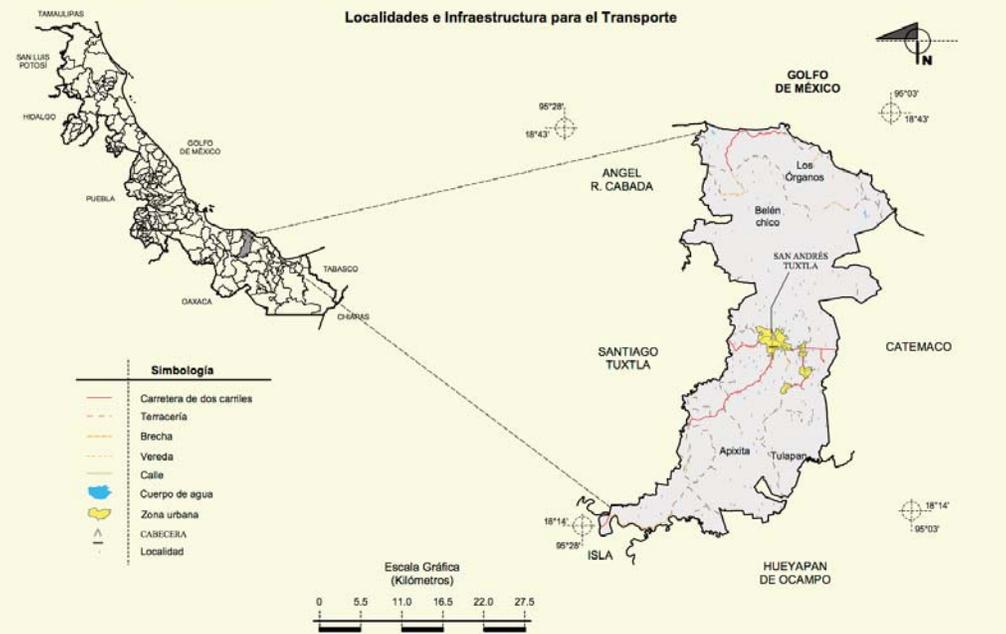
Por último, en el capítulo titulado “Las tradiciones tuxtlecas. Iltamas, globos y mojjigangas”, describimos los elementos tradicionales que nutren la noción de lo tuxtleco en el quehacer actual del turismo en el municipio. Mediante el abordaje etnográfico, nos damos a la tarea de ilustrar la reinvencción de las tradiciones en San Andrés Tuxtla. En un primer momento, elegimos estas celebraciones debido a la importancia que adquieren en el calendario de festividades del lugar. Sin embargo, más allá de ser esta una elección gratuita, el abordaje de las fiestas titulares y la suelta de globos responde al interés que tenemos en el análisis del proceso hegemónico que exalta la particularidad de estas celebraciones como verdaderas y únicas expresiones de lo tuxtleco. No obstante, reconocemos que existen otras expresiones culturales relevantes en Los Tuxtlas, como el son jarocho o “música de cuerdas”; empero, las actuales políticas culturales y turísticas del municipio sólo exaltan la monumentalidad de dos fiestas. Hacemos un análisis de las mismas con la intención de exponer y analizar las luchas y contradicciones que emergen frente al establecimiento de una noción homologada de la identidad tuxtleca vuelta espectáculo turístico.

Sirva el presente estudio como un ejercicio crítico de la realidad capitalista. Uno donde la historia y la vida cotidiana adquieren relevancia en el acercamiento a un lugar enclavado en la sierra de Los Tuxtlas. Allí el capitalismo ha construido un proceso que lo ha vinculado directamente con el desarrollo mundial del proceso de acumulación. Tal vez sea un ejemplo más de las muchas realidades que componen el país, pero la singularidad que el presente estudio propone, abona al conocimiento antropológico del ser humano contemporáneo. Agradezco también a mis tutores la paciencia, la comprensión y las críticas, sin ellas, el trabajo aquí presentado tendría otros matices. Asimismo, agradezco a la UNAM el apoyo brindado a través de la beca que posibilitó el estudio de un lugar tan complejo como San Andrés Tuxtla. Queda pues, la lectura de la presente tesis y el inicio de un debate que resulte de la misma.



Mapa del estado de Veracruz (INEGI, 2010c)

Prontuario de información geográfica municipal de los Estados Unidos Mexicanos
 San Andrés Tuxtla, Veracruz de Ignacio de la Llave

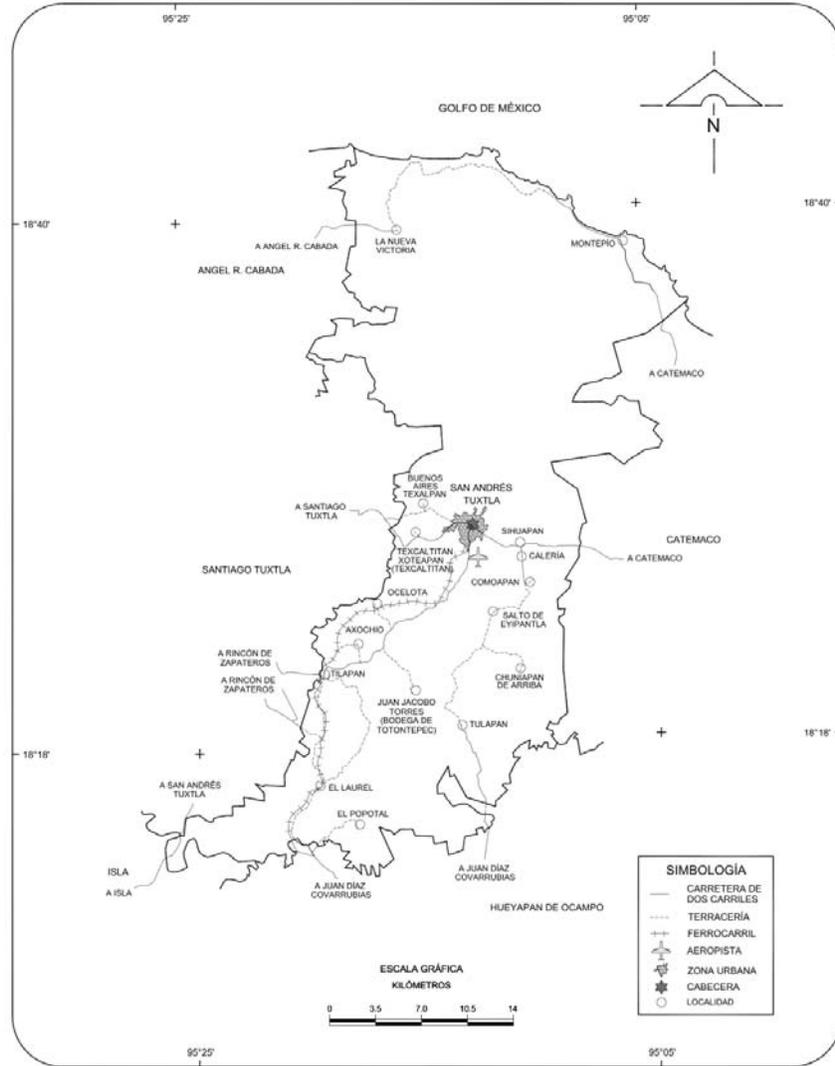


Fuente: INEGI. Marco Geoestadístico Municipal 2005, versión 3.1.
 INEGI. Información Topográfica Digital Escala 1:250 000 serie II y III.

Ubicación del municipio de San Andrés Tuxtla en el estado de Veracruz de Ignacio de la Llave. (INEGI, 2009)

Infraestructura para el Transporte

Mapa 1



FUENTE: SCT. Veracruz. Atlas de Comunicaciones y Transportes, 2002.
 INEGI. Conjunto de Datos Vectoriales de la Carta Topográfica, 1:250 000.

Mapa del municipio de San Andrés Tuxtla que detalla las vías de comunicación y señala los principales poblados que rodean la cabecera municipal. (Transportes, 2002)

Tabaco, hegemonía e historia. Un poblado en la serranía de Veracruz, San Andrés Tuxtla

Un fuerte aroma a tabaco húmedo, música tropical y un ritmo cuasi mecánico resultado de los golpes que los trabajadores propinan a las mesas, componen la primera impresión que una fábrica de puros veracruzana suscita al visitante, a los turistas que arriban al lugar para conocer la elaboración de los habanos. Sobre las pequeñas mesas de trabajo, hábiles obreros elaboran uno tras otro cigarros que son ensamblados, acomodados y preparados para su almacenamiento y clasificación. Se trata de una etapa en la realización de una mercancía que ha dado renombre a la sierra de los Tuxtlas y particularmente a un lugar llamado San Andrés en el estado de Veracruz. Región de montañas, selvas y tabacos que ha trascendido en la historia como un referente obligado en la geografía tabacalera del estado y el país.

Al interior de estas fábricas, reina un silencio en los diferentes espacios que las componen. La música tropical que emiten unas pequeñas bocinas ubicadas en el techo inunda las grandes áreas donde los hombres trabajan con singular rapidez las hojas de tabaco. Algunos las estiran para luego cortar parte de ellas, otros forman rollos con dos o tres hojas, eliminan los extremos con precisión milimétrica y las apilan en las vitolas, los moldes en donde son compactadas. Ninguno detiene su labor mientras los turistas, en silencio y atónitos, observan lo que el guía denomina “un arte tradicional”. Un arte que sólo unos cuantos aprendieron a perfeccionar, una actividad repetida hasta el cansancio. Seleccionar hojas de un costal, despalillarlas (arrancar la vena con la mano), cortarlas y clasificarlas, armar la “tripa”, término con el cual se denomina el interior del tabaco, aquello que contribuye al aroma y sabor del producto final. Esa es la actividad que mecánicamente hacen quienes trabajan en esa primera área.

En el recorrido se puede fotografiar a los trabajadores, inclusive está permitido colocarse a su costado para buscar un mejor ángulo, ellos no se inmutan. Su atención está fija en la pequeña mesa que compone su área de trabajo. No hay descanso mientras los turistas, fotógrafos amateurs, fantasmagóricas siluetas humanas, caminan entre ellos. Nadie en la línea de producción interrumpe su labor para intercambiar un saludo, una mirada, un gesto con quienes adoptan el silencio que los “artesanos” imponen en la sala. El sonido que emiten las láminas de acero con las que se cortan las hojas genera un ritmo diferente a aquella, ahora lejana, música tropical. El guía de turistas, con tenue voz, explica cada uno de los procesos que componen el área de ensamblado de puros en la fábrica Santa Clara ubicada en la ciudad de San Andrés Tuxtla, Veracruz.

Suman alrededor de quince los obreros trabajando ese día en la fábrica. Todos hombres, todos mayores a los 40 años. No hay jóvenes, no hay mujeres en esa primera área. Uniformados con camisas que portan el logotipo de la empresa, cubre bocas, pantalones de mezclilla y zapatos de vestir, trabajan sentados y sin cesar en lo que corresponde a cada uno. Rodeándolos, hay otras mesas con los utensilios ocupados en la fabricación de puros acomodados de manera que los visitantes puedan conocerlos, fotografiarlos, tocarlos. Esas mesas pertenecieron a otros obreros que fueron despedidos debido a los cortes presupuestales. La situación política y económica (generada por la regulación estatal de los productos derivados del tabaco), explica el guía, generó pérdidas a la empresa y ello ocasionó el finiquito de esos trabajadores. Más de la mitad del total de las mesas dejaron de ser un espacio laboral. Caminar entre ellas, además de aproximar al visitante al espacio de trabajo, genera una relación de contemplación entre el visitante y el obrero, una barrera invisible difícil de franquear. Reina el silencio y la información que reciben los turistas depende completamente del guía. Él, siendo un obrero a unos años de su jubilación, conoce a detalle cada uno de los procesos, su nombre es Santiago Marcelo Hernández y cuenta con 64 años de edad.

Santiago, oriundo de San Andrés Tuxtla, entró a trabajar en la fábrica de puros Santa Clara S.A de C.V. cuando contaba con escasos 14 años, primero como barrendero y conserje, después como aprendiz de *puretero*. El término *puretero* es empleado en la región

para denominar a aquellos hombres que forjan los tabacos. Se trata de un oficio que en ocasiones es heredado y en otras aprendido. Los *pureros* componen un amplio sector de la población de San Andrés y en algunas calles de la población se pueden ver las mesas de trabajo donde el gremio confecciona cigarros para su venta individual en un mercado alterno al controlado por las grandes empresas. En cincuenta años recorrió todos los puestos de trabajo que un obrero puede ocupar en la compañía. Aprendió a seleccionar las hojas que reciben los obreros en pacas de 60 a 70 kilos, a cortarlas para forjar la tripa, a recubrir el manajo con hojas enrolladas que dan forma al capote, la capa, calibrar el puro, moldear la perilla en la cabeza y cortar la boquilla. Sus manos elaboraron miles de tabacos de diferentes calidades, tamaños y formas. Hoja sobre hoja, en un trabajo remunerado por la cantidad de puros producidos al día, la agilidad con que se elabora el puro determina el monto de la remuneración que al final de la semana recibirá el trabajador. Confeccionando cigarros que alcanzan un precio que oscila entre los 35 y 78 pesos, en una jornada laboral de ocho horas los obreros elaboran cientos de ellos para obtener apenas un salario de aproximadamente 500 pesos a la semana. Cantidad que dista de los miles de pesos que la empresa cobra por cajas de diez o veinte cigarros. Santiago, nuestro guía, orienta las miradas del grupo. Su voz, sutilmente pregunta ¿ya le tomó fotos?, mientras camina entre las mesas y sostiene hojas de tabaco que facilitan la explicación a detalle del proceso que inicia meses antes en el campo que rodea la ciudad de San Andrés.

En su explicación se percibe un conocimiento adquirido en los años de trabajo. Pacientemente describe las actividades agrícolas que comprenden el cultivo del tabaco para después preguntar al grupo si hay dudas. Sin pensarlo, responde cada uno de los cuestionamientos que se le hacen. No son muchos los curiosos que lo interrogan, la mayor parte de los turistas se limitan a contemplar a los obreros y a seguir los pasos del guía. Santiago continúa el recorrido, explica con cierto orgullo los alcances internacionales de la empresa, los reconocimientos que sus productos tienen en el mercado nacional y mundial². En momentos, su exposición se torna monótona, como si

² Entre los países a los que exporta puros la fábrica Santa Clara, Santiago enumera los siguientes: Francia, Lituania, Alemania, Suiza, Tailandia, China, Japón.

se tratase de un discurso aprendido y repetido en cientos de ocasiones, no obstante, Santiago busca interactuar con los visitantes, brindarles confort y llevarlos de la mano a la siguiente área de trabajo, el almacenamiento del tabaco.

En una habitación aledaña a la nave de ensamblado, unos contenedores de plástico amarillo preservan la forma de los puros forjados por los obreros, en ese espacio serán clasificados de nuevo dependiendo de las hojas que contienen. En San Andrés Tuxtla se cultivan dos tipos de tabaco, el claro conocido como *Sumatra* y el oscuro o *morenito San Andrés*, que es endémico de la región. Cultivado al este del municipio, en las colindancias con el vecino Catemaco, la producción depende en su mayoría del cacicazgo ejercido por la familia Turrent. Ellos son quienes habilitan la tierra en los ejidos o en los terrenos particulares. Los precios, calidad y cantidad del tabaco dependen del control que la familia ejerce y de las variaciones que tiene la hoja en el mercado internacional. Aunque la empresa Santa Clara –propiedad de la familia Ortiz– siembra sus propias plantas, por lo general la cantidad cosechada no es suficiente, por lo que los dueños terminan comprando la materia prima de sus productos a la competencia, la empresa de puros “Te amo” de la familia Turrent.

Santiago reconoce la competencia que representa la empresa “Te Amo” y en varias ocasiones enfatiza la calidad de los puros fabricados en Santa Clara. “Nuestros puros compiten con cualquiera en el mundo”, dice orgullosamente mientras entra a la siguiente área, la habitación de clasificación. Bajo una temperatura sistemáticamente controlada, los puros son seleccionados de acuerdo a su tamaño, forma y calidad del tabaco que los componen. En esta parte, dos trabajadores sacan los puros de los recipientes para colocarlos en contenedores de plástico y cajas, en ellos permanecerán días o meses, dependiendo de la demanda generada en el mercado. Rodeados por cientos de contenedores de madera, Santiago explica los diferentes tipos de puros que ellas contienen. Los hay delgados, pequeños, grandes, oscuros, claros, todos son producto del trabajo de los obreros en las sonoras mesas contiguas a la sala. El recorrido se detiene brevemente en esta habitación, para después continuar hacia donde se empaacan los puros en cajas de cedro confeccionadas en la misma empresa.

Además de los *pureros*, también hay obreros dedicados a la construcción de las cajas de madera. Cada una es fabricada bajo los altos estándares de calidad exigidos por la empresa. La caja es igual o más importante que los puros. Es la carta de presentación, el empaque de un producto que, en palabras de Santiago, involucra el trabajo del campesino y el obrero vuelto artesano en el área de producción. Las cajas pueden contener de cinco a diez e inclusive más tabacos. Todos son empacados cuidadosamente por mujeres adultas que, uniformadas al igual que los hombres, trabajan en silencio en amplias mesas. Aunque el recorrido se hace a la distancia de las obreras por razones de higiene y seguridad (para evitar el robo de algún puro), se puede observar la precisión con la que rápidamente colocan el anillo, la etiqueta que porta el membrete de la empresa. Uno tras otro son colocados los distintivos para después introducirlos en las cajas. El espacio laboral, en el que trabajan exclusivamente mujeres, es la última parte del recorrido al interior de la fábrica. Lejos de los obreros que confeccionan los puros con golpes sobre las mesas de trabajo, las mujeres se dedican a la presentación que tendrá el producto en el mercado del tabaco. En sus manos está la imagen que la empresa emite al exterior.

Entre las mujeres no hay ningún tipo de comunicación. Al igual que los otros obreros, las miradas están clavadas en las mesas. Algunas trabajan de pie, cargando cajas de un lugar a otro, el resto lo hace sentadas en largos mostradores. El ritmo de la música en esta área es diferente, ya no es tropical, es más pausado y melódico, “romántica” en palabras de Santiago. Ello, continuando con la explicación de nuestro guía, hace que las mujeres se relajen y logren la calidad demandada por el supervisor, por la empresa y el cliente. Si bien la presencia de los observadores las incomoda, en cierta medida parecen estar acostumbradas a la presencia de grupos ajenos a la fábrica. Las más de 20 mujeres trabajando ese día, en su mayoría casadas y con hijos, ganan también salarios semanales de 500 pesos. Al igual que sus congéneres masculinos, la paga que reciben depende de la cantidad de cajas y paquetes que logren confeccionar en el día. Dichas cajas son evaluadas al final de la jornada por un hombre de edad adulta que cautelosamente

inspecciona la labor de cada mujer, para luego registrar en una lista la producción de cada una de ellas.

El área de empaque anuncia el final del recorrido y da la bienvenida a la tienda de recuerdos de la empresa. Un espacio compuesto por tres amplias habitaciones climatizadas donde se exhiben los diferentes tipos de puros, innumerables artefactos relacionados con el tabaco (desde cajas con medidores para resguardar la humedad del puro, hasta encendedores cuyo costo se eleva a 500 pesos o más) y otras lujosas mercancías que bien podrían decorar los hogares u oficinas de quienes consumen los puros Santa Clara. En la tienda hay dos mujeres adultas que amablemente atienden y orientan las patidifusas miradas de los turistas. Al entrar al lugar, Santiago se despide y agradece la vista, no sin antes preguntar por última ocasión si había alguna duda o comentario.

Con una educación interrumpida en el tercer grado de primaria, Santiago ha dedicado su vida al trabajo relacionado al tabaco. En su opinión, no hay empleo mejor remunerado en San Andrés que aquel dedicado a los puros y al cultivo de las plantas. A unos pocos años de su jubilación, Santiago agradece a la empresa contar con las prestaciones que le permitan sobrevivir la difícil situación económica que vive la región. Si bien el cultivo sustentó el desarrollo de las fuerzas productivas en Los Tuxtlas desde 1850, en las últimas décadas ha perdido terreno frente al crecimiento paulatino del turismo, la migración e inclusive el narcotráfico. Actualmente, quienes laboran en esta industria ostentan un cierto orgullo, un distintivo del que carece el resto de la población tuxtleca, constituyen un gremio valorado positivamente, uno conformado por artesanos y no obreros³.

Santiago, nuestro guía, es la voz que permite a los turistas aproximarse brevemente a una realidad estructurada y dominada por una élite de apellidos ampliamente conocidos por campesinos y trabajadores en la región tuxtleca. Un mundo

³ El cambio en las categorías corresponde a un giro en la noción del trabajo. Abundaremos en el siguiente capítulo sobre las formas como acontece esta transformación en el marco del turismo y la construcción de experiencias “auténticas”.

controlado por familias que negociaron su poder con ejidatarios, burócratas y políticos. Un proceso histórico en el que una pequeña élite se hizo del poder en diversas circunstancias. En ese proceso lograron vincular las dinámicas sociales y económicas – correspondientes al tabaco de San Andrés– con aquellas del mercado al interior y exterior del país. Su poder no solo estructuró a la sociedad alrededor del cultivo de la planta *Nicotiana tabacum*, también determinó en gran medida la vida de personas que como Santiago aprendieron y perfeccionaron los conocimientos, las habilidades en el cultivo, la cosecha y el procesamiento de las hojas. El tabaco es la solanácea que definió a la población tuxtleca en la época liberal del siglo XIX y ha configurado en gran medida las dinámicas políticas, económicas, sociales y culturales de la zona de Los Tuxtlas. Pero, ¿quiénes son esas familias y cómo se hicieron de la hegemonía en la región?, ¿cuáles fueron las particularidades que dieron forma a su dominio? y ¿de qué manera influyeron en la estructuración de la sociedad en San Andrés Tuxtla?.

Para responder estas preguntas, siguiendo la propuesta metodológica planteada por Roseberry (2014), desglosaremos el siguiente capítulo en tres momentos históricos. Partiremos de una noción donde las disputas por el poder, es decir la hegemonía, no son totalizantes y donde existen constantes “constelaciones de luchas previas” que determinan las relaciones entre las diferentes clases sociales, de esta manera presentamos tres momentos que configuran las plantaciones de tabaco. Cada uno de ellos ilustra las circunstancias nacionales, internacionales y regionales que matizaron el cultivo y procesamiento de las solanáceas en San Andrés. En paralelo, discutiremos la forma en que se negocia, disputa y establece la hegemonía en el proceso de acumulación capitalista. Proceso que tiene sus raíces en el mercantilismo colonial, en el monopolio ejercido por el estanco del tabaco en la Nueva España. Un control que sentó las bases en la producción y comercialización, que estrechó las relaciones entre las diferentes clases y que en la época posrevolucionaria fue apropiado por algunas trasnacionales norteamericanas. Si bien la época liberal aportó algunos matices a la continuación del estanco colonial, la incursión del mercado estadounidense –segundo momento de nuestro análisis– rompió con la dirección adoptada por el Estado mexicano. Dirección que es retomada por la paraestatal Tabamex, planteando con ello un nuevo panorama en la

hegemonía del proceso productivo y de las sociedades que dependieron de él. Con la incursión de la paraestatal delineamos el tercer eje analítico para así ilustrar la manera como son resueltas las tensiones generadas por la industrialización del campo acontecida en los años posteriores a la Revolución mexicana. Si bien en nuestro análisis prescindimos de algunos períodos históricos como el de la época liberal, la Revolución o la emergencia del Estado benefactor a mediados del siglo XX en México, ilustramos puntualmente las dinámicas que influyeron directamente en las plantaciones y la hegemonía tuxtleca, presentamos en esta exposición tres ejes que determinaron el proceso productivo, la comercialización y la inclusión de la región en el mercado global.

En el capítulo se describe un proceso dinámico y conflictivo en el que los sedimentos históricos que componen las relaciones sociales entre las diferentes clases son el resultado de luchas, tensiones y negociaciones que configuran la forma como se estructuran las fuerzas productivas en México y particularmente en la sociedad tuxtleca. Dicha estructuración no corresponde a un orden impoluto que se transmite de una época a otra, es producto de una serie de luchas que conforman diferentes capas –sedimentos en términos de Roseberry (2014)– sobre las cuales reposa la vida de los sujetos y las clases sociales al interior de una región como Los Tuxtlas. La historia y las particularidades del proceso capitalista que lo configuran son parte de su desarrollo inacabado, complejo y contradictorio. Luego entonces, lo que a continuación se presenta es la antesala a un presente “desordenado” que, como en el caso de Santiago, es experimentado a través de un sinnúmero de singularidades que componen parte de la historia, la política, la economía y la cultura de San Andrés Tuxtla.

En nuestro argumento, el capitalismo es un proceso histórico y no una cosa (Harvey, 1998: 375). Uno donde las relaciones sociales están, en términos de Marx (1867), mediadas por cosas, por mercancías. Dicho proceso vive constantes cambios, revoluciones y crisis que configuran a su vez a las sociedades humanas en las que está inserto. Conforme avanza, la “destrucción creativa” enmascara y fetichiza el mundo social, crea necesidades, explota el trabajo humano y construye regiones que posibilitan la continuación de la acumulación. Teniendo como batuta un desequilibrio estructural que

dictamina la auto-expansión, la auto-revolución, la especulación y la transformación del mundo social y natural, el capitalismo carece de un carácter homogéneo. Los espacios sociales, laborales y geográficos donde se construye determinan las relaciones entre las clases que constituyen la lógica innovadora del proceso (Harvey, 1998; Zizek, 2013). Parafraseando a Wolf (2005: 15), planteamos que de haber una noción de totalidad en el capital sería aquella vinculada a las “interconexiones” establecidas entre las sociedades que componen el pasado o el presente del mismo.

Las relaciones construidas entre las clases que emergen del proceso no son impuestas y corresponden a las coyunturas que lo determinaron, a las luchas y a las negociaciones. Capitalistas o no, las circunstancias que dieron pie a la dinámica reconfiguran categorías nuevas o viejas en su funcionamiento. Luego entonces, el carácter histórico del capitalismo demanda el entendimiento de la estructura y de las particularidades generadas en el desarrollo de las fuerzas productivas. Quienes personifican este proceso son humanos –llámese mercaderes, comerciantes, burócratas, campesinos o ejidatarios– articulados en instituciones o agencias que de manera local entretejieron el hacinamiento de capitales (Roseberry, 2002: 64). Por ello nos damos a la tarea de analizar las espacialidades del capitalismo (Williams, 1980: 126), las características locales de un fenómeno cultural, político y económico que ancló a la sociedad tuxtleca con el resto del mundo. En este sentido retomamos la noción de hegemonía para profundizar el análisis.

Definiéndola como “la forma en que trabaja el poder” y la influencia que éste tiene en varios aspectos de la vida social, nos damos a la tarea de examinar el peso que el pasado tiene en el presente de la sociedad tuxtleca. Entendemos a la historia como un vigoroso movimiento donde instituciones, hábitos culturales y el control del territorio resulta del dominio de un bloque histórico fundamentado en fuerzas sociales. La hegemonía no es mera dominación, no es el uso de la fuerza de una clases sobre otra, es el curso de una tensa correlación entre hegemónicos y subalternos. En ella se suscitan luchas, resistencias y conflictos en una sociedad civil condensada por el capitalismo y el Estado que cohesiona o negocia la continuación de la acumulación (Hall, 2010; Smith,

2007; Williams, 1980). A través de la hegemonía el capitalismo configura las regiones que, como en el caso de San Andrés Tuxtla, dependen de la dirección del proceso y de las necesidades de las personas (Harvey, 2010). En esta constante creación o recreación de espacios se sobrepasan las fronteras establecidas por los Estados-nación, las regiones son también desiguales y definen una geografía imbuida en la destrucción creativa del capitalismo.

Las regiones corresponden pues al proceso y a la dirección hegemónica (Harvey, 2010; Smith, 2007). Las culturas locales, es decir, las relaciones que se establecen entre trabajadores y quienes detentan los medios de producción derivan de una historia particular, de una serie de sedimentos y de las condiciones que emergen del modo de acumulación. En el caso aquí analizado, definimos a la región de Los Tuxtlas como un espacio estructurado en torno al cultivo del tabaco, por las relaciones con el Estado y la hegemonía. Paralelo a ello, entendemos a la región como parte significativa de un proceso donde las mercancías producidas en Los Tuxtlas estrecharon los lazos comerciales y culturales con los núcleos que aglutinaron los diferentes territorios del capitalismo a lo largo de un periodo de cinco siglos. Aunque prestamos atención sólo a tres momentos (el estanco del tabaco en la Colonia, el auge del monopolio estadounidense en el marco de la “sustitución de importaciones” y la aparición de Tabamex en la década de 1970), consideramos que ellos ilustran el papel que localmente tiene el trabajo humano en la definición del proceso de acumulación. Comencemos pues por conocer ese poblado de historias, montañas, costa y llanos. Un lugar selvático donde se construyeron los primeros almácigos de una planta que determinó en gran medida la vida en Los Tuxtlas.



El tabaco continúa normando la vida de quienes viven el municipio de San Andrés Tuxtla. En la imagen, Santiago presenta al turista las hojas secas de la planta. [Fotografía: el autor, noviembre 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

La ruta del tabaco: primera parada, San Andrés Tuxtla

“Mi pueblo está inundado de recuerdos, de imágenes y de sensaciones, partes de aquel pasado que viví allá en las lejanías del tiempo y que se encuentran regadas por todos lados; entre las casas, los patios y los trasposos, por las calles y las esquinas, entre los jardines y los parques, junto a los arroyos y allá, a la salida de los caminos que se dirigen a la sierra, pero aunque todos ellos son muy bellos y me llenan de diferentes emociones, la realidad es que tan solo son parte del ayer y en este momento, estoy aquí y que después de tantos años de ausencia tengo que tratar de vivir este presente, con las cosas que ahora existen, con sus formas, sus detalles y sus gentes, ya que estas abundan también, están por todos lados” (Hugo Ramón Moreno González, “Mi pueblo”. San Andrés Tuxtla, diciembre de 2005)

Al norte de la ciudad de San Andrés Tuxtla, en el camino que anteriormente comunicó a la población con la costa del Golfo de México, se encuentra un paraje conocido localmente como “la Máquina Vieja”. Entre la copiosa vegetación que define algunas zonas de la región se atisba parte de lo que fue una fábrica de hilado en el siglo XIX. Del edificio sólo permanecen en pie algunos muros, no obstante, aún se puede percibir el gran tamaño que tuvo la “Compañía de Hilados y Tejidos de San Andrés”. Amplias ventanas se ubican en las gruesas paredes de una edificación que en la época liberal contribuyó con hilos a la industria del algodón dominada por las fábricas ubicadas en el centro de Veracruz. Hoy, la “Máquina Vieja” es parte de un recorrido en el que se puede contemplar la arquitectura, las cascadas y pozas que la selva circunvecina esconde en el paraje.

La “Maquina Vieja” fue el comienzo de un escabroso itinerario que realicé junto con algunos promotores culturales y amigos en el 2014. Con el objetivo de conocer las veredas que normalmente transitan quienes se adentran en la selva contigua a la mancha urbana de San Andrés en búsqueda de bejucos o para trabajar en sus terrenos, recorrimos por varias horas angostos senderos cuesta arriba. Sorteando los obstáculos que el trayecto sufre a consecuencia de la naturaleza, arribamos a las inmediaciones de una colina llamada “del Venado”. Rodeado por potreros y otros terrenos donde se cultivan cebollas, maíz y algunas hortalizas, el cerro alberga en su punto más alto un mirador desde el cual se observa la intrincada geografía sobre la que se trazó el poblado. Resguardado por las

grandes montañas que componen la serranía del volcán San Martín, San Andrés Tuxtla es visto desde este punto como un abigarrado conjunto de casas, edificios y una catedral en el centro que claramente se distingue por sus dos torres.

De un lado están las faldas de la serranía que alberga a la ciudad de Santiago Tuxtla y frente a ellas los amplios llanos sobre los cuales se cultivan hectáreas de tabaco oscuro. Entre las galerías para el secado de las hojas, que a lo lejos se vislumbran como pequeños rectángulos grises, se distinguen las carreteras que comunican un terreno con otro, las casas de algunos pobladores y árboles. A la izquierda, de entre la maleza, se aprecia una laguna conocida como “La Encantada”, de la que se desconoce su profundidad y se cuenta que el agua cambia de tonalidades, originando así el nombre. La serranía impide ver a la ciudad vecina de Catemaco, su laguna y la carretera que une los tres municipios, las fábricas de la familia Turrent en Sihuapan y los amplios terrenos cultivados por los tabacaleros en las localidades de Calería y Comoapan, grandes extensiones que en temporada de cosecha se tornan de un color verde claro. También la serranía oculta los terrenos que colindan con un sinfín de potreros que, por mucho, albergan a cinco o seis bestias cada uno.

El mirador en el cerro “del Venado” es poco frecuentado por los lugareños. Allí se puede contemplar en la soledad del paraje la ciudad de San Andrés Tuxtla. Ubicada a 154 km al sur del puerto de Veracruz, la población es la cabecera administrativa del municipio homónimo. Colindando al norte con las costas del Golfo de México, al sur con Hueyapan de Ocampo y la afluyente de los ríos San Juan Michapan y el Coyol, al este con Catemaco y al oeste con Santiago Tuxtla y Ángel R. Cabada. El poblado forma parte de una región conocida como “Los Tuxtlas”. Articulada por las demarcaciones de San Andrés, Santiago y Catemaco, la región formó parte del Marquesado del Valle de Oaxaca en la época colonial. Previo a su incorporación a la geografía de la Nueva España, en 1532 la región aparece bajo el apelativo de Tzacolco (palabra náhuatl que significa encierro o encerrado), el acceso a este lugar era posible a través de las rutas que descendían o de aquellas que ascendían a la sierra del volcán. En 1600, después de la

conversión al catolicismo de nahuas, popolucas, chinantecos y zapotecos, se le dio el nombre de San Andrés Tzacoalco (Medel, 1993: 354).

El crecimiento poblacional y la relevancia que la población de Tzacoalco adquirió en la zona devinieron en la categoría de pueblo en 1718. Conforme la incipiente actividad comercial y el control caciquil estrecharon las relaciones con Santiago Tuxtla, cabecera de la jurisdicción, la incorporación de San Andrés Tzacoalco ocasionó el cambio del término Tzacoalco por Tuztla – en náhuatl, lugar abundante de conejos (Carvajal, s. a.) o lugar del papagayo amarillo (García de León, 2011). Alrededor del poblado, que en el siglo XVIII sólo contaba con algunas casas y una preponderante población indígena (Delgado, 2004: 24), se construyeron espacios para la siembra de maíz, algodón, frijol y tabaco. El Cantón de los Tuxtlas se caracterizó, al igual que muchos otros en la Nueva España, por el poblamiento del campo mediante el control administrativo de un centro rector y una constelación de villorrios dedicados a las actividades agrícolas (Starr, 1954: 131). Esta distribución geográfica de las actividades en San Andrés perfilaron los ejes que articularon la vida política y económica de una serranía que paulatinamente fue relegando terrenos al campo y al trabajo humano hasta recibir el título de Cabecera del Cantón en 1826 (Medel, 1999; Starr, 1954).

De la mano de la agricultura, la ganadería, el comercio y la política, la población de San Andrés –conformada ampliamente por pardos⁴ en 1804– tuvo una relevante influencia en las decisiones que determinaron las fuerzas productivas en las poblaciones vecinas de Santiago Tuxtla y Catemaco. El cultivo de tabaco, algodón y caña de azúcar, que en la época colonial arrojaron importantes dividendos a la Corona, acompañaron la intensificación en la labranza de otros productos como la vainilla silvestre, el cacao y el plátano (García, 1998; Medel, 1993). Ello propició el desplazamiento de jornaleros asalariados oriundos de las localidades vecinas que se emplearon en el campo. Si bien el algodón normó la economía en la primera mitad del siglo XIX al proveer de materia prima a las fábricas de Puebla, Córdoba y Orizaba, los terrenos dedicados a la caña de

⁴ De acuerdo con Delgado (2004: 24), el censo colonial de 1804 se contrapuso al de 1746 al presentar una importante cantidad de pardos (término con el cual se aglutinó a las castas de negros, mulatos, esclavos, libertos y mestizos) en el Cantón de los Tuxtlas.

azúcar y al tabaco paulatinamente relegaron su importancia en 1850 (Jiménez, 2012: 125). Partiendo del referente que los productores tuvieron en la domesticación y producción de las solanáceas silvestres en los siglos XVI y XVIII, en aquel año se intensificó el cultivo del tabaco en la serranía tuxtleca (García, 1998; Jiménez, 2012; Léonard *et al.*, 2000a).

El modo de producción anclado al tabaco se gestó en un proceso en el que inversionistas, trabajadores y campesinos redefinieron la geografía de la serranía tuxtleca. Una vez concluido el monopolio liberal que en 1850 había constreñido el cultivo a las ciudades de Córdoba y Orizaba (haciendo eco de la sistemática explotación colonial del estanco), la aparición de nuevas plantaciones en el norte y sur del estado de Veracruz recompusieron las actividades relacionadas con el tabaco (Jiménez, 2012: 135). Aunque en 1833 el Cantón de los Tuxtlas ocupó el quinto lugar estatal con una producción de 18 440 arrobas valuadas en 55 320 pesos, para 1888 la región se posicionó en la segunda posición, justo detrás de la ciudad de Córdoba. Al este del poblado se articularon las vegas que dieron renombre al tabaco endémico de los Tuxtlas, labrando los suelos de las localidades de Comoapan, Benzuapan y Ojo de Agua. La habilitación de campesinos mediante el adelanto económico para la siembra exclusiva de tabaco se convirtió en una práctica recurrente. Los contratos establecidos entre latifundistas y pequeños productores, basados en cantidades y calidad, avivaron las rípidas relaciones y propiciaron la expansión de los latifundios al presentarse incumplimientos en la negociaciones⁵ (Peresson, 2010: 117). La inauguración de nuevas plantaciones en las costas del Pacífico y del Golfo ocasionó la propagación de las regiones tabacaleras al aumentar el acaparamiento de tierras e intensificar el trabajo de la población en los sembradíos. Asimismo, se construyeron nuevas rutas comerciales y se modernizaron puertos para la extracción de las pacas, cumpliéndose así con el proyecto positivista del Porfiriato (Amparo, 1993; González, 1991; Jiménez, 2012).

⁵ Los contratos de habilitación celebraban el acuerdo entre el latifundista y el campesino para sembrar una cantidad determinada de tabaco. Al final de la cosecha, las hojas secas eran entregadas al inversionista, en caso de incumplimiento, las tierras que habían sido arrendadas pasaban a ser propiedad del latifundio.

En el contexto de las transformaciones acontecidas en segunda mitad del siglo XIX se estructuraron las relaciones entre las clases que poblaron el Cantón de los Tuxtlas. Los jornaleros asalariados incorporados a las plantaciones labraron los terrenos donde españoles o europeos de otras latitudes invirtieron capitales y tecnología. El trabajo manual y demandante hecho en los surcos lo realizaron hombres, mujeres y niños traídos de los estados de Puebla y Oaxaca. Laborando por periodos de cuatro a seis meses en las altas y húmedas temperaturas de la serranía, la gran mayoría trabajó bajo condiciones insalubres y abrumantes (Medel, 1993: 357). La pobreza, el “enganche” y la falta de tierras para cultivar fueron algunos de los motivos que encadenaron la labor humana a las plantaciones. La recomposición de la agricultura, resultado del cese de actividades en el cultivo de algodón, abrió las puertas de la sociedad a nuevas dinámicas mediadas por el capitalismo de la época. La intensificación del trabajo en las plantaciones demandó fuerza laboral fija a la par que desarrolló las técnicas agrícolas que garantizaron la calidad y cantidad de las hojas secas procesadas en la región. En medio de estas transformaciones, en 1895 arribó a la región un número considerable de cubanos que huían de las revueltas que azoraron la isla caribeña. Los *guajiros*, término con el cual se les recuerda en San Andrés, constituyeron uno de los más claros referentes que la población preservó en la memoria y que, en nuestra argumentación, contribuye a la historia del poblado.

La época colonial ya había entrelazado los vínculos comerciales y culturales entre Cuba, México y España, las rutas marítimas y de tierra adentro propiciaron el movimiento constante de mercancías y personas. Sin embargo, lo que acontece en 1895 fue resultado de las luchas por la independencia de Cuba y de una serie de revueltas raciales que disputaban el control político de la isla, ocasionando el exilio de muchos trabajadores e inversionistas (Heg, 1995). En el contexto del Porfiriato, el país recibió a esa población y los insertó en posiciones donde sus conocimientos contribuyeron al proyecto de nación. Importando la diferenciación racial que en Cuba demarcaba los espacios para blancos y para negros⁶, el flujo de personas que arribó a los Tuxtlas se

⁶ La racialización en las actividades del tabaco en Cuba influyeron en las técnicas que se desempeñaban en los Tuxtlas y otras partes del país. Según Heg (1995: 26), las mujeres blancas se dedicaron a la elaboración

distinguió entre el trabajo delicado y el extenuante, espacios para mujeres y para hombres. Galeras enteras se confeccionaron para la lectura de periódicos, mientras hombres y mujeres trabajaban en silencio sobre las mesas armando puros con las hojas extraídas del campo, donde se continuó explotando física e indiscriminadamente a familias enteras y a los “enganchados”.

En San Andrés no muchos recuerdan hoy el arribo de los cubanos y la contribución que hicieron al trabajo en las plantaciones, solo la gente de edad avanzada habla de los guajiros. La evocación de su arribo se conforma por una serie de elementos del presente y del pasado. Se trata de una reconstrucción hecha desde la experiencia particular, de las lecturas y las charlas. El siguiente par de narraciones de san andresinos ejemplifica el peso que la historia tiene en el presente de la población tuxtleca. Una historia que aparece desfasada y confusa, abigarrada de acontecimientos y personajes.

Comenzamos presentando la forma en que Andrés Bernardo Moreno Nájera a sus 58 años narra la presencia de los guajiros. Siendo un elogiado promotor cultural, Andrés se ha dado a la tarea de estudiar y difundir la historia de “su pueblo”. Su vida ha estado siempre atada a los grupos desposeídos particularmente a los campesinos, con quienes ha tenido contacto desde pequeño y cuando fue técnico de la paraestatal Tabamex. Andrés es director de la Casa de Cultura del poblado, actividad que realiza al concluir su jornada como profesor de la preparatoria. A pesar de siempre calzar huarache y vestir pantalón y camisa o playera sin fajar, es una figura de autoridad en el mundo de las jaranas y huapangos, un referente obligado en lo que se ha llamado el “Movimiento Jaranero”.; es un administrador indirecto de la vida cultural de San Andrés. Desde su pasión por la historia, con una mirada seria y amable charla, Andrés describe el arribo de los guajiros:

Desde 1800 y fracción [1895], con la independencia de Cuba, hubo una migración muy alta de cubanos a aquí. Empezaron a introducir ciertos mecanismos, las clasificaciones que tenemos ahora dentro del tabaco negro, que, por ejemplo: el morrón, morrón roto, morrón claro, banda, todo eso es

de puros, fueron ubicadas en las mesas de trabajo no sólo por sus habilidades, también por las recomendaciones con las que se presentaban en el espacio laboral. Por otra parte, la población negra siempre se destinó a la zafra y a todos aquellos trabajos en el campo que implicaban un considerable esfuerzo físico.

clasificación que se trajo con los cubanos, lo mismo en el tabaco sumatra. Comenzaron a usarse desde los nombres de *cuje*, *gavillas*, toda la terminología. Hubo dos migraciones altas, una con la independencia de Cuba y llegaron muchos a México y muchos vinieron a la región de los Tuxtlas porque fue donde se semejaban más a los productos que se cosechaban en su tierra. Y después en el cincuenta y tantos, con la revolución cubana, también hubo una migración alta de cubanos. Y entre esos, hay unos que trabajaron con nosotros en Tabamex. Está Bonifacio Arocha, vivió aquí, en Paso Canoa, el tío Cobai Montesinos, que murió aquí, en el hotel San Andrés, murió aquí el viejito sin casarse, sin nada. Uno que se apellidó Benítez, también es cubano. Muchos de ellos eran campesinos y no sabían leer, traían experiencia del campo y se aprovechaba al máximo su conocimiento para la producción, clasificación, manejo. (Entrevista a Andrés Bernardo Moreno Nájera, 22 de noviembre de 2014).

La segunda narración corresponde a José Alberto Polito Lucho. A sus 70 años, Polito (o Beto como lo conocen sus amistades) se define como un hombre “arraigado al terruño por tradiciones, costumbres e historia”. Nació en 1945 en el barrio de Chichipilco, al norte de la ciudad, justo frente al parque, su infancia estuvo marcada por el trabajo agrícola. Recorrió las plantaciones pertenecientes a la familia Turrent como jornalero, obrero y, más tarde, en la década de 1970, como líder sindical. Polito recuerda gran parte de su vida y los motivos por los cuales se involucró en el mundo de la política. Afiliado al PRI, “al viejo PRI” como él lo denomina, su trabajo también ha estado encausado hacia la lucha a favor de los más vulnerables. En su labor política conformó varios sindicatos que definieron algunos momentos circunstanciales durante la década de 1970 en San Andrés y otras partes del Estado de Veracruz. Es pues, una figura de autoridad en el mundo político y un referente en las organizaciones relacionadas con el tabaco. Partiendo de su experiencia, Polito con voz tenue, sentado en el sillón de su casa y con una apretada agenda familiar, narra la presencia de cubanos en San Andrés :

Cuando los cubanos llegan a San Andrés, precisamente en búsqueda de conseguir el cultivo del tabaco, la calidad del tabaco de la zona. Encuentran eso, que es calidad, que tiene aroma, que la tierra es pródiga. Y encuentran a los Turrent Carrión, a los Ortiz Villegas de aquella época. Ahora es la nueva generación. Y propiamente ahí establecen vínculos para ampliar el cultivo y luego, ahí es donde ya históricamente aparece el cultivo en Bezuapan, de ahí a Comoapan, Calería, El Salto de Eyipantla, el Huidero, en poca escala. Se llama el Huidero porque, nos cuenta Don León Medel y Alvarado, que en la época de revolucionaria, en el 1900, el predio, cuando en la Plaza Lerdo se

dieron los enfrentamientos, ese camino conduce a Catemaco. Y ahí era el huidero, ahí huía la gente. (Entrevista a José Alberto Polito Lucho, 16 de julio de 2015).

Las narraciones expuestas comparten algunas características que ejemplifican las huellas que el pasado dejó en el presente. En ambas se exaltan las contribuciones hechas por lo que arribó, ya sean clasificaciones o términos, extensión en los cultivos o la similitud que los cubanos encontraron con el tabaco endémico de los Tuxtlas. Desde los posicionamientos demarcados por sus experiencias de vida, por la clase, describen tanto a los trabajadores (analfabetas en el caso de Andrés) y a los latifundistas (definidos por Polito como las familias Turrent, Carrión, Ortiz y Villegas). No obstante, existen algunas diferencias. Para Polito, el nombrar a quienes detentan la hegemonía representa un ejercicio donde señala, con nombre y apellido, quienes son los dueños en el presente de las tierras más fértiles. En cambio, Andrés aboga por enunciar a los cubanos arribados en la década de 1960, aquellos que pasaron a la historia de los barrios que los albergaron sin gloria o memoria. Por otra parte, el discurso de Polito se define a partir del trato directo con los latifundistas durante la lucha política, a la vez que exalta las cualidades de la solanácea tuxtleca (elemento que dota de identidad a la región), además de citar el trabajo del historiador León Medel y Alvarado. Andrés, por su cuenta, retoma los elementos de la vida cotidiana y, desde su experiencia laboral, enuncia los términos agrícolas heredados por los cubanos, a la par que describe sus condiciones de vida. Las dos narraciones constituyen ejemplos de que la historia se compone de conocimientos adquiridos en la vida cotidiana, el trabajo o la educación. Con el fin de complementar estas narraciones, reproducimos la descripción que Medel hace en su obra *Historia de San Andrés Tuxtla*. Un documento que describe la amplia historia y cotidianidad de la localidad serrana y que es, en nuestra opinión, la influencia directa sobre la cual se articulan las narraciones de Andrés y Polito:

“México recibió con simpatía a los emigrados cubanos de los que gran número se dispersó en el Estado de Veracruz por analogía del clima y ocupaciones campestres y no fue posible que nuestra región quedara relegada al olvido; contando con nuestra simpatía por la lucha libertaria de la Perla Antillana... Cuba dio mercado a nuestro tabaco en Europa, todavía, sus hijos asilados pagando nuestra hospitalidad y simpatías por su causa,

haciendo revolucionar nuestros sistemas de trabajo y cultivo de tabaco, en forma perdurable...” Y añade al respecto del sistema cubano en las plantaciones de tabaco: “El sistema cubano consiste en despigar la hoja del tallo, hacer con ella un manojo de las que abarque un puño y atarlo con majagua bien seca, a la mitad de las hojas, dejando libres los extremos, a fin de que la que esté verde aún, no dañe al resto. A este manojo se le llama “matul” o “matule” que sin clasificar se aprensa por segunda vez para que expela toda la humedad y ya seca, se clasifica, se engavilla y se aprensa por última vez para empacarse definitivamente.” (Medel, 1993: 395, 397).

El arribo de los cubanos en 1895 acompañó e intensificó el desarrollo de las fuerzas productivas en el estado de Veracruz. Partiendo de las 68 160 arrobas producidas en 1889 en la región de los Tuxtlas (equivalentes a 772 866 kg), entre 1908 y 1909 la producción tabacalera en el Estado consumió 373 130 941 kg para fabricar puros, cigarros y tabaco picado y cernido (Delgado, 2004: 29; García, 1998: 91). Previo a la insurrección armada de 1910, San Andrés se posicionó en el comercio de Veracruz como una importante vega con una considerable producción de tabaco oscuro, el más cotizado por los intereses capitalistas. Entre 1850 a 1895, en San Andrés se establecen más de diez empresas dedicadas al cultivo y procesamiento de las hojas, entre ellas destacan las que pertenecieron a los latifundistas: en 1862 se fundan las compañías “La Favorita” y “La Costeña” propiedad de Ángel C. Rodríguez; en 1880 Luis G. Carrión procesa tabaco de Matacapán en la empresa “La Universal” y en 1895, en la localidad de Sihuapan, la compañía “Tabacos de San Andrés” edifica la fábrica “Teresa” (Medel, 1993: 392). En la segunda mitad del siglo XIX, explotando los terrenos al este de San Andrés Tuxtla, nombrada ciudad en 1893, las vegas producen en Matacapán, Sihuapan y Laguna Encantada toneladas de pacas. La producción generada en la región tuxtleca también alimentó a las 54 fábricas que durante 1908 operaron en la ciudad de Orizaba, Puerto México, Tuxpan y Veracruz (García, 1998: 91).

La rudimentaria industrialización del tabaco y de otras actividades como la textilera generó en los albores del siglo XX una serie de inconformidades y tensiones en Veracruz. La expansión de los latifundios, las precarias condiciones laborales y los míseros salarios, así como el arribo de ideas revolucionarias a la costa del Golfo, acentuaron en el territorio veracruzano los antagonismos previos a la Revolución de

1910. En el centro y sur del estado los trabajadores empleados en las plantaciones de tabaco organizaron sindicatos desde los cuales demandaron mejores condiciones laborales. Junto a ellos, en el puerto de Veracruz, la labor de anarquistas y comunistas instauró grupos políticos entre ferrocarrileros y obreros marítimos (Fowler, 1970). En 1906, la sierra de Sotepan fue el escenario de los primeros enfrentamientos entre guerrillas y ejército federal. La guerra, las ejecuciones públicas y la violencia socavaron lentamente el poder latifundista y el comercio en los Tuxtlas. Bajo la tutela de Hilario Salas, las guerrillas organizaron en la sierra de Catemaco y Sotepan un frente que contuvo el avance de las tropas federales. La ciudad de San Andrés pasó de ser el punto neurálgico del comercio, los latifundios y la élite afecta al porfirismo a convertirse en cuartel militar (González, 1991). La lucha en los Tuxtlas cobró cientos de vidas, debilitó la estructura latifundista y estableció un clima de inseguridad e incertidumbre hasta la década de 1920. Los asaltos a mano armada se tornaron comunes en el región y poblaciones enteras sufrieron los embates de milicianos ávidos de riquezas y mercancías.

Una vez concluido el periodo armado de 1910, la producción de tabaco en San Andrés enfrentó una severa crisis. El cese de actividades agrícolas en la década de la revuelta provocó el cierre de todas las fábricas en el poblado. Aunque la ciudad preservó la categoría de centro cosmopolita al estar habitada por alemanes, belgas, holandeses, ingleses y españoles, la disposición de terrenos para el cultivo de tabaco por parte de los capitales europeos se hizo de manera gradual. En 1920, Domingo Hernández inauguró la fábrica “La Honradez” y la producción en los terrenos explotados en las últimas décadas del siglo XIX lentamente se reactivó. La efervescencia económica que el tabaco había generado en las localidades ubicadas al este, en las inmediaciones de Catemaco y San Andrés⁷, se revigorizó en medio de la recomposición política que estructuró al Estado veracruzano en relación directa con el campo. Las organizaciones campesinas, filiales del

⁷ Medel (1993) y Jiménez (2012) enlistan entre las localidades que conformaron la vega de Los Tuxtlas en el siglo XIX las siguientes: Matacapan, Sihupan, Calería, Caravaca, Los Cocuites, Ixbiaban, Santa Clara, Otapan, Agoyatla, La Laguan, Los Cerritos, Los Naranjos, Chilapam, Ahuexcoma, Cebollal, La Constancia, Ranchoapan, Comoapan, Bexzcopan, Zanja Honda, Huidero, El Salto, Tilapan, Axochío, Matzumiapan y el Larurel.

poder instituido, articularon a campesinos y obreros alrededor de un proceso de nación que se gestó a través de tensiones, traiciones y luchas por el poder.

Luego de las primeras actividades comerciales inauguradas en 1920, la industria del tabaco en San Andrés retomó el control de las fuerzas productivas. Los latifundistas instauraron sistemas de control y crédito sobre los terrenos que arrendaron a los ejidatarios organizados por la Central Nacional Campesina. Las fábricas elaboraron diversidad de puros cuyas formas y público determinaron el nombre de la mercancía. Entre “banqueros”, “príncipes”, “elegantes”, “besos” y “payasos”, la fabricación de puros san andresina retomó su lugar en el comercio del tabaco (Medel, 1999: 52). Los vitoleros y modelistas, antiguos oficios en la elaboración de cigarros, retornaron una vez más a las mesas de trabajo. Hombres y mujeres laboraron bajo condiciones salariales similares a las que propiciaron el levantamiento armado décadas atrás. Empacando los productos del tabaco en cajas de cedro finamente labradas y envolviendo los recipientes con yute para luego transportarlos por tren, barco o en carretas a los puertos más cercanos, los obreros de las fábricas tabacaleras encarnaron al proletariado tuxtleco en las décadas de 1920 y 1930.

Los albores del siglo XX estuvieron definidos por una sociedad tuxtleca compuesta por obreros y burócratas tabacaleros, campesinos y una minoritaria clase terrateniente. En las galeras, el trabajo asalariado convivió con el de los “enganchados”, a los hombres que fueron obligados a trabajar en las plantaciones luego de adquirir una deuda con los latifundistas o después de caer presos se les constriñó a cortar hojas hasta su liberación. Los literatos en San Andrés describieron parte de las condiciones de trabajo en los cultivos de las solanáceas. Lo que a continuación se reproduce es parte de una serie de cuentos que detallan la vida en la región antes, durante y después de la lucha armada de 1910. Eduardo Turrent (1958), describió en el apartado denominado “Los Enganchados” el trato que los trabajadores recibieron por parte de los capataces:

“Ya en la finca, a las cinco de la mañana entraba el capataz con cuarta llanera en mano y pistola al cinto, a fétido chiquero en donde los enganchados (denigrante nombre que se daba a estos infelices) eran

encerrados en condiciones peores que las de marranos, y a cuartagos a quienes no obedecían al primer grito, eran levantados para ir al desempeño de las faenas diarias.” (Turrent, 1958: 10).

Las faenas a las que hace alusión Turrent (1958), consistieron de largas horas de trabajo extenuante en las plantaciones. Compuestos por cientos de hectáreas, los terrenos tienen surcos de un extremo al otro que, después de recorrerlos una y otra vez, suman largas distancias que los jornaleros recorren todo el día. Agachados o de pie, con machetes o con la mano, se atienden las matas de tabaco en los terrenos de las familias Ortiz, Turrent, Carrión y Villegas. Trabajadores oriundos de las localidades sureñas de Tilapan, Axochío, Soyata, Matzumuapan, de los municipios de Santiago y Catemaco, así como de los estados de Puebla y Oaxaca, engrosaron las líneas de campesinos dispuestos a ceder su fuerza laboral a cambio de exiguos salarios en las plantaciones (Medel, 1993: 97). Junto con los “enganchados”, los asalariados trabajaron en espacios donde la disentería y el paludismo asedió a hombres y mujeres, niños y adultos. La continua expansión de las áreas cultivables demandó la constante incorporación de trabajadores. Empero no todos soportaron las condiciones climatológicas o de explotación, motivo por el cual los latifundistas ingeniaron diversos mecanismos para encadenar el trabajo a las matas. El “enganche” en este sentido, junto con el salario, se convirtieron en una contemporánea forma de esclavitud mediada por deudas y dinero.

Si regresamos a la vista panorámica que se observa desde el cerro “del Venado” y replanteamos el escenario natural que se nos presenta, podremos hacer otra lectura de lo que desde ese elevado punto se vislumbra. Los amplios rectángulos y cuadrados de color verde que rodean desde el este la mancha urbana de San Andrés son aquellos espacios donde se cultivaron desde el siglo XIX las matas del tabaco. Las carreteras y senderos que comunican las ciudades en la región tuxtleca resultan ser algo más que vías de comunicación, son los trazos de un mercantilismo vuelto capitalismo en el transcurso de dos siglos. Aunque las ríspidas relaciones sociales entre las élites san andresinas y el grueso de la población continúan normando gran parte de las dinámicas sociales, la distancia impide ver los motivos que acentúan los antagonismos entre unos y otros. Es preciso acercarse un poco más para analizar los procesos que dieron forma a la historia de

San Andrés. Los momentos que instituyeron el cultivo de las solanáceas y que incluyeron a la región de los Tuxtlas en la geografía del humo y los cigarros. Dispongámonos a dar un paso más adelante y analicemos el proceso histórico que configuró el presente de esta ciudad enclavada en la serranía del volcán San Martín. Comencemos por el pasado, por el proceso que moldeó el cultivo, el Real Estanco del Tabaco en la Nueva España.



El poblado de San Andrés Tuxtla y en la serranía tuxtleca. [Fotografía: el autor, julio 2015, Cerro del Venado, San Andrés Tuxtla, Ver.]



Para el S. XVIII el territorio construido por el mercantilismo fue representado a través de mapas. En este se aprecia el arribo de los navios españoles al territorio de México (Popple, 1733).

Un vistazo a la historia: segunda parada, monopolios coloniales y plantas de tabaco

"El mejor fumador busca el mejor habano, el mejor habano la mejor capa, la mejor capa la mejor hoja el mejor cultivo, el mejor cultivo la semilla, la mejor simiente la mejor vega... Por eso la agricultura del tabaco exige tanta meticulosidad; al revés de los cañaverales, que piden poca atención. El veguero debe cultivar su tabaco no por plantaciones, ni siquiera mata por mata, sino hoja por hoja. No está el buen cultivo del buen tabaco en que la planta de más hojas, sino en que éstas sean mejores. En el tabaco lo principal es la calidad... El ideal del tabacalero, así del cosechero como del fabricante, está en la distinción..." (Ortiz, 2002: 30)

Sembrar tabaco no es una tarea fácil. Las diminutas semillas, además de ser sensibles a los cambios climatológicos, demandan del campesino un sinfín de cuidados que van desde la preparación de la tierra, hasta el constante deshierbe para así asegurar que los nutrientes sean aprovechados al máximo por los pequeños tallos de la planta en sus primeras etapas de germinación. En épocas previas a la confección de los almácigos, los terrenos sobre los cuales se sembró la semilla eran vigilados sobremanera por los campesinos. Evitando que las simientes sean devoradas por hormigas, aves o alguna plaga nociva al cultivo, las primeras semanas después de la siembra resultan determinantes en el éxito de la cosecha ya que de ello dependen la forma y la fuerza que la planta adquiere en su etapa adulta. Por lo que no cualquier campesino posee las habilidades en el cultivo de tabaco.

Aunado a los conocimientos y habilidades, el clima y la altura jugaron un papel singular en la elección de las áreas donde se cultivó la solanácea. No todas las regiones satisfacen las necesidades biológicas de la planta, no todos los suelos contienen los mismos nutrientes. Estos factores determinan color, textura, aroma y sabor de la hoja. Si bien un cigarrillo o un puro parecen estar hechos con las mismas hojuelas, en ellos se mezclan variedades de tabaco, geografías e historias. Todos ellos son los elementos de un proceso antiguo y vigoroso, forjado por rutas comerciales, trabajo y embarcaciones. De ahí que nos demos a la tarea de rastrear los elementos que componen ese proceso

histórico. Lo que continúa describe la pertinencia que tuvo el Real Estanco del Tabaco en la consolidación de un modo de producción que fue replicado en el transcurso de la historia: la estructuración vertical de las unidades productoras de tabaco bajo el control monopólico ejercido por una administración (ya sea del Estado o de una empresa).

El tabaco recorrió el mundo de la mano de quienes hicieron la historia, los mercaderes españoles que entraron en contacto con el *Tobago* en las planicies de Tabasco, las carracas de Cristóbal Colón y los contrabandistas. En 1518 las semillas inician la larga travesía rumbo a Europa luego del primer registro hecho por Colón en el que se describe a los nativos fumando las hojas secas en largos carrizos. El arribo de los gérmenes de tabaco al viejo continente desencadenó su propagación entre los mercados coloniales y en 1560 portugueses y franceses comenzaron a cultivar las plantas. El recorrido no se detuvo ahí, trece años más tarde, los ingleses apropiaron las semillas para establecer plantíos en las colonias de Carolina bajo la dirección de Walter Raleigh y para 1600 las solanáceas fueron consideradas un cultivo importante en Rusia, Turquía, China y Japón (Sánchez, 2001: 11). El trayecto hecho por las diminutas simientes corresponde a las interconexiones (Wolf, 2005) que en menos de un siglo estrecharon las distancias en las geografías del mundo. El tabaco, parafraseando a Náter (2006a: 95), pasó de ser una mercancía excéntrica y lujosa a una de primera necesidad. Una que recorrió las rutas comerciales controladas por españoles, portugueses, franceses e ingleses; quienes difundieron y arraigaron el gusto por el humo entre corsarios, navegantes, aristócratas y campesinos de un mundo cada vez más interconectado.

Las rutas marítimas e imperios que emergieron en el marco del mercantilismo colonial definieron la geografía de las plantaciones. Las planicies y montañas del continente americano se convirtieron en amplios espacios trazados por los surcos que bajo la tutela de ingleses y españoles, intensificaron la cosecha de las cotizadas plantas. Mientras que el mercado español procesó las hojas acorde a la calidad demandada y las envió en barcos con rumbo a Sevilla en el año de 1620, los ingleses extrajeron las hojas de Virginia y los franceses de Haití (Náter, 2006a: 94; Sánchez, 2001: 11). El colonialismo europeo construyó en las geografías americanas los almácigos para

germinar las simientes, las naves de secado, los hornos para la fermentación y abigarró los navíos con pacas de hojas desvenadas. De los territorios colonizados se extrajeron toneladas de tabaco que fueron procesadas bajo la tutela europea en las fábricas a ultramar. Se estableció, pues, un mercado donde unos producían y otros fabricaban y comerciaban, una dispar relación entre espacios interconectados por el mercantilismo.

La ruta establecida entre el Caribe y Sevilla –particularmente entre la Nueva España, la isla de Cuba y las fábricas en la península ibérica– dispuso de un intrincada relación entre españoles e ingleses. En 1620 el control del mercado mundial lo detentaron las plantaciones inglesas en Virginia, razón por la cual la Corona española se dio a la tarea de acentuar su presencia administrativa en las colonias americanas. En ellas, el tabaco fue cultivado en el siglo XVII por un sinfín de productores esparcidos en todas las comarcas de la Nueva España y el Caribe (Deans-Smith, 1992). La disgregación de las plantaciones debilitó sobremanera el alcance comercial de los españoles, tanto dentro de la colonia como en la competencia con los ingleses. Aunado a la imposibilidad de consolidar un bloque homogéneo de productores, la inexistencia de una élite entre ellos terminó por dificultar las relaciones comerciales. Fue hasta 1740 que los españoles lograron intensificar el control, la comercialización y capitalización de las hojas, primero en Sevilla y después en Cuba (Náter, 2006a: 107). El establecimiento de la administración colonial aseguró la obtención de los dividendos que posibilitaron la inversión en buques de guerra y la expansión de los alcances imperiales.

En la Nueva España, al igual que en Sevilla y Cuba, se acentuó la administración y se edificaron numerosas fábricas donde se produjeron cigarros, cigarrillos, rapé, picadura y tabaco para mascar (Ortiz, 2002: 31). El interés que la Corona fijó en el cultivo, procesamiento y comercialización de las hojas enfatizó un solo objetivo: generar ganancias a costa de lo que se denominó “la joya favorita del Rey” (Deans-Smith, 1992; Ender, 2009; Estrada, 2015). Para lograr este cometido, la geografía de las colonias españolas próximas a la Nueva España contribuyeron con numerosas cantidades de tabaco en rama y coadyuvaron a mantener el dominio ibérico en las costas del Caribe. Desde las planicies y costas de la Nueva España, pasando por las islas caribeñas y los

territorios de Colombia y Venezuela, la siembra del *tobago* se convirtió en un elemento imprescindible de la economía colonial.

La búsqueda de mejores recursos económicos emprendida por los españoles, además de solventar la expansión de los territorios, liquidó las guerras que desde 1747 sostuvieron con el imperio inglés (Deans-Smith, 1992). Para ello, comenzaron un proceso de reestructuración económica que suscitó varias transformaciones en la sociedad colonial, la más singular, la imposición de una serie de monopolios ejercidos por el Estado. Alcanzar el dominio sobre un proceso mercantil compuesto por mercancías disímiles entre sí implicó la reconfiguración de la sociedad mediante un cambio en la lógica de acumulación. En él, los sujetos fueron definidos como individuos con derechos ante la ley, desplazando parcialmente la noción estamental que fragmentaba a la sociedad novohispana. Los indígenas, las castas y los campesinos adquirieron otras connotaciones al incorporarse en la vida económica como “individuos con talentos y méritos”, “vasallos útiles para el Estado colonial” (Pietschmann, 1991: 171). La trasmutación de las categorías generó, para beneficio de la Corona, una homologación jurídica de la población y resguardó sus intereses al integrar a los vasallos al modelo económico colonial. En este contexto, aparecen diversos estancos encaminados hacia el enriquecimiento del imperio, de entre los cuales destaca el Real Estanco del Tabaco.

Establecido 13 de agosto de 1764 por decreto del Rey Carlos III, el estanco monopolizó mediante un control vertical todos los aspectos relacionados al cultivo, procesamiento y comercialización del tabaco en la Nueva España (Deans-Smith, 1992; Hernández, 2010). Las fábricas y plantaciones que operaron a lo largo del territorio novohispano cesaron sus actividades para someterse al control de las erigidas por el Estado colonial⁸. En un periodo de seis años, la Corona despachó administradores a lo largo del territorio para facilitar la transición. En ese tiempo, los problemas en la comunicación, las distancias y las necesidades económicas del imperio dificultaron la

⁸ De acuerdo con García (1998: 81) la producción de tabaco en México antes de 1764 estuvo controlada por 327 cigarrerías que empleaban a 7 015 trabajadores, un número considerablemente mayor al que detentaban los talleres artesanales.

incorporación de las áreas cultivadas (Jáuregui, 1997: 152). Aparecieron jurisdicciones con fronteras poco delineadas y los mapas tuvieron que rediseñarse. Los intereses de quienes quedaron excluidos fueron negociados por hábiles penínsulares que compraron cosechas⁹ y redireccionaron las fuerzas productivas al lugar de producción establecido por el visitador José de Gálvez, las ciudades de Córdoba y Orizaba en el centro de Veracruz (Estrada, 2015; Hernández, 2010; Sánchez, 2001; Walker, 1984)

Dada su ubicación geográfica, la región Córdoba-Orizaba contó con las condiciones climatológicas y los fértiles suelos propicios para las solanáceas, al tiempo que permitió la comunicación directa con las ciudades de Puebla, México y el puerto de Veracruz. Rodeado de montañas, el centro del estado facilitó la defensa armada y el control del contrabando que se propagó entre los productores ajenos al estanco. Al emplear la fuerza laboral indígena de las localidades de Zongolica y Huatusco, el estanco aceleró el proceso de mestizaje y el crecimiento de población, a la par que expandió sus tierras hasta esas demarcaciones (Naveda, 2009: 24). Junto con las castas libres y el alto número de esclavos que trabajaron la caña de azúcar en Córdoba, los campesinos contratados por el estanco labraron los terrenos de los productores seleccionados. Separación que se hizo bajo un solo interés: generar un afluente constante de dividendos del tabaco. De manera que la administración colonial únicamente estableció negociaciones con los terratenientes, los grandes comerciantes de tabaco producido en sus grandes extensiones de tierras¹⁰. Con una producción que en 1770 controló el 90% del total empleado por las fábricas de cigarrillos y puros, la región se consolidó como la “joya de la Corona” al contar con 44 millones de matas sembradas (Deans-Smith, 1992: 71; Estrada, 2015: 37).

En cierta medida el estanco logró concentrar gran parte de su producción gracias a un sistema de contratos que abrevió las relaciones entre cosecheros y la administración

⁹ Ante la imposición del estanco localidades como Xalapa, Teziutlán y los estados de Campeche y Tabasco fueron desplazadas del mercado tabacalero (Gárate Ojanguren *et al.*, 2009: 64).

¹⁰ De acuerdo con Naveda (2009: 24), las negociaciones hechas por el estado colonial con los terratenientes contribuyó al empoderamiento de una élite que incrementó su dominio en la zona al administrar plantaciones de tabaco y de caña de azúcar.

colonial. Las “contratas” celebradas entre las partes estipularon la cantidad de matas a sembrar y el precio a cambio por la producción. En estos acuerdos las tensiones generadas por la valía de las hojas ocasionaron constantes fluctuaciones en la producción. En algunas ocasiones la negociación, que derivó en el establecimiento de precios de venta y el acceso a créditos, no alcanzó los montos estipulados por el desmesurado poder de los cosecheros, motivo por el cual se retuvo la producción y se entorpeció el envío de las divisas a ultramar (Deans-Smith, 1992: 71). En otras, los cosecheros sembraron un número mayor de matas al acordado con el fin de ejercer presión y obtener mayores dividendos. Dicha presión se efectuó bajo la amenaza de vender el excedente al contrabando, novohispano o europeo que traficó con las hojas (Hernández, 2010). Frente a esta complicada situación, la Corona contrató a pequeños productores conocidos como “pegujaleros” y así aseguró la circulación de ganancias y mercancías. La habilitación de estos campesinos corresponde al periodo en que las Reformas Borbónicas de 1776 redefinieron a la población, finiquitaron algunos monopolios e incorporaron a los sectores marginales a las actividades económicas (Deans-Smith, 1992; Estrada, 2015; Pietschmann, 1990, 1991).

La Reforma del Estado, en tanto cambio en la lógica de acumulación, contribuyó a la transformación de la sociedad novohispana. No sólo agilizó la obtención de ganancias, instauró un sólido grupo burocrático de “nuevos hombres” cuyo trabajo racionalizó las relaciones comerciales, también revolucionó las dinámicas al interior del monopolio. En 1790 el estanco empleó a 20 mil trabajadores cuya labor generó 15 millones de pesos (García, 1998: 81). El trabajo humano que el estanco explotó en un periodo de 26 años acentuó las contradicciones en las plantaciones. Por una parte, el importante número de esclavos que arribó a las costas de Veracruz de 1716 a 1739 contribuyó en la formación de un amplio cuerpo de trabajadores doblegados por el grillete colonial (García de León, 2001: 171). Junto a ellos, los indígenas que poblaron las regiones de Zongolica, Huatusco y Xalapa engrosaron las filas de trabajadores como asalariados o “enganchados”, es decir bajo una deuda o esclavizados (Deans-Smith, 1992: 117). Por la otra, la población “libre”, compuesta por campesinos sin tierras que laboraron en las plantaciones,

representó una minoría frente a los miles de hombres y mujeres atados a ellas por la deuda, el salario o la esclavitud.

La disímil situación entre los trabajadores al interior de las plantaciones expresa una importante contradicción en el proyecto Borbónico. Mientras que las reformas que rompen parcialmente con el monopolio de las élites (de Córdoba y Orizaba) postularon a los pegujaleros como “vasallos útiles”, los esclavos, los indígenas y los enganchados generaron las divisas que la Colonia apropió. Las políticas que incorporaron a los sectores desposeídos al proceso de acumulación representaron una estrategia selectiva que reconstruyó las relaciones sociales conforme se acentuó el mercantilismo. Al incrementar el poder de una élite de cosecheros y encontrar en ellos una traba que entorpeció la obtención de ganancias, la Corona encontró entre quienes habían sido excluidos en una primera etapa, sus aliados. El vigor con el que se gesta la vuelta hacia los pequeños productores ilustra la manera como, con el fin de preservar el flujo de divisas, la Corona reconfiguró las relaciones entre los productores.

Caso contrario al anterior se presentó en el contrabando del tabaco que compitió en tierra y mar con el control monopólico del estanco. Una vez instaurado el dominio colonial en las plantaciones, las tierras productoras que fueron excluidas por el estanco coadyuvaban la emergencia de un sistema comercial paralelo al colonial. Si bien el comercio, al menos en el caso de la Nueva España, dependió completamente del Estado que administró la delimitación de las tierras, la edificación de las fábricas, los estanquillos que distribuyeron los cigarrillos y las relaciones comerciales con los países en Europa¹¹, el mercado mundial y regional nunca cesó la demanda de hojas y cigarros baratos. Altamente penado estuvo el tráfico ilícito de las hojas y en más de una ocasión el Estado colonial hizo valer la ley de forma violenta. Conforme se incrementó el monopolio estatal en el centro de Veracruz, las regiones relegadas al norte del mismo

¹¹ De acuerdo con Sánchez (2001: 13) y Deans-Smith (1992: 8) las fábricas estuvieron ubicadas en los estados de Puebla, Veracruz, Durango y Michoacán, así como en las ciudades de México, Córdoba, Mérida y Guadalajara. La producción de cigarrillos y demás mercancías elaboradas con el tabaco se exportó a principalmente Inglaterra, Francia y España, aunque existieron relaciones comerciales con Holanda, Alemania y Escandinavia.

estado, sembraron y cultivaron las hojas en terrenos clandestinos en la sierra de Papantla (Díaz, 2008: 207; Estrada, 2015: 28).

Mediante el secado de las hojas al interior de los hogares, la transportación de las pacas por los arrieros y la complicidad de algunos sacerdotes y alcaldes mayores, el contrabando creció en las regiones de Nuevo México, Coahuila, Texas, Yucatán, Chiapas, Guerrero y Veracruz (Deans-Smith, 1992: 31). Su propagación por el territorio de la Nueva España recrudesció la violencia institucional del Estado colonial y en las costas los contrabandistas encontraron otros aliados, los piratas. Con o sin el financiamiento inglés u holandés, las embarcaciones transportaron millones de pacas que fueron recolectadas a lo largo de las costas americanas (Ender, 2009: 43). La relación entre el contrabando y el estanco es, en términos de Díaz (2008: 210), una interdependencia compuesta por el tráfico de tabaco que para finales del siglo XVIII constituyó el 40% del total en la Nueva España, así como por la complicidad de algunas autoridades coloniales.

Si bien la interdependencia entre el contrabando y el monopolio incrementaron el volumen de la producción exportada sin compartir las regalías, este paralelismo resultó indispensable en el proceso de acumulación. El contrabando preservó la actividad económica relacionada con el tabaco en las regiones exentas del estanco, sólo el tráfico ilegal y las negociaciones hechas con ingleses y holandeses posibilitaron la presencia de una geografía por detrás de la española. Las relaciones que se establecieron entre comerciantes nacionales y extranjeros iluminan los otros intereses que acompañaron la extracción de divisas hecha por el estanco. Si retomamos la lógica colonial instaurada con las Reformas Borbónicas, basada en la búsqueda de ganancias como elemento aglutinador, podremos entender al contrabando como el reflejo del proceso en regiones distantes al control que se irradió desde Veracruz. El contrabando es el elemento que complementa la explotación de los recursos naturales y del trabajo humano. No es ajeno a la acumulación y contribuye sobremanera a su dinámica desde la clandestinidad. De ahí que en algunos casos excepcionales, como por ejemplo en las plantíos de Papantla, lo producido se incorporó al pago del tributo que los grupos indígenas hicieron a la Corona.

Las actividades del Real Estanco de la Corona finiquitaron su control entre los años de 1814 y 1820. El crecimiento desmedido de los plantíos ilícitos, la ríspida situación política del territorio novohispano, la falta de materia prima en las fábricas, así como la exánime exportación de productos manufacturados a la Corona, cimentaron su fin (Hernández, 2010: 104). Hasta cierto punto, la terminación del estanco colonial dependió del control que los independentistas apropiaron conforme ganaron territorio sobre el poder Real y ello representó el control de un sistema que continuó generando divisas a favor de la causa insurgente. Después de haber solventado las guerras contra Inglaterra entre los años de 1769 a 1809 y aquellas frente a Francia en 1793 (Estrada, 2015: 133), la “joya favorita del Rey” quedó en manos de los liberales, que en 1809 se apropiaron de gran parte de sus activos y reprodujeron su lógica.

El cambio en la administración del monopolio ocurrió en un proceso mediado por la necesidad económica. Las ganancias que resultaron del comercio de pacas jugaron un papel determinante en la consolidación de los fines liberales planteados en los albores del siglo XIX. Mediante la negociación con la élite de terratenientes que emergió en los años de 1770, particularmente en las villas cosecheras del centro de Veracruz, relativamente se continuó con el control de la producción. La estructuración de campesinos y pequeños propietarios alrededor de las plantaciones devino en una transición caracterizada por enfrentamientos. La consolidación de los “resguardos”, grupos armados al mando de las élites en Orizaba, prolongó en 1826 el dominio que las familias latifundistas ejercieron en las villas (Walker, 1984: 692). Si bien generaron materia prima para las fábricas de México, Guadalajara, Puebla, Querétaro, Oaxaca, Orizaba y Guadalupe, donde emplearon a 13 316 personas, el cese del monopolio colonial abrió nuevas áreas de cultivo en otras regiones del territorio novohispano (Hernández, 2010; Mackinlay, 1998, 2001). La propagación de las plantas se guio por los intereses que otros latifundistas fijaron en los rentables recursos de las solanáceas y en la estructura comercial que el contrabando afincó a finales del siglo XVIII.

La estrecha relación entre el contrabando y los latifundistas prorrogó la acumulación de capitales al moldear una serie de mecanismos sobre los cuales sucedió la transformación administrativa de la nueva nación. El alijo del tabaco amparó la venta y comercialización de las pacas producidas en el centro de Veracruz, al mismo tiempo que compitió con los intermediarios y la especulación que agitó los precios. La venta de las hojas garantizó el dominio de las familias veracruzanas en un mercado que hasta 1833 continuó inaugurando nuevas geografías para la producción de solanáceas en México (Hernández, 2010: 106; Walker, 1984: 679). Las costas del Pacífico y del Golfo fueron los escenarios del repentino auge en la siembra y el procesamiento de una mercancía valuada en millones de pesos¹². Frente a ello, aunado a la importación de tabaco cubano y de Virginia, la oligarquía veracruzana negoció con el Estado la recomposición del monopolio en 1837. Empero, los nuevos intereses, la presencia de contrabandistas y el cambio en el modelo de nación terminaron la potestad latifundista sobre el cultivo en 1856 (Deans-Smith, 1992). Con el fin del monopolio inició la carrera por cultivar las matas a lo largo del territorio liberal. De norte a sur, regiones enteras dedicaron grandes extensiones al cultivo y procesamiento de las hojas que tantos dividendos otorgaron a la Corona. Reproduciendo las técnicas empleadas por el estanco, las nuevas plantaciones aglutinaron a miles de campesinos alrededor de un fin, producir tabaco.

En un periodo de noventa y dos años la producción de tabaco definió parcialmente el proceso que Marx (1867: 608) denominó como la “acumulación originaria” del capital. En el marco del mercantilismo que delineó las rutas comerciales y las áreas para la producción-extracción de mercancías, el tabaco arrojó ganancias anuales promediadas en dos o seis millones de pesos (Amparo, 1993; Náter, 2006b). Asimismo, configuró las relaciones que normaron la política estatal, el trabajo humano y la estructura social controlada por hacendados, eclesiásticos y militares (Naveda, 2009: 34). Redefinió la agilidad con que se obtuvieron los recursos necesarios para la guerra, la expansión colonial y la persecución del mal generado por el monopolio, el contrabando.

¹² Al respecto se enuncian los siguientes territorios: Veracruz, Oaxaca, Tabasco, Campeche, Yucatán, Nayarit, Guerrero, Colima, Michoacán, Sinaloa, Morelos y Chiapas (Hernández, 2010; Mackinlay, 1998, 2001).

El Real Estanco del Tabaco sentó las bases de un modelo productivo que engarzó las geografías de una colonia esparcida a lo largo del Caribe y consolidó el consorcio más grande de su época. Con el tiempo, la dinámica repercutió en otros procesos como aquellos del café, donde su forma de organizar el territorio y las personas estimuló la acumulación de capitales (Macip, 2005: 51). Junto con la plata, el monopolio del tabaco construyó los pilares de una sociedad basada en la venta y compra de mercancías.

La producción de mercancías como el tabaco, la instauración de plantaciones y la consolidación del monopolio más importante para la Corona, constituyen parte del proceso que Marx (1867) postuló como la antesala a las dinámicas capitalistas. En ella se gestaron tanto la disociación del trabajador de los medios de producción, como la aparición de un mercado conformado por “obreros libres” que venden su labor a quienes detentan los medios de producción. En el caso del Real Estanco del Tabaco, las reformas hechas al Estado colonial ilustran el proceso delineado por Marx al compaginar a jornaleros y latifundistas, para luego enfrentarlos en las plantaciones. El cese de actividades derivadas del tabaco en las regiones ajenas al estanco ocasionó el flujo de personas y la concentración de la producción en la región Córdoba-Orizaba. En ella se emplearon mestizos, indígenas y pardos bajo una relación salarial que estipuló jornadas de trabajo y el encadenamiento de los hombres y mujeres en la plantación. Continuando con Marx (1867: 627), al separar a los campesinos de la tierra mediante la violencia o la expropiación –en nuestro caso a través de la expansión latifundista y la implantación del monopolio colonial–, se suscitó un proceso que insertó la fuerza laboral en los nichos estipulados por las necesidades del proceso de acumulación. El arribo de trabajadores a la región central de Veracruz corresponde a la forma en que las políticas estatales construyeron relaciones salariales en espacios laborales como aquel de la plantación. A diferencia de las haciendas que explotaron el sudor esclavo, las vegas tabacaleras apropiaron la mercancía humana vuelta faena con el sueldo.

Sin embargo, la diferencia establecida entre trabajadores “libres” imbuidos en un mercado de mercancías y una élite de terratenientes amparados por las políticas coloniales, no transformó del todo a la sociedad estamental. La emergencia de una

minoría que detentó los contratos con la Corona, junto con la proliferación del contrabando y las plantaciones ilegales, significaron importantes avances en la consolidación de un modelo económico basado en la intensificación comercial y la flexibilización de las normas. Al proyectar un monopolio basado en el trato directo con grandes terratenientes, la administración burocrática colonial consolidó el poder de una élite que limitó los alcances productivos del estanco. La contraposición latifundista a las necesidades coloniales generó la incorporación de los pegujaleros a la estructura vertical. Tras definirlos como individuos “útiles”, su adhesión a las plantaciones paleó la autoridad latifundista y profundizó la influencia colonial en la sociedad novohispana. El trato con los pequeños productores permitió la absorción y circulación de la fuerza laboral que arribó a la región de Córdoba-Orizaba luego que el estanco “abrió el paso a la agricultura capitalista” (Marx, 1867: 627). En este sentido, la reforma a las categorías y las políticas propias del monopolio denotan una estrategia colonial construida en la negociación y no en la imposición. El consenso ejercido por el Estado colonial preservó la acumulación y sentó el precedente de un ejercicio de poder, una forma de hacer política.

Por otra parte, continuando con el argumento esgrimido por Marx (1867: 627), la conformación de un grupo de hombres y mujeres dispuestos a vender su fuerza de trabajo no dependió exclusivamente de las condiciones en las que se enfrentaron con aquellos que detentaron los medios de producción, hubo otros elementos a considerar. Marx (1867) alude al paso del tiempo, a la repetición constante de las relaciones dónde la “tradicción”, la educación y la “costumbre” sometieron a los trabajadores a las “leyes naturales” del capitalismo. La “naturalización de la dominación” correspondió en nuestro caso, a un complejo proceso que inicia con el surgimiento del poder caciquil y las resistencias que violentamente contrarrestaron el detrimento de sus intereses, continúa con las negociaciones hechas por el Estado y finaliza con la prosecución del cultivo bajo el monopolio de una oligarquía. Bajo el amparo del “poder estatal” (Marx, 1867: 627), los latifundistas definieron las condiciones laborales y salariales que ataron el trabajo a las plantaciones, ampliaron su producción y controlaron el mercado. Del mismo modo, ingenieron técnicas para encadenar el trabajo humano a la plantación. Conforme las

extenuantes jornadas ocasionaron el descenso en la fuerza laboral, la deuda o el “enganche” ahondaron la dependencia de los jornaleros y preservaron el poder de una élite sobre el resto de la población. Junto con las prácticas de explotación, el resguardo estatal del monopolio y la subordinación de los campesinos, se forjó el crisol de la acumulación originaria en la región del centro de Veracruz.

Aunado a lo anterior, mecanismos como la habilitación de los terrenos mediante el crédito, el proteccionismo estatal ejercido durante y después del control colonial, la administración puntual del proceso productivo (desde la siembra hasta el empaque) y la erradicación de intermediarios son el desenlace de un modelo inaugurado en Sevilla e instaurado en América por burócratas. Conjugando las experiencias españolas con las particularidades de la Nueva España, se articuló a lo largo de noventa y dos años el monopolio de un cultivo que pasó de excéntrico a producto de primera necesidad. Su difusión recorrió los puertos y caminos que el mercantilismo acotó de acuerdo a los terrenos sobre los cuales trazó sus rutas. En este sentido, el Real Estanco del Tabaco novohispano no corresponde a su símil español, cubano, venezolano o puertorriqueño, cada uno deriva de las particularidades y contextos que los favorecieron. Todos, al final, integraron diferentes procesos que, al entrecruzarse los unos con los otros, devinieron en la articulación de trabajadores, recursos, geografías y medios de producción.

De la mano del mercantilismo colonial, el Real Estanco del Tabaco cimentó las bases para la acumulación, no sólo de capital, también de relaciones sociales. La estructuración de regiones y de jornaleros, la edificación de fábricas y la formación de una amplia masa de trabajadores, dieron forma a una dinámica que determinó las actividades agrícolas en México y principalmente en Veracruz. La gestación de una sociedad polarizada resultó de un proceso planificado y puesto en práctica en las reformas al modelo de acumulación en la época Colonial. La intensificación del trabajo en los cultivos, la ampliación de las tierras de cultivo y la paulatina erradicación de los estamentos, acompañaron la gestación de una sociedad basada en la venta y compra de mercancías. Las relaciones sociales encubiertas por mercancías como el tabaco, son el resultado de un proceso histórico más o menos organizado, siempre negociado y

confrontado por quienes lo pusieron en práctica. La historia del Real Estanco del Tabaco es la antesala a otros momentos y coyunturas que, junto al tabaco, delinearon las geografías en México y el mundo.

Por último, no es fácil sembrar tabaco y tampoco lo es monopolizar su producción una vez que, por ejemplo, el cultivo se propagó a lo largo del territorio. La instauración del Real Estanco del Tabaco, junto con las reformas hechas por el Estado permiten atisbar los antecedentes de un proceso enérgico que reconfiguró las instituciones que lo componen con el fin de asegurar su reproducción. Ejemplo de ello son las plantaciones tabacaleras de la época colonial y la sistemática forma en que trocaron el entorno que las contuvo para explotar al máximo los recursos –naturales y humanos– encontrados en él. En tanto herramienta de producción, el estanco y la constelación de plantaciones que lo conformaron, configuraron diversos elementos del sistema actual. Desde la administración de los recursos que posibilitaron el máximo rendimiento de lo sembrado, pasando por la alianza con el Estado que limitó la competencia y aseguró la ganancia, hasta la incorporación de los sectores marginales de la población mediante el salario, todos constituyeron elementos que moldearon el desarrollo de relaciones sociales atadas a la lógica de la acumulación. Pero el estanco colonial no fue la única instancia en la que un monopolio controló el proceso productivo del tabaco. Lo que continúa ilustra la forma en que las olas de acumulación se superponen una sobre otra, reconfigurando en el proceso los elementos del pasado en las condiciones del presente.



Uno tras otro, el trabajador apila los puros que más tarde serán inspeccionados. [Foto: el autor, noviembre 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

Presencia de trasnacionales: tercera parada, el mercado internacional del tabaco en México

"... El azúcar llega a su destino humano por el agua que lo derrite, hecho un jarabe; el tabaco llega a él por el fuego que lo volatiliza, convirtiéndolo en humo. Blanca es la una, moreno es el otro. Dulce y sin olor es el azúcar; amargo y con aroma es el tabaco. ¡Contraste siempre! Alimento y veneno, despertar y adormecer, energía y ensueño, placer de la carne y deleite del espíritu, sensualidad e ideación, apetito que satisface e ilusión que se esfuma, calorías de vida y humaredas de fantasía, indistinción vulgarota y anomía desde la cuna e individualidad aristocrática y de marca en todo el mundo, medicina y magia, realidad y engaño, virtud y vicio. El azúcar es ella; el tabaco es él... La caña fue obra de los dioses, el tabaco lo fue de los demonios..." (Ortiz, 2002: 14)

Una vez cosechadas las matas del tabaco, los trabajadores en el campo forman manojos con las hojas llamados *matules*. Atándolas por el tallo, los campesinos entrelazan las plantas individualmente para colgarlas al interior de las galeras de secado ubicadas a un costado de los campos cultivados. De arriba hacia abajo atan los *cujes* que sujetan los fajos en estructuras de madera que alcanzan los diez metros de altura. Conforme los trabajadores acondicionan el espacio, la luz que entra al lugar pierde terreno ante la sombra proyectada por los tramos de tabaco amarrado. Largas líneas verdes recomponen el interior de las galeras y el aroma de la planta emerge de entre las matas aún frescas. En estos amplios espacios recubiertos por láminas y varas de carrizos permanecen colgados los fajos uno junto al otro y los trabajadores vigilarán la deshidratación de lo cosechado. Semanas enteras estarán resguardados los *matules* de las plagas e inclemencias del tiempo, en momentos se encenderán fogones al interior de las galeras para acelerar el proceso de secado y en otros se abrirán las puertas para ventilar el espacio. El calor que emiten los grandes trozos de leña encendidos harán que las hojas cambien del color verde claro a un tono oscuro y café, característica singular del tabaco previo a su fermentación.

En la gran mayoría de los campos –si no es que en todos– las galeras ocupan un espacio dentro de la distribución del terreno. Ubicadas a un costado de los surcos y

aledañas a las vías de comunicación, las estructuras metálicas forman parte del paisaje al arribar a una plantación. El silencio que las invade en la temporada de siembra y cultivo se contrapone al bullicio que hacen los jornaleros al organizar los *matules*. En las galeras también se forman las *trojes*, amplias torres de tabaco empacado que luego de ser descolgado de las estructuras es seleccionado por trabajadores especializados. Una por una son catalogadas las hojas de acuerdo al tamaño, color y forma. Todas serán engavilladas en paquetes compuestos por 40 plantas con las mismas características. Del campo salen las pacas con rumbo a las fábricas o almacenes, en donde son fermentadas mediante el calor que se conserva al interior de las *trojes* mientras el aroma a tabaco que irradian las pilas inunda el espacio que las alberga.

El secado del tabaco se hace en un espacio construido expresamente para ello. Anualmente los jornaleros realizan los preparativos en las galeras antes del arribo de los *matules*. Se fumiga el área, se corrigen los imperfectos en la estructura metálica y se recubren las paredes con carrizos o trozos de madera. Las galeras, a diferencia de los campos que pueden cambiar de cultivo, son exclusivamente edificadas para el secado del tabaco. Corresponden a la infraestructura construida y a los elementos físicos de un proceso que comprende diferentes espacios. Su presencia en el terreno aledaño al cultivo denota la dependencia que establece el campo con el tabaco, el lazo que ata a las tierras con la mata. Del mismo modo que las galeras y su permanente presencia en el campo, el proceso que conformó el cultivo del tabaco en México tiene elementos que persistieron y otros que resultaron de las particularidades del contexto. En este sentido, el presente apartado se da a la tarea de rastrear el segundo episodio que determinó las características del cultivo de tabaco en San Andrés Tuxtla. Nos referimos al monopolio que las trasnacionales estadounidenses detentaron en las décadas de 1950 y 1970. Para ello describimos el entorno que posibilitó la presencia y desarrollo de las empresas estadounidenses en el contexto de movimientos, negociaciones y condiciones estructurales gestadas por un proyecto de nación determinado por las necesidades del capitalismo.

La acérrima expansión de los latifundios a través del despojo y el acaparamiento de los terrenos fértiles caracterizó las últimas décadas del siglo XIX (Bartra, 1972: 665). La polarización de la población derivada de la asimétrica propiedad de la tierra, además de la dependencia que la nación estableció con los mercados internacionales, determinaron un periodo de intensa acumulación capitalista. La “paz porfiriana”, nombre impuesto al lapso de tiempo que concentró dividendos en manos de una minoría, ahondó las dinámicas económicas y políticas que transformaron al país en los albores del siglo XX. La construcción de la infraestructura necesaria para estimular la extracción de mercancías y el tránsito de personas, además de la férrea presencia del Estado en la política y economía, precisaron un periodo de relativa paz en el proceso capitalista que se gestó. En 1910 se generó la ruptura entre el México decimonónico y el moderno, entre las “tradiciones” y las nociones de ciudadano e individuo (Martínez Assad, 1994: 487).¹³ Si bien no compartimos del todo esa categorización –ya que definimos a la historia como un proceso continuo compuesto por periodos más o menos delineados que se superponen y conjugan entre sí–, asumimos que ejemplifica un punto de crisis en el capitalismo mexicano.

Según De la Peña (1983: 713), las primeras décadas del siglo XX son los años en los que concluye la “acumulación originaria” y, con ello, la instauración del capitalismo en México. Empero, la acumulación ya había desligado a los trabajadores de los medios de producción un siglo atrás y la concentración de la propiedad privada en manos de latifundistas configuró la clase compuesta por terratenientes que produjeron las materias primas para la incipiente industria que pobló regiones como aquellas del centro y sur de Veracruz. Del mismo modo que Martínez Assad (1994), García (1998: 74) define los siglos XIX y XX como los periodos en que se funda el régimen de producción capitalista en México luego que ciudades como Puebla, Xalapa, Orizaba, Guanajuato, Guadalajara, Querétaro, México y Monterrey, dieron cabida a empresas de carácter capitalista. A

¹³ Al respecto podríamos abundar si retomamos el proceso inaugurado por las Reformas Borbónicas en donde las nociones de “ciudadano”/vasallo e individuo adquieren relevancia en la recomposición de las fuerzas productivas (Pietschmann, 1990, 1991). El énfasis puesto en estas categorías en el periodo revolucionario y posrevolucionario retoma el pensamiento que direccionó las políticas liberales del siglo XIX. No hay pues una ruptura entre la “tradicción” y la “modernidad”, sino la emergencia de nuevas dinámicas en las que la categoría de individuo corresponde a la lógica capitalista.

diferencia de García y De la Peña, postulamos la noción de una historia caracterizada por largos periodos de acumulación, crisis y revolución. Periodos que no pueden definirse como “capitalistas” solo por la instauración de dinámicas laborales o espacios de trabajo, sino que se deben precisar los procesos que entretujan las relaciones sociales que derivaron en la configuración de clases en México. Partir del entendimiento del capitalismo como un proceso que estructura la reproducción de la vida a través de mercancías, espacialidades y relaciones entre personas complejiza el entendimiento de la historia y aventaja a aquellos que esbozan ciclos mediante fechas de inicio y final (Harvey, 1998; Roseberry, 2002). Los matices que emergen del análisis aquí propuesto corresponden a un esfuerzo por develar los intrincados mecanismos de un proceso continuo gestado por las dinámicas de un mundo interrelacionado, donde lo local estuvo estrechamente vinculado a lo global.

Continuando con el análisis, en el siglo XX el proyecto de nación posrevolucionario fijó al campesino como uno de los engranes del Estado. La recomposición de las fuerzas productivas luego de la insurrección campesina de 1910, articuló a los trabajadores del campo como un pilar en el proyecto de la nación contemporánea. Tras definirlos como *farmers* en el gobierno de Obregón y como minifundistas bajo la autoridad de Cárdenas, los campesinos y su pertinencia en el programa del Estado pusieron de manifiesto el uso político que la categoría tuvo en el desarrollo de su incorporación al proyecto hegemónico (Bartra, 1976: 329). Si bien las definiciones estatales fueron ejercicios por homologar a la población, partir de las relaciones que los campesinos establecieron con los medios de producción permite analizarlos en el contexto del proceso que los afincó en la estructura estatal.

En Bartra (1972: 661) por ejemplo, los campesinos aparecen desposeídos de un terreno que cultivar, atados a la propiedad privada de una clase terrateniente mediante el pago de la renta, el jornal y el salario. Esta relación determina parte del proceso que recubre la aparición de un “proletariado agrícola” que depende de la clase que se beneficia directamente de la renta y el trabajo asalariado, “la burguesía agrícola”. Retomar categorías como la “renta” y el “salario”, arroja luz sobre el proceso que se

gestó a lo largo del siglo XIX, que en el XX acompañó las demandas revolucionarias y determinó muchas de las relaciones que los campesinos desposeídos establecieron con plantaciones y haciendas. Sin embargo, presentar a los campesinos como un “proletariado agrícola” demanda mucho de quienes trabajan en el campo, los homologa bajo una categoría que enuncia las relaciones capitalistas a la vez que niega otras dinámicas en el proceso. Si retomamos aquellas narraciones que describen el trabajo de los “enganchados”, donde el salario se define como una deuda, y la “libertad” con la que el campesino vende su trabajo corresponde a diversos factores (esclavitud, trabajo forzado como prisionero o la inserción a la plantación a través del engaño), podemos presentar otros elementos a considerar. Denominar a los campesinos “proletariado” responde más a un posicionamiento político que encubre la forma en que los agricultores trabajaron las tierras junto con jornales contratados. Del mismo modo, la categoría de “burguesía agrícola” constriñe el abordaje de los terratenientes que acapararon grandes extensiones de tierra, negociaron con el Estado, usufructuaron la renta y, junto con el “proletariado”, estructuraron las relaciones en el campo. Continuando con nuestro argumento, planteamos que partir del entendimiento dicotómico de las relaciones de explotación que emanan del proceso capitalista limita el análisis de los matices y los momentos en los que las nociones de “proletario” y “burgués” se desdibujaron para preservar la lógica de la acumulación.

A manera de posibilitar una postura más compleja que aborde el proceso en el que se enfrentan campesinos y terratenientes, retomamos a Gramsci (Crehan, 2004: 43), quien plantea que las categorías de “campesino”, “proletario” o “nación” deben ser pensadas como “constructos prácticos” que faciliten el acercamiento y entendimiento de las realidades que enmarcan la vida de estos grupos y no “las entidades” de esas realidades. En este sentido, partimos del entendimiento de los procesos que enmarcan a las poblaciones que trabajan y explotan los recursos en el campo, su heterogeneidad y la presencia de un pasado históricamente configurado. En el caso del proyecto de nación en México, el Estado moldeó la idea del campesino en relación con las necesidades de quienes enarbolaron el poder, con los vínculos que se construyeron entre aquellos que detentaron la tierra, la trabajaron y quienes se apropiaron las ganancias al negociar con el

Estado. Los campesinos en nuestra apreciación dependen de las particularidades de sus contextos, historias y espacialidades.

El proyecto de nación posrevolucionario aglutinó a los contingentes de campesinos alrededor de la tenencia de la tierra. Con el fin de pacificar a la población, el Estado inauguró en 1920 el reparto agrario que reorganizó la potestad del 97% de las áreas cultivables detentadas por latifundistas. La asimétrica relación entre una minoría latifundista y una “masa de campesinos” (el 96% del total de los habitantes del país), dimanó en la formación de organismos sujetos a los designios estatales. Los ejidos, definidos como “instituciones agrarias” normadas por estructuras jurídicas ejercidas por los habitantes del lugar –asamblea ejidal, comisario y consejo de vigilancia–, coadyuvaban a regular los brotes de violencia y administraron los aspectos demográficos y sociopolíticos de los agricultores (Léonard *et al.*, 2003a: 16; Quesnel, 2003: 42). Bajo esta estructura, el repartimiento de parcelas determinó las relaciones sociales y de poder al interior de la institución agraria. El detentar un título ejidal inscribió a una minoría en la participación jurídica del organismo agrícola y la parcela definida como “patrimonio” homologó y acentuó el sentido de pertenencia en la estructura ejidal. Análogamente, los ejidos dispusieron a los campesinos bajo nociones que reforzaron el beneficio “común” y la proximidad a los designios estatales. La explotación de los recursos naturales (tierras, bosques, pastos, agua) y la inclusión o exclusión de nuevos ejidatarios, dependieron de las discusiones sostenidas por la minoría beneficiada. Junto con esta forma de organización, los ejidatarios quedaron ligados directamente a las instituciones gubernamentales locales (municipales y regionales) y a la maraña de relaciones mercantiles establecidas nacional e internacionalmente (Léonard *et al.*, 2003a: 17).

No obstante, el reparto de la tierra normado por la Ley Agraria favoreció indirectamente la génesis de un proceso contrapuesto al beneficio ejidal. Si bien los créditos otorgados a los ejidatarios por el Banco Nacional de Crédito Agrícola estimularon las actividades productivas en el campo al financiar la compra de maquinaria e intermediar en la venta y producción de mercancías (Cristiani, 1988: 132), el desarrollo impulsado desde ellas fue contrarrestado por los intereses privados. La conformación de

los ejidos delimitó regiones donde el común retomó el control de las áreas cultivables, reconfigurando el acceso a los recursos en perjuicio de los intereses latifundistas. El reordenamiento de los terrenos generó la respuesta violenta de la élite agrícola que, después de establecer una alianza con los mandos militares encargados de ejercer las políticas estatales, limitaron el alcance de los ejidos. El acuerdo celebrado entre caudillos y terratenientes consistió en la defensa de la propiedad privada. A cambio, los milicianos obtuvieron tierras cedidas por latifundistas y, con el tiempo, los militares empoderados conformaron una nueva clase de terratenientes aliada con los potentados del campo (Fowler, 1970: 235; Katz, 1988: 494).

Entre las décadas de 1930 y 1940 se incrementó el número de tierras bajo el control ejidal. Mientras que en 1930 el reparto agrario distribuyó únicamente el seis por ciento del total de las propiedades (es decir sólo una de cada cien particulares), el mandato de Lázaro Cárdenas asignó 20 millones de hectáreas a los campesinos, aumentando con ello el porcentaje de parcelas en manos de ejidatarios del trece al cuarenta y siete por ciento. El incremento de territorios afiliados al Estado reflejó un cambio en la capitalización del campo al pasar del cuatro al cincuenta y tres por ciento (Calderón, 1986: 186; Cristiani, 1988: 131; Falcón, 1979: 678). No obstante, las alianzas entre latifundistas y caudillos circunscribieron los designios presidenciales y en un periodo de diez años consolidaron un “neo-latifundismo” militar. Con la participación activa de las tropas, los potentados del campo resguardaron sus propiedades ante la “reserva rural”, un grupo armado de 60 mil hombres que tuvo como principio “defender al campo con el máuser que hiciera la revolución” (Cristiani, 1988: 138). La vorágine de acontecimientos suscitados en la década sentó un precedente en las ríspidas negociaciones entre latifundios y el Estado.

Luego que el sexenio de Cárdenas acentuó el antagonismo caciquil, las políticas estatales de los sexenios de Manuel Ávila Camacho y Miguel Alemán Valdés se distanciaron de las organizaciones ejidales (Foley, 1995: 61). En la década de 1940 la recomposición de los pactos con granjeros afiliados al designio presidencial fortaleció las producciones privadas en detrimento de las comunales. Mediante programas asistenciales

que favorecieron la construcción de empresas agrícolas dotadas de paquetes tecnológicos, financiamiento y la asistencia en la comercialización de sus productos (Calderón, 1986: 188) se invierte el papel del Estado en el desarrollo de las actividades agrícolas. Con la asistencia estatal, los granjeros conformaron un bloque que acentuó el individualismo y quebrantó el cooperativismo ejidal instituido en la década de 1930. La desintegración de la coalición Estado-ejido menguó la comunión instaurada con los ejidatarios al favorecer la renta o venta de las parcelas a las empresas. La carencia de ganancias ocasionó que muchos ejidatarios cedieran el “patrimonio revolucionario” a granjeros y terratenientes que los aventajaron económicamente. Asimismo, la búsqueda de vías de comercialización ajenas a las erigidas por el Estado facilitó el control que los intermediarios hicieron de las producciones ejidales (Foley, 1995: 61). En este sentido, el cambio en las políticas estatales incrementó el control privado de las actividades agrícolas y elevó el número de campesinos desposeídos y asalariados. El latifundismo auspiciado por el Estado reconfiguró la acumulación de capitales al apropiarse los terrenos con los mejores recursos e intensificar la dependencia de los ejidatarios. Con la formación de las empresas agrícolas inició un proceso selectivo que se instauró en las regiones propicias para la producción de cultivos ajenos a las necesidades de la población.

La “revolución verde”, derivada del cambio en las políticas estatales de 1940, restauró el control privado de las producciones campesinas. Junto con la propagación de potreros, el cultivo de granos empleados en la engorda de animales y la edificación de empresas agrícolas, el control estratégico ejercido por la iniciativa privada dispuso las condiciones que transformaron una vez más el campo mexicano. En 1940, posterior a la relevancia que adquirieron los productos agrícolas en el mercado internacional, el Estado mexicano impuso una serie de medidas proteccionistas que fortalecieron el crecimiento estratégico de ciertos sectores productivos en el país. La institución de la política denominada “Industrialización Sustitutiva de Importaciones” en 1947, intensificó las actividades petroleras y favoreció la emergencia de regiones dominadas por maquiladoras. La exportación mexicana de productos agropecuarios como el cacao, el plátano, el café, la caña de azúcar, el algodón y el tabaco, solventó una tasa de crecimiento anual del 6.5% que se sostuvo hasta la década de 1980 (García, 1998: 106;

Guillén, 2005: 204). Bajo esta premisa, México emprendió un desarrollo “hacia dentro”¹⁴ fincado en la exportación agrícola y la importación de manufacturas consumidas por la población urbana (Guillén, 2005: 191; Pradilla, 2009: 224).

El reacomodo de las fuerzas productivas acotado por el Estado no solo generó el desarrollo industrial, también auspició el florecimiento del control trasnacional de ciertos productos agrícolas. En el caso que nos atañe, el proteccionismo estatal de 1940 limitó las importaciones de cigarrillos hechas por las empresas estadounidenses. Ante la demanda internacional de tabaco, las empresas habilitaron a pequeños productores en la siembra de las matas, con ello, la producción de materia prima adquirió relevancia en los intereses de las trasnacionales. Mientras que el Estado percibió importantes ingresos derivados de los impuestos fijados a la importación de cigarrillos, las trasnacionales intensificaron la producción regional de las plantas en el territorio nacional. El arribo en 1920 de la empresa *British American Tobacco Company* delineó gran parte de la geografía ocupada en la producción de las solanáceas al habilitar a campesinos en la costa del Pacífico mexicano por medio de paquetes tecnológicos (Léonard *et al.*, 2000a: 843; Teubal, 1987: 347). Las negociaciones empresariales con los ejidatarios nayaritas establecieron las condiciones idóneas para la intensificación del cultivo luego de garantizar la estabilidad en los precios de insumos y venta de la producción. A la luz de la competencia del tabaco rubio producido con capitales estadounidenses con el oscuro cultivado en las costas del Golfo, la situación cambió en un periodo de seis décadas.

Para 1900 había en México 766 compañías dedicadas a la producción y manufactura de cigarros y cigarrillos. De entre esas empresas destacaron *El Buen Tono*, *La Tabacalera Mexicana* y *La Cigarrera Mexicana*, todas propiedades de capitales franceses, españoles, alemanes y una minoría mexicana (Mackinlay, 2011: 220; Teubal, 1987: 347). En San Andrés Tuxtla, por ejemplo, el desarrollo del cultivo dependió de inversionistas alemanes y españoles que arribaron al lugar para producir importantes cantidades del tabaco oscuro endémico de la región. Su llegada en los albores del siglo

¹⁴ A nivel internacional, las políticas proteccionistas mexicanas acompañaron un proceso de desarrollo de industrias rurales en países como Argentina, Brasil, Chile, Colombia y Uruguay (Guillén, 2005: 191).

XX, se reflejó en cambios en las vías de comunicación y la intensificación del cultivo. A través de estrechas negociaciones establecidas con los campesinos locales y las familias de terratenientes, las empresas explotaron gran parte de las áreas cultivables de la región. El arribo de los inversionistas devino en el lugar privilegiado que tiene el tabaco san andresino en el mercado nacional. Hemos de aclarar que el comercio del tabaco en México siempre dependió de dos variedades: el oscuro (endémico de la región del Golfo) y el rubio (sembrado por capitales extranjeros en las costas del Pacífico). Al dividir al país en dos grandes regiones, el mercado del tabaco ahondó la dependencia de los productores a estas variedades, quienes en raras ocasiones sembraron otras.

A nivel internacional, el triunfo en la competencia establecida entre las dos variedades de tabaco lo tuvo aquella cultivada por las transnacionales estadounidenses. Teniendo al continente Europeo como principal consumidor, el capital estadounidense propagó la producción del tabaco rubio a lo largo de Estados Unidos y en latitudes de América Latina, particularmente en México. Tras fusionar en las primeras décadas del siglo XX a los cinco consorcios que controlaron el 90% de la producción en Estados Unidos, se inauguró la empresa *American Tobacco Company* (Mackinlay, 2011: 219). Como aconteció en la época mercantil, el tabaco dominado por la firma estadounidense controló el gusto de los consumidores al imponer su producción en la manufactura de cigarrillos. Las hojas rubias de la solanácea monopolizaron el comercio internacional de la mano de las políticas expansionistas norteamericanas; razón por la cual, después de la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, decae la producción del tabaco oscuro en el mundo ante la demanda de la variedad rubia (Saavedra, 1961: 526).

En México, el control estadounidense de los cigarrillos fue ejercido por la empresa *El Águila*, filial del consorcio que acaparó en 1950 el 95% de la producción con una significativa contribución de *La Tabacalera Mexicana* (Bracho, 1990: 67). En 1956, después de la implementación de las políticas proteccionistas de 1940, el dominio estadounidense indagó la pertinencia de los terrenos de Nayarit con el fin de cultivar la totalidad de su materia prima acotada por las variedades *Virginia* y *Burley*. Bajo la dirección de la filial *Tabaco en Rama (Tersa)*, la compañía *British American Tobacco*

Company habilitó dos mil hectáreas en 1959 y seis años después triplicó la extensión de su control (Bracho, 1990: 67; Mackinlay, 2011: 225). En el contexto de la “sustitución de importaciones”, México incrementó la exportación de materias primas como el tabaco a tal grado que duplicó las cantidades producidas entre 1950 y 1957, pasando de 35.4 a 79.9 mil toneladas. En un periodo de seis años, el consorcio estadounidense consolidó su dominio al ubicar a Nayarit como el principal productor de las hojas, seguido por Veracruz (estado que aportó 14 680 toneladas) y en último lugar Oaxaca. Empleando a un cuarto de millón de personas en el país (de los cuales 150 mil fueron campesinos) y con inversiones anuales de 250 millones de dólares, el consorcio estadounidense consolidó la potestad sobre la producción de tabaco tras producir un promedio de 60 mil toneladas al año en la década de 1950 (Saavedra, 1961: 520).

La expansión del cultivo de tabaco administrado en México por las filiales de la *British American Tobacco Company*, contribuyó al control detentado por Estados Unidos a nivel mundial. La producción global de tabaco, que en 1952 acumuló dos millones y medio de toneladas, fue sobrepasada en 1958 por un 30%, es decir, un millón de toneladas más (Saavedra, 1961: 518). El aumento en el número de fumadores en países europeos y las facilidades presentadas por las políticas “proteccionistas” mexicanas, posicionaron al mercado estadounidense como el número uno del mundo. Seguido por países como India, Brasil, Japón y Turquía, los Estados Unidos colocaron en el comercio internacional de las solanáceas, a final de la década de 1950, 787 mil toneladas, que representaban el 22.5% del total (Saavedra, 1961: 519). Ahora bien, la dinámica comercial no concluyó con la acumulación de toneladas de tabaco, la circulación fue otro de los elementos donde destacó la habilidad del dominio estadounidense. El posicionamiento de las marcas detentadas por las trasnacionales permitió la edificación de un mercado conformado por el gusto de los cigarrillos elaborados con tabaco rubio. Países como Inglaterra, Australia, Francia, Alemania, Holanda y Bélgica consumieron 337 mil toneladas, mientras que en el territorio latinoamericano las trasnacionales controlaron entre el setenta y el cien por ciento de los cigarrillos fumados (Saavedra, 1961: 524; Teubal, 1987: 346).

La expansión del mercado estadounidense y el posicionamiento de sus marcas no correspondió únicamente a las producciones generadas dentro y fuera de su territorio, sino a la incorporación de otras plantaciones y a la importación de pacas. El aumento en la demanda, la intensificación de la producción y las concesiones otorgadas por los gobiernos, posibilitaron la industrialización mundial del campo. Pero las negociaciones hechas localmente con terratenientes y campesinos definieron el éxito del proceso inaugurado por la *British American Tobacco Co.* En el caso de México, la celebración de contratos que estipularon la cantidad y calidad de las hojas, estrecharon los vínculos entre las decisiones internacionales y las necesidades locales. Al rentar la parcela o el terreno a la trasnacional, el campesino entró en la dinámica de un mundo dominado por la especulación y la explotación. Aunque les otorgaron paquetes tecnológicos, asistencia especializada en el cultivo y el financiamiento necesario para sembrar y cultivar las matas (Mackinlay, 1998: 213), las relaciones asimétricas entre los campesinos y el resto del mercado acentuaron los conflictos en el proceso productivo. El volátil cambio en los precios demandó mayor trabajo por menor ganancia, intensificó el uso de la tierra y doblegó el poder que algunos campesinos pensaron poseer. Fueron las fluctuaciones en el mercado y el sometimiento que las filiales irradiaron en el territorio de Nayarit, parte de los motivos que desencadenaron la inconformidad de los campesinos.

El distanciamiento del Estado de las plantaciones de tabaco también contribuyó en la conformación del dominio trasnacional en la costa del Pacífico. Las políticas implantadas en 1940 favorecieron el desarrollo de las empresas agrícolas en las regiones propicias para la explotación intensiva de los recursos naturales y humanos. Aunado a ello, la selección de ciertos cultivos devino en el resguardo estatal de algunos territorios y no de la totalidad de la geografía nacional. Al incentivar determinadas ramas de la economía mexicana, el Estado abrió las puertas a las trasnacionales y a la recomposición de las relaciones en el campo. Los latifundios incrementaron su poder luego que el Estado definió sus actividades como empresariales al recibir los estímulos financieros y tecnológicos de las filiales de la *British American Tobacco Co.* Asimismo, el desmantelamiento de las propiedades ejidales a través de la renta o la venta de las parcelas, incrementó el número de trabajadores dispuestos a cultivar sus terrenos o los

ajenos. Hasta este punto, el desarrollo de la acumulación capitalista delineó una serie de antagonismos que profundizaron la explotación del campo, sus recursos y de quienes lo habitaron.

En 1961, el Estado intervino el cultivo y la comercialización del tabaco en México. Luego de una década y media de dominio trasnacional, de un monopolio que controló la producción y circulación de las matas, las organizaciones fieles al Estado entablaron negociaciones con las grandes empresas. En esa década, el 81.4% del tabaco cultivado en México se obtuvo en Nayarit, mientras que otras regiones como Veracruz y Oaxaca contribuyeron con el 6.39% y el 3.33% respectivamente (Mackinlay, 2011: 234). La polarización de la producción favoreció el cultivo de las variedades *Virginia* y *Burley*, desplazando el consumo de tabaco oscuro. No obstante, en la producción de las cajetillas se continuó usando hojas endémicas al grado de establecer una relación de cinco a uno frente a las elaboradas con variedades rubias. En 1960, México exportó 1 450 millones de cajetillas de tabaco e importó 75 millones confeccionadas con producciones rubias, las cuales se sumaron a los trescientos millones fabricados en México bajo la tutela de las filiales estadounidenses (Saavedra, 1961: 547). Por lo que la exportación de toda la producción nacional desplazó el consumo de las matas endémicas profundizando así la dependencia al mercado internacional dominado por Estados Unidos. El cambio en el consumo, aunado al aumento en la exportación, limitaron las producciones tabacaleras y avivaron el descontento campesino en los estados de Veracruz y Oaxaca.

La presencia del Estado en el cultivo de las matas estabilizó los precios del tabaco entre los años de 1966 y 1972. La intervención de la Central Nacional Campesina (CNC) reestructuró los contratos al demandar la habilitación colectiva, mejores condiciones laborales y un aumento en los precios (Bracho, 1990: 67; Mackinlay, 2011: 241). Empero, en el campo no todos los campesinos estuvieron afiliados a la CNC, razón por la cual muchos de los grandes productores prolongaron el monopolio ejercido por las seis grandes empresas. Encabezadas por la filial *Tabaco en Rama (Tersa)*, cuatro de las firmas controlaron la producción nacional de cigarrillos y las dos restantes exportaron materia prima (Mackinlay, 1998: 214). Mientras que en 1900 operaron en México 766

empresas dedicadas al ramo del tabaco, en 1960 sólo continuaron en pie 40 y para 1973 quedaban doce (Teubal, 1987: 347). En este contexto, las negociaciones estatales se entablaron con las filiales de las firmas estadounidenses *Philip and Morris* y *British American Tobacco Co.* Las demandas por finiquitar el acaparamiento de tierras al delimitar el número de hectáreas habilitadas, el aumento del área cultivada, la estandarización de la calidad y la inclusión de los trabajadores al Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), no encontraron en las empresas una respuesta favorable. Tras la formación en 1966 del Comité Nacional del Tabaco, que buscó serenar los antagonismos emanados del campo, las negociaciones entre el Estado, la CNC, los ejidatarios y las transnacionales claudicaron resultando en la continuación del monopolio.

La dependencia que el país estableció con el mercado internacional a través de la exportación de productos agrícolas con el objetivo de subsidiar la industria petrolera y maquiladora, abonó el terreno para la consolidación de un monopolio transnacional. Parafraseando a Bartra (1979: 186), podemos decir que esta dependencia correspondió a un proceso capitalista que expropió tierras a los campesinos para otorgarlas a los empresarios agrícolas, a la par que preservó algunos ejidos que contribuyeron en la producción de las materias primas exportadas. En este sentido, la primera mitad del siglo XX es un periodo en el que el Estado y sus políticas definieron las dinámicas del proceso capitalista. Las alianzas que entablaron ejidatarios, latifundistas y empresarios expresaron las necesidades que el proceso tuvo en un periodo de intensa acumulación. Después de conformar un amplio grupo de campesinos afiliados en torno a los ejidos, el Estado dio un giro en la política y auspició la formación de intereses privados sobre las propiedades comunales., A decir de Abrams (1977), el Estado legitimó lo ilegítimo al subsidiar la expansión de latifundios definidos como empresas agrícolas e intensificar la exportación de productos en beneficio de intereses del mercado internacional. Después de haber sido un mediador, el Estado mexicano propició la profundización de las diferencias entre productores y trabajadores en las regiones en donde se cultivó tabaco.

La formación de un amplio contingente de ejidatarios y campesinos desposeídos denota el doble carácter del Estado mexicano. Siguiendo a Corrigan *et al.* (1985),

podemos afirmar que la dominación impuesta por los discursos emitidos desde el Estado “constituyeron subjetividades” campesinas afincadas en la noción de “patrimonio ejidal”; paralelamente, la “regulación hacia fuera” acompañó un proyecto de estado-nación donde las instituciones agrícolas conciliaron los intereses campesinos con los del Estado. En tanto aparato ideológico, el Estado mexicano definió a los campesinos como uno de los pilares del proyecto de nación sólo cuando necesitó de su trabajo y recursos. Con el fin de preservar el desarrollo de las fuerzas productivas en el capitalismo, el Estado delineó los parámetros que articularon a los ejidatarios en el programa nacional posrevolucionario y en el Estado Benefactor de 1940. En tanto un bloque administrado, los ejidos afianzaron localmente las demandas del mercado internacional, pasando a formar parte de una estructura normada por los designios presidenciales. Asimismo, los alcances logrados por el repartimiento agrario no se antepusieron del todo al dominio caciquil y sus alianzas con los militares. El campo quedó entonces fragmentado en una constelación de ejidos y latifundios que se disputaron las tierras de riego y los recursos naturales. Es en la génesis histórica del Estado mexicano que develamos la “máscara a-histórica” de la dominación, los discursos que lo compusieron y las políticas que definieron su gobierno.

Los sucesos acontecidos en la primera mitad del siglo XX definieron al “Estado Benefactor” como un aparato administrativo que distribuyó los excedentes entre la población con el fin de atenuar los antagonismos y así favorecer las actividades petroquímicas y de las maquilas (Harvey, 1998: 373). La recomposición de las fuerzas productivas correspondió a una estrategia que cifró su poder en el control de los sindicatos, la exacerbación del consumo de importaciones y la producción intensiva de materias primas. Bajo esta fórmula, el Estado mexicano de 1950 expresó la expansión hegemónica de un proyecto de nación que aglutinó a los heterogéneos sectores de la población en un mercado capitalista dominado por el comercio (Smith, 2011: 17). De 1950 a 1973, la producción mundial de mercancías fue sobrepasada por su circulación; mientras que la fabricación creció un 5.3% anual, el comercio lo hizo en un promedio de 9.4% (Borón, 2004: 210). En México la relación entre producción y circulación contrarió la tendencia internacional al presentar un incremento en la exportación agrícola y un detrimento en la importación. Con el subsidio estatal del 17%, en 1956 se inauguró en el

campo mexicano la “revolución verde” que liquidó los gastos originados por el crecimiento industrial anual del 50%. La intensificación de las actividades agrícolas determinaron un periodo que Pradilla (2009: 221) denominó “desarrollo tardío del capitalismo”. En este, el territorio nacional fue recompuesto al transformar las ciudades comerciales en centros industrializados y las haciendas en agroindustrias. Del mismo modo, el desarrollo capitalista propició la descomposición de los ejidos y fomentó el arribo a las ciudades de una masa heterogénea de campesinos desposeídos de los medios de producción.

El “proteccionismo arancelario” que se suscitó en el mundo después de las dos Guerras Mundiales vigorizó el proceso capitalista. De la mano de comerciantes que fincaron sus intereses en territorios ajenos a los de origen, el comercio internacional explotó los recursos naturales y humanos de los países dependientes. Naciones como México, Argentina, Brasil y Colombia auspiciaron el dominio estadounidense al importar grandes cantidades de alimentos luego que dejaron de producirse en sus territorios e implementaron políticas agroindustriales de exportación (Pradilla, 2009: 225). Con esto, la dependencia alimentaria y comercial del mundo afianzó el desarrollo intensivo de la expansión agrícola de Estados Unidos. En un mundo controlado por trasnacionales, la propagación de sus procesos productivos y necesidades acentuaron los antagonismos propios del capitalismo al interior de los países dependientes. El abaratamiento de las exportaciones agrícolas y su gravosa venta por quienes controlaron el mercado (Teubal, 1987: 319), alentó un periodo de acumulación caracterizado por el comercio.

Las dinámicas mundiales del comercio prolongaron las interrelaciones construidas por el mercantilismo colonial. En ellas, las relaciones sociales locales y globales fueron definidas una vez más por la intervención estatal y las políticas que estructuraron las fuerzas laborales en torno a la acumulación capitalista. La expansión trasnacional en México corresponde a la construcción de un monopolio sustentado en procesos históricamente configurados. El arribo de inversionistas estadounidenses y europeos, ilustra la continuidad de un proceso que profundizó la dependencia del territorio y su población a la vorágine del mercado capitalista. De la mano de mercancías, las regiones

exportaron al mundo el trabajo humano de campesinos estructurados verticalmente en instituciones estatales. El largo periodo de acumulación gestado en las décadas de 1920 a 1970 ejemplifica la forma como el capitalismo recompone geografías, países y poblaciones enteras a manera de preservar la acumulación. No obstante, el hacinamiento de capitales acentuó los antagonismos entre las clases y derivó en un momento de crisis, característico del capitalismo. Es en el marco de la crisis de 1970 que arribamos al último apartado de nuestro recorrido histórico. Una vez que el monopolio trasnacional desplazó las producciones de tabaco oscuro, en Veracruz se intensificó el descontento de productores, sindicatos y latifundistas. La situación forzó la intermediación estatal a través de una institución que retomó elementos del estanco colonial con el fin de afrontar la inestabilidad política. La creación de la paraestatal Tabacos de México S. A de C. V (Tabamex) en 1972 ilustra la forma como el modo de producción instaurado en la Colonia y continuado por las trasnacionales fue retomado por el Estado en el marco de la crisis capitalista. Analicemos pues los pormenores que enfrentó la paraestatal en Veracruz, principalmente aquellos suscitados en San Andrés Tuxtla.



En los albores del siglo XX, las rutas comerciales dominaban la cartografía del estado de Veracruz. En este mapa se muestran los diferentes puertos ubicados en el territorio veracruzano, así como la rutas que recorrían las embarcaciones. (Correos, 1904)

La intermediación estatal: cuarta parada, una paraestatal en Veracruz

Los mayas creían que las estrellas fugaces que cruzaban el firmamento eran colillas de tabaco que los dioses echaban. El aroma en espiral que produce el tabaco seco al quemarse ha sido en nuestra cultura, símbolo de un acto sagrado y familiar. Tabacalera *Alberto Turrent* reconoce la importancia del conocimiento profundo de nuestras raíces históricas y del entorno geográfico como indispensables para el cultivo del tabaco... Cinco siglos de tabaco en México y cinco generaciones de experiencia respaldan a la empresa tabacalera *Alberto Turrent*... empresa familiar mexicana en la región de los Tuxtlas... En la vida se siembra y se cosecha. Familia Turrent, 120 años de tradición tabacalera, ¡las manos de México! (transcripción de un audiovisual comercial de la empresa *Te Amo*)

En la localidad de Sihuapan, municipio de San Andrés Tuxtla, se ubica la fábrica de puros “Te Amo”. Propiedad de la familia Turrent, la empresa se ha dedicado por 135 años a confeccionar cigarros de todos tamaños y calidades. En ella, 250 hombres y mujeres de diferentes edades laboran en las actividades que desempeña la empresa. Algunos, los más jóvenes y fuertes, descargan bultos de sesenta o setenta kilogramos de los camiones que arriban al lugar después de recolectar las pacas en las plantaciones aledañas a la localidad. Por su parte, las mujeres adultas despalillan las hojas en una pequeña habitación donde, sentadas y uniformadas, arrancan con las uñas el delgado tallo de la planta. De manera casi mecánica desprenden la nervadura de las oscuras hojas para luego apilarlas de acuerdo a su tamaño, color y elasticidad. Trabajando en turnos de ocho horas las mujeres desempacan y despalillan el contenido de los fardos que llegan diariamente al lugar.

En la empresa de puros *Te Amo* se trabaja por destajo, por lo que los salarios corresponden a las cantidades producidas y al tipo de actividad desempeñada. Los espacios en el interior del recinto están organizados de tal manera que las hojas que arriban son incorporadas rápidamente a la producción de puros. Junto al área donde se descargan los fardos está el almacén y los hornos. El aroma que expide el lugar es fuerte y los letreros colgados en la pared señalan el uso obligatorio de cubrebocas. Nadie los

porta. El calor de la región, aunado al que expiden los hornos que fermentan las hojas, dificulta su uso. Además, los cubrebocas que portan algunos trabajadores están deteriorados y sucios pues el trabajo que realizan involucra el uso de las manos. En su mayoría, quienes laboran en el lugar son hombres de entre 20 y 50 años. Los jóvenes se desempeñan en las faenas que demandan el trabajo físico, los adultos organizan y regulan los procesos de almacenamiento y fermentación. Detrás de esta área están los amplios salones en los que se elaboran los puros.

En las pequeñas mesas, hombres y mujeres forjan sentados y en silencio los dos mil cigarros que la empresa fabrica al día. Tal como ocurre en su símil *Santa Clara*, el trabajo lo realizan aquellos “pureros” con experiencia. Ello significa que, antes de formar parte de la nómina, los trabajadores fueron puestos a prueba por un periodo de dos meses. Previo a su contratación, muchos de los “pureros” aprendieron el oficio en los minúsculos talleres de traspatio que cunden en las poblaciones de Sihuanpan y Calería. Los conocimientos aprendidos y la habilidad, traducida en rapidez, determinan su contratación después del bimestre que laboraron (sin goce de prestaciones) en la fábrica. A un costado de la nave de producción están las mesas donde se empacan los puros. El lugar, climatizado, está abarrotado por mujeres que empacan en pequeñas cajas de cedro los puros. Vistiendo vívidas playeras amarillas, que en el frente portan el logotipo de la fábrica, las trabajadoras apilan los puros a un costado de la mesa para luego tomar con una mano entre cinco o diez e introducirlos en la caja. Uno tras otro son agrupados los contenedores de madera en el otro extremo de las amplias mesas.

Una vez etiquetadas, selladas y clasificadas, las cajas son almacenadas. Su inserción en el comercio regional y nacional del tabaco depende de las negociaciones que la empresa establezca con los compradores. A diferencia de la fábrica *Santa Clara*, la tabacalera *Te Amo* ha logrado conformar un mercado mucho más extenso y diverso. A lo largo de un siglo, la familia Turrent, junto con otros latifundistas, transformó la geografía tuxtleca controlando varios de los aspectos productivos relacionados con el cultivo, procesamiento y comercialización de las matas. En San Andrés Tuxtla el apellido Turrent tiene una connotación particular. Es el referente de un poder instaurado mediante un

oligopolio conformado por otras familias latifundistas que, en un siglo, posicionaron a la región en el mapa nacional del tabaco. Lo que continúa describe parte del proceso que posibilitó la emergencia del poder detentado por una élite tabacalera en los Tuxtlas. Con el fin de ilustrar la forma como se instaura el proceso hegemónico en San Andrés, presentamos los pormenores de un pasado que sigue presente en la memoria de campesinos y habitantes del municipio.

La crisis agrícola suscitada después del crecimiento sostenido por la intensificación de exportaciones de materia prima, generó un clima de inestabilidad política y social. En México, en las décadas de 1960 y 1970 se presentó un cambio en la manera de hacer política, de ejercer y luchar contra el poder instituido. Parafraseando a Foweraker *et al.* (1989: 93), podemos decir que las demandas que en décadas previas enarbolaron sindicatos y partidos políticos (desde la “lucha de clases”) trasladaron su campo de acción a la arena de la “democracia”. La formación de numerosas organizaciones (guerrilleras, estudiantiles, campesinas y obreras) distantes de las instituidas por el Estado, planteó la lucha en ámbitos en los cuales el designio estatal no tuvo injerencia. Aunado a ello, el paulatino distanciamiento del Estado del ámbito agrícola intensificó el descontento en lo que fue considerado como el “pilar de la economía nacional”. De 1956 a 1970, los créditos estatales dirigidos a incentivar las actividades agrícolas decrecieron del 17% al 9% (Gordillo de Anda, 1979: 200). La sustitución de importaciones, junto al desarrollo industrial intensivo, la profundización del control latifundista y de las transnacionales, la descomposición de instituciones agrarias como el ejido y el aumento del cultivo de los granos empleados en la ganadería, conformaron el crisol que contuvo los antagonismos del proceso capitalista.

Siguiendo a Gordillo de Anda (1979: 199), podemos decir que el detrimento de las inversiones estatales en el campo correspondió al uso político de los créditos por el Estado. El desarrollo selectivo distanció a los ejidatarios de un proceso que benefició el cultivo de granos como el sorgo en los terrenos de riego. Asimismo, la expansión ganadera en terrenos privilegiados, desplazó las producciones campesinas a los cultivos de temporal, lo cual terminó profundizando la migración de campesinos desposeídos a

los centros urbanos (Calderón, 1986: 199; Cristiani, 1985: 213; Pradilla, 2009: 227). En el caso de San Andrés Tuxtla, durante la década de 1970 se produjo un cambio en las relaciones que las localidades aledañas tuvieron con la ciudad. A ella ya no sólo arribaron los productos cultivados en las planicies del sur del municipio, también llegaron nuevos pobladores que se emplearon en la construcción, el comercio y la producción tabacalera. La experiencia de Silvano Pucheta, un campesino de 68 años originario de la localidad de Ohuilapan, ilustra los antagonismos acentuados en los sexenios de Gustavo Díaz Ordaz y Luis Echeverría Álvarez (1964 a 1976), que en un momento de crisis lo obligó a buscar otras actividades económicas. De ser un campesino que a corta edad migró a la ciudad de San Andrés, Silvano ejerció diferentes oficios y trabajos para ganarse la vida. Fue asistente de panadero, comerciante de ropa, jornalero, hoy en día labora como artesano en un amplio taller edificado en medio de su casa ubicada al suroeste de la ciudad. Silvano evoca los recuerdos de la crisis que aún conserva con una especie de solemnidad. El pasado es algo lejano para él, los recuerdos que lo componen se entrecruzan unos con otros en la descripción que hace parte de la llegada a la presidencia de la República en 1970 de Luis Echeverría Álvarez. Según Silvano Pucheta, el momento de crisis tuvo las siguientes características:

Cuando entró él [Luis Echeverría], se echó a perder todo. El kilo de azúcar te valía 30 centavos en ese tiempo. Cuando entró le subieron a 50 centavos y ahí cuando entró ese gobierno vi que no, empezó a encarecer, te digo que las chelas me costaban 50 centavos la caguama y por mucho que me tomara 5 me gastaba 2.50 y para que me acabara mi salario pues no... De los 26 años me fui a México a comprar ropa para venderla en las comunidades. Puej ya me aburrí del campo, me estaba haciendo mucho daño. El olor en las bodegas, me mareaba yo y se me quitaban las ganas de comer, estaba yo bajando mucho de peso. Entonces digo, “sabe que, ya no voy a seguir trabajando, no me gusta”. Salía yo mareado, como si fumara. Comencé a vender ropa, viajaba yo en el tren. La primera vez que compré ropa me gasté seis mil pesos y ahí le fui pero el chupe me... envició. (Silvano Pucheta, 22 de julio de 2014).

La bonanza económica vivida de 1950 a 1960 determinó el consumo de ciertos productos integrados a la vida cotidiana de Silvano. El salario que recibió después de laborar en el cultivo de tabaco representó una fortuna frente a las necesidades que demarcaron su vida. Era joven, soltero y vivía en la casa materna. A su madre la ayudaba

con los gastos y el resto del sueldo lo ahorró para invertirlo en la compra de pacas de ropa en la ciudad de México. Luego de ascender en la estructura laboral de las plantaciones tabacaleras, Silvano pasó los últimos días en el ramo trabajando como cargador en las bodegas. El aroma expedito de los fardos y las agotadoras jornadas, aunado a la crisis y la búsqueda de otras actividades, determinaron su decisión. Lamentablemente, el descenso en el comercio nacional, que pasó de un 37% al 29% en la década de 1970 (Gordillo de Anda, 1979: 200), y el consumo de alcohol, pronto terminaron con la inversión de Silvano. Después de abandonar el comercio, el campesino se dedicó a la música y como mariachi recorrió gran parte del país. En el recorrido se casó, al nacer su primer hijo, regresó a San Andrés.

El desarrollo de los antagonismos que acompañaron el proceso de acumulación capitalista desembocó en los Tuxtlas en una serie de movimientos paralelos a los que azotaron al país en la década de 1960. En 1966 la situación política en San Andrés alentó la organización de sindicatos ajenos a la CNC y al mandato del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Su líder, José Polito Lucho, un campesino que trabajó en las vegas toda su infancia, estructuró en 1966 al gremio tabacalero en torno a una serie de demandas contrapuestas a los mandatos de la élite agrícola. Si bien las condiciones laborales fueron uno de los motivos que desencadenaron la actividad política del joven Polito Lucho, la educación que con esfuerzo pagó alimentó su inquietud. Aunque no contó con una amplia formación política, Polito aprendió en la asignatura de Educación Cívica del tercer grado de secundaria los conocimientos básicos que estimularon su inconformidad ante la explotación laboral. A los 21 años de edad, Polito impulsó la organización de uno de los sindicatos más importantes en la historia laboral de San Andrés Tuxtla. La narración que reproducimos parte de las condiciones salariales y laborales en los terrenos controlados por Ricardo Turrent Islas y Fortino Ortiz Villegas, las cuales propiciaron la estructuración del sindicato en 1966:

La chinga que te daban hermano... En condiciones insalubres, sin ninguna prestación, con un trato de mandadores, capataces, que si aquí nos deteníamos tantito por alguna cuestión. Que si la lamparilla ya se me iba a caer, que si oye... Llegaban ¡más gallina, más cagada! ¡vámonos! Como esclavos... En el campo, el salario era de 20 [pesos] y te pagaban 10. La chinga era tremenda, era tremenda. Entonces lo que yo aprendí con otros

compañeros es trabajar a destajo. Medio día hacíamos una tarea de regar abono y medio día en otra actividad. De tal manera que en vez de 10, yo podía ganar 15 pesos. En otras ocasiones nos ponían, “¡hay que descargar el fertilizante!” 50 kilos el saco de eso, te pagaban tanto por descarga del camión. Pero sólo los que hacíamos eso ganábamos un poquito más... Cuando yo veo ya la explotación, un chingo de gente, un día nomás dije, “bueno, sí somos 500 y nos quitan a 10 pesos, ¿cuánta lana le queda? Y no nos dan médico, y no nos dan”, empecé a motivar. Y pues la gente no está preparada, ¿qué es un sindicato? “Oye, nos van a correr”. Pues sí, nos van a correr. Pero yo creo que nos llevamos entre tres o cuatro años para poder concretar la formación del sindicato. Yo ese sindicato lo habré iniciado en el 66, porque el registro sindical es 203-966 porque fue en el 66 que nace. (Polito Lucho, 16 de julio de 2015).

Influenciado por la inconformidad que irradiaban los movimientos de la época, Polito comenzó la formación del sindicato persuadiendo a pequeños grupos de trabajadores. Cuando finalizaban las jornadas en las fábricas o en el campo, Polito celebraba reuniones con un reducido grupo en las inmediaciones del espacio laboral, en las que instruyó a hombres y mujeres sobre los derechos constitucionales que el Estado garantizaba y la pertinencia que tenía la organización sindical. La labor no fue fácil y las juntas llegaron a contar con sólo algunos curiosos que se acercaron a escuchar lo que el líder y su comitiva plantearon. Con la asistencia de Vidal Díaz Muñoz, líder del Partido Popular Socialista (PPS) y opositor al poder instaurado por el PRI, Polito delineó los pormenores del “Sindicato de Despalilladores, Procesadores y Trabajadores en general de la rama del tabaco”. La ayuda de Vidal Díaz y del PPS intensificó los alcances de la organización liderada por Polito Lucho. La presencia del sindicato en la arena política tuxtleca despertó la inquietud de los terratenientes e incentivaron la intervención de del PRI:

Como el gobierno no quiere que la gente se despierte, que se vaya de frente o en contra o que desestabilice, nos llamaron luego. La Liga de Comunidades Agrarias y Sindicatos Campesinos del estado de Veracruz, que es apéndice del PRI, porque es filial del PRI. Yo seguí luchando con Don Vidal Díaz Muñoz, con la gente del PAN [Partido Acción Nacional] y, lógico, nos apoyaron. Lo que nosotros necesitamos que es que esta explotación tan tremenda, esa riqueza multimillonaria, no queremos que se reparta, que se quede de donde es. Si la riqueza parte de lo que ganan por su negocio, están enriqueciéndose con el sudor de nuestros compañeros, de

nuestras compañeras. Que porque es mujer ya gana menos que el hombre, y el niño menos. (Polito Lucho, 16 de agosto de 2014).

En el marco de la “lucha democrática” (Foweraker *et al.*, 1989: 93) se iniciaron acercamientos entre las demandas constitucionales del sindicato y las condiciones propuestas por los latifundistas. Los primeros no buscaron en momento alguno detentar los medios de producción, solo necesitaban mediar las injusticias derivadas de la explotación, la respuesta de los terratenientes fue contundente. Ante el acelerado aumento en el número de agremiados y las alianzas que el sindicato estableció con los partidos de oposición, empresarios como Alberto Turrent Carrión negociaron con Polito el cese de las actividades políticas sindicales. En un principio, la familia Turrent trató las demandas de Polito y su sindicato mediante regalos, sobornos¹⁵ e inclusive el establecimiento de relaciones de parentesco ritual (padrinazgos principalmente). Pero Polito siguió insistiendo sobre los incentivos propuestos por los terratenientes y el PPS y el PAN ejercieron una presión política sobre la organización sindical. Polito narra que en una ocasión, de regreso a su casa, se encontró con Alberto Turrent Carrión quien lo invitó a charlar en el balcón de su casa:

Me dice [Alberto Turrent Carrión], “ven, quiero hablar contigo”. Y yo pues no le saqué, era yo muy joven. Me da la mano y me la lleva aquí, la pistola, ve. Le digo, “sí, pero esa la usan los hombres, yo no sé si usted es hombre”. Yo había ya pasado, ya tenía muchas vivencias. Le digo, “usted peleé conmigo en el tribunal laboral, ahí nos vamos a entender” [A lo que Turrent respondió] ¡ah que Beto Polito! (Polito Lucho, 16 de julio de 2015).

Previo a las demandas planteadas por el “Sindicato de Despalilladores, Procesadores y Trabajadores en general de la rama del tabaco”, la influencia política de Polito ya había traspasado las fronteras del municipio. En Catemaco y Santiago Tuxtla, los “agraristas” (término con el cual se identificó Polito Lucho) promovieron sindicatos agrícolas que, a causa de la corrupción de la época, nunca obtuvieron el registro otorgado por la Junta de Conciliación y Arbitraje. En San Andrés el número de agremiados, calculado entre 1500 y 2000, aumentó a tal grado que el municipio designó a un grupo de “inspectores de trabajo” para que asesoraran a la organización sindical. El asesoramiento

¹⁵ Polito enuncia una larga lista de sobornos entre los que destacan: obtener un salario mensual sin trabajar, ganado, fuertes cantidades de dinero e inclusive violar a las trabajadoras con el consentimiento del patrón.

correspondió a la necesidad –planteada por los terratenientes– de incorporar al sindicato a la estructura del PRI a través de la Liga de Comunidades Agrícolas del Estado de Veracruz. La “clase patronal”, como los denominó Polito, estableció las mesas de negociación con el sindicato en 1966. De manera resumida, el ex líder narra lo acontecido en las mesas de trabajo normadas por la Junta de Conciliación y Arbitraje del estado:

Ya éramos un sindicato, demandamos la firma del contrato colectivo con cada uno de los productores y patrones. Para eso ellos [la “clase patronal”] ya se habían constituido en una *Unión de Productores y Cosecheros de tabaco* y tenían una directiva. Entonces, cuando comenzaron las charlas era directiva nuestra, encabezada por tu servidor y directiva de ellos. Nos querían llevar a lo mejor y apantallarnos. ¿Sabes qué les hice? No los dejé salir a comer. No, el diálogo continúa. “¡No, pero es que ya es hora de comer!”, dije “no, ustedes a los trabajadores, en donde yo me incluyo, nos dejan de comer a la hora que ustedes quieren y aquí, en este momento... los estoy demandando yo, y no soy yo, es la figura jurídica del sindicato”. Me cuentan que ese Ricardo Turrent Isla, cuando ya discutíamos allá, le llegaba a decir a su mamá que ese que les discutía “es un chaparrito que sabe mucho”. (Polito Lucho, 16 de julio de 2015).

Con el emplazamiento a huelga, y ante el temor de que el movimiento radicalizara sus demandas, las negociaciones continuaron hasta que el sindicato consolidó su victoria. La firma del contrato colectivo otorgó a los trabajadores prestaciones que, en palabras de Polito, “jamás imaginaron”. Lograron aumentar el salario al mínimo estipulado por la Ley del Trabajo (25 pesos diarios) con una jornada de ocho horas, el pago del séptimo día, aguinaldos y vacaciones. Las empresas tabacaleras dispusieron de comedores subsidiados y de un médico en el área de trabajo. Sin embargo entre 1966 y 1968, las amenazas y la incertidumbre mermaron el número de afiliados a la organización sindical. La expresión *¡Chocos, hijos de su chingada madre!*¹⁶ y el término *indio* expresan la inconformidad de la élite agrícola, particularmente de Fortino Ortiz Villegas. Aunque los intereses latifundistas fueron afectados, el control detentado por ellos no decayó. La institucionalización del sindicato precedió a su incorporación a la CNC, filial del PRI. Polito pasó de ser un líder de oposición a uno alineado en la estructura del “viejo PRI...

¹⁶ En la región de los Tuxtlas, particularmente en San Andrés, el término “choco” enuncia diferentes significados: por lo general define despectivamente a los campesinos e indígenas que arriban a la ciudad. Expresa también el racismo instituido en las relaciones entre la urbe comercial y las poblaciones que la rodean. Asimismo, denota el clasismo que norma gran parte de la vida cotidiana de San Andrés Tuxtla.

un partido entregado a la clase obrera y no a la clase capitalista... uno que cumple con su doctrina y lema: Democracia y Justicia social”. Tras la incorporación del sindicato a la estructura política del Estado, el distanciamiento de los partidos de oposición de la organización se consolidó. A través de la CNC y la Liga de Comunidades Agrícolas, la élite latifundista en San Andrés recompuso su dominio después de un periodo de luchas e incertidumbre.

Para autores como Bartra (1979), la década de 1970 corresponde con el momento más álgido de la crisis agrícola en México. Según Bartra (1979: 182), el fortalecimiento del poder caciquil y el dominio de monopolios privados sobre las actividades agrícolas está a tono con “la liberación de las fuerzas ciegas del capital privado”, que es incompatible con las necesidades de la acumulación capitalista. No obstante, consideramos que la regulación estatal incentivó el proceso de explotación al facilitar la presencia de los monopolios, nacionales o extranjeros, para así intensificar la exportación de materia prima. Luego entonces, las “fuerzas del capital privado” son parte sustancial del proceso y no una contraposición al mismo. Por lo tanto, le compete al Estado mediar dichas fuerzas de acuerdo a las crisis que suscitan luego de avivar los antagonismos entre las clases. En este sentido, durante el sexenio de Luis Echeverría Álvarez se promovió la agricultura de riego y de exportación junto con la habilitación de terrenos para la ganadería y el cultivo de pastos y semillas (Bartra, 1979: 191; Pradilla, 2009: 227). La pérdida de la autosuficiencia alimentaria se gestó en un contexto marcado por las actividades comerciales de cinco firmas que realizaron el 85% de las ventas agrícolas frente al 5% derivado del 91% de las unidades productivas del campo mexicano (Calderón, 1986: 194). La asimetría entre monopolios, oligopolios y campesinos caracterizó el sexenio de un presidente que prestó mayor atención a los problemas suscitados en el pilar de la economía mexicana, el campo.

Las políticas agraristas del gobierno de Luis Echeverría Álvarez orientaron la recomposición de las relaciones en el campo con el fin de recuperar la autosuficiencia alimentaria (Cristiani, 1981: 278; 1985: 210). Los campesinos fueron, una vez más, definidos como los encargados de generar el cambio en las dispares relaciones. Al

quintuplicar los créditos estatales en las actividades agrícolas, el Estado mexicano inició un programa intervencionista que intentó paliar el acaparamiento de tierras, el intervencionismo y los enfrentamientos entre caciques y campesinos (Cristiani, 1985: 211). Las inversiones destinadas al agro pretendieron aumentar la producción al emplear a amplios sectores de jornaleros desocupados afiliados a las organizaciones campesinas. Empero, la disidencia al interior de las filiales estatales y la emergencia de sindicatos, como aquel instituido en San Andrés Tuxtla, dificultaron la tarea. La intervención estatal se tornó imprescindible y, en los primeros años de 1970, aparecieron una serie de empresas paraestatales que recuperaron el control en la producción y comercialización de rubros rentables para el Estado (Foweraker *et al.*, 1989: 98; Léonard *et al.*, 2000b: 144).

La intervención estatal devino en la creación en 1972 de la paraestatal Tabacos Mexicanos S. A. de C. V (Tabamex) en los estados de Veracruz, Oaxaca y Nayarit (Jáuregui *et al.*, 1980; Mackinlay, 1998; Teubal, 1987). Junto con otras empresas estatales como el Instituto Mexicano del Café (Inmecafé), el Consejo Nacional del Azúcar y la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo), el Estado aglutinó a los sectores del campo en un programa intervencionista que estableció alianzas entre campesinos y latifundistas, lo que Bartra (1982: 36) definió como un “Populismo Tecnocrático”. Los pactos entre amplios sectores a través de las paraestatales, devinieron en acuerdos que beneficiaron a ambas partes. En el sector campesino, los ejidatarios y su representación estatal, la CNC, articularon un complejo grupo más o menos disciplinado y dócil, con el que entablaron diálogos los intereses privados de latifundistas y las empresas agrícolas que definieron los pormenores de la actividad estatal en la producción y comercialización de cultivos como el tabaco, el café y la azúcar. En el caso de Tabamex, luego que las políticas populistas de Echeverría demarcaron el proyecto de su gobierno, las tres partes que articularon la paraestatal concretaron la asignación de las actividades. Hemos de aclarar que previo a la instauración de la empresa Tabamex, los intermediarios y las cigarreras alentaron huelgas e inconformidad entre los campesinos de Veracruz, Oaxaca y Nayarit (Álvarez, 1985: 61). Sus demandas fueron acotadas por el tenue control de la Liga de Comunidades Agrarias y Sindicales, brazo político del PRI.

No obstante, el arribo de Tabamex incentivó la incertidumbre y el distanciamiento de los ejidatarios y pequeños productores anexados a la CNC.

La desconfianza hacia las instituciones gubernamentales y sus organizaciones exigió un cambio en la definición de los intereses que habían socavado las relaciones entre los campesinos y el Estado. El giro ideológico en los discursos estatales señalaron a las trasnacionales y sus filiales como los enemigos de un proyecto nacional basado en la “nacionalización de la producción agrícola” (Mackinlay, 2011: 213). Bajo el estandarte de la “nacionalización” iniciaron sus actividades las empresas paraestatales en los estados del sur y norte del país. En Tabamex las acciones quedaron divididas de tal manera que el Estado apropió los principales medios de producción. Valuadas en 200 millones de pesos, las acciones y activos de Tabamex fueron distribuidas entre el Estado, principal accionista con el 52%, las empresas tabacaleras *La Moderna* y *Tabacalera Mexicana* (filiales de *British American Tobacco Co.* y *Philip and Morris International*) con el 24% y los ejidatarios representados por la CNC (Bracho, 1990: 26; Calderón, 1986: 208; Mackinlay, 1998: 215). Si consideramos que la CNC obedeció los mandatos del partido en el poder, el 24% que correspondió a los campesinos, pasó a sumarse al control estatal. Con el dominio del 76% de las acciones, el Estado erigió una de las paraestatales más rentables de su época.

La integración vertical de la agricultura al proyecto populista del Estado concordó con la reconfiguración de las tareas de las unidades agrícolas en el ramo del tabaco (Jáuregui *et al.*, 1980: 84). Al dividir las en dos grandes grupos, las integradoras y las industriales, la paraestatal desarrolló la intermediación estatal con una mayor agilidad, instituyendo rápidamente su presencia en un mercado monopolizado por trasnacionales. Las unidades agrícolas (bodegas, plantaciones y planteos) desempeñaron el cultivo y secado del tabaco. Al estar en directo contacto con los ejidatarios y pequeños productores, estas unidades incorporaron a todos los campesinos en la estructura vertical de Tabamex, a la par que habilitaron y seleccionaron a los ejidos que participaron en el proceso de cultivo. A diferencia de ellas, las unidades industriales (hornos y galeras de despalille) integraron a sus actividades a los amplios sectores de campesinos desposeídos,

a los sindicatos como aquel de San Andrés y a los trabajadores que arribaron en búsqueda de un salario. La estructuración vertical de la agricultura compaginó, en una primera instancia, a los contingentes de ejidatarios y sus parcelas en torno al cultivo de las solanáceas. Si bien la paraestatal actuó sobre hectáreas dedicadas al cultivo de las matas, el cambio en las dinámicas agrícolas derivado del proyecto ideológico estatal facilitó la adición de nuevas planicies y ejidos. La confianza suscitada por el discurso nacionalista invirtió los papeles y fincó la administración estatal de Tabmex.

En el campo, las labores intensificadas por Tabamex continuaron explotando el trabajo de jornaleros y ejidatarios. El cultivo de las pequeñas matas germinadas en los almácigos demandó de los campesinos los cuidados y las habilidades aprendidas en la región. Al establecer el control estatal en la etapa de cultivo, las unidades integradoras contrataron a jornaleros y habilitaron algunas parcelas ejidales para la siembra de las plantas. En la mayoría de los casos, esta habilitación dependió de las negociaciones entre la asamblea ejidal y los inspectores de campo de la paraestatal. Detrás de la inversión económica, tecnológica y asistencial, estuvieron las empresas nacionales o internacionales que en décadas previas controlaron la producción al cooptar a los ejidatarios en sus plantaciones. La intermediación del Estado, en este sentido, resultó en el control político de los ejidos al normar las rípidas relaciones y usufructuar las habilidades de jornaleros y campesinos.

El cultivo del tabaco, como hemos señalado, es una labor difícil. Exige la preparación de las tierras antes de la siembra de las pequeñas plantas germinadas. En las experiencias de Polito Lucho y Silvano Pucheta, dos hombres que laboraron los campos tabacaleros al este del municipio de San Andrés Tuxtla, el acondicionamiento de los surcos resultó siempre una tarea laboriosa. Según Polito, las tierras tienen que estar libres de impurezas, raíces y otras hierbas que roban los nutrientes a las diminutas plantas. El trabajo se tiene que hacer con la mano “para que la tierra sea fértil”; agachados, los campesinos limpian la tierra durante días. Tras esta fatigosa labor se forman los surcos mediante cultivadoras tiradas por caballos, en pequeños agujeros hechos con una vara de madera los jornaleros siembran las matas. Una vez sembradas, las plantas crecen

rápidamente en un periodo de dos meses e instan de otros cuidados. La “capada” por ejemplo, a decir de Silvano Pucheta, se hace con la *guataca*, una pequeña lámina de acero empleada para cortar las pequeñas hojas que brotan en la parte inferior del tallo de la solanácea. Polito dice que la capada debe hacerse con la mano, particularmente con las uñas, por lo que los jornaleros se dejan crecer uñas largas y gruesas para cortar las hojas correctamente, ya que en caso de error la planta puede secarse. Capar las medianas matas propicia el crecimiento de las hojas de la parte superior y, con ello, la cosecha garantiza los tamaños deseados por los compradores.

Paralelo al corte de los retoños, otros jornaleros recolectan los gusanos que alimentan sus diminutos cuerpos con las matas. A decir de Polito, el desgusane lo realizan por lo general niños y mujeres adultas. Al comenzar el día, los jornaleros son formados frente a la planicie cultivada y los capataces asignan a cada uno los surcos a limpiar durante la tarea. Con una botella de plástico transparente en la mano, los niños y las mujeres avanzan entre las plantas que cuentan ya con doce o catorce hojas en búsqueda de los gusanos. El salario al final del día depende, entonces, de la cantidad de gusanos recolectados. Quien no logró recolectar lo suficiente o no encontró presencia de la plaga en las plantas, amerita un descuento en el salario diario estipulado en 15 pesos. De ahí que, en muchas ocasiones, los trabajadores limpiaron más surcos de los asignados al principio de la tarea, percibiendo un promedio de 15 ó 20 pesos como sueldo.

En los meses de mayo a julio se emplearon anualmente a familias enteras en los campos de las localidades ubicadas al este del municipio, principalmente en Sihuapan, Calería, Comoapan y el Salto de Eyhipanlta. En opinión de Polito, los salarios percibidos individualmente dificultaban la subsistencia, pero si los miembros de una familia de cuatro o cinco personas sumaban las ganancias, podían obtenían un mínimo que era empleado en los gastos de sus hogares. Una vez concluido el desgusane y corte de las hojas, las matas de tabaco alcanzan una altura aproximada de metro y medio. Las catorce o dieciséis hojas que brotan son cortadas individualmente por hombres y mujeres, con las que se forman los cujes en el interior de las galerías. Allí las hojas se deshidratan con la asistencia de fogones encendidos durante el día y la noche. Cuando el tabaco adquiere un

tono marrón, los cujes son descolgados de las estructuras de madera de la galera. En el piso, los jornaleros arman manojos o matules que engavillan hojas con similares características, los cuales apilados dan forma a las trojes.

En el mes de agosto, las trojes salen de las galeras con rumbo a los almacenes de las empresas. En las unidades industriales, el tabaco que arriba de las plantaciones es transformado mediante una serie de procesos que lo dotan de sabor, flexibilidad y color. Al llegar a la fábrica o almacén, las hojas son despalladas por mujeres que hábilmente cortan la nervadura. Luego de ser clasificadas, las pilas entran al horno de secado vigilado por los “parrilleros”, término con el que se denomina a los trabajadores a cargo del proceso. Concluido el secado de las hojas, salen del horno los contenedores de madera con rumbo a una galera en la que varios hombres efectúan la última clasificación. Las elevadas temperaturas que procesaron las pilas en el horno continúan irradiando calor, no obstante, los trabajadores manipulan las hojas para seleccionarlas de acuerdo a las clasificaciones que norman el mercado del tabaco. Primera, segunda, tercera, cuarta, tripa y hojarasca son las categorías de tamaños y formas que emplean los “rezagadores” al formar las pacas recubiertas por yute. El fuerte aroma que despiden los paquetes inunda el lugar y, con el calor que aún despiden las hojas, el trabajo se torna agobiante.

Las diferencias entre las unidades integradoras y las industriales estructuraron a diferentes sectores de la población en torno a las actividades de Tabamex en San Andrés Tuxtla. Según Jáuregui *et al.* (1980: 101), la intensificación de la producción de tabaco incorporó distintos elementos que, a veces, fueron mecánicos, químicos y otras ocasiones “artesanales”. En el caso de la vega tuxtleca, gran parte de los procesos de cultivo y secado fueron realizados gracias al trabajo “artesanal”, es decir, dependieron de las habilidades emanadas de las condiciones laborales que definieron las actividades agrícolas. Asimismo, las unidades agrícolas y su integración vertical a la estructura de la paraestatal, dividieron a la población empleada en dos grandes bloques diferenciados por las características que tuvieron las actividades desempeñadas. En el campo, las unidades integradoras incorporaron los conocimientos y la resistencia física de los jornaleros tras someterlos a largas jornadas laborales. A diferencia del cultivo, las unidades industriales

emplearon a trabajadores calificados en la selección y procesamiento de las hojas. Las asimetrías entre los grupos se estableció por los salarios instituidos en cada unidad. Mientras que en el campo el trabajo a destajo se tasaba entre los 15 y 20 pesos, los sindicatos de trabajadores y la norma jurídica de la paraestatal establecieron el mínimo de 20 pesos al día. Empero, las desigualdades entre los grupos, además de establecerse por el salario, se relacionaron con factores tales como el lugar de origen de los jornaleros (principalmente oriundos de municipios y estados aledaños a las zonas de cultivo), la edad, el género e, inclusive, la etnicidad. Todos estos elementos denotan la articulación de las relaciones labores definidas por una diferencia de clase, género y etnia que selecciona y posiciona a cada sujeto en una actividad. Aunque la distinción entre las unidades agrícolas fue establecida por los inspectores de campo, capataces y administradores, resulta singular la forma cómo se desarrolló.

Del mismo modo que las unidades agrícolas distinguieron a los sectores de la población empleada, la estructura administrativa de Tabacos Mexicanos propició la emergencia de una élite conformada por burócratas (Bracho, 1990: 65). La proximidad a las unidades integradoras garantizó en muchos casos el enriquecimiento ilícito de los inspectores de campo e ingenieros agrónomos encargados del cultivo. Las negociaciones entabladas con las asambleas ejidales devinieron en el pago de sobornos y en la compra de producciones que superaron las cantidades fijadas en la habilitación de las parcelas. En contubernio con los burócratas, las asambleas demandaron a la empresa el subsidio de sus producciones, que pasaron de un ciclo agrícola a dos. El arribo de nuevas tecnologías, principalmente la construcción de infraestructura empleada en el riego, cambió la producción del tabaco oscuro y sumatra de la región tuxtleca. Produciendo grandes cantidades de tabaco endémico en el ciclo de temporal y de sumatra con el riego, los ejidatarios integrados a las unidades agrícolas dificultaron el comercio de los excedentes. La demanda internacional de tabaco claro limitó los alcances comerciales del tabaco oscuro producido en el norte y sur de Veracruz, derivando en una serie de problemas que menguaron las actividades de la paraestatal en la región del Golfo.

Al definir los parámetros de operación de Tabacos Mexicanos S. A. de C. V, la intermediación estatal en el ramo del tabaco estipuló una serie de acuerdos comerciales con las tabacaleras nacionales y extranjeras. Por una parte, la permanente demanda mundial de tabaco rubio aseguró la venta de las producciones cultivadas en las costas del Pacífico mexicano. Después que las tabacaleras estadounidenses homologaron el consumo de los cigarrillos producidos por sus empresas, la inserción de las producciones nayaritas afianzó los dividendos que subsidiaron las operaciones de la paraestatal a nivel nacional. A diferencia de las regiones del Pacífico, el tabaco endémico y oscuro careció desde su siembra de un mercado sólido, lo cual obligó a la empresa estatal a comprar y habilitar las producciones en el Golfo con los dividendos obtenidos en otras regiones, particularmente del Pacífico. Además, los procesos industriales que emplearon las producciones de las dos regiones acentuaron las diferencias en la comercialización de sus cultivos. En el caso del tabaco rubio, las cigarrerías fomentaron la obtención constante de grandes cantidades, para ello invirtieron anualmente significantes cantidades de dinero en las regiones de Nayarit. En cambio, el trabajo “artesanal” empleado en la fabricación de puros limitó el número de mercancías puestas en el mercado. El trabajo manual constriñó el mercado de las producciones del Golfo (principalmente de San Andrés Tuxtla) a un selecto grupo de consumidores en Europa.

A la par de las problemáticas ligadas al comercio de las producciones, la fluctuación en los precios distanció a las dos regiones productoras. Una vez que el cultivo era puesto al alcance de los compradores que habilitaron junto con Tabamex a los ejidatarios, los precios pasaron a depender del mercado nacional e internacional. La necesidad de posicionar las producciones nacionales en el mercado mundial, forzó la venta de las hojas mexicanas a un precio inferior al promedio estipulado por el mercado. El abaratamiento de los cultivos mexicanos devino en la venta del 97% del total producido anualmente a las empresas estadounidenses que controlaron el comercio internacional del tabaco (Jáuregui *et al.*, 1980: 104). La dependencia comercial con Estados Unidos fortaleció la presencia de las transnacionales en el cultivo de las solanáceas y obstaculizó el control de Tabamex en las regiones del Pacífico. Si bien el precio del tabaco en el mercado nacional generó dividendos que contrarrestaban las

pérdidas suscitadas por la dependencia económica, la cantidad de hojas puestas en circulación al interior del país fue fútil.

Contar con un aval en los precios del tabaco se convirtió en una tarea imprescindible de la paraestatal Tabacos Mexicanos. La obtención estable de los dividendos garantizó la habilitación de los ejidatarios estructurados en las unidades integradoras (Jáuregui *et al.*, 1980: 332). Gracias a la inversión estatal, parcelas enteras continuaron el monocultivo del tabaco, por lo que la habilitación se tradujo en ganancia y el subsidio estatal en salario. Para 1976 el predominio de los productores del estado de Nayarit en la producción del tabaco fue absoluto. Del total producido anualmente, el estado del Pacífico aportó el 79% derivado del trabajo del 51.8% de los ejidatarios incorporados nacionalmente en la estructura vertical estatal (Jáuregui *et al.*, 1980: 79). Las inversiones hechas por las transnacionales posicionaron a Nayarit en la cúspide del mercado, desplazando así a otras regiones en los estados de Veracruz y Oaxaca. Igualmente, las variedades *Burley* y *Virginia* dominaron el mercado acotando los cultivos de otras como el Criollo Simojovel de Chiapas, el Valle Nacional sembrado en Oaxaca, la Huasteca vena amarilla cosechada en Platón Sánchez y Álamo al norte del estado de Veracruz y el Negro San Andrés, endémico de la región de los Tuxtlas (Jáuregui *et al.*, 1980: 76). Las diferencias entre los precios y las inversiones, demarcaron las relaciones al interior de las regiones y, en el caso de la vega de San Andrés Tuxtla, cimbraron las dinámicas en los ejidos partícipes de la estructura de la paraestatal.

Las relaciones sociales al interior de los ejidos tuxtlecos ejemplifican cómo una élite de campesinos reprodujo la dominación sobre el resto de los pobladores de la demarcación. Después que el proyecto de nación posrevolucionario planeó a los ejidos como instituciones agrarias caracterizadas por la solidaridad, la crisis de 1970 y los procesos de 1950 profundizaron las diferencias entre ejidatarios y avecindados. El aumento en el número de habitantes en los ejidos limitó la potestad de las tierras a un pequeño grupo de ejidatarios que estructuraron lo que Azuela (1995: 486) definió como una forma de gobierno local no reconocida por el Estado. Se trata pues de un poder ejercido por quienes conformaron las asambleas ejidales, campesinos avalados por los

títulos agrarios. Las decisiones tomadas en la asamblea determinaron la inclusión o exclusión de muchas familias que arribaron a la región luego de iniciadas las actividades de Tabamex. Aunado a ello, las negociaciones que los ejidatarios entablaron con la paraestatal incrementaron el control que éstos tuvieron sobre los aspectos políticos y económicos de los ejidos. Además, las disputas por las tierras y los subsidios de la empresa estatal devinieron en la fragmentación de muchos de los territorios, lo cual favoreció la expansión del latifundio oligarca en sus territorios. La presencia de Tabamex en la región ahondó las diferencias entre los miembros de una institución en descomposición. En el caso de algunos campesinos tuxtlecos, el gobierno ejercido por las asambleas ejidales propició la migración a la ciudad de San Andrés. En otros, la autoridad campesina devino en la búsqueda de trabajo en las actividades productivas del tabaco. Los avecindados, pobladores desposeídos de títulos ejidatarios, constituyeron el excedente poblacional necesario para la intensificación del cultivo de tabaco. Su presencia abarató los costos y propició un flujo constante de dóciles jornaleros dispuestos a desempeñar las extenuantes labores en los campos tabacaleros.

La fragmentación de los territorios ejidales aconteció luego que la expansión latifundista acompañó la habilitación de las parcelas de los campesinos tuxtlecos. Desde mediados del siglo XIX, en San Andrés Tuxtla un reducido grupo de familias rentó las tierras bajo contratos que dispusieron de ellas para el cultivo del tabaco (Léonard *et al.*, 2000a: 846). La presencia de la oligarquía tuxtleca no se debilitó con la implementación de las políticas intervencionistas del Estado, por el contrario, fortificó el control de los medios de producción. La renta de las parcelas a la paraestatal significó el sometimiento ejidal a los designios estatales y, con ello, la reproducción de los condicionamientos quedó a merced de los insumos distribuidos por el Estado. La relación entre Tabacos Mexicanos y los ejidatarios tuxtlecos pronto vio trastocada la codependencia al suscitarse el dominio de los particulares sobre los territorios integrados a la producción de tabaco. Los convenios de codependencia ampliaron las áreas de cultivo mediante la selección de las mejores tierras, aquellos que dispusieron de los recursos naturales y las rutas de comunicación necesarias para el traslado de las cosechas. La selección integró a los ejidatarios en “grupos solidarios” o de “responsabilidad común”, en otras palabras,

conformó agrupaciones de diez o quince individuos que compartieron los dividendos estatales y asumieron la responsabilidad en caso de incumplimiento de los pactos (Castorena, 1983: 832; Léonard *et al.*, 2000a: 848; Mackinlay, 2011: 222). Si bien este modelo de integración estatal retomó las políticas intervencionistas que en el cardenismo intensificaron el cultivo del algodón, la caña de azúcar y el henequén; en el contexto de la crisis capitalista, la política estatal profundizó la fragmentación de los ejidos en parcelas individuales.

La separación de los campesinos de los medios de producción, de la tierra específicamente, acrecentó el número de jornaleros asalariados. La habilitación estatal otorgó a cada ejidatario los insumos necesarios para sembrar una extensión no mayor a cuatro hectáreas (Bracho, 1990: 68; Mackinlay, 1998: 216). De ahí que el límite dictaminado por el Estado propició el uso de los subsidios en otros cultivos (maíz y frijol principalmente), además generó gastos que no contemplaron los ejidatarios. La incorporación al IMSS y las deudas generadas por la pérdida de los cultivos, aumentaron el déficit de los ejidos tuxtlecos. Tabamex continuó comprando las producciones de los ejidatarios sin contemplar los factores de calidad y cantidad o el origen de las cosechas. La integración de los campesinos a la estructura vertical permitió la incorporación de morosos y grupos que habían negociado con la CNC su participación en el programa estatal (Léonard *et al.*, 2000a: 848). Las turbias prácticas en el funcionamiento de la paraestatal influyeron en la adhesión indirecta de latifundistas al cultivo estatal del tabaco. Mediante sobornos y el control de las asambleas ejidales, la oligarquía tuxtleca amplió el número de parcelas cosechadas gracias a la desviación de los recursos e insumos. La habilitación de los terrenos subyugados por los terratenientes resultó en la compra y comercialización de sus producciones a través de los canales instaurados por Tabacos Mexicanos. Por lo que a través de la hegemonía que las familias tuxtlecas Turrent, Carrión, Ortiz y Villegas ejercían, lograron apropiarse de los capitales estatales en beneficio de sus intereses monopólicos.

Previo a la puesta en marcha de Tabamex en la región, el arrendamiento ilegal de las parcelas efectuado por el latifundio instituyó una forma de poder difícil de roer. La

habilitación de los ejidos seleccionados por la CNC, incluyó los terrenos controlados por las familias de terratenientes a los cultivados en las unidades integradoras. Durante la década de 1970 se intensificó el predominio de los intereses privados sobre el común ejidal al apuntalar las posiciones de la oligarquía en las prácticas de la paraestatal. Aunado a ello, la cooptación de intermediarios y de líderes agrícolas robusteció el yugo latifundista en los Tuxtlas (Léonard *et al.*, 2003b: 305). El desarrollo de las fuerzas productivas en la región se gestó en torno a las alianzas entre el Estado, los particulares y los ejidos mediados por Tabamex y el latifundio. La ausencia de amplias vías de comunicación que conectaran a la región con otros grandes comerciantes y la dependencia campesina de los cultivos demandados por intermediarios, líderes y terratenientes, definieron las dinámicas de una región fértil y productiva. El desarrollo de este proceso menguó la importancia del Sindicato de Despalilladores y desplazó los acuerdos entablados con los caciques al campo de las políticas estatales. En palabras del ex líder sindical José Polito Lucho, el cambio en las relaciones laborales presentó a Tabamex y su burocracia como adversarios en vez de aliados en la defensa de los derechos laborales. El desplazamiento del poder sindical incitó a que Polito y sus agremiados buscaran acuerdos con la alta dirección de la paraestatal. Empero, la estructura vertical de la paraestatal no dio cabida a los intereses ajenos a los acuerdos fincados entre la CNC, las tabacaleras y los latifundistas. En este sentido, Polito Lucho narra su inconformidad después que se le permitió el contrato colectivo de únicamente 500 trabajadores, siendo que para 1980 en la región del Golfo había más de 10 mil agremiados a Tabamex:

Tabamex llega igual que los patrones aquellos, llega a explotar a los trabajadores. Tabamex no llega con la prestación. Llega [a] pagar lo que quiere, sin prestaciones. Yo ya tenía conocimiento de esa empresa, de esa fuente de trabajo. Pero todos mis contratos eran con los caciques aquellos. Cuando llega, llega a explotar igual que los demás. ¿Por qué? Porque los demás cabrones [los latifundistas] le decían eso, “aquí haz esto y [a] la chingada, porque tu aquí haces esto y nosotros vamos a volver atrás”, era una confabulación. [Tabamex] respetó a las familias, tanto en construcción de galeras... Se entendieron muy bien. Los Turrent fueron dueños de Tabamex. (Polito Lucho, 16 de julio de 2015).

Las acciones emprendidas por Polito Lucho acompañaron los desacuerdos de otros productores afiliados a la paraestatal. En el norte del estado de Veracruz, los ejidatarios formaron la Asociación de Productores de Tabaco de Álamo con la intención de obtener mejores precios para sus cultivos y el aumento de las hectáreas delegadas a cada campesino (Álvarez, 1985: 60). Pero las acciones de Tabamex habían amparado ya el fortalecimiento de los latifundios y la presencia de las trasnacionales en todo el territorio nacional. En un lapso de diez años, la intermediación paraestatal pasó del discurso nacionalista a fungir como una herramienta que medió la acumulación capitalista. Esto no significa que en un principio su función no respondiera a las necesidades del proceso de explotación, sino que la ilusión ideológica anclada al nacionalismo exacerbado se desvaneció conforme se imponían las demandas de los grandes propietarios sobre las campesinas. La crisis mundial del capitalismo en la década de 1980 develó el funcionamiento de una paraestatal administrada por una élite de empresarios agrícolas. La importación del 80% de los alimentos de la canasta básica, el empleo temporal de los jornaleros y la devaluación de la moneda —resultado del incremento de la deuda externa en un 500% del valor inicial que en 1970 era de 4 462 millones de pesos—, conformaron algunos de los factores que avivaron la inconformidad y los antagonismos en el campo mexicano (Bartra, 1979: 188; Cristiani, 1981: 282). Asimismo, la reducción en 1980 de las áreas habilitadas por Tabamex en el norte del estado de Veracruz distanciaron aún más al Estado de las unidades integradoras. La intermediación pasó de las manos estatales a los acuerdos que la CNC obtuvo en los municipios de Álamo y Platón Sánchez en Veracruz (Jáuregui *et al.*, 1980: 67). En este sentido, la década de 1980 sentó las bases del neoliberalismo caracterizado por el cese de las regulaciones estatales, la dependencia comercial y el aumento de la población desempleada.

Con el distanciamiento de la paraestatal de los procesos productivos, en el norte del estado de Veracruz aparecen nuevos cultivos en las áreas que una vez fueron destinadas al tabaco. La cosecha de cítricos y de sandías empleó al reducido número de campesinos que no habían migrado o cambiado de actividad productiva (Jáuregui *et al.*, 1980). Por otra parte, en el sur del estado el complejo industrial del corredor Minatitlán-

Coatzacoalcos absorbió a la población que no encontró cabida en las actividades agrícolas. La construcción del corredor petroquímico demandó constantemente mano de obra calificada, a la par que el sector de servicios empleó a los trabajadores desechados por Petróleos Mexicanos y sus filiales. La recomposición del norte y sur de Veracruz mermó la importancia de cultivos como el tabaco y, para 1987, Tabacos Mexicanos S. A. de C. V fue declarado como incosteable al operar con “pasivos” y aumentar el déficit del Estado (Mackinlay, 1998: 216).

La implementación en 1987 del Pacto de Solidaridad Económica definió el cese de las actividades paraestatales en los diversos ramos en los que intervino el Estado. La descapitalización racionalizó los alcances de las paraestatales y desincorporó del proceso a varias entidades (Delgado Selley, 1991: 413). La reducción en un 40% de la presencia estatal en las actividades relacionadas con la producción del tabaco restringió el número de campesinos habilitados, con ello las hectáreas de cultivo decrecieron. El distanciamiento estatal, característica imprescindible del neoliberalismo inaugurado en el sexenio del presidente Miguel de la Madrid, devino en el año de 1990 en la venta de los activos de Tabacos Mexicanos a grupos de productores organizados. Organizados en dos grandes bloques, por un lado, los campesinos y, por otro, las empresas tabacaleras, la enajenación de los bienes estatales distinguió las actividades de cada contingente. A través de créditos estatales, se les concedieron a los ejidatarios organizados todos los activos relacionados con el cultivo de las solanáceas, es decir, los planteos, las infraestructuras de sembrado y cosecha, los hornos, los galerones y las bodegas. A las cigarreras y latifundistas correspondieron los activos destinados a la investigación, comercialización y procesamiento de las hojas (Mackinlay, 1998: 218). La diferencia entre los bloques dependió de la capacidad de endeudamiento y de las negociaciones hechas con el Estado.

En el caso de San Andrés, las políticas neoliberales velaron parcialmente en la opinión pública algunos de los procesos que acompañaron el cese de las actividades de Tabamex en la región. Por ejemplo, en opinión de Polito Lucho, el distanciamiento de la paraestatal aconteció a consecuencia de la mala administración económica y las turbias

relaciones entre la burocracia y los ejidatarios. Enseguida, presentamos la narración que el ex líder sindical hizo del proceso:

Cuando llega Tabamex a dar lana, la despilfarra. Se coluden los ejidatarios con los inspectores de campo, con los de arriba; siniestran lo que no han siniestrado y empiezan a dejar una derrama económica que va desgastando a la empresa, descuidan la calidad del tabaco, [la empresa] se empieza a descapitalizar. Te estoy hablando de los 80, llega Don Gustavo Carvajal Moreno, un médico de Santiago Tuxtla y liquida a Tabamex, la da por quebrada. Cuando la liquida, yo ya no soy líder, ya no tengo facultades. Ya ahí, el sindicato sigue, pero no sirve para nada y la Unión que ya nace entonces, la Unión de Productores de Tabaco Primitivo R. Valencia, que dirige Alain Guay Fonseca. Y es la corrupción, y la corrupción entra por la Unión, los ejidatarios y los tabacaleros... La corrupción propiamente cierra la empresa. Dejan desamparados a los trabajadores. Las galeras están abandonadas, muchísimo dinero costó construir todo eso. Las instalaciones quedaron ahí. Pero Tabamex Platón, Tabamex Papantla, fue lo mismo. Fue todo el estado de Veracruz... Tabamex en el país fue un desastre, una tragedia que creó el gobierno de López Portillo, que nació para morir. Duró muchos años, pero fue el quiebre. Fue una caja, no chica, una caja grande. (Polito Lucho, 16 de julio de 2015).

El posicionamiento de Polito Lucho denota el desplazamiento acontecido en su carrera política una vez que el Sindicato de Despalilladores dejó de tener injerencia en las relaciones laborales de la región. La corrupción entre los ejidatarios y los inspectores de campo, otorgan a la aseveración de Polito el sustento de su crítica. Al enfocar la atención en la corruptela, el énfasis evade los amplios procesos económicos del mundo para denunciar la realidad local. Con ello la culpa recae según Polito, en los acuerdos establecidos entre una minoría beneficiada en los ejidos y la administración burocrática de la paraestatal. A diferencia de Polito, Isidro Jiménez Ortiz, periodista originario de la localidad de Sihuan, identifica las causas del quiebre de la paraestatal en la política. Luego de dar un amplio seguimiento periodístico al desmantelamiento de Tabacos Mexicanos en la región, Jiménez Ortiz escribió un pequeño libro en el que narra la crónica de los procesos que desembocaron en el fin de la intervención estatal. Hemos de aclarar que el trabajo periodístico en la región se encuentra coartado por los designios del PRI. Difícilmente existe disidencia en la prensa impresa, salvo aquella que emplea las plataformas electrónicas, en donde también los casos de denuncia son escasos. Desde ese

posicionamiento, Isidro Jiménez Ortiz define a la política como el mandato de un presidente y narra la clausura de la paraestatal en la región de los Tuxtlas en los siguientes términos:

Tabamex se retira por ahí del 89-90, más o menos. Tabamex no era una empresa que trabajara con números rojos. Era una empresa que producía y trabajaba, producía muy bien. El tabaco, por su calidad, ganó y ocupó buenos lugares. En Alemania ocupó buenos lugares, en Inglaterra ocupó primeros lugares por su calidad ¿no?. Lo que pasa es que tiene que ver la política. Entra la política y bueno, es este tipo de política mal aplicada, la de vender las paraestatales en el periodo de Gortari, fue lo que hizo que la empresa quebrara, más bien se vendió, se malbarató. (Isidro Jiménez Ortiz, 27 de julio de 2014)

En 1992 el gobierno de Carlos Salinas de Gortari declaró el fin de las actividades de Tabacos Mexicanos S. A de C. V. Después de veinte años de control monopólico, negociaciones y de generar importantes dividendos al Estado, la empresa fue vendida a quienes participaron en ella. En San Andrés Tuxtla, los ejidatarios que dependieron de las inversiones estatales, conformaron en el mismo año la Unión de Ejidos Primitivo R. Valencia. En ella articularon a 250 productores en una organización que paulatinamente creció y aumentó el número de hectáreas cultivadas (Léonard *et al.*, 2000a: 858). Continuando con el seguimiento hecho por el periodista Isidro Jiménez, la unión adquirió una serie de créditos con los cuales obtuvo parte de los activos de Tabamex. Sin embargo, la comercialización que acompañó la producción encontró obstáculos difíciles de franquear, como apreciamos en el siguiente testimonio:

Desaparece Tabamex y como se formó la Unión de Ejidos productores de Tabaco de la CNC, la Unión sustituye a Tabamex. Entonces la Unión se queda con todas las instalaciones de Tabamex [en Sihuapan]... Empieza a trabajar con créditos muy grandes que en aquel entonces les empieza a dar lo que se llamaba el Banco Rural del Golfo, que tenía unas oficinas muy grandes ahí frente a la Iglesia de Santa Rosa, en San Andrés. Empieza el banco a financiar a la Unión de Ejidos con muchos créditos y con esos hacía lo mismo que Tabamex. Entonces, por decir, habilitaba a los ejidatarios para sembrar el tabaco, los tenía más controlados, pero quebró. Al comenzar a recibir la producción en bodega, el tabaco, no tuvieron comprador porque ya, estos [la familia Turrent] ya tienen sus compradores. Desde que están sembrando la plantita ya tienen asegurada la venta, todo, entonces estos nunca. Tabamex la tenía asegurada porque era el gobierno y tenían sus embajadas y todo, pero estos [los ejidatarios] no. Entonces empezaron a

luchar para poder colocar el producto en diferentes países. Inclusive aún existen las bodegas con grandes cantidades de tabaco que no se han podido ni vender, ni nada. (Isidro Jiménez Ortiz, 27 de julio de 2014).

Si bien la descripción del periodista tuxtleco identificó el dominio que los latifundistas tenían sobre el comercio como una de las barreras que limitaron el alcance de la Unión, entre 1996 y 1998 los productores establecieron un contrato con la empresa estadounidense ASP de Miami. Las negociaciones resultaron en la exportación del 85% de tabaco en rama y el resto en puros confeccionados en los talleres de la Unión. La habilitación de ASP facilitó la comercialización y la expansión de los terrenos cultivados en un periodo en el que la crisis y las necesidades de los ejidatarios sobrepasaban los recursos obtenidos. Estas fueron las prácticas de muchos de estos campesinos en el tiempo que la paraestatal Tabamex desarticuló la producción. Estamos haciendo referencia al contrabando de fertilizantes y al uso de los insumos en cultivos ajenos al tabaco. A decir de Isidro Jiménez, fueron los mismos campesinos los que propiciaron las condiciones que mermaron las cosechas en sus parcelas. La descripción hecha por el periodista ilustra una serie de juicios de valor que señalan a los ejidatarios como los responsables de sus pérdidas. En este mismo sentido, Léonard *et al.* (2000a: 849) refieren la “operación hormiga” emprendida por los ejidatarios que alimentó un mercado negro donde los insumos (fertilizantes, técnicas, plantas y agroquímicos) fueron comercializados con precios inferiores a los estipulados. El contrabando y el abaratamiento de los insumos permitió que los latifundistas se apropiaran en muchas ocasiones de aquello que los campesinos consideraron como un recurso extra que complementó los recursos económicos que recibieron de la paraestatal o de la inversión privada. Isidro Jiménez dice:

Los mismos ejidatarios se acabaron a la gallina de los huevos de oro. ¿Por qué razón? Porque, por ejemplo, te decían, “tú eres ejidatario entonces a ver, este, tienes una hectárea o dos, ¡ah bueno! te vamos a dar cinco sacos de abono, por decir, cinco botes de insecticida”. ¿Qué hacía el productor? Te daban cinco y nada más le echaba uno a la hectárea y los otros cuatro lo vendía a otros productores, te daban cinco botes de insecticida, entonces le echabas dos a tú hectárea y los otros... Había gente acaparadora de eso, o sea, se volvió un ciclo en el que empezaban a surgir las tiendas de productos agrícolas para el tabaco, pero era lo mismo que traían de Tabamex. Entonces había un acaparador que compraba miles al productor... Y eso trajo consigo

una serie de cosas, se incrementó el vicio, el alcoholismo. Pero entonces se fue dando ese ciclo, *jue* desmejorando inclusive el tabaco porque no daba la cosecha igual. Los particulares cuidaban sus cosechas porque tenían su inversión ahí, pero los otros no. (Isidro Jiménez Ortiz, 27 de julio de 2014).

El cierre de Tabacos de México en San Andrés Tuxtla representó, además del distanciamiento estatal, la acentuación de la crítica hecha por los detractores del campo. Para muchos san andresinos los culpables son y siempre serán los campesinos. Los ejidatarios no usaron adecuadamente los recursos obtenidos, los malbarataron y emplearon en el consumo de otras mercancías, llámese semilla de maíz o alcohol. Es cierto que el mercado negro posibilitó el desvío de los paquetes tecnológicos, pero la práctica dependió de otros factores. La desconfianza con la que campesinos y ejidatarios se apropiaron de las políticas intervencionistas de 1970, determinó parte del significado otorgado a los insumos, al considerarlos como gratuitos. El individualismo exacerbado, la descomposición del tejido ejidal y las ganancias obtenidas con las inversiones ajenas, ahondaron los alcances del contrabando y el mercado negro. Aunque algunos ejidatarios fueron sancionados, el estrecho contubernio con los inspectores de campo encargados de vigilar el uso adecuado de los insumos favoreció el florecimiento de un comercio paralelo. Un contubernio que enriqueció circunstancialmente a los ejidatarios y que indirectamente afianzó el poder de los latifundistas. En nuestra apreciación, los campesinos no hicieron mal uso de los insumos, aprovecharon las circunstancias en beneficio de sus necesidades y nutrieron la ilusión que los hizo partícipes de un proceso que solo los explotó. Más allá de los juicios de valor que definieron a los ejidatarios como alcohólicos, contrabandistas, oportunistas y desinteresados, advertimos la fuerza ideológica que los constriñó a pensarse como el eslabón que aglutinó todo el proceso. La tierra, en nuestro argumento, pasó de ser un título o un patrimonio, a una herramienta política de negociación. Las relaciones de poder que enmarcaron el uso de este instrumento, construyó sobre la tenencia la ilusión de empoderamiento, de pertenencia y solidificó la autoridad de la asamblea ejidal. Con el tiempo y los cambios en las relaciones productivas, la ilusión se desvaneció y los ejidatarios retornaron al punto inicial.

El retorno significó el fortalecimiento del latifundio y el monopolio de las familias tabacaleras. No obstante, los ejidatarios preservaron algunos elementos de la ilusión ideológica al incorporar sus parcelas al sistema productivo de los particulares. Las negociaciones entabladas con los terratenientes incluyeron los conocimientos y experiencias aprendidas en los veinte años que la paraestatal controló las producciones en la región. De acuerdo con el periodista y cronista aficionado de la localidad de Sihuapan, Isidro Jiménez, los campesinos se presentaron ante las empresas tabacaleras con una nueva estrategia que demandó ciertas condiciones al momento de habilitar sus terrenos. Por ejemplo, el conocimiento de los precios que tiene el tabaco en rama a nivel mundial enmarcó los contratos y el valor de las producciones. La experiencia aprendida en los veinte años, en particular aquel lema de López Portillo que rezaba “la tierra no es para quien la trabaja sino para quien tenga los medios necesarios para hacerla producir” (Cristiani, 1985: 58), cimbraron la codependencia entre productores y campesinos. En la década de 1990, la familia Turrent controló el 60% de las áreas cultivadas del tabaco en San Andrés. El establecimiento de pactos con los pequeños productores y con los ejidatarios, aumentó el número de hectáreas bajo dominio de esta élite agrícola a 400. Junto con ellos, la familia Ortiz estrechó los vínculos con el campo al grado de monopolizar varias plantaciones en las localidades productoras al este del municipio.

El proceso hegemónico en San Andrés Tuxtla dependió de las relaciones de poder y el uso de intrincados mecanismos sociales y culturales que, en términos de Wolf (1999: 46), configuraron prácticas en beneplácito de unos y detrimento de otros. La hegemonía, entonces, no correspondió únicamente a las negociaciones entabladas entre el Estado y los ejidatarios, también incorporó los anhelos de los campesinos y las demandas suscitadas durante la crisis de 1970. Las tensiones que emergieron con la intensificación de los cultivos fueron mediadas en el proceso hegemónico a través de la naturalización de la dominación, del consenso ideológico y no con el dominio directo de una élite sobre el resto. El ilusorio empoderamiento de los campesinos y la aparente distancia que los latifundistas guardaron en la época de la intervención, caracterizan este proceso inacabado. Asimismo, el distanciamiento de las élites atañe a la noción de los “márgenes” del Estado descritos por Daas *et al.* (2008). En ellos, el desorden impide que el Estado

imponga una forma de gobierno, la define una y otra vez. Quienes habitan los “márgenes” colonizan con sus necesidades esta forma de gobierno, asegurando así su supervivencia política y económica. En otras palabras, los latifundistas nunca salieron de San Andrés, solo resguardaron sus intereses al incorporarlos en las políticas monopolistas estatales. De ahí pues que los “márgenes” en Dass y Poole (2008) no sean espacios fuera del Estado, sino los afluentes que recorren el interior del cuerpo estatal.

Por último, podemos decir que la instauración de Tabacos Mexicanos S. A de C. V en San Andrés Tuxtla reconfiguró las relaciones entre productores, jornaleros, ejidos y Estado. De no haber ocurrido esto en la década de 1970, el descontento podría haber escalado al grado de suscitar brotes de violencia e inclusive la conformación de algunas guerrillas similares a las que dominaron la región en la época Revolucionaria¹⁷. Luego entonces, las políticas intervencionistas del Estado recompusieron las relaciones y paliaron los antagonismos de tal manera que todo permaneciera igual. Las políticas de *gato pardo* analizadas por Recondo (2007) ayudan a comprender el proceso que “cambió todo para que todo siguiera igual”. El arribo de Tabamex a la zona nunca desplazó a los latifundistas, solo los mantuvo legalmente al margen del proceso productivo. El cambio en las relaciones productivas prolongó el control que las oligarquías detentaron sobre terrenos, el contrabando, las decisiones en los ejidos y la habilitación de los campesinos excluidos por la paraestatal o la CNC. Asimismo, el gatopardismo cambió las dinámicas en los ejidos al empoderar a los ejidatarios y profundizar el individualismo, aumentando con ello el déficit en el marco del contrabando de insumos.

En raras ocasiones la “comunidad revolucionaria institucional” (Recondo, 2007) desatendió las demandas y necesidades de los sindicatos, productores, campesinos y latifundistas. Para “cambiarlo todo” el Estado y la paraestatal Tabamex preservaron algunos elementos fundamentales en la ecuación. Mantuvieron el dominio que las transnacionales ejercieron sobre el cultivo de las variedades *Burley* y *Virginia*. También evadieron el enfrentamiento con los latifundistas al integrar únicamente a los ejidatarios y

¹⁷ Hacemos referencia a las guerrillas que azoraron la región entre los años de 1910 y 1915. Lideradas por Hilario Salas, los grupos armados representaron el principal antagonista en la zona a los designios de Victoriano Huerta y los remanentes del porfiriato.

pequeños productores. Así pues, la imposición del control estatal se efectuó mediante la negociación y la inversión de las relaciones sin trastocar los intereses de quienes personificaron la lógica de la acumulación. En este sentido, la política del gato pardo cambió todo en el marco del Estado y no fuera de él. Organizaciones como la Liga de Comunidades Agrícolas del estado de Veracruz y la Confederación Nacional Campesina, fungieron como los encargados en la implementación del monopolio estatal. El caso de Tabacos Mexicanos y su presencia en San Andrés Tuxtla en el estado de Veracruz, ilustra la forma en que el Estado gobernó en beneficio del proceso capitalista a nivel nacional e internacional.



De lo que fue una importante paraestatal en Los Tuxtlas solo queda el testimonio de su infraestructura. En la fotografía se aprecia en el fondo una galera de secado de tabaco y, frente a ella, los viejos letreros de Tabamex.

[Fotografía: el autor, julio 2014. Sihuapan, San Andrés Tuxtla, Ver.]

Momento de la despedida: fin del recorrido y unas breves consideraciones

[Respecto de la prohibición del consumo de tabaco en espacios cerrados y públicos.] Pero también la campaña que tienen contra del tabaco, ¡es peor que si fuera droga! ¡No, no, no! Es sumamente difícil, o sea, cómo es posible que el tabaco que tiene... Es una antigüedad de más de mil años de conocerse... El tabaco es algo que, efectivamente, puede hacer daño. Pero como todo, en exceso ... ¿Cómo es posible que te lo estén catalogando peor que si fuera la droga? Poniéndote los pictogramas que salen muy violentos. Tú lo ves en los cigarros y aquí en la caja de puros también. Nunca se va a comparar la nicotina que tiene el tabaco que es de por sí propio de la misma planta que es de un 0.02 [risas] ¡Claro! El cigarro sí, ya contiene nicotina, contiene alquitrán, contiene mieles, contiene sobre de 22 sustancias químicas. El puro es sumamente natural, todo es como decimos puro [natural]... Un puro o 100 puros que tú te fumes es el daño de un cigarrillo. (Trabajador administrativo de la fábrica Santa Clara, junio de 2014, San Andrés Tuxtla)

En 1990, la reconfiguración mundial del capitalismo acontecida después de la crisis, devino en la intensificación del comercio y la especulación. En las relaciones comerciales mundiales la expresión “vender caro y comprar barato” se convirtió en el lema por excelencia de muchos capitalistas (García, 1998: 89). La situación escaló a tal grado que, en 1997, el capital financiero controló el 95% de las transacciones a través de intercambios financieros, solo el 5% correspondió a la transacción de bienes y servicios (Ferrer, 2004: 88). Después que las operaciones financieras produjeron las mismas cantidades que las almacenadas por todos los bancos del mundo, el fetiche del libre albedrío de las fuerzas del mercado neoliberal consolidó la ilusión del dinero, la diferencia fue que las operaciones lo hicieron en un solo día. La dispar relación entre 500 movimientos especulativos frente a uno, efectuado con materiales o servicios, cimentó la asimétrica ligazón entre la economía real y la especulativa (Borón, 2004: 212).

En México, la especulación financiera acompañó la profundización de la dependencia comercial, económica e, inclusive, cultural con Estados Unidos. En la década de 1980 el Estado mexicano invirtió dos y medio billones de dólares en la compra de alimentos de un total de 6.3 billones que Estados Unidos destinó a los mercados de

América Latina. En esa misma década, aunado a la pérdida de la autosuficiencia alimentaria, el Estado redujo los insumos al campo de 16.6 a 8.64% y la inversión pública decreció 32% entre 1982 y 1989 (Escalante, 1992: 229; Teubal, 1987: 338). Los Programas de Ajuste y Estabilización que tuvieron como fin resolver la inequidad económica y detener la inflación, beneficiaron a los pequeños productores, latifundistas y ejidatarios establecidos en las zonas de riego. Lo que resultó en la intensificación del descontento entre los sectores populares y el enriquecimiento desmedido de la élite agrícola. Las diferentes clases que conformaron el proceso capitalista de 1990 vivieron de diferentes formas la inauguración del neoliberalismo en México. El campo pasó a un segundo plano en la agenda estatal y los servicios fueron definidos como el eje del desarrollo estatal (Maldonado, 2008: 63; Martínez *et al.*, 2011).

En el marco de estas transformaciones nos despedimos de la vega tabacalera de San Andrés Tuxtla no sin antes hacer algunas reflexiones. Partiendo de las aseveraciones de Roseberry (2002: 77), el presente capítulo tuvo como principal finalidad mapear los poderes y espacios que determinaron al proceso histórico en cual se desarrolló el modo de producción sustentado por el cultivo del tabaco. Para ello, partimos de tres ejes analíticos que ilustran la persistencia de ciertas características a lo largo del tiempo. Tanto el Real Estanco del Tabaco, como el monopolio transnacional y la paraestatal Tabacos Mexicanos, compartieron algunos elementos derivados del proceso que los enmarcó. Las relaciones del territorio nacional con el resto del mundo, las alianzas entre el Estado y los grandes productores, la explotación del trabajo salarial, el monopolio de la producción mediante la habilitación y el control del comercio, fueron parte de los rasgos que la superposición de las olas de la acumulación capitalista acarrió a lo largo de doscientos años.

Siguiendo a Roseberry (2002: 64), podemos decir que los órdenes que comprenden la lógica de la acumulación capitalista configuran una y otra vez “lo previo y lo nuevo”, intercalando incesantemente elementos del pasado con otros del presente. Ello demanda la lectura a largo plazo de las circunstancias que, en el caso del tabaco y de las vegas, configuraron el monopolio como característica intrínseca del proceso. En el

análisis de la Colonia y del Real Estanco del Tabaco presentamos los fundamentos de un dominio determinado por las circunstancias mundiales y locales. Los nexos que los productores construyeron con el Estado, el resguardo que éste tuvo de sus producciones y la constitución de un amplio número de trabajadores asalariados, definieron las directrices del monopolio colonial y su usufructo por parte de la Corona durante cuarenta y cinco años. En el apartado dedicado a la expansión trasnacional analizamos las circunstancias que posibilitaron la expansión monopólica de las firmas trasnacionales en el contexto del crecimiento “hacia adentro”. Las restricciones arancelarias y las políticas selectivas del Estado dieron forma a un contexto similar al acontecido en la época Colonial, cuando las necesidades económicas demandaron la intervención estatal. Por último, en el análisis del dominio estatal ejercido a través de Tabacos Mexicanos S. A de C. V se retomó gran parte de los procesos previos a su instauración para dotar de sentido su presencia en el campo. Como aconteció en la Colonia, las políticas del Estado definieron a los campesinos que habían sido marginados como pilar del proceso con el fin de paliar la expansión de los latifundios y apropiar la producción sin trastocar los intereses de particulares. Igual que la forma como la Corona intensificó el cultivo en la región de Córdoba y Orizaba, en el siglo XX las regiones del Golfo y Pacífico fueron intervenidas e incorporadas a la estructura del monopolio estatal. El desarrollo intrincado de la historia denota una serie de retornos hacia el pasado, ciclos que parecen formar una espiral en torno a un solo fin, la acumulación.

La situación del campo mexicano en la actualidad, en particular de San Andrés Tuxtla, demanda la lectura crítica de los elementos que determinan el presente de sus poblaciones. El cese de las actividades de la paraestatal Tabamex intensificó lo que Narotzky y Smith (2011) definieron como “la pluriactividad en el campo”. La búsqueda de ingresos paralelos a los generados por el trabajo asalariado ha ocasionado que muchos campesinos en San Andrés Tuxtla incursionen en el ecoturismo, el espectáculo cultural y el turismo de aventura. Con estos ingresos, los campesinos complementan el salario percibido en las labores del campo, principalmente aquellas vinculadas al cultivo de maíz y tabaco. Por otra parte, la pluriactividad también redefine los espacios agrícolas al presentarlos como paisajes y rutas destinadas al ocio y el esparcimiento. Este proceso

encubre la realidad de quienes habitan el campo; su modo de vida, puesto en el mercado como una mercancía más, es apropiado y consumido por un público selecto que lo percibe como “natural” y espectáculo. Así, las localidades que una vez fueron productoras de tabaco, devienen en paisaje prístino de la selva tuxtleca. Las tradiciones que normaron la vida anual de la población, son apropiadas por las políticas estatales como elementos de una identidad bucólica.

Asimismo, la explotación intensiva de los recursos naturales ha mermado la fertilidad de los campos. La tala inmoderada de la selva y la extensión de los potreros acompañan la construcción ideológica del campo en San Andrés. La prolongación de cultivos como el tabaco, que abarca dos ciclos productivos, intensifica la obtención de dividendos al alternar los terrenos habilitados. La demanda local e internacional del tabaco oscuro obliga a los campesinos a emplear grandes cantidades de agroquímicos, además de incorporar constantemente a nuevos jornaleros a las plantaciones tabacaleras. El intensivo cultivo de las solanáceas continúa determinando la vida de cientos de campesinos y preserva el dominio de una élite agrícola. No obstante, en el marco de las políticas neoliberales, las producciones tabacaleras han pasado a ser parte de los recorridos turísticos y los puros confeccionados artesanías de lujo para quienes puedan comprarlos y fumarlos. La inversión de la realidad en el neoliberalismo corresponde entonces a un proceso que reconfigura la obtención de la plusvalía.

Hoy en día, San Andrés Tuxtla cuenta con 157 364 pobladores, de los cuales el 57.56% habita localidades no mayores a 500 habitantes (CONAPO, 2010); 40% no ha concluido la primaria y 20% es analfabeta. Ubicado en un estado cuyo índice de marginación lo posiciona en el cuarto lugar a nivel nacional, la pobreza en San Andrés Tuxtla vuelve incompatible en algunas ocasiones la emergencia de nuevos nichos de acumulación capitalista. En este sentido, las empresas de ecoturismo y los promotores culturales que hacen de las tradiciones espectáculos, lidian constantemente con una población empobrecida en todos sentidos. Las necesidades económicas siempre son antepuestas y el uso de la vida como mercancía garantiza la obtención de algún salario o ingreso. No podemos dejar de mencionar que las localidades que históricamente fueron

las vegas por excelencia de la región, presentan los índices más altos de marginación del municipio. Poblaciones como Sihuapan, Comopan y Calería son definidas por CONAPO (CONAPO, 2014) como zonas con serios problemas que demandan la intermediación del Estado. No obstante, en ellas continúan laborando las empresas Te Amo y Puros Matacapán, propiedades de las élites latifundistas.

Si bien el fetiche de la mercancía encubre las relaciones sociales con objetos, el velo se traslapa al campo cultural (Wolf (1999: 35), en este sentido preguntamos: ¿qué tradiciones y valores son seleccionados e incorporados en la circulación de mercancías? ¿En qué circunstancias y por qué?. Para dar respuesta a estas interrogantes partimos del entendido de una hegemonía selectiva basada en la diferenciación a partir de criterios pre-establecidos que se sustenta en estructuras de sentir, es decir, en marcos materiales y significativos sobre los cuales los sujetos hablan y actúan a través de la dominación (Smith, 2011: 4). Enmarcamos asimismo el proceso en un neoliberalismo que define a los sujetos como empresarios partícipes de la dinámica de acumulación al explotar su trabajo y los capitales que invierten. En este sentido, el neoliberalismo controla todos los aspectos de la vida social y mercantiliza todos sus elementos (Laclau *et al.*, 1987). Estamos pues ante lo que Harvey (2005: 32) denominó como una “acumulación por desposesión”, encuadrada por un contexto multicultural que exalta las diferencias culturales en vez de las políticas o económicas (Zizek, 2013: 28).



En San Andrés Tuxtla la gente continúa trabajando en la fabricación de puros. Con las manos, aprenden el delicado oficio, logrando perfeccionar su confección con el paso de los años. [Fotografía: el autor, noviembre 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

El Turismo y el Espectáculo. Derroteros de una transformación en San Andrés Tuxtla, Ver.

Las transformaciones económicas y geográficas a lo largo del territorio nacional, acontecidas en las últimas décadas, han cambiado significativamente las relaciones entre el campo y la ciudad. Continuar describiéndolos como espacios cerrados y acotados a una serie de particularidades deja de lado muchos de los procesos que los han modificado a lo largo de la historia y que, desde un principio, los ligó como parte de un territorio más amplio. Las regiones son en nuestro análisis los puntos de partida desde los cuales se pueden abordar las relaciones de poder y los antagonismos que componen las dinámicas del capitalismo en un lugar determinado. Más allá del estudio de la “globalización” como un fenómeno reciente que incorpora nuevos actores en las dinámicas agrícolas y difumina los límites entre la urbe y las localidades agrestes (Martínez *et al.*, 2011: 29), propongo retomar los argumentos históricos de Wolf (2005) y señalar la larga duración de un proceso que se construyó sobre la acumulación originaria del mercantilismo. Dicho proceso, como se constató en el capítulo anterior, se instauró mediante el consenso y la labor que terratenientes, campesinos, ejidatarios, comerciantes y los grandes capitalistas hicieron en la configuración de la región del Sotavento y en particular en San Andrés Tuxtla. Partir de esta óptica nos permite discutir críticamente los cambios que actualmente generan la diversificación de actividades implementadas por los campesinos y empresarios, particularmente aquellas ligas al turismo.

La pluriactividad en las economías rurales, lejos de ser pensadas como sólo acotadas al trabajo agrícola, presenta un complejo panorama para el análisis (Salas *et al.*, 2011a: 141). La búsqueda de otros medios para la obtención del sustento económico en la cotidianidad campesina, la expansión de nuevos mercados laborales –ya sean maquiladoras, petroquímicas como en el caso del Sotavento Veracruzano o la llegada del turismo y el ecoturismo a San Andrés Tuxtla– y los cambios en las políticas estatales son

parte de las dinámicas de una vigorosa lógica emprendida por una hegemonía selectiva. Frente a esto, en la antropología aparecen categorías que discuten los cambios que ocurren en los espacios donde existe una mayor cercanía entre las actividades propiamente urbanas (comercio, servicios e industria) y las áreas que fueron definidas como agrícolas. Abordamos estos cambios como la conformación de territorios “periurbanos” (Martínez *et al.*, 2011: 30), en donde el “capital productivo e industrial” se apropia de espacios “improductivos dedicados a la recreación y al ocio”, o en otras palabras, hacemos referencia a la “urbanización” de las actividades agrícolas –ya sea gracias al turismo religioso, el ecoturismo o turismo de aventura– (Salas *et al.*, 2011a: 159). En este sentido, la pluriactividad económica refiere a una serie de estrategias que posibilita la obtención de ingresos y transforma las relaciones sociales en diversos niveles.

Más allá de lo que ha sido definido como la erosión de la vida tradicional en las “comunidades” (Suárez, 2011: 65), de la nostalgia ante los cambios que la urbanización ocasiona en la cotidianidad rural (Mantecón, 2002: 259), de la idealización que la preserva impoluta frente a la modernización, propongo un análisis más crítico que señale las problemáticas que emergen del proceso. Tras el distanciamiento estatal del campo, cuyo precedente se ubica en la implementación de políticas neoliberales, la economía agrícola y el trabajo de los campesinos perdió importancia en el escenario estatal. Siguiendo a Hjorth (2011: 107), podemos plantear que la desarticulación de la economía agrícola, la migración y la industrialización del campo, ocasionaron un cambio en la percepción del trabajo agrícola. Trabajar el campo es, según Hjorth, vivir en la pobreza. Ante esta situación, la búsqueda de nuevas fuentes de sustento económico nutre un proceso de “desagrarización”, que implica la diversificación de las actividades agrícolas y la incorporación de otras como el trabajo asalariado al interior del país o fuera, los servicios y la producción de artesanías (Pérez, 2001: 22; Salas *et al.*, 2011b: 29). En este contexto, el turismo adquiere relevancia en muchos lugares, tanto por su forma de apropiar los recursos naturales y culturales, como por la manera como modifica los elementos de la vida cotidiana.

Aunque existen casos donde la pluriactividad ha logrado una mejora en las condiciones de vida de algunos campesinos, las relaciones de poder que en un principio se establecieron entre el campo y su administración urbana (Wolf, 1971: 21) no desaparecen. A través de las microempresas familiares, de la conformación de cooperativas, de la agroindustria doméstica, de los “eco-negocios” orientados a la producción de mercancías orgánicas o enseres ecológicos (Maldonado, 2009: 27) o del uso de la identidad, la cultura y el patrimonio como mercancías (Comaroff *et al.*, 2009), los pobladores de las áreas agrestes buscan solucionar la pobreza. Ello, por supuesto, no responde al libre albedrío de estos pobladores. Cubriendo y orientando esta búsqueda hallamos la dinámica de un capitalismo que obstinadamente crea y transforma las geografías que domina para así asegurar el movimiento de mercancías y personas que las producen y administran (Harvey, 2010: 190). Sin esta cualidad, el capitalismo se atrofia y entra en un proceso en el cual los excedentes que produce no generaran las ganancias necesarias para continuar la reproducción del sistema. La “creación destructiva” del capital no cesa, siempre está construyendo nuevas geografías y, en caso que una deje de funcionar, de inmediato se derrumba para, sobre los escombros, edificar otra configuración que permita la extracción de excedentes económicos (Harvey, 2010: 191).

Si tomamos como punto de partida la “nueva ruralidad” (Blanco, 2009; Martínez *et al.*, 2011; Salas *et al.*, 2011a; Suárez, 2011) como una categoría de análisis que discute antropológicamente los cambios que suceden en los paisajes rurales –la industrialización del campo, la terciarización, la flexibilización de la fuerza de trabajo y la diversificación de las actividades agrícolas– el concepto propicia el abordaje del proceso global desde lo local. Considero pertinente reconocer los aportes que desde los estudios de las “nuevas ruralidades” se hacen para cimentar los parámetros de una discusión que esboce las complicadas rutas que el capitalismo toma en cada región estudiada. No obstante, como lo plantea Suárez (2011: 69), es pertinente pensar la construcción de los espacios desde las relaciones de poder que en ellos se gestan, sólo así se podrán comprender las formas en las que las subjetividades son moldeadas a través de interacciones sociales.

Cuando nos proponemos pensar lo rural, ya no remitimos únicamente a lo agrícola. La constante flexibilización laboral, la migración con fines laborales y, hoy en día, la intensificación del turismo en muchas regiones del país, presentan un panorama que demanda replantear las categorías de análisis. Replantearlas para así discutir a profundidad los usos que se hacen de los recursos (naturales y culturales) que en esas regiones existen y analizar los nuevos mercados laborales. El turismo –en cualquiera de sus facetas– acentúa el proceso de mercantilización que va más allá de la revalorización que los lugareños pueden hacer de sus “tradiciones” o paisajes. A diferencia de Blanco (2009: 349), considero que los productores rurales no se conviertan en emprendedores al ser acogidos por la expansión del turismo, sino en activos partícipes de un proceso que los presenta y define como “los otros” que dotan de una “autenticidad”, una “identidad” y exotismo las mercancías que producen. En este sentido, el turismo no es mera dominación o alienación, no es sólo una actividad económica que genera empresarios, es el reflejo de un proceso construido mediante tensas negociaciones y relaciones de poder.

Si bien los “estilos de vida”, las “artesanías” y hasta la “agricultura familiar” pasan a formar parte de un amplio abanico de mercancías que se vuelven atractivas para los cautivos en el turismo (Blanco, 2009: 349), este proceso de fetichización de las realidades rurales va más allá de ser una oportunidad ventajosa para los campesinos. A contracorriente del planteamiento de García Canclini (1988: 93), para mí la producción de artesanías no es solo una fuente de ingresos que, al ser producidas “entre cosechas”, se puede ligar con el trabajo agrícola. A partir de la definición de Marx (1867) de valor de uso y valor de cambio, proponemos un giro en esta apreciación. Desde esta perspectiva concebimos al turismo como el reflejo de un proceso que va más allá de “el viaje”, “el huésped”, “el anfitrión” y “la artesanía”; es la apropiación de los elementos que constituyen la vida cotidiana de un lugar por intereses propios y ajenos en el marco de un proyecto hegemónico en desarrollo.

Gracias a un multiculturalismo que exalta las diferencias culturales al tiempo que vela los antagonismos de clase mediante, la elaborada reconfiguración de regiones enteras con el fin de comercializar sus “modos de vida”, exaltando su “magia” y una

supuesta autenticidad, el proceso que mercantiliza la cotidianidad ha transformado las geografías del país entero. En la región del Sotavento veracruzano, dicho proceso se vino gestando lenta y progresivamente desde hace ya tres décadas. Mientras que en la región la migración aceleró el traslado de campesinos hacia la ciudad o a Estados Unidos en búsqueda de trabajo (Garrido, 2004: 120), el declive de la industria cañera obligó a los productores a intercalar otros cultivos con la caña de azúcar (Garrido, 2004: 115). En San Andrés Tuxtla, el cierre de la paraestatal Tabamex abrió las puertas al espectáculo de lo natural y cultural. En este escenario, donde el turismo adquiere singular relevancia, los espacios laborales de las fábricas de puros “Te Amo” y “Santa Clara” pasaron a formar parte de recorridos turísticos; en los que los productos son definidos como “artesanales” y los trabajadores tuxtlecos dejan de ser identificados como obreros para devenir en “artesanos”. Para la década de 1990, la Secretaría de Turismo del Estado de Veracruz comenzó a delinear rutas eco-turísticas en la Reserva de la Biosfera, principalmente en las áreas ubicadas en las faldas del Volcán San Martín. Asimismo, lugares como la cascada de El Salto de Eyipantla adquirieron relevancia en los recorridos orquestados por empresas turísticas. En el año 2000, algunos empresarios pusieron en marcha proyectos de turismo rural en localidades aledañas a la ciudad de San Andrés con la finalidad de ofrecer espacios y experiencias próximas a la “tradición” de la región. El turismo, al menos en el caso de Los Tuxtlas, se construyó al ligar las necesidades de los campesinos y trabajadores que dejaron de obtener ingresos de las actividades agrícolas, con las de una espectacularización de lo cultural, lo laboral y lo natural.

Conforme el neoliberalismo, rostro del actual capitalismo, se fue expandiendo en el sur del estado de Veracruz, las expresiones culturales se convirtieron en monedas de cambio, en garantía de acceso a inversiones privadas o estatales, en prendas que pueden ser comercializadas nacional e internacionalmente. Por otra parte, en San Andrés Tuxtla los atractivos naturales potenciaron la noción bucólica del lugar y articularon una imagen edénica de un territorio plagado de cascadas, playas, selva y fauna. En el proceso, las rutas turísticas dejaron fuera las localidades distantes y los poblados carentes de “autenticidad”. En este sentido, podemos decir que en el neo-liberalismo la hegemonía selectiva da cabida a unos y deja muchos a la deriva. Comencemos pues por discutir las

diferentes definiciones que existen de aquello llamado “turismo”, así como los procesos que lo ligan directamente al capitalismo: el neoliberalismo y el multiculturalismo, su expresión ideológica más conspicua.



Como parte de la política implementada por la Secretaría de Turismo del Estado de Veracruz (2015), el presente mapa ilustra las siete regiones turísticas que componen el territorio veracruzano. Entre ellas, la “Región de Los Tuxtlas” cuenta con diversos atractivos y en San Andrés Tuxtla (no. 38 en el mapa) los más significativos son: sitios de playa, lugares de observación de aves, reserva ecológica y rapel.

El turismo en la época neoliberal

El concepto de “turismo” no es dado de una vez por todas. Se encuentra vinculado a las culturas. El acto de recibir a un visitante es enraizado en el código de la tradición. En el código de la hospitalidad, es necesario venerar al viajero errante, ofreciéndole lo que es más precioso, o sea, lo que es más íntimo. El concepto de hospitalidad tampoco cae del cielo: es una construcción vinculada a una cultura determinada históricamente... (Martini, 2013: 994)

En 1970, las crisis económicas en el mundo representaron importantes retos para el capitalismo. La lógica del Estado Benefactor dejó de ser el motor de la acumulación y nuevos horizontes fueron planteados. En este contexto, un grupo de economistas de la Universidad de Chicago se dieron a la tarea de repensar las políticas liberales para luego aplicar nuevos programas en la transformación política, social y económica de Chile (Harvey, 2005: 9-10). Dichos modelos cambiaron el papel del Estado en la economía de muchos países, abrieron los mercados a la competencia y exaltaron el papel del individuo en la reconfiguración de la sociedad capitalista. Bajo estos parámetros, el neo-liberalismo apareció en la década de los años setenta y, tras implementarlas en Chile, las políticas se replicaron en Estados Unidos bajo el gobierno de Ronald Reagan y después fueron aplicadas en Inglaterra durante el mandato de Margaret Thatcher. El neo-liberalismo llegó a México en los primeros años de la década de 1980 bajo el gobierno de Miguel de la Madrid. El modelo, actual expresión del capitalismo en el mundo, es sin lugar a dudas el fenómeno que más antagonismos ha generado en las diferentes geografías del globo. Los beneficios son, como se discutirá a continuación, exclusivos de una clase que no reconoce nacionalidad o territorio, el costo de este enriquecimiento desmedido –de la “acumulación por desposesión”– aún cobra factura a millones de personas en México y el resto del mundo. Con el objetivo de entender el funcionamiento del neo-liberalismo, propongo discutir las lógicas y los actores que lo conforman.

Por una parte, el neo-liberalismo es parte fundamental de un proceso que aquí definimos como hegemónico. Donde el consenso y la coerción siempre generan tensiones y relaciones dialécticas entre las clases que el capitalismo produce. En el estudio del neo-

liberalismo el uso de esta categoría permite ilustrar la dirección de una clase que es la expresión de un singular desarrollo de la historia. Parafraseando a Smith (2007: 217), podemos decir que en dicho desarrollo la hegemonía depende de su dominio, es la puesta en práctica del poder mediante relaciones sociales que se expresan en instituciones estables y en hábitos culturales. La hegemonía es, en este sentido, un proceso complejo que escapa a la mera dominación de una clase.

Pensar a la hegemonía como solo la dominación directa que una clase ejerce sobre el resto, demerita el análisis histórico y social del proceso. Esta lectura histórica de la hegemonía permite vislumbrar los giros que han ocurrido en la ideología y los usos que los dominados hacen de ella, sea para contraponerse o, inclusive, para resguardar sus intereses ((Hall, 2010: 137). A diferencia de lo discutido por Heller (1994: 320), quien define a la hegemonía como solo la incursión de las ideas dominantes en las necesidades y saberes de las clases desposeídas, Hall (2010: 110), retomando a Gramsci, aboga por discutir las relaciones de poder que emergen en los campos de fuerza, políticos y sociales, donde se pone en juego la praxis hegemónica. Es importante pensar las formas en las que se consolida o no la materialización de las ideas de la clase dirigente. Partir de esta concepción permite evadir "...la noción de que hay alguna garantía de que la posición ideológica de una clase social corresponderá siempre a su posición en las relaciones sociales de producción..." (Hall, 2010: 199).

En este sentido, la hegemonía es un proceso que permea las prácticas sociales y culturales que cotidianamente articulan la vida en sociedad (Wolf, 1999: 44). En esta reproducción cotidiana de la hegemonía, los sujetos no aparecen pasivos o sumisos, sino siempre en movimiento. Ya sea resistiendo, desafiando o limitando su alcance, las clases sociales exigen siempre a la hegemonía la constante reconfiguración de la praxis y la inclusión de aquellos que les son ajenos en el proceso (Williams, 1980: 134). De acuerdo con Žižek (2009: 21), para que una hegemonía y su conjunto de ideas asegure su permanencia, siempre tendrá que engendrar una serie de tensiones en el campo social y político donde convergen las clases. Es en este campo donde se articulan los deseos de los subalternos en la dirección de los hegemónicos, y donde los hegemónicos apropian,

de manera selectiva, las ideas de las clases fragmentadas. Esta relación dialéctica, elástica y tensa siempre pone en riesgo la dirección de la clase dominante. De ahí que la hegemonía tenga que lidiar con las “contra hegemonías” o con las “hegemonías alternativas” que emergen del tenso proceso (Williams, 1980: 134).

Por lo que la permanencia de una clase en la posición hegemónica depende de lo bien que pueda reproducir, a manera de hábito cultural, los designios consensuados en el proceso (Smith, 2007: 216). Ya sea a través de instituciones sociales, de la apropiación del “sentido común” o del control de la historia, la hegemonía se da a la tarea de permear las prácticas culturales y sociales. Al respecto, Gavin Smith (2011) discute las elecciones hechas por la hegemonía mediante el concepto de “hegemonía selectiva”. La constante expansión del capital, en su afán de abarcar los diversos aspectos de la vida, centra en muchas ocasiones la atención en sólo algunos de ellos. Parafraseando a (Smith, 2011: 20), planteamos que los diferentes proyectos de clase que tienen los capitalistas, pasan de una expansión hegemónica (momento del Estado Benefactor) a una meticulosa selección de ciertos círculos de capital (neo-liberalismo). Esto genera en la sociedad un doble efecto: mientras que unos son beneficiados directamente por la inversión y la oportunidad laboral, el resto queda imbuido en una incertidumbre laboral, en donde las políticas que enmarcan sus vidas son diferentes a aquellas que direccionan a los primeros. En la hegemonía selectiva, los círculos del capital en vez de expandirse, se constriñen; dicho comportamiento ocurre gracias a las facilidades otorgadas por el Estado.

Harvey (2005) refiere como primordial el papel del Estado en la salvaguardia de la “libertad del mercado” frente a las “libertades políticas” de los ciudadanos. El conjunto de instituciones y relaciones sociales que conformaron en su momento al Estado Benefactor, ahora resguardan la expansión de un capitalismo voraz (Smith, 2011: 6). En esta nueva fase, la distribución de los bienes generados por las industrias estatales pasa a manos de inversionistas privados y grandes consorcios empresariales. Este movimiento de capital aseguró la expansión de un mercado internacional y regional que se nutrió de la alienación de todos y cada uno de los espacios de la vida (Laclau *et al.*, 1987). El neo-liberalismo es –de la mano del Estado– la puesta en práctica de la “apropiación por

desposesión”, la privatización de todos los enseres de la vida, la aprehensión de todos los recursos naturales y el paso de las demandas colectivas a las del individuo (Harvey, 2005: 32). Este giro, drástico y opuesto al modelo de Estado previo, progresivamente acentuó un tipo de subjetividad, el individuo.

Mientras que en el modelo fordista el Estado Benefactor estableció alianzas políticas con sindicatos, líderes y organizaciones de trabajadores, en el neo-liberalismo el individuo es exaltado como el pilar de la lógica política, económica y cultural. De ahí que el Estado deje de fungir como garante de la economía y abra los mercados a la “libre competencia” (de individuos), a la inversión privada guiada por el Estado a través de sus instituciones y asesores. Los derechos que en un momento aseguraban el bienestar de los ciudadanos (salud, educación, vivienda), son modificados a través de la noción del ciudadano “empresario”, del emprendedor que individualmente solventa todo aquello que en algún momento garantizó el Estado (Smith, 2011: 226). El mérito, la responsabilidad y la elección individual, son enaltecidos en la vida cotidiana de los sujetos a la par de la competencia mercantil y laboral (Hale, 2002: 288).

En el neo-liberalismo no hay lugar para el común, para la oposición y la lucha desde la articulación de un partido de clase, los grandes pilares de léxico liberal –la “libertad”, la “igualdad”, la “propiedad” y “Bentham” (Hall, 2010: 142)– imposibilitan la articulación de los individuos. Empero, estas máximas del capitalismo no son recientes, fueron retomadas de un liberalismo que se instauró en la apropiación de la riqueza en vez del reparto de ésta a lo largo de los últimos dos siglos (Gramsci, 1971: 42). En este sentido, el neo-liberalismo facilita la expansión de una hegemonía que difunde –por razón del Estado– la ilusión de ciudadanos empoderados. Bajo estas figuras, lo que se pensaba como un proceso que homologaba a las masas –la homogenización de la cultura, por ejemplo– terminó generando un sinfín de individualidades, tanto en derechos como en el devenir de un multiculturalismo que permeó las políticas estatales y mercantiles.

Los ciudadanos emprendedores en el neo-liberalismo invierten en dos sentidos: capital humano como trabajadores y capital financiero como capitalistas (Smith, 2007:

227); los éxitos o los fracasos que experimentan en sus vidas no son ligados como parte de las dinámicas del sistema, sino atribuidos al mérito o al descuido individual. Por lo tanto, de acuerdo con Harvey (2005: 21), los condicionamientos de clase quedan velados ante una individualidad exacerbada. Pero el empoderamiento de los ciudadanos bajo la forma de empresarios tampoco es igualitario, dicho ejercicio recae en el la selección de los “hijos legítimos” en quienes la productividad se intensifica (Smith, 2007: 226). Con ello se ponen a prueba los dos capitales que los individuos invierten a manera de hacerse partícipes de las dinámicas del mercado regional, nacional e internacional.

Estos condicionamientos aplican siempre a favor del proceso y el neo-liberalismo se beneficia de ellos de varias maneras. La apertura del mercado genera innumerables ganancias, del mismo modo el desarrollo desigual de las regiones acelera el enriquecimiento de una población y el empobrecimiento de otras. El beneficio económico y político que tiene la clase hegemónica solidifica, afianza y construye el dominio de una élite en el poder (Harvey, 2005: 32). Con esto, el neo-liberalismo deja al descubierto su carácter clasista que lo impulsa siempre hacia la configuración de nuevas geografías, transformando regiones y orientándolas hacia la extracción de capital humano o financiero. El movimiento del capitalismo es, en este sentido, perpetuo, una revolución permanente. Las olas del capital –definidas como largos procesos de acumulación histórica– cambian una vez que una ola converge con otra (Roseberry, 2002: 76). Los movimientos que estas olas generan definen los rumbos de las regiones: donde una ola choca con otra se da un “ajuste espacial” que modifica la infraestructura creada por el capitalismo en las olas anteriores. Partiendo de esta metáfora podemos pensar la forma como aparece el turismo –en tanto expresión del “ajuste espacial”– no como un desmantelamiento de lo ya existente, sino como producción y apropiación de lo cultural y natural con el fin de construir otro andamiaje que permita continuar la acumulación. En este cambio, resulta imprescindible prestar atención a las diferencias que matizan los antagonismos en las diferentes geografías de una región y del mundo (Hall, 2010: 194). Los fenómenos no ocurren de la misma manera y sus efectos históricos tienen diferentes tonalidades. Si bien la competencia es un elemento clave en la expansión del capitalismo

(Harvey, 2010: 111), sus resultados responden a las particularidades del momento histórico que viven las clases.

Por otra parte, en el neo-liberalismo las políticas de inclusión, el reconocimiento de la diversidad y el respeto a las diferencias, son parte de un proceso que tiene como uno de sus pilares la idea del “ciudadano individual”. La emergencia de cada vez más “ciudadanías étnicas” es muestra de ello (Comaroff *et al.*, 2009; Gledhill, 2004: 81). Promovidas en parte por el Estado, organismos internacionales, grupos étnicos y un sinnúmero de Organizaciones No Gubernamentales, las “ciudadanías” (étnicas, de género y raciales), buscan direccionar las tensiones generadas por el proceso de la “acumulación por desposesión” hacia el reino de lo cultural. El multiculturalismo es “...explícitamente constructivista, justificado por la necesidad de recrear o recuperar la esencia individualista...” (Hale, 2002: 300).

La puesta en práctica del multiculturalismo delineado por las políticas neo-liberales, aboga por la democratización de un proceso que en sí es profundamente antidemocrático (Harvey, 2005: 20). El esfuerzo por encubrir las tensiones económicas y sociales se logra al otorgar “derechos culturales” y la promoción de la inclusión y el respeto. Aunque la puesta en marcha de esta lógica en efecto genera espacios para el diálogo y la participación de aquellos que son reconocidos, sus intenciones son otras (Gledhill, 2004: 83). Siendo un pilar del proceso neo-liberal, junto con el libre mercado, el individualismo y el desarrollo desigual de regiones, el multiculturalismo funge como válvula de escape, como mediador y como un “racismo a la inversa” (Zizek, 2009) que exalta las diferencias. Ergo, el neo-liberalismo es un proceso contradictorio pero funcional.

El paso de un sujeto político homogéneo –formado a imagen del Estado, el ciudadano (Hale, 2002: 293)– a las ciudadanías incluyentes, pone de manifiesto un giro en la política. En el actual multiculturalismo, “la guerra de clases” (Zizek, 2013: 47) es desplazada a campos menos arriesgados para la hegemonía. Lo cultural, racial, étnico y el género emergen en las políticas multiculturales como los espacios propicios para la

confrontación, para la exigencia y el otorgamiento de derechos y concesiones. Por lo tanto, las políticas multiculturales son los medios a través de los cuales el Estado reconstruye lo ajeno y antagónico en términos ajenos a los originales (Hale, 2002: 301). Por añadidura, las políticas del “si, pero...” posibilitan la apertura del campo político a tal grado que los interesados en ser reconocidos no llevan las demandas a los campos que pondrían en jaque la dirección de la clase hegemónica (Hale, 2002: 317). La naturalización de la desigualdad (Macip, 2005: 4-5), ocurrida en el giro de lo político y clasista a lo cultural y racial, es una eficiente herramienta neo-liberal que afianza la reproducción y permanencia del proceso capitalista.

Encausar las demandas políticas por medios poco arriesgados para la hegemonía, ayuda a su vez a la generación de nuevos mercados. En su afán por continuar la producción de las mercancías, el capitalismo apropia nuevas “ciudadanías” al ejercer un “multiculturalismo comercial” que “disuelve y resuelve” las demandas con un consumo privado, exclusivo para un grupo en lucha (Hall, 2010: 584). Con ello, en el mercado aparecen un sinnúmero de mercancías para grupos ecologistas, religiosos, étnicos y de género. Lo que constituye una trampa elaborada para preservar la lógica de la acumulación mediante la ilusión del quiebre y distanciamiento de ella (Hale (2002: 295). La emergencia de nuevos paraísos edénicos en el eco-turismo, por ejemplo, representa la explotación capitalista de un espacio natural bajo el resguardo de valores ecológicos. La noción de patrimonio posibilita la mercantilización de la historia, la arquitectura y la cultura bajo el resguardo de normas que fomentan la preservación y originalidad de ciertos elementos de un lugar o nación (volveremos a retomar esto más adelante).

Teniendo a todos los grupos y subgrupos –que el multiculturalismo neo-liberal engendra– unidos por el hilo del capital, las fronteras entre las clases parecen diluirse en el carnaval de la diversidad, de la diferencia por la diferencia en sí (Zizek, 2009: 48). Con esto, el multiculturalismo acompaña la construcción del bloque histórico hegemónico (Hall, 2010: 151) y lo libera de cualquier demanda que lo ponga en jaque. Lo que antaño fue la lucha entre clases, hogaño es la lucha por derechos (culturales, naturales, de género), por participar en los designios del Estado y en las políticas internacionales. De

acuerdo a Gledhill (2004: 83), el multiculturalismo es una simulación que niega las desigualdades estructurales. Simulación que tiene espacios reales para el diálogo, la confrontación y que, al final, a decir de Hale (2002), “cambia todo a manera que todo siga igual”.

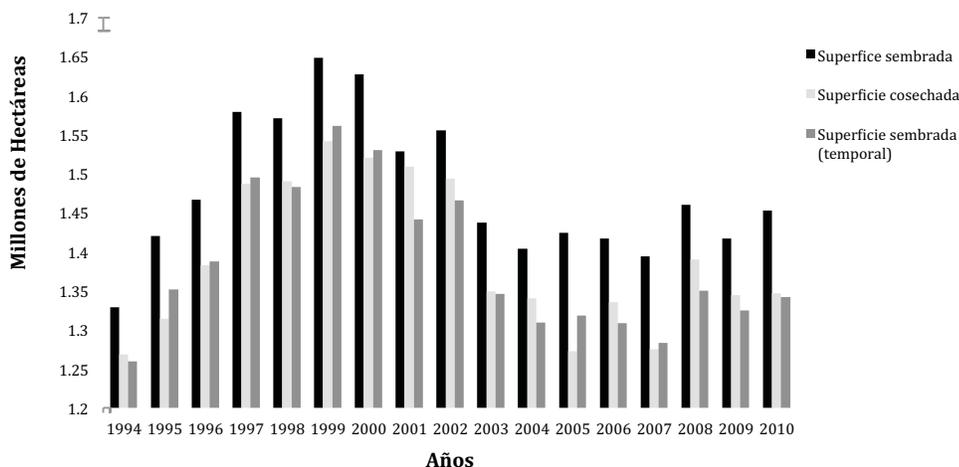
Hasta este punto, el neo-liberalismo es presentado como un proceso político estructurado en las nociones de individuo, mercado y libertad. Estas nociones, construidas en la vorágine del proceso capitalista, edifican nuevos nichos para la acumulación y direccionan las vías para la reproducción del capital. La competencia, la apropiación de la vida, la exacerbación de la democracia neo-liberal, constituyen un panorama complejo y lleno de tensiones. Para el caso mexicano, el proceso adquiere una singular importancia. Favoreciendo a las clases empresariales, el neo-liberalismo en México se contrapuso a lo construido en las décadas previas a 1980 (Gledhill, 2007: 337). La geopolítica posicionó al país en una clara desventaja con el resto de las naciones, en particular con Estados Unidos a través del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). Con la aplicación del modelo neo-liberal, los recursos que una vez controló el Estado fueron subastados al capital internacional y nacional bajo un modelo delineado por el Fondo Monetario Internacional y el capital estadounidense. Frente a esto, el Estado se vio obligado a implementar un conjunto de políticas de “ajuste estructural” (Harvey, 2005: 17) y la seguridad estatal, que una vez había amparado a millones de mexicanos, cedió su lugar a la iniciativa privada. El transporte, las telecomunicaciones, los recursos naturales, la educación, la salud y el petróleo fueron desligados del Estado, abriendo así las puertas a los inversionistas en un “clima idóneo para hacer buen negocio” (Harvey, 2005: 19). En la nueva faceta del capitalismo, la flexibilización del trabajo y el cese de las actividades económicas que fueron en un momento guiadas por la mano del Estado permitieron la “libre circulación” del capital – mercancías e inversiones– y la emergencia de un mercado cada vez más monopolizado (Harvey, 2005: 20).

En el caso de Veracruz, en particular del Sotavento, industrias como la del azúcar, el tabaco y el café fueron subastadas luego que el Estado dejó de intervenir en ellas

debido a un supuesto bajo rendimiento y como resultado de las políticas de “ajuste estructural”. Por ejemplo, en el caso de la caña el gobierno de Miguel de la Madrid se encontró en 1980 con una “...industria azucarera gastada, con insuficientes sistemas de irrigación, ingenios con tecnología obsoleta, bajo rendimiento en campo, grandes volúmenes de caña en pie sin cortar, pero sobre todo una descapitalización de los ingenios...” (Garrido, 2004: 117). Ya para mediados de la década de 1990, las paraestatales que fueron los pilares del desarrollo industrial en la región, dejaron de ser amparadas por las políticas intervencionistas del gobierno. Empresas como el INMECAFE, Azúcar, S.A. de C.V. y Tabamex pasaron a formar parte de los bienes dispuestos para la inversión privada y el monopolio de los grandes capitales. El resultado del distanciamiento estatal y la apertura a nuevas inversiones, favoreció la desagrarización y la pluriactividad de las economías campesinas, lo que definió en gran medida los nuevos ingresos que acompañan a aquellos que los campesinos aún obtienen del campo.

En Veracruz el proceso neo-liberal ocasionó un cambio en la relevancia que ciertos sectores de la economía tienen en la acumulación de ganancias. En las últimas dos décadas, el Estado restó valor a la producción agrícola para prestar mayor atención al sector terciario, principalmente aquellos servicios ligados al turismo de masas, cultura y eco-turismo. Mediante la construcción de hoteles y la intensa promoción estatal del turismo, el sector terciario ha crecido de forma sostenida en los últimos veintidós años. Presentamos algunos datos que ejemplifican con estadísticas lo acontecido en el estado de Veracruz.

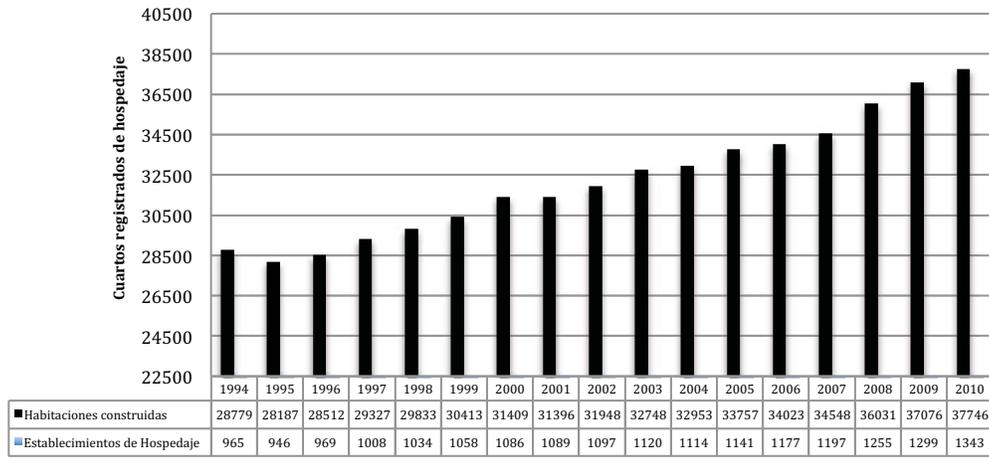
Gráfica 1.1
Uso de superficie en el Sector Primario de Veracruz
(1994-2010)



De acuerdo a los datos expuestos en la gráfica 1.1 (INEGI, 2010b), en el periodo de 1994 al 1999 las superficies sembradas aumentaron considerablemente pasando de 1 329 106 has a 1 648 325 has. El crecimiento sostenido observado en un periodo de seis años decreció en la siguiente década durante los gobiernos de Miguel Alemán Chávez y Fidel Herrera Beltrán, al pasar de 1 626 859 has sembradas en el año 2000 a 1 452 456 has en 2010, siendo el 2007 el año con menos hectáreas sembradas, un total de 1 394 164 has. En una década el área sembrada fue reducida en 174 403 has, lo que refleja un notable descenso en la producción del sector primario y la implementación de una serie de políticas que exaltaron el turismo en Veracruz –particularmente aquellas elaboradas durante el sexenio de Fidel Herrera Beltrán–. Frente a la desaceleración de la agricultura veracruzana, el sector terciario (gráfica 1.2) creció exponencialmente en el mismo periodo, pasando de 956 “Establecimientos con Hospedaje” en 1994 a un total de 1 343 en 2010. Si bien los datos aquí presentados ilustran en gran medida un cambio en la dirección del proceso productivo veracruzano, faltaría conocer la forma como estos influyen en la realidad del municipio aquí estudiado.

Gráfica 1.2
Establecimientos de hospedaje y habitaciones en Veracruz
(1994-2010)

Fuente: <http://www3.inegi.org.mx/Sistemas/MexicoCifras/Grafica/grafica.aspx?e=30&mun=143>



El cambio en el modo de producción acentúa el carácter selectivo del neo-liberalismo. El adelgazamiento de la intervención estatal y la constante burocratización del espacio público, imposibilitaron la inclusión de todos los productores en la repartición de las ganancias (López, 2004: 84; Macip, 2005: 9). La intensificación de los antagonismos de clase entre quienes se beneficiaron del neo-liberalismo y los que resultaron empobrecidos no se hizo esperar y los momentos de “crisis” emergieron. La noción de “crisis” atestigua las diferentes fases que se vivieron a lo largo de la implementación de las políticas del ajuste estructural (Macip, 2005: 19). En ella se marcaron los tiempos del “antes”, “durante” y se plantearon los horizontes de expectativas ante su anhelada conclusión (Macip, 2005: 25). En el desenvolvimiento del neo-liberalismo en México, la crisis tuvo varios despuntes que profundizaron la precariedad de las condiciones de vida de los productores nacionales, siendo las más significativas las acontecidas en 1982 y 1994, cuando la economía nacional se vio amenazada por su inestabilidad y mala administración (Macip, 2005: 26). Los datos en Veracruz reflejan la importancia y el crecimiento que adquirió el sector terciario tras la crisis de 1994, frente al empobrecimiento del sector agrícola.

La apertura de nuevos mercados para la acumulación del capital ha generado en Veracruz la eclosión de novedosos procesos que transforman y fetichizan las vidas de los pobladores del Sotavento. Luego de la desaceleración del campo durante la década de 1990, el sector terciario ha sostenido un crecimiento regular, aumentando la cantidad de hoteles y diversificando la oferta turística. En este sentido, el turismo puede ser pensado como la herramienta a través de la cual todo se pone en venta (Madrid, 2012: 13). Los paisajes agrestes, los ríos, las cascadas, las serranías, los campos de cultivo de caña, las vegas de tabaco, los beneficios del café, las tradiciones, las celebraciones religiosas y hasta la gastronomía se vuelven espacios y mercancías para el consumo de los turistas. En tanto el turismo es el vehículo que apropia todo en la vida de los hombres, el neoliberalismo construye los andamiajes que posibilitan el proceso de alienación de los recursos naturales y culturales. Bajo la dirección de la hegemonía selectiva, el proceso ha dibujado y desdibujado regiones enteras a lo largo y ancho del territorio nacional – Veracruz es una clara expresión de ello. En el proceso, nuevas ciudadanías han exigido el reconocimiento de sus demandas y las políticas multiculturales han logrado canalizar lo político a lo cultural. Ya no se trata de un proceso que homologa, de una globalización que estandariza, sino de uno que exalta lo particular mediante un hábil proceso selectivo. Tras el distanciamiento del Estado de las actividades agrícolas en Veracruz, por ejemplo, el “ajuste espacial” del capital originó la aparición del turismo. Los turistas – principales actores en el teatro del turismo analizado desde la lectura posmoderna– aparecen como sujetos abstractos que visitan lugares y no establecen nexos con ellos (Franklin, 2003; MacCannell, 1999). Considero necesario replantear esta apreciación a la luz de las discusiones que se han hecho desde la antropología y de lo que hasta aquí se ha expuesto.



La cultura vuelta mercancía se vende y compra en un mercado que exalta sus cualidades de originalidad y autenticidad. En cuadro, un ex militar ayuda a su padre en el taller de cerámica de su casa. [Fotografía: el autor, San Andrés Tuxtla, Ver.]

El “viaje del rebaño errante”: los turistas en la posmodernidad neo-liberal

La labor del trabajo científico de la antropología no siempre le ha dado seguimiento a las transformaciones sociales y culturales que acontecieron con el avance del turismo (Silva, 2009: 241). En un principio, la ciencia prestó poca atención al fenómeno, considerándolo como algo que “poco podía aportar al conocimiento de los grandes problemas de los grupos marginales” (Marín, 2015: 9). Sin embargo, en la década de los sesenta, el interés en los “aspectos culturales, económicos y sociales” que derivaron de la incursión del turismo en la vida de los grupos marginales, adquirió mayor relevancia en el quehacer antropológico y derivó en estudios que prestaron atención a las políticas estatales que en la época hicieron uso de la cultura (como una herramienta social y política) en la integración de los grupos indígenas al desarrollo nacional o como una importante fuente de ingresos (Sauvage *et al.*, 2013: 162). Analizando las relaciones de clase, etnia y género, la antropología buscó rastrear la versatilidad de un proceso que hizo de lo “tradicional” y de lo “etnográfico” mercancías para la industria del ocio (Viana, 2003: 42). En este sentido, la ciencia estudió los contactos entre sociedades huéspedes y visitantes, delineando los cambios económicos y los impactos que estos tenían en las localidades (Marín, 2015: 10). A la par de esto, el turismo continuó transformando lugares y les añadió la etiqueta de “atracción turística”; dichos nombramientos fueron – como veremos adelante – subastados en un mercado compuesto de “experiencias únicas e irrepetibles” (Franklin, 2003: 211; Viana, 2003: 42). Frente al turismo, la antropología adquirió una importante labor, aunque algunos de los trabajos en la disciplina resultaron en esencialismos de pueblos exóticos y en “imágenes” románticas, dichos estudios nutrieron con imágenes el discurso turístico “de lo auténtico y lo prístino” (Coronado, 2015: 90). Contrario al esencialismo, considero que la antropología debe rastrear las relaciones de poder que propician la diversificación en la oferta turística, los procesos históricos que transforman a las regiones y las implicaciones culturales que ello tiene en las vidas de quienes se emplean o son exotizados.

Desde su aparición, el turismo ha sido una de las “actividades más importantes en el planeta pero de las menos conocidas en el mundo” (César *et al.*, 2013: 68), ergo, su definición es múltiple y corresponde a diferentes circunstancias y contextos. Se trata de un concepto que difícilmente puede ser acotado debido a la variedad de connotaciones que tiene (Madrid, 2012: 16), para su análisis partimos de una noción generalizada en muchas de sus apreciaciones: el “viaje”. El turismo se compone de tres elementos básicos: desplazamiento normativo con fines lúdicos, hospitalidad y retorno (Muñoz, 2014: 189). El “viaje” implica el desplazamiento de una persona o grupo de un lugar a otro (Azevedo *et al.*, 2013: 881; Hiernaux *et al.*, 1991: 13-14; Medianeira *et al.*, 2015: 116). Como aconteciera con los aristocráticos *travelers* ingleses del siglo XIX que recorrieron largas distancias con el fin de explorar y entender culturas o lugares ajenos a su residencia; o los excursionistas de la pequeña burguesía u obreros que realizaban pequeños desplazamientos los fines de semana en la época de la revolución industrial (César *et al.*, 2013: 73), la idea del traslado en el turismo norma en gran medida su lógica. De acuerdo con la noción más difundida, el “viaje” acontece en ciertas “temporadas” del año, se ubica en destinos de “sol y playa” y lo realiza un turismo “poco experto” o también definido como “de masas” (Ramírez, 2014: 224). Al romper con el ritmo de trabajo y la alienación que los sujetos experimentan, el “viaje” implica un descanso lúdico en un espacio/tiempo ajeno a la vida cotidiana (César *et al.*, 2013: 69; Uriely, 2005: 203). Dicho desplazamiento involucra una derrama económica, un gasto/inversión que genera una serie de dinámicas en la localidad o lugar al que arriban (Ramírez, 2014:224). Madrid (2012: 16) y Hiernaux *et al.* (1991: 14), al considerar a los viajeros solo como consumidores de bienes y servicios, refieren el hecho que los turistas “no crean elementos del sistema productivo, sino que los desencadenan, los estimulan, los inspiran y los provocan”. Contrario a esta aseveración, consideramos que el turista influye ampliamente en el proceso que delinea esos tipos de servicios y bienes puestos a su disposición. Más allá de sólo “estimularlos”, el turista no solamente consume los lugares que visita, los crea y recrea; la mirada del turista articula y jerarquiza los lugares mediante una estructura derivada del proceso hegemónico (Marín, 2015: 10). Se trata pues de un complejo proceso que va más allá del mero “viaje” o la definición que lo simplifica como una “actividad” económica.

En la construcción de lugares y “atractivos”, el turismo se ha diversificado al grado que “cualquier actividad o lugar puede ser turístico” (dos Santos *et al.*, 2014: 119; Madrid, 2012: 13); de ser esto posible, ¿cómo se define aquello aprehendido por el turismo? ¿Qué ocurre con lo que es desechado por el proceso? En efecto, actualmente un sinnúmero de elementos de la vida cotidiana son presentados en la vitrina del turismo para ser contemplados por sujetos ajenos o propios del lugar. Desde las playas del Caribe hasta los campos de exterminio en Polonia, pasando por las favelas en Brasil y los tablaos de flamenco en España (Madrid, 2012: 14), los panteones mexicanos en el mes de noviembre y las fábricas de tabaco durante la Semana Santa en Veracruz, todo parece estar a la disposición del turismo. Contrario a la definición de Madrid (2012: 18), consideramos que el turismo no es únicamente una producción cultural. No se limita al consumo, al estímulo del comercio y a las actividades –lúdicas– del lugar visitado. El turismo es algo más que una actividad socioeconómica que toma como escenario el mundo (dos Santos *et al.*, 2014: 120), es el reflejo de un proceso que apropia selectivamente la vida humana. La recrea a su conveniencia, la escenifica en sus términos y la mercantiliza junto con otras en latitudes diferentes a las del origen.

Definiendo al turismo en este sentido logramos atisbar su carácter capitalista. En palabras de Martini (2013: 986) “a cada paso del capitalismo, hay un avance del turismo y en cada crisis del capitalismo hay una nueva definición del turismo”. Para Martini (2013, 999) la versatilidad con la que el turismo se adapta a las condiciones económicas y sociales lo hacen aparecer como un “sistema vivo” que “se auto organiza y realiza su auto reproducción” en tanto domina la técnica, la tecnología, la naturaleza, el tiempo y el espacio para ponerlos al servicio de un uso mercantil. El turismo, en tanto reflejo de un proceso más amplio, necesita articularse con otros elementos para funcionar. No está vivo porque adquiera una especie de conciencia, debe su versatilidad y habilidades a quienes lo encarnan, a los momentos previos a su aparición; sin estas cualidades, el turismo difícilmente podría ligar a los sujetos que componen su lógica. Para que exista turismo se necesita un grupo de personas dispuestas a vender su trabajo, otras que lo administren y unas más que lo consuman (Marín, 2015: 10), además de un hilo conductor, una

hegemonía selectiva. Efectivamente, todos estos sujetos parten de un proceso histórico que los posiciona en una actividad u otra, pero la lógica que los dirige es mucho más amplia y compleja. El turismo está vivo porque existen personas que lo construyen, transforman y adecúan de acuerdo a las condiciones de sus propias vidas.

En el turismo el trabajo se realiza en distintas temporadas a lo largo del año (Méndez *et al.*, 2013: 706). Bajo los condicionamientos neo-liberales, los trabajadores son valorados más por sus aptitudes y habilidades que por sus conocimientos. Se trata de trabajos constituidos por largas jornadas realizados en cortas temporadas del año. Así, la estacionalidad del turismo incrementa o reduce la cantidad de vacantes laborales en un lugar conforme se pasa de una temporada a otra (Méndez *et al.*, 2013: 712), acentuando con ello los antagonismos entre los trabajadores. A mayor necesidad económica, menos demandas laborales establecerá quien se emplea en el turismo; de ahí que el turismo exija cada vez menos habilidades del trabajador y el nivel educativo deje de tener relevancia (Méndez *et al.*, 2013). Por lo tanto, en la construcción del proceso turístico, el trabajo flexibilizado intensifica la explotación de los recursos humanos.

Hernández-Ramírez *et al.* (2015: 278) identifican al turismo como un “mercado de representaciones y lugares”, es decir, una actividad que pone en circulación bienes, servicios e “ideas intangibles”. De acuerdo a esta definición, el turismo también construye imaginarios acerca de los lugares que mercantiliza. Para ello, traslada los valores que definen lo que apropia –lugar, fiesta, trabajo– a un marco de referencia compartido por quienes lo consumen. Al esbozar la noción del estereotipo, Hall (1997: 258) plantea que el acto de reducir a los mínimos rasgos aquello que es aprehendido, esencializa y facilita la difusión de la “imagen”. Desde esta perspectiva podemos plantear que el turismo es un ejercicio de poder, uno que simplifica las características de lo ajeno (Hall, 1997: 249), de lo “otro”. Es la construcción política de lo ajeno, la re-significación que niega y vela la realidad del “otro”, lo que Amerlinck (2008: 386) identifica como la idealización con fines orientados por el mercado. De ahí que propongamos abordar al turismo como un proceso que fetichiza lo “otro” posicionándolo en un marco de

referencia creado (el mundo de la fantasía) controlado por fuerzas poderosas, peligrosas y prohibidas (Hall, 1997:226); hablamos entonces de la ideología.

La ideología es, en nuestra argumentación, la argamasa en donde se construye la hegemonía. En ella se definen los límites de la dominación, se resuelven las tensiones y se asegura la reproducción de la vida material y la permanencia de una clase en el poder (Hall, 2010: 218). La ideología no es, en ningún sentido, estática o exclusiva de una clase, siempre depende del momento histórico que la enmarca. Siguiendo a Gramsci (1971: 57), es preciso hacer una distinción entre las “ideologías orgánicas” frente a las “racionalistas, arbitrarias y queridas”. Mientras que las primeras organizan a las masas y posicionan a los sujetos en la reproducción de la vida capitalista en un sentido más “psicológico” gracias a la naturalización de la dominación; las segundas responden a movimientos individuales y polémicas que dotan de validez a las segundas. Lo ideológico remite entonces a un proceso inacabado y multi-acentuado –en términos de Voloshinov– (Hall, 2010: 201, 218).

En el neo-liberalismo, el turismo es la praxis de una ideología orgánica que asegura la reproducción del capital y preserva el fetiche, la mistificación del objeto, lugar o grupo de personas. Para que el proceso turístico logre cautivar y mantener la ilusión “de lo real” en el sujeto, el marketing, la publicidad y los símbolos enfatizan la “emulación social” experimentada como “experiencia” (Chhabra *et al.*, 2003: 712). Dicha “experiencia” corresponde al “ensueño” que muchos turistas manifiestan al estar inmersos en una “emulación social” (Chhabra *et al.*, 2003). Aunque abundaremos más adelante sobre la importancia que tiene la experiencia en el desarrollo del turismo y el quiebre que ésta genera en la noción de “realidad” en el turista, vale la pena señalar la validez de lo propuesto por Chhabra y sus colegas. Si efectivamente el turismo construye fetiches, la “ensoñación” turística potencializa la ruptura en el ritmo de la vida cotidiana y la afianza a la noción de placer. La “emulación social” en el capitalismo constituye un punto de partida ideal en nuestro análisis al momento de pensar el “viaje” como una fantasía donde lo real es construido por el sujeto, la ideología y los elementos que

componen la experiencia. Es por ello que nos detenemos a describir el contexto intelectual que demarca las actuales definiciones del turismo: el posmodernismo.

En el posmodernismo la realidad que viven los sujetos aparece dominada por la “...ficción, la fantasía, lo inmaterial, las imágenes, el azar y la flexibilidad de las técnicas de producción en los mercados laborales y en los nichos de consumo...” (Harvey, 1998: 373). Aquí no hay cabida para las lecturas económicas o políticas de lo que acontece, los meta relatos, que una vez dieron sentido al mundo, son reemplazados por lecturas fragmentadas que posibilitan la profundización del neo-liberalismo. En el posmodernismo los turistas aparecen diferenciados de dos maneras: la primera, como todos aquellos que visitan un lugar para conocerlo y consumir en él y, la segunda, como condición de la posmodernidad que desfasa las relaciones que los sujetos entablan con los lugares que transitan (Franklin, 2003; MacCannell, 1999). Nociones como la del “no-lugar”, la del “espacio para el anonimato” y la del “tránsito sin condicionamiento de por medio”, ocupan el vacío de la historia y de la economía política que en el posmodernismo impera. Los turistas son definidos como un “rebaño que pastorea” de un lugar a otro, como autómatas que no tienen algo que perder (Franklin, 2003: 208). En su andar, el “rebaño” se limita a conocer los aspectos que les son presentados y el “desapego” corresponde a la glorificación que el espectáculo hace de los consumidores como sujetos ajenos a las esferas de producción (Debord, 1995: 24). Los tiempos del trabajo y ocio son diferenciados por medio de las “imágenes” lúdicas de descanso, dispersión y desarraigo del lugar. Con esto, el turista es un “síndrome” posmoderno que pone de manifiesto la necesidad idílica del pasado compuesto por paraísos artificiales y tiempos de placer, ante la incertidumbre del futuro (César *et al.*, 2013: 66).

Por otra parte, el posmodernismo habita lo que Debord (1995: 8) identificó como la “sociedad del espectáculo”. En ella, el espectáculo unifica los sentidos al representar lo social a través de imágenes, su proyección está en manos de la hegemonía selectiva. La ideología en este sentido estructura a la sociedad en un conglomerado de espectáculos. Estos, aclara Debord (1995), no solamente son un conjunto de imágenes, son también las relaciones que los sujetos entablan entre si al aprehenderlas. En consecuencia, las fiestas,

artesanías y tradiciones populares que Canclini (1988: 90) describió como los motores viables para la reproducción del capitalismo en los grupos marginales, se nos presentan como los espectáculos de la vida agreste. En un mundo dominado por imágenes, la posmodernidad exalta el fin de la historia y al individuo en un intento por enaltecer los “estilos de vida de los otros”, desconociendo (o mistificando) los procesos que los alienan. El uso de las imágenes en el posmodernismo preserva la fragmentación de las “verdades eternas y las políticas unificadoras”, a la vez que cambia lo político y lo económico por lo cultural y lo estético (Harvey, 1998: 360)¹⁸.

La inversión de la realidad, el giro de lo material a las imágenes, es discutido por Debord (1995) desde la categoría de “espectáculo”. En su planteamiento, el espectáculo es resultado y motor del actual sistema de acumulación. Similar a lo ya discutido en el proceso hegemónico, el espectáculo narra el orden presente a través de la fetichización de las relaciones sociales entre los sujetos (Debord, 1995: 15). Con esto, los sujetos son relegados a meros espectadores de una sociedad donde lo real es el momento del espectáculo, de lo falso. Las relaciones entre clases y los procesos que las condicionan son mistificados por la vorágine de imágenes proyectadas en los espectáculos de la vida contemporánea. En ellas, los sujetos son desposeídos de sus relaciones con la producción y puestos a disposición de la contemplación de las imágenes dominantes (Debord, 1995: 18). El espectáculo es pues la categoría a través de la cual podemos apreciar el desarrollo del actual modo de producción y en particular del turismo.

Al ser un partícipe activo en la sociedad del espectáculo, el turismo proyecta imágenes en un mundo invertido, “puesto de cabeza” –en términos de Marx–. Se trata, parafraseando a Debord (1995: 26, 37), del canto que el modo de producción capitalista hace a sus mercancías. Aquello que había normado las relaciones entre los sujetos con los objetos se invierte del “ser y tener” a “tener y parecer” (Debord, 1995: 12). Así, en un

¹⁸ Al respecto, sugiero la lectura del estudio hecho por Harvey (2014: 267) sobre los cambios ocurridos en la ciudad de Nueva York al extenderse la “cultura yuppie” en los barrios empobrecidos de ciertas zonas de la ciudad. Su análisis muestra la forma en la que son apropiados desde la hegemonía los “estilos de vida” subalternos por una industria de la moda que reconstruye sus “tendencias” a partir de las experiencias de los pobres y vagabundos.

mundo cada vez más mistificado, el consumo de mercancías, experiencias y demás producciones capitalistas adquiere sentido sólo en el encuadre del proceso. Para Heller (1994: 100), la vida cotidiana vuelta “cotidianidad consumista” representaba el destino histórico de una sociedad poblada por individualidades subjetivas. En ella, la suplantación de la producción por el consumo suplanta y la tajante división entre los tiempos de trabajo y ocio, posibilitan un cambio en la percepción de los objetos producidos en el capitalismo. Las deseadas vacaciones, el momento de relajación, la búsqueda de paraísos o la compra de cualquier objeto que cubra una necesidad frente a la extenuante labor realizada en el trabajo, constituyen un anhelo de tal envergadura que hace que muchos sujetos sacrifiquen la vida con el afán de lograrlos. En contraposición al trabajo, en el consumo el capitalismo demanda la producción de más mercancías a la par que desilusiona una y otra vez a los consumidores. Esta espiral compuesta por la satisfacción –efímera– y la desilusión, revoluciona en el nivel subjetivo la dialéctica del trabajo/ocio, sacrificio/placer. De ahí que Lipovetsky (2007: 7) caracterice a la sociedad posmoderna como la “civilización del deseo”, del “hiperconsumo”.

A diferencia de Lipovetsky (2007: 37-38), quien establece que en el hiperconsumo individualizado se exaltan las particularidades del sujeto y sus necesidades corporales, estéticas articuladas en un “estilo de vida”, creo que las apariencias –el “parecer” de Lefebvre– y la distinción –que bien ilustra Bourdieu– continúan ocupando un importante papel en el trasfondo del proceso. Según Lipovetsky (2006: 33, 36), en la “civilización del deseo” los consumidores son cada día más volátiles e impredecibles, sus vidas revolucionan en torno a la búsqueda de satisfacciones inmersas en un mundo de abundancia. Sin embargo, dicha apreciación aplica exclusivamente para ciertos sectores de las sociedades y no para todos. Pensar lo contrario negaría la relevancia que tiene para el capital la producción, además de los condicionamientos emanados de la relación entre capital y trabajo. Como lo planteamos anteriormente, la posmodernidad piensa la realidad desde individuos insertos en un fantástico y mistificado mundo donde el consumo suplanta los medios que delinean imágenes, lugares y objetos que construyen esa fantasía. Si bien los consumidores contemporáneos demandan cada vez más y mejores satisfactores, el sistema estimula incesantemente dichos deseos o necesidades. Por tanto,

no pensamos a la sociedad como una donde el consumo tergiverse las fronteras entre una clase y otra, sino, por el contrario, las distinciones se acentúan cada vez más entre quienes producen las mercancías y quienes las consumen. En otras palabras, para que exista la “abundancia” que refiere Lipovetsky deberá haber sobreproducción, horas de trabajo y recursos puestos a disposición de unos cuantos.

En el híper-consumo posmoderno presentado por Lipovetsky (2008: 33, 40), el consumo no conoce fronteras y el mercado conquista los anhelos más íntimos de hombres y mujeres al grado de idear una mercadotecnia experiencial o sensorial. Por poner un ejemplo, actualmente las salas de cine han optado por transformar la forma como se percibe una película. La era de la “tercera dimensión” –que en su momento revolucionó el cine– es paulatinamente rebasada por salas en “cuarta dimensión”, espacios donde todos los sentidos se estimulan conforme la trama de la película se desarrolla en la pantalla. La inmersión del espectador es, en apariencia, completa. Las empresas que proyectan películas han encontrado en la experiencia sensorial un potente mercado que transforma el acto que una vez fue contemplativo. En el cine 4-D los sujetos están inmersos en un mar de estímulos sensoriales que transgreden los límites entre la contemplación y la simulación de una realidad. De manera análoga, en el turismo el marketing sensorial incentiva la participación de consumidores activos e informados en el consumo de las experiencias. Al respecto, Richards *et al.* (2007: 2, 21) refieren la creatividad como un elemento clave en los consumidores (turistas) actuales. De ser meros receptores de productos diseñados, los sujetos desarrollan habilidades que los sumergen en la cotidianidad del lugar, los hace partícipes de una “sociedad de ensueño” que vende y compra “sensaciones, sentimientos, experiencias y recuerdos” (Arroyo, 2011: 19, 21). En ella, los sujetos interactúan unos con otros de acuerdo a ciertos capitales culturales y participan activamente en el desarrollo de la mercancía.

Desde el argumento esbozado por Arroyo (2011: 22), el consumidor puede ser catalogado en diversos roles: aquellos que recomiendan la experiencia a otros (*adprosumer*), los que buscan en internet información que amplíe el conocimiento del lugar (*prosumers*) y los que comparten su opinión, recomiendan el producto agregándole

una cierta cantidad de valores subjetivos (*prokonsumer*). Hablamos pues de sujetos activos en el consumo de un “turismo creativo” que enfatiza lo intangible y lo vívido de una cultura frente al patrimonio, lo estático y lo monumental (Richards, 2011: 1237). En la “sociedad del ensueño”, como en la del “hiperconsumo”, el capitalismo se vale de espectáculos que satisfacen el anhelo de una mejor vida, un mejor cuidado del cuerpo o la liberación del trabajo mediante un “turismo creativo” que apela a “la auto-realización y la auto-expresión en una experiencia coproducida por el turista” (Richards, 2011: 1237).

En el marco de las aseveraciones presentadas, actualmente aparecen en el turismo un sinnúmero de variantes dedicadas a la atención de públicos poseedores de necesidades específicas. A manera de exponerlas, hemos sintetizado su apreciación en tres grandes bloques: turismo patrimonial, cultural y rural/ecológico. Por turismo patrimonial entendemos un modelo que enaltece las cualidades locales de ciertos recursos culturales o naturales con ánimos de preservación y comercialización. En un mundo delineado por las diferencias, “la diversidad es una característica esencial de la humanidad” (UNESCO, 2005). En la definición presentada por el Consejo Internacional de Monumentos y Sitios (ICOMOS, 1999), organización ligada a través de la UNESCO a la ONU, el patrimonio aparece como un concepto que

[...] abarca los paisajes, los sitios históricos, los emplazamientos y entornos contruidos, así como la biodiversidad, los grupos de objetos diversos, las tradiciones pasadas y presentes, y los conocimientos y experiencias vitales. Registra y expresa largos procesos de evolución histórica, constituyendo la esencia de muy diversas identidades nacionales, regionales, locales, indígenas y es parte integrante de la vida moderna [...] (ICOMOS, 1999)

En contraposición a los grandes metarrelatos del Estado-nación (Richards *et al.*, 2007: 19), el patrimonio enfatiza la particularidad de lo local y otorga sentido a las identidades en el marco de la diversidad. La categorización de ciertos elementos de un lugar o sociedad adquieren relevancia desde la segunda mitad del siglo XX a la luz de la expansión del turismo y las políticas que algunos gobiernos delinearon en materia de monumentos y recursos naturales (Muriel, 2016: 183). Aunque en México ya existía un uso estatal de ciertos rasgos que dotaron de sentido el proyecto nacionalista posrevolucionario, en la década de 1980 acontece un giro en las políticas implementadas por el Estado (Asensio *et al.*, 2012: 2; Muriel, 2016: 185; Zúñiga, 2014: 158). Con el fin

de “proteger y promover la diversidad de las expresiones culturales” (UNESCO, 2005), en México y el mundo se desencadenan una serie de acciones que atendieron el “rescate y la preservación” de los elementos tangibles e intangibles de la humanidad. Tradiciones, gastronomía, costumbres y estilos de vida emergieron en diferentes latitudes como la argamasa de los proyectos nacionales y de las políticas internacionales encaminadas hacia su promoción y preservación.

En contraposición a la voraz expansión del turismo, las políticas del patrimonio definieron los parámetros de la apropiación. Si bien su objetivo centró el énfasis en la preservación, los organismos internacionales reconocieron en el turismo un aliado en la difusión y mercantilización de aquello definido como patrimonial. Al respecto, ICOMOS (1999) establece lo siguiente: “el turismo puede captar los aspectos económicos del Patrimonio y aprovecharlos para su conservación generando fondos, educando a la comunidad e influyendo en su política”, por otra parte, el uso comercial de la selección patrimonial deberá “aportar beneficios a la comunidad anfitriona” y “conservar la autenticidad de los sitios”. A la par de esto, en los lineamientos de la “Convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales”, la UNESCO (2005) refiere “la importancia de los conocimientos tradicionales como fuente de riqueza inmaterial y material, en particular los sistemas de conocimiento de los pueblos autóctonos y su contribución positiva al desarrollo sostenible”. Por lo tanto, una vez que el patrimonio entra al turismo, lo hace como una herramienta política que traza los lineamientos y usos que se pueden o no hacer de ciertas características de un pueblo, Estado o región. En este sentido, Comaroff y Comaroff (2009: 10) definen al patrimonio como “una identidad manejable y alienada”, un campo de lucha compuesto por relaciones de poder que objetiva algunos aspectos de la cultura y los inserta en el mercado. En la objetivación de lo tangible e intangible, los intereses de diversos actores entran en juego, en México el patrimonio es administrado por el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA), el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (Conaculta), la UNESCO, el ICOMOS y un sinnúmero de organizaciones y élites comerciales (Amerlinck, 2008: 382; Zúñiga, 2014: 156). Adicionalmente, estas instituciones rigen las tres variantes del turismo patrimonial que

existen en el país: el arqueológico, el “artista-colonial” basado en ciudades coloniales y la variante “folklórica-cultural” cuya labor se enfoca en los aspectos festivos, gastronómicos, religiosos, populares y el folclore (Hernández, 2009: 36).

Si bien los designios de la administración estatal e internacional abogan por la inclusión de todos los intereses, en la realidad esto dista de ser cierto. Por ejemplo, Hernández (2009) señala que luego de que el pueblo de Tequila, en el estado de Jalisco, fuera designado en 2006 Patrimonio Mundial de la Humanidad bajo la denominación de “Paisaje Agavero y antiguas instalaciones industriales de Tequila”, en el poblado se desencadenaron férreas disputas entre los grupos con mayor poder y el Estado por el monopolio de los recursos económicos y políticos emanados de la designación. Asimismo, la inscripción en 2010 de la “Cocina tradicional mexicana, cultural comunitaria, ancestral y viva: el paradigma de Michoacán” y “La *Pirekua*, canto tradicional de los *p’urhépechas*” al Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, propició no solo el arribo masivo de turistas al estado de Michoacán, también intensificó las controversias en cuestiones de autenticidad al interior de la etnia *p’urhé* y derivó en intensas discusiones que ahondaron la fragmentación de la misma (Ojeda, 2012). De manera análoga, Zúñiga (2014) describe las luchas por el territorio y los recursos (económicos y naturales) que acontecieron luego que el sitio arqueológico de “El Tajín”, en el norte de Veracruz, fuera nombrado por la UNESCO en 1994 Bien Cultural. El patrimonio es un campo donde las disputas por lo “auténtico”, los recursos económicos y los intereses convergen de manera que no todos se benefician de ello. El turismo patrimonial aviva las disputas por el monopolio de la cultura entendida como algo rentable (Franklin, 2003: 211; Viana, 2003: 36)– y, bajo la políticas de una hegemonía selectiva, aliena con aquello que pretende preservar.

Paralelo al desarrollo del patrimonio como elemento alienable, el uso de la cultura –entendida como la vida cotidiana de un lugar– en el proceso turístico coloniza los aspectos más íntimos de los poblados inmersos en el mercado global. Partiendo de la premisa presentada por Asensio *et al.* (2012: 3) quienes definen a la actividad como una que ayuda a elevar la autoestima de la población a través del fomento de contactos

interculturales entre visitante y anfitrión, el turismo cultural añade nuevos valores al lugar donde se realiza la actividad. Es decir, de pensar los destinos como meros lugares para el descanso o la diversión, el turismo identificó la importancia que tiene la cultura como un elemento distintivo. Para Richards *et al.* (2007: 3) la Cultura –museos, galerías y arquitectura– eleva el valor del “capital” de un sitio y lo distinguen del resto cuando se preserva el patrimonio en relación con la expansión del turismo. De forma análoga al turismo patrimonial, el cultural parte de la noción de “conservación y rescate” siempre y cuando exista un “culto a la historia, a la naturaleza o a la primitividad” (Surade *et al.*, 2010: 14, 16). En un mercado cada vez más amplio, abigarrado de ofertas y lugares, la cultura marca la diferencia entre una experiencia y otra. De ahí que el turismo vire de lo tangible a lo intangible, del patrimonio a la vida cotidiana, en un proceso que promociona la mercantilización de la cultura como una novedosa manera de generar empleos. Si antes la población de un destino turístico ofrecía su trabajo en los comercios establecidos, actualmente acompañan esta oferta con el trato al huésped codificado en términos de su cultura. Por ejemplo, los menús en los restaurantes, además de ofrecer al cliente platillos más o menos estandarizados (cortes de carne, pastas, hamburguesas o pizza), tienden a presentar platillos regionales y locales. Algunos inclusive decoran el lugar con imágenes que exaltan los elementos de la identidad cultural local y, en algunos casos, el personal viste algún traje típico. Esta folclorización del lugar y la parafernalia que la acompaña acrecientan el valor agregado que se obtiene de la cultura.

Sin embargo, tal como lo han señalado Richards y sus colegas (2007), a mayor oferta de productos culturales en el mercado, menor demanda de los mismos. Aunque la cultura demarque un plus valor, el turismo cultural hace uso de la “creatividad” para resaltar su particularidad en el mar de ofertas. Por lo tanto, quienes idean el turismo recurren a la “invención de tradiciones” –término acuñado por Hobsbawm *et al.* (1984)– para maximizar los recursos y las ganancias. Al respecto, Surade *et al.* (2010: 9) refieren que el “turismo creativo” –alienación de la cultura– puede ser una “oportunidad para suscitar y revalorizar recursos y crear un nuevo patrimonio”. Haciendo uso de novedosos mecanismos, el turismo cultural se distancia del resto al reconstruir la distinción de un lugar en términos que acentúen su diferencia. Siguiendo a Richards *et al.* (2007: 12), un

poblado o ciudad no pueden presentarse o enfatizar ser “único” en un mercado donde la gran mayoría aboga por lo mismo; para que un destino cultural logre un éxito comercial debe enfatizar el ser diferente al resto y exaltar las particularidades. Al respecto, en el estado de Veracruz, las políticas de inclusión de la diversidad han coronado lo “afro” y la negritud en festivales como el Afro-Caribeño. De acuerdo con Rinaudo (2011), dicha celebración enaltece el lugar que el estado juega en el crisol caribeño mediante el reconocimiento “de la tercera raíz” a la luz de diferentes procesos culturales acontecidos en la región centro y sur de la provincia mexicana. Festivales como el Afro-Caribeño ilustran la versatilidad que tienen las políticas culturales al momento de cimentar una diferencia. Aunque en Veracruz lo “afro” continúa siendo velado como un elemento racial en la cotidianidad, en el marco institucional del Estado, ocupa un lugar primordial en el posicionamiento de la ciudad portuaria como un destino turístico. Además de las playas, la gastronomía y el folclore, la promoción de la “tercera raíz” agrega un valor que lo distingue de otros destinos en el estado, realzando así, la diferencia de la geografía turística de la demarcación.

El turismo cultural en gran medida deriva del patrimonial, lo nutre, diversifica y le añade un distintivo, la cultura. En él, la experiencia trasciende la contemplación de los aspectos monumentales del patrimonio e incentiva el aprendizaje como vía para involucrar al visitante con el lugar (Surade *et al.*, 2010: 8). Al respecto, Valdéz (2012: 34) señala que la actividad realizada por el turista se orienta por intereses históricos, artísticos, científicos, patrimoniales y por los estilos de vida cotidiana de un lugar y, en contraposición al visitante, las poblaciones anfitrionas entran en diálogo con culturas ajenas con las que no tendrían contacto directo de no ser por el turismo (Hernández, 2009). Más allá de los contactos o las experiencias educativas, el turismo cultural simplifica los elementos de la vida cotidiana y los presenta como “rentables” en un mercado que los interviene de forma simbólica y política (Zúñiga, 2014: 154). No olvidemos que el turismo cultural enaltece las diferencias mediante un proceso selectivo que aprehende rasgos de un poblado o una cultura para insertarlos en la volátil arena comercial, donde las modas, los gustos y los beneficios económicos cambian al ritmo del capitalismo. Lo que fue valorado como icónico en un proyecto nacional (por ejemplo, el

tequila), puede simplificarse al extremo de ser mercantilizado solo como una imagen alegórica a la nación (el agave en el ejemplo citado). En este sentido, el turismo cultural, en tanto apropia la vida cotidiana, el nacionalismo, los monumentos o la historia de un poblado, no conoce fronteras.

Después del repentino auge mundial del turismo cultural en la década de 1990, el proceso reconfiguró los viejos anclajes que tenía cimentados en el campo. Los paisajes agrestes que ilustraron las postales de los viajeros que visitaron México en el siglo XIX pasaron de ser imágenes bucólicas a en motores del desarrollo del sector relegado en el proceso de transformación económico implementado en el neo-liberalismo. Por turismo rural entendemos un conjunto de actividades que apropian los recursos naturales y culturales de un lugar bajo un canon internacional de preservación y respeto. A diferencia del patrimonial o el cultural, con esta careta la naturaleza es el pilar que sostiene los discursos e imaginarios que construyen los destinos. Además de la flora y la fauna, lo “natural” incluye también los modos de vida de los habitantes, con ello, lo rural enfatiza la proximidad con la naturaleza y potencia el desarrollo de nuevas rutas para un público más especializado. Basando su campo de acción en una profunda diferenciación entre el campo y la ciudad (Richards *et al.*, 2007: 27), el turismo rural consolida la idea del “escape” –la ruptura en la vida cotidiana– al imbuir a los sujetos en un contexto completamente ajeno al lugar de origen. Contrario a los otros dos grandes modelos de turismo aquí expuestos, el turismo rural define su campo de acción en espacios poblados por imágenes de un pasado prístino y edénico. Para Varisco (2016: 154), el retorno al campo implica pensar una alternativa al turismo de masas, cuyo origen se remite a tres elementos: el agotamiento del turismo convencional, el desarrollo ecologista y la mercantilización de la naturaleza.

Igual que sus predecesores, este modelo de acción rural retoma el patrimonio inmaterial de las poblaciones mediante selectivos mecanismos basados en valores ecológicos, educativos y económicos, así, quienes idean las rutas y senderos turísticos en espacios naturales adquieren un compromiso con el lugar (Ramírez, 2014: 224). Lo apropian siempre y cuando promuevan su preservación natural y social a través de una

serie de inversiones económicas que mejoren la calidad de vida de los habitantes. Aunque dicho compromiso emula aquel planteado en el uso del patrimonio, en el turismo rural sus alcances son maximizados e identifican al planeta como el principal benefactor. Así, quienes recorren una ruta eco-turística entran en contacto directo con un espectáculo de lo natural, con la ilusión que descubre los secretos más íntimos de la naturaleza; en la fantasía construida, lo económico pierde relevancia ante la majestuosidad de los paisajes o las particularidades de la fauna que allí habita. Siendo “la naturaleza en si creativa”, (Richards, 2007: 27), los usos que pueden hacerse de ella son ilimitados. Por lo que el turismo rural agrega valor al apropiarse lo natural y cultural bajo un velo constituido por valores que exaltan la preservación y cuidado del entorno.

El turismo rural pone en contacto a los visitantes con una experiencia única e irrepetible, basada en el equilibrio, el rescate de la cultura y la conservación de los ecosistemas (Ramírez, 2014). En contraposición a ello, no ha de extrañarnos que el turismo neo-liberal vele en la ecuación las dinámicas capitalistas carentes de conciencia ecológica. No hay un rostro humano en el proceso, sino la refuncionalización de su lógica a la luz de las demandas de ciertos sectores comprometidos con el medio ambiente. En México el Estado ha delegado la responsabilidad del eco-turismo a la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales (Semarnat), particularmente, a la Comisión Nacional de Áreas Protegidas (López, 2015: 38). Mediante la inversión en proyectos comunitarios, la Comisión resguarda y promueve más de 20 millones de hectáreas apegadas a los estatutos internacionales encargados de salvaguardar los recursos ubicados en los “clusters turísticos”. Juárez (2012: 155) refiere que entre 2001 y 2007 en México se crearon más de 400 empresas privadas y comunitarias dedicadas a las actividades propias del sector servicios en Áreas Naturales Protegidas. Con ello, el Estado incentiva la generación de un tipo de turismo responsable enfocado a públicos ávidos de contacto con lo natural, a la par que propicia la transformación económica y social de poblaciones, particularmente indígenas.

De la mano del turismo rural y ecológico, el proceso ha identificado a las etnias como agentes activos en el desarrollo de los programas y de las rutas trazadas en sus

territorios. Para que el proceso hegemónico logre involucrar una gran cantidad de elementos de la vida humana al turismo, necesita incorporar al mayor número de sujetos. Por lo tanto, lo étnico adquiere una mayor relevancia en el mercado global al considerarse como “una especie en extinción” que habita en la precariedad (Chhabra *et al.*, 2003: 562). Con esto, los indígenas son recubiertos en el turismo étnico por un aura que los presenta como “exóticos, misteriosos y eternamente auténticos” (Coronado, 2014: 12); activos en términos comunitarios y responsables con su entorno. Si bien el turismo encubre las relaciones de poder que construyen estas aseveraciones (Chhabra *et al.*, 2003: 563), el proceso que los aprehende es un arma de dos o más filos. Según Pereiro (2015: 21), el turismo en localidades indígenas puede potencializar la economía y/o convertirse en “un mecanismo de explotación y dominación neocolonial”; aunque esta aseveración podría ser correcta, la exotización de sus vidas e identidades corresponde a un ejercicio de racialización que transforma la manera en la que ellos y los ajaneos a su grupo se definen. Así, el turismo étnico corresponde a un ejercicio multicultural que dista de ser reciente en el proceso de expansión capitalista.

Luego entonces, lo étnico es valuado como una singular moneda de cambio en el mercado del turismo. Una “marca” que suple la venta de trabajo por cultura y que resulta del poder de unos frente al desafío del resto (Comaroff *et al.*, 2009). La identidad vuelta empresa, a decir de Comaroff y Comaroff (2009), rompe con la noción estática de la misma y articula viejas rencillas que pueden derivar en la expulsión de los sujetos del grupo y en la creación de pobreza y/o ganancias. Más que una marca, las etnias participan en el mercado neo-liberal de la cultura como empresas (corporaciones), construyendo los lineamientos de su identidad en un marco globalizado. Dicho proceso trasciende las fronteras geográficas del grupo y puede influir en otros sujetos inmersos o no en el proyecto del Estado. Además, para Comaroff y Comaroff (2009: 9) la mercantilización de la identidad no la abarata, si bien la simplifica y transpola, su alienación implica la reflexión y la auto-construcción del sentido al interior de la etnia. A mayor cantidad de marcas étnicas inmersas en el mercado, mayor fuerza ejercen los criterios que distinguen la pertenencia al grupo. Hablamos entonces de un proceso que es confrontado por los sujetos étnicos; en el que no sólo resisten la alienación de su vida, también toman

posicionamientos para mediar y negociar. En Comaroff y Comaroff. (2009: 67) la identidad étnica es resultado del mercado y no al revés. En el comercio de las identidades, los parámetros de su inclusión son seleccionados por sus lineamientos, de ahí que sean fetichizadas. Para que un elemento pueda ser patrimonializado, debe entrar al reino de los nombramientos bajo los términos establecidos por los organismos internacionales, ergo, debe apelar al sentido de quienes los componen.

El turismo étnico no difiere de los aquí expuestos. Se compone de una noción de lo exótico, una “autenticidad” que se contrapone a la mera compra de un producto (Pereiro, 2015: 23; Yang, 2011: 562). En él, los visitantes participan en las tradiciones y la vida cotidiana bajo una ilusión, la de parecer un sujeto más de la etnia. Al ser considerado un espacio dotado de “conciencia social, cultural y ecológica”, el modo de vida “primitivo” encarna las nociones poscoloniales que los constriñe a ser ideados como prístinos (Coronado, 2015: 93). De manera análoga a los otros modelos de turismo, la “autenticidad” y lo “exótico” son los pilares ideológicos que cimientan el andamiaje de la fantasía vuelta realidad por el espectáculo de las imágenes. Resulta difícil pensar al turismo como un proceso que efectivamente propicie el intercambio cultural entre propios y ajenos en términos equitativos. Siempre se trata de un ejercicio de poder que libra una lucha por definir la identidad, lo étnico, los paisajes y el patrimonio. El turismo aprehende los aspectos que aliena mediante un ejercicio selectivo que se enmarca en el neo-liberalismo. Así, ante las extenuantes jornadas laborales, el capitalismo ofrece destinos lúdicos; ante el vacío generado por la alienación capitalista, el proceso predispone poblaciones dotadas de autenticidad y “sentido social”; frente a la incertidumbre del futuro, el turismo enfatiza la pertinencia del patrimonio material o inmaterial. Por lo tanto, los nichos para la acumulación se diversifican conforme se acentúan los antagonismos que resultan del proceso capitalista. Como lo señalámos anteriormente, “ante una crisis del capital, el turismo se reconfigura”, así la revolución de sus prácticas, espacios y sujetos que lo personifican es permanente.

Por último, el turismo en nuestro argumento no es nada más una actividad económica o de ocio compuesta por el desplazamiento de un punto A a un punto B. Se

trata del reflejo de un proceso histórico y político que determina prácticas económicas y sociales en relación directa con los espacios o poblaciones en donde se implementa. De ahí que el turismo no sea homogéneo, ya que se construye en la cotidianidad por los sujetos, ajenos u oriundos del lugar. Mientras que en la definición de sus políticas intervienen un sinnúmero de organismos internacionales y Estados, en las prácticas cotidianas su lógica se adecúa a las necesidades y demandas de productores y consumidores. No es de extrañarnos que en la actualidad “todo pueda ser turístico”, lo que nos asombra es el carácter selectivo del proceso. Mientras que unas regiones son construidas para la sobreproducción de mercancías turísticas dotadas de un plus valor (cultural, ecológico o histórico), otras más son relegadas y empobrecidas. El turismo es en sí es profundamente capitalista, por lo que su génesis no es ajeno a este sistema económico, no es un ente con vida propia. Se trata del espectáculo de la vida cotidiana donde las imágenes de lo real son hábiles construcciones que derivan de la lucha y la hegemonía selectiva. Por consiguiente, su definición no es fácil de enunciar, resulta siempre de los procesos que le antecedieron, de los condicionamientos del presente, de los marcos de referencia y de la alienación de la vida humana.



En el neo-liberalismo todo tiene precio, todo se puede comprar y vender. No obstante, paisajes como el de la serranía continúan siendo propiedad privada del campesino que resguarda su montaña a caballo.

[Fotografía: el autor, julio de 2015, Balzapote, San Andrés Tuxtla, Ver.]

Senderos y rutas en el “México Desconocido”

De acuerdo con datos de la Organización Mundial del Turismo (OMT, 2015), México ocupa el noveno lugar en el ranking mundial del turismo. En el año 2015 el país recibió a más de 32 millones de turistas, que dejaron una derrama económica de 17.5 miles de millones de dólares. Como resultado de las políticas del Estado encaminadas hacia la promoción y el desarrollo de las actividades turísticas en el país, los ingresos obtenidos en el 2013 representaron el 70% del PIB y emplearon a 45% del total de trabajadores en México (Méndez *et al.*, 2013). El sector ocupa un importante lugar en la agenda estatal, la cual restó prioridad a los destinos de sol y playa e intensificó las inversiones en materia de cultura (Ojeda, 2012: 142). El turismo en México es cultural y en gran medida hace eco de un proceso global que ha identificado en la cultura el aliciente idóneo para diversificar su oferta. En tanto proceso global, en la segunda mitad del siglo XX, los gobiernos han invertido grandes cantidades en el sector tras identificarlo como un potente catalizador del desarrollo económico y social (Marín, 2015: 9). Empero, en México el turismo ha tenido otros derroteros y corresponde a este apartado discutir sus características históricas y económicas.

El turismo en el país adquirió relevancia política y económica en el periodo posrevolucionario. Como lo refiere Mateos (2006: 32), en 1921 un grupo de empresarios, miembros de la Cámara Nacional del Comercio, pidieron al presidente Álvaro Obregón su intermediación para el establecimiento de lazos comerciales con Estados Unidos. Con el apoyo presidencial el grupo delineó los caminos y los destinos que acercaron a los inversionistas estadounidenses al territorio nacional. Identificando al turismo y al país como una importante fuente de ingresos, los empresarios promocionaron los paisajes agrestes y las “manifestaciones culturales” del país en el mercado internacional (Mateos, 2006: 35). Mediante folletos abigarrados de imágenes y fotografías que presentaban tanto sitios arqueológicos como bailes folclóricos, la Cámara Nacional del Comercio inauguró la folklorización del nacionalismo. Tal fue su impacto que, en 1926, el Banco de México abrió el Departamento de Turismo con la finalidad de administrar los dividendos de la

empresa (Mateos, 2006: 37). Ya en 1928, secretarías estatales y empresarios articularon sus intereses en la Comisión Mixta Pro-Turismo, cuyo objetivo fue evaluar las necesidades e iniciativas que dieron forma a la naciente industria. En 1930, el arribo de turistas al país alcanzó la cifra de 24 mil visitantes, motivo por el cual se inauguró en 1934 la Comisión Nacional de Turismo, más tarde Departamento de Turismo anexo a la Secretaría de Economía (Mateos, 2006: 38). El flujo de extranjeros al país con fines lúdicos se incrementó de 1930 a 1940 en más de 500% al pasar de 24 mil a 126 mil. El crecimiento del sector demandó la construcción de vías de comunicación y de la infraestructura necesaria para hospedar a los visitantes. Las ciudades de la frontera norte crecieron exponencialmente en ese periodo luego que el gobierno estadounidense decretara la Ley Seca. La llegada de turistas al país continuó creciendo hasta alcanzar los 358 mil huéspedes en 1950 (Mateos, 2006: 40).

Con la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, el país adquirió relevancia en el mapa de los destinos turísticos del mundo dominado por un turismo de élite. Bajo la tutela del Estado, la industria orientó el flujo de turistas internacionales hacia las playas del norte y sur del país. Paralelo a ello, en el interior del territorio, los balnearios y centros recreativos alojaron a un gran número de turistas domésticos (Mateos, 2006: 39). Conforme el sector se desarrolló hacia fuera, éste atrajo la atención de inversionistas franceses, alemanes, italianos, ingleses, canadienses, japoneses y estadounidenses que propiciaron el crecimiento sostenido del ramo. Paralelo a ello, las dinámicas nacionales de la actividad se desarrollaron bajo la inversión de un turismo doméstico enfocado en la visita a ciudades cercanas. A diferencia de lo que acontecía en México, a nivel mundial las actividades del turismo fueron dominadas por los grupos de la élite económica (Arroyo, 2011: 20). Las grandes ciudades europeas hospedaron en sus lujosos hoteles a turistas que ostentaban grandes cantidades de capital

En la década de 1960, luego del auge del turismo de élite, las políticas estatales del sector servicios buscaron captar las divisas de un turismo de masas, también llamado “industrial” o “Fordista” (Arroyo, 2011: 20; Juárez, 2012: 153). Caracterizado como estacional, este tipo de turistas arribaron en búsqueda de entretenimiento y descanso a

sitios de fácil acceso. La presencia de estos visitantes en los destinos de sol y playa demandó el consumo de productos estandarizados y, con ello, el mercado nacional abrió las puertas a las inversiones de empresas turísticas transnacionales (Juárez, 2012: 153). Además, los programas implementados por el presidente Luis Echeverría incentivaron el crecimiento del “turismo social” (doméstico) que frecuentaba balnearios y ciudades vecinas (Rojo *et al.*, 2009). Es en esta época que el programa estatal “Conozca México” auspiciado por la empresa Coca-Cola, delineó la noción que muchos turistas tienen del país hasta la fecha. En el programa, las imágenes promocionaron de igual modo el pasado y el presente del país en un abigarrado collage. Dicha confusión jugó un importante papel en la proyección que el Estado presentó en el mercado internacional. Al intercalar los diferentes momentos de la historia, el turismo mundial de masas identificó al país como uno plagado de paisajes agrestes y tradiciones folclorizadas. Además de que la confusión arraigó el proyecto nacionalista de la época en el extranjero, el programa “Conozca México” arrojó ingresos por un total de 8 850 millones de pesos y la llegada de 960 mil visitantes (Mateos, 2006: 39-40).

En la segunda mitad del siglo XX, el turismo de masas representó el parteaguas de una industria en crecimiento. De ahí que el Estado buscó recibir a las masas beneficiadas de la posguerra en Estados Unidos, con la promulgación en 1949 de la primera Ley de Turismo se normalizó la prestación de servicios en este sector (SECTUR, 2000: 45). Mediante la disminución de los aranceles para la importación de enseres indispensables para la construcción hotelera, el Estado propició el acelerado crecimiento de la industria. Del mismo modo, la dirección hegemónica de la época benefició a la hotelería reduciendo los impuestos, facilitando así la llegada de turistas. Este importante crecimiento cimentó las bases de la transformación que haría de regiones enteras, espacios para el “esparcimiento y el ocio”.

Por otra parte, el desarrollo sostenido de la industria generó las divisas suficientes para preservar la expansión del ramo entre 1958 y 1974 (SECTUR, 2000); por lo que el sector comenzó a incorporar a trabajadores regionales y locales. A razón del distanciamiento del Estado mexicano de las actividades primarias, el crecimiento del

turismo propició el paulatino giro del sector primario al terciario. Incorporando a la fuerza laboral agrícola bajo la lógica de la menor inversión, la mala remuneración de los empleos profundizó las diferencias entre quienes se beneficiaron de la industria y aquellos que trabajaron en ella. Asimismo, junto con las inversiones del Banco Mundial y el Banco Interamericano de Desarrollo, la geografía del país cambió y nuevas regiones fueron delineadas, particularmente aquellas próximas a las playas de Acapulco, Mazatlán y Cozumel. De la mano de los proyectos diseñados por el Fondo Nacional del Turismo, anexo de la Secretaría de Turismo, el Estado aprovechó el crédito internacional e invirtió en la edificación de los Centros Integralmente Planeados (CIPs), los cuales fueron definidos como los “polos del desarrollo” del sector terciario (Mateos, 2006; SECTUR, 2000: 50). El desarrollo de polos turísticos como Cancún, Ixtapa, Los Cabos, Loreto y Huatulco en regiones inhóspitas, fueron aprovechados como semilleros del neoliberalismo que llegaría en la década de 1980.

Para finales de la década de 1970 y principios de 1980, la industria turística en México ya se había consolidado (SECTUR, 2000: 52). Lugares como Cancún e Ixtapa recibieron a un turismo nacional e internacional asiduo a espacios para el descanso ubicados lejos de la marginación ocasionada por la desaceleración de la agricultura. De forma análoga, en este periodo el turismo tuvo como objetivo primordial “la protección y mejoramiento de los recursos turísticos naturales y culturales”, así como el “respeto del medio ambiente, las costumbres y tradiciones nacionales” (Mateos, 2006: 41). Paralelo a la importancia que el Estado otorgó al turismo en materia económica, entre 1987 y 1988 la UNESCO agregó al Patrimonio de la Humanidad lugares como el centro histórico de las ciudades de México, Zacatecas, Oaxaca, Morelia y Puebla; las zonas arqueológicas de Monte Albán, Paquimé, Tajín, Palenque, Chichen-Itzá y Teotihuacan; las ciudades de Guanajuato, Tlacotalpan y Xochimilco; así como la Reserva de la Biosfera Sian Ka’an. Todos estos nombramientos intensificaron las actividades turísticas bajo el resguardo de organismos gubernamentales (INAH, Conaculta y Fonaculta), que devinieron en la revaloración de los elementos que los constituyen, tanto naturales como históricos.

En 1984 se observa el decrecimiento del turismo en México a raíz de una serie de restricciones del Fondo Monetario Internacional (FMI). El auge petrolero, que benefició a la industria del ocio en la década de 1970, poco pudo hacer para impedir la desaceleración de un sector que en treinta años había colonizado y transformado varias regiones del país. Las políticas del FMI ocasionaron el cese de las actividades estatales en las áreas de planeación y evaluación, que fueron medulares en la administración de la industria. De tal modo, la incursión de las políticas neo-liberales benefició al capital internacional una vez abierto el mercado y aquello que fue considerado el “motor del desarrollo económico” por el Estado, pasó a manos del mercado internacional. Adicionalmente, el comportamiento de los turistas cambió y con el neo-liberalismo la industria pasó de un modelo Fordista “McDonalizado” a uno Post-Fordista. Al respecto, Juárez (2012: 154) y Xue *et al.* (2014: 192-193) refieren que el giro en el tipo de turistas se debió a los cambios en el consumo. De un turismo de masas cuyo consumo estuvo estandarizado, “McDonalizado”, el turista Post-Fordista busca exaltar su individualidad. Para ello demanda productos que aviven experiencias en su vida. Con la puesta en marcha de políticas neo-liberales, el carácter capitalista del turismo transformó a todos los involucrados en él.

Fue entonces cuando el Estado mexicano implementó una serie de programas encaminados hacia la preservación y promoción de los elementos culturales de ciertas localidades. Otorgándole especial énfasis a los monumentos, tradiciones y vida cotidiana, en este contexto, en el año de 2000 arrancó el programa “Pueblos Mágicos”. Teniendo como objetivo

fomentar el desarrollo sustentable de las localidades poseedoras de atributos de singularidad, carácter y autenticidad a través de la puesta en valor de sus atractivos, representados por una marca de exclusividad y prestigio teniendo como referencia las motivaciones y necesidades del viajero (SECTUR, 2014).

En el año 2001, el programa otorgó la denominación a las poblaciones de Huasca de Ocampo, Hgo. y Real de Catorce, SLP (Fernández, 2016: 4). Con la finalidad de generar ingresos económicos y la inversión de los tres niveles de gobierno (federal, estatal y municipal), el programa define como Pueblo Mágico

Un pueblo que a través del tiempo y ante la modernidad, ha conservado, valorado y defendido, su herencia histórica, cultural y natural; y la manifestación en diversas expresiones a través de su patrimonio tangible e intangible. Un pueblo mágico es una localidad que tiene atributos únicos, simbólicos, historias auténticas, hechos trascendentales, cotidianidad, que significa una gran oportunidad para el aprovechamiento turístico atendiendo a las motivaciones y necesidades de los viajeros (SECTUR, 2014).

Si bien se trata de un programa que emula en gran medida la definición posmoderna de turismo, en sus primeras etapas los municipios catalogados como “mágicos” se vieron en la necesidad de transformar su infraestructura y la vida cotidiana en sus localidades. Siguiendo los lineamientos establecidos por la Secretaría de Turismo (2014), los lugares que participan de las inversiones estatales deben de ofrecer al turista “experiencias únicas” y “gestionar las emociones” mediante actividades que ocupen la totalidad del tiempo de los visitantes. Los mismos lineamientos (SECTUR, 2014) señalan que, a mayor actividad, más será el gasto, la estadía se prolongará en los establecimientos y la derrama económica propiciará el desarrollo social del lugar. Para que existan actividades atractivas para el turista, los municipios deben invertir en el mejoramiento o acondicionamiento de parques, banquetas, luminaria, señalización, edificios históricos y todos aquellos espacios definidos como “turísticos”.

En la inversión no solo participan los tres niveles de gobierno, también lo hace la iniciativa privada. De acuerdo con Fernández (2016: 9) todo Pueblo Mágico debe contar con un Plan de Desarrollo Urbano, un Reglamento de Imagen Urbana y un Programa de Reordenamiento del Comercio Semi fijo o Ambulante en las zonas de alta concentración de turistas. Lo que acontece en un Pueblo Mágico es un proceso de gentrificación que transforma la imagen del lugar a la par que desplaza a quienes habitaron la zona. Además, la reubicación de los comerciantes desencadena una serie de disputas por el control de la economía y, en menor o mayor medida, aumenta el costo de los productos básicos (Fernández, 2016: 12). La gentrificación de un Pueblo Mágico representa el beneficio para unos y el olvido de otros. Mientras que las zonas designadas como “los atractivos” son remodeladas o construidas, los barrios o las periferias quedan relegadas de la inversión. Así pues, en pueblos como Chiapa de Corzo, Chis., las políticas del

programa solo modificaron los lugares céntricos que visita el turismo (el parque y el embarcadero de las lanchas), mientras que la marginación continúa asechando las zonas distantes. Por lo que la gentrificación o escenificación de la cultura, adquiere singular relevancia en un Pueblo Mágico.

La cultura en el programa estatal logra la misma relevancia que tiene en otros modelos de turismo (patrimonial, cultural o ecológico). Si bien es un elemento imprescindible, ya que dota de sentido la “experiencia” escenificada en el lugar, sus características deben adecuarse a las actividades del turista; de ahí que el programa le destine el 44% del total de la inversión (Fernández, 2016: 15). Al agregar un plus valor simbólico al proceso de gentrificación, la cultura –entendida como tradiciones, celebraciones, gastronomía y vida cotidiana– debe trascender la cotidianidad del visitante. Así como el programa estipula el total uso del tiempo en actividades diseñadas para que el turista invierta económicamente en el lugar, también la cultura es entendida como el elemento que le otorga la diferencia o distinción. De ahí que, en poblados como San Cristóbal de las Casas, Chis. o Coatepec, Ver., por ejemplo, se enaltezca su gastronomía y la singularidad de productos como el café. Así pues, la cultura espectacularizada fortalece la “magia” y la “esencia” del lugar. En otras palabras, preserva la ilusión y amplía los alcances de la “experiencia” turística al involucrar otros sentidos como el gusto o el olfato.

A la fecha, el programa Pueblos Mágicos suma ya 111 poblaciones inscritas¹⁹ y aún hay otras más en lista de espera. No obstante, los resultados logrados por las políticas

¹⁹ De acuerdo con la lista emitida por la Secretaría de Turismo en el portal www.pueblosmagicos.com.mx, las poblaciones que forman parte del programa son: Álamos (Sonora), Arteaga, (Coahuila), Bacalar (Quintana Roo), Batopilas (Chihuahua), Bernal (Querétaro), Cadereyta de Montes (Querétaro), Cavilo (Aguascalientes), Calpulápan de Méndez (Oaxaca), Chiapa de Corzo (Chiapas), Chignahuapan (Puebla), Coatepec (Veracruz), Comala (Colima), Comitán (Chiapas), Cosalá (Sinaloa), Creel (Chihuahua), Cuatro Ciénagas (Coahuila), Cuetzalan del Progreso (Puebla), Cuitzeo (Michoacán), Dolores Hidalgo (Guanajuato), El Oro (México), El Rosario (Sinaloa), El Fuerte (Sinaloa), Huamanga (Tlaxcala), Huasca de Ocampo (Hidalgo), Huichapan (Hidalgo), Izamal (Yucatán), Jala (Nayarit), Jalpa (Guanajuato), Jalpan de Serra (Querétaro), Jerez de García Salinas (Zacatecas), Jiquilpan (Michoacán), Loreto (Baja California Sur), Lagos de Moreno (Jalisco), Magdalena de Kino (Sonora), Malinalco (México), Mapimi (Durango), Mazamitla (Jalisco), Metepec (México), Mier (Tamaulipas), Mineral de Angangueo (Michoacán), Mineral de Pozos (Guanajuato), Mineral de Chico (Hidalgo), Nochistlán (Zacatecas), Pahuatlán (Puebla), Palizada

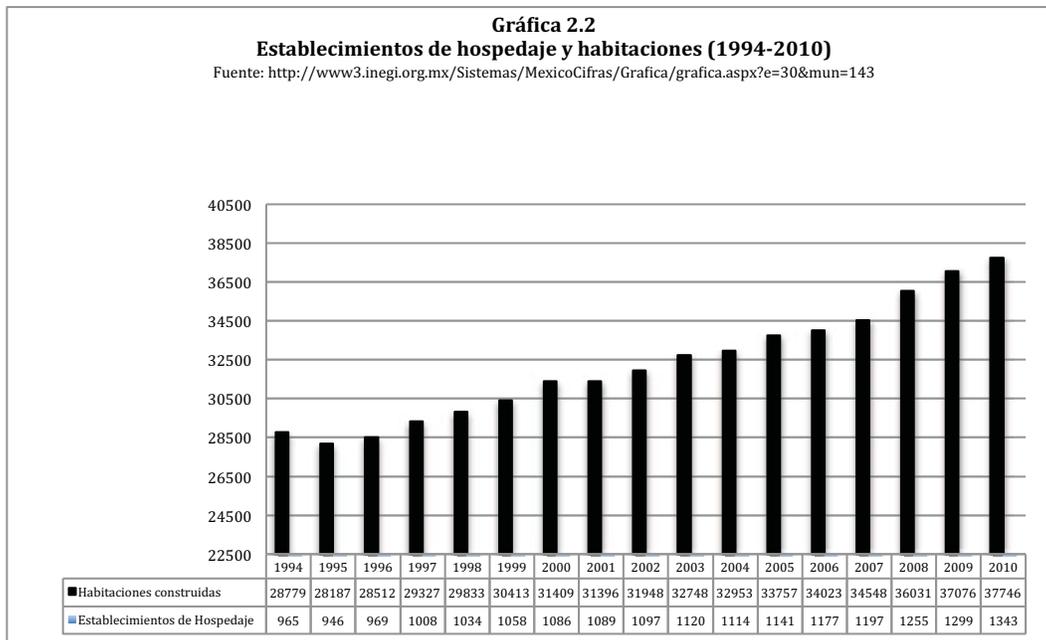
turísticas en estos poblados distan mucho de ser exitosas. Además de la gentrificación y de la espectacularización de la cultura, el programa ha tenido altibajos a lo largo de sus 16 años de operación. Al respecto, Fernández (2016: 39) identifica el abandono de los inmuebles y la carente diversificación de la oferta turística como algunos de los principales problemas en la política de los Pueblos Mágico. Si bien el programa deviene en un incremento del 90% en la generación de empleos relacionados al turismo, las calificaciones emitidas por los visitantes cada vez son más severas. Los turistas no satisfacen, continúa Fernández (2016: 15), sus necesidades en poblaciones donde no existen las condiciones para atender las demandas de ciertos productos o servicios. Por otra parte, aunque el programa eleve significativamente el “orgullo” que algunos pobladores tienen del terruño, muchos otros continúan siendo ajenos a las políticas implementadas por la Secretaría de Turismo. Asimismo, de acuerdo a la evaluación presentada por Fernández (2016:15), 80% de los visitantes no emplea algún servicio turístico o de excursión. Sin la derrama económica, difícilmente podría continuar un poblado ostentando la categoría. En este sentido, poblaciones como Coatepec, Ver. se debaten entre la espada y la pared al enfrentar problemas en la recepción de los recursos estatales (los cuales no arriban debido a la mala administración del Estado de Veracruz) y la contaminación que generan los visitantes, la cual sobrepasa las capacidades del municipio.

(Campeche), Papantla (Veracruz), Parras de la Fuente (Coahuila), Pátzcuaro (Michoacán), Pino (Zacatecas), Real de Asientos (Aguascalientes), Real de Catorce (San Luis Potosí), Real del Monte (Hidalgo), Salvatierra (Guanajuato), San Cristobal de las Casas (Chiapas), San Pedro Cholula (Puebla), San Sebastián del Oeste (Jalisco), Santa Clara del Cobre (Michoacán), Santiago (Nuevo León), Sombrerete (Zacatecas), Tacámbaro (Michoacán), Tapalpa (Jalisco), Tapijulapa (Tabasco), Taxco (Guerrero), Tecate (Baja California), Tepoztlán (Morelos), Tequila (Jalisco), Tequisquiapan (Querétaro), Teúl de González Ortega (Zacatecas), Tlatlauquitepec (Puebla), Tlayacapan (Morelos), Tlalpujahua (Michoacán), Todos Santos (Baja California Sur), Tula (Tamaulipas), Tzintzuntzan (Michoacán), Valladolid (Yucatán), Valle de Bravo (México), Viesca (Coahuila), Xico (Veracruz), Xicotepec (Puebla), Xilitla (San Luis Potosí), Yuriria (Guanajuato), Zacatlán (Puebla), Aculco (México), Atlixco (Puebla), Candela (Coahuila), Casas Grandes (Chihuahua), Coscomatepec (Veracruz), Guerrero (Coahuila), Huachinango (Puebla), Huata de Jiménez (Oaxaca), Isla Mujeres (Quintana Roo), Ixtapan de la Sal (Estado de México), Linares (Nuevo León), Mascota (Jalisco), Mazunte (Oaxaca), Mocorito (Sinaloa), Orizaba (Veracruz), Palenque (Chiapas), San Joaquín (Querétaro), San José de García (Aguascalientes), San Juan Teotihuacán y San Martín de las Pirámides (Estado de México), San Pablo de Villa Mitla (Oaxaca), San Pedro y San Pablo Teposcolula (Oaxaca), Sayulita (Nayarit), Tlalpa de Allende (Jalisco), Tecozautla (Hidalgo), Tlaxco (Tlaxcala), Tulum (Quintana Roo), Villa del Carbón (Estado de México) y Zozocolco (Veracruz).

Lejos de mejorar las condiciones de vida de los pobladores, el programa Pueblos Mágicos parece acentuar los antagonismos en los lugares donde se ha puesto en marcha. Debido a su carácter selectivo, la iniciativa constituye un ejercicio político que esencializa los elementos culturales, naturales y arquitectónicos con fines mercantiles. En este sentido, consideramos que el programa invierte tiempo y recursos en proyectos ajenos a la mayoría de la población que sólo benefician a un selecto grupo, principalmente aquellos ligados directamente con las actividades turísticas. Empero, estados como Veracruz continúan aumentando el número de Pueblos Mágicos en su territorio, pasando de tres nombramientos en 2011 a seis en 2014. Coatepec, Xico, Zozocolco, Pantanla, Orizaba y Coscomatepec son ciudades en donde se transformó la vida de sus pobladores con el fin de presentar al turismo un sinfín de elementos “auténticos” que denoten la singularidad y la “esencia” de su cultura. La realidad económica del estado de Veracruz impone grandes dificultades al desarrollo del programa en estas localidades. Además de la mala administración que el Estado hace del erario público, el neo-liberalismo global continúa determinando las condiciones del proceso. Al respecto, y a manera de ilustrar esta aseveración, presentamos algunos datos estadísticos del sector servicios en este estado.



El sector servicios en Veracruz ha crecido de manera sostenida a lo largo de un periodo de 16 años (1994-2010). La ampliación de la red carretera y el incremento en el número de hoteles y habitaciones disponibles, dan fe de ello. Sin embargo, de acuerdo con las cifras recolectadas por el INEGI (2010), en las últimas décadas el turismo en Veracruz ha mostrado un carácter endeble. Mientras que la construcción de la infraestructura ha mantenido un crecimiento constante, la ocupación hotelera ha tenido importantes altibajos. Como se ilustra en la gráfica 2.1, de 1994 al 2005 la ocupación hotelera reflejó un crecimiento estable alcanzando en el punto más alto de 9.6 millones de huéspedes. Fue hasta finales del 2005 cuando la cifra decreció de manera exponencial, llegando a 3.2 millones, es decir, 6.4 millones menos que el año anterior. Podríamos inferir que la reducción en el número de visitantes aconteció en un contexto en el que las olas de violencia que azotaron al país, en particular al estado de Veracruz, distanciaron a los turistas debido a las condiciones de inseguridad. La aparición violenta de los grupos del narcotráfico, las ejecuciones y los secuestros, deformaron la imagen de un estado pletórico de espectáculos naturales, tradiciones y ciudades Patrimonio de la Humanidad.

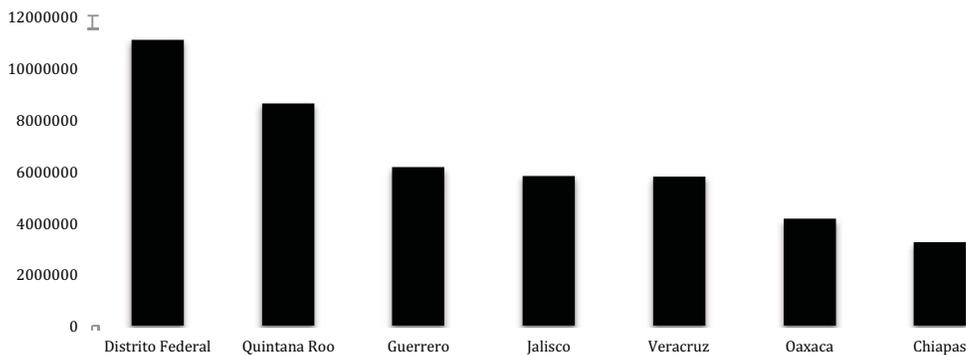


En contraparte a la disminución en el número de turistas entre los años de 2005 y 2006, la construcción de hoteles y habitaciones en el estado de Veracruz presentó un crecimiento constante. De los 965 hoteles que el INEGI (2010) censó en 1994, para el

año 2010 el número se incrementó a 1343. Así mismo, la cantidad de habitaciones creció logrando hospedar a los visitantes que entre los años de 1994 al 2005 visitaron el estado. De acuerdo a estas cifras podemos inferir que, de no haber existido un brote de violencia en Veracruz, las cifras presentadas en la gráfica 2.1 hubieran reflejado el mismo crecimiento que aquellas de los hoteles y las habitaciones. No obstante, resulta interesante señalar que un periodo de 16 años, el número de hoteles aumentó solo en 387. Esto refiere el lento ritmo con el que se desarrolla la industria turística en la entidad. Aunque faltarían más elementos para profundizar el análisis, podemos vislumbrar algunas de las dificultades del sector: violencia, inseguridad y falta de políticas que incentiven su crecimiento. A diferencia de otras entidades como el Distrito Federal o Quintana Roo, que en el año 2010 recibieron 11 074 690 y 8 606 936 visitantes, respectivamente, Veracruz solo alcanzó la cifra de 5 777 647. En este sentido, aunque se preserve su importancia en el imaginario de la población, el estado aún dista mucho de ser un referente del turismo nacional.

□

Gráfica 2.3
Estados con mayor número de turistas hospedados (2010)
 Fuente: <http://www3.inegi.org.mx/Sistemas/MexicoCifras/Grafica/grafica.aspx?e=30&mun=143>

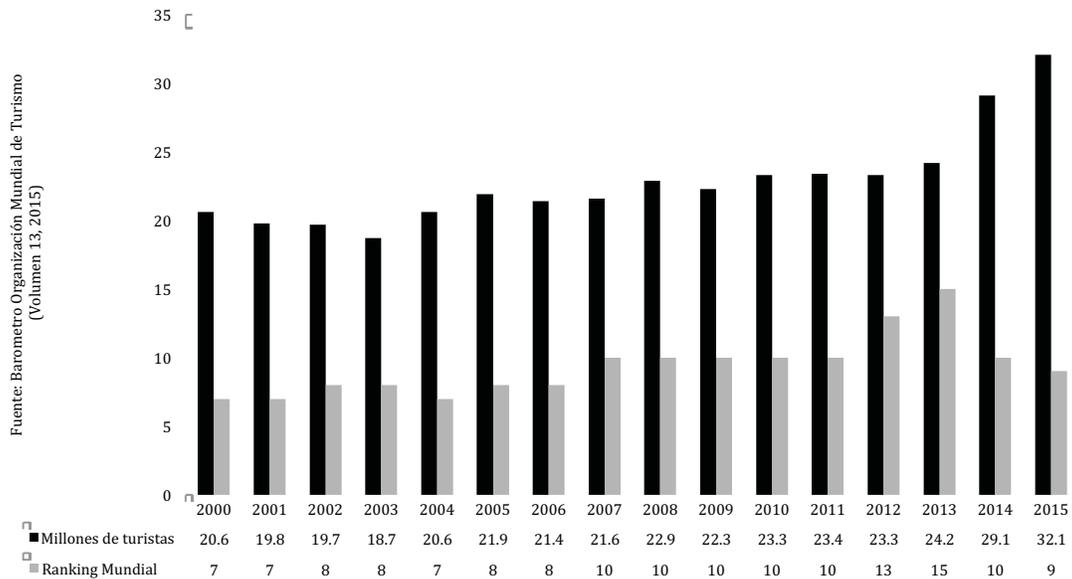


Por otra parte, el arribo de turistas a México ha aumentado en los últimos años. De ocupar el séptimo lugar en el ranking mundial de la Organización Mundial del Turismo en el año 2000 (OMT, 2015), actualmente ocupa la novena posición, con un total de 32.1 millones de turistas. Como lo ilustra la gráfica 2.4, las posiciones han variado siendo el séptimo lugar la posición más alta en los años 2000, 2001 y 2004. Sin embargo, para el año 2013 el país ocupó el décimo quinto lugar, perdiendo con ello

relevancia en un mercado global cada vez más competitivo. Asimismo, el número de turistas ha mantenido un crecimiento lento y ha pasado de 20.6 millones en el año 2000 a 32.1 en 2015, observando un periodo de nulo crecimiento entre los años de 2009 a 2012. La interpretación del número de visitantes podría tener diferentes apreciaciones, no obstante, aquí solo nos limitaremos a inferir que dicha cifra refleja un aumento en la población global de turistas. Es decir, a mayor número de visitantes y menor lugar en el ranking, mayor cantidad de turistas a nivel mundial.

□

Gráfica 2.4
Arribo de turistas a México

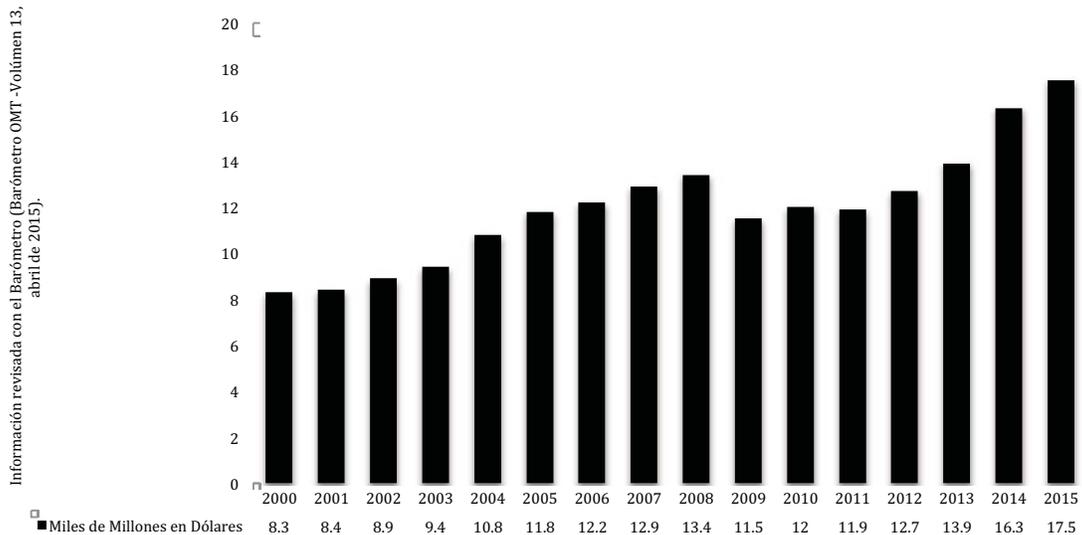


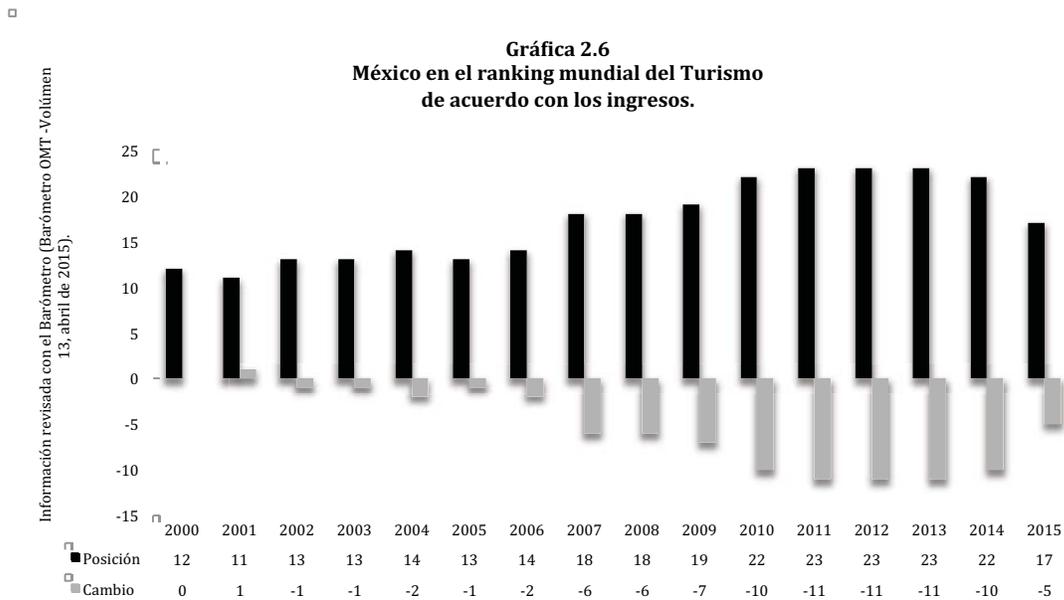
Aunado a la cantidad de turistas que arriban al territorio nacional, los datos proporcionados por la Organización Mundial del Turismo (OMT, 2015) en materia de ingresos reflejan los altibajos que ha experimentado el país en los últimos 15 años. En dicho periodo, el país logró duplicar sus ingresos mientras transitó por periodos en los que el crecimiento fue muy intenso y otros donde las cifras reflejan un descenso considerable. Al respecto, la gráfica 2.5 ilustra la manera como entre los años 2000 a 2002 y 2009 a 2011 el país no logró incrementar el número de divisas obtenidas del turismo. A diferencia de estos periodos, entre los años de 2003 a 2008 y 2012 a 2015, se

observa un aumento en la cantidad de miles de millones de dólares percibidos por el Estado en materia de turismo. Como se muestra en la gráfica 2.6, durante el sexenio de Felipe Calderón (2006-2012) el país pasó de ocupar el lugar décimo cuarto en el ranking mundial del turismo de acuerdo a los ingresos, a posicionarse en el 23, el más bajo registrado en los últimos 15 años. Las crisis económicas y la incesante inseguridad influyeron directamente en la derrama económica originada por el turismo. Mientras que en el año 2006 arribaron al país 21.4 millones de turistas, que aportaron 12.2 miles de millones de dólares, en el 2012 la cantidad de visitantes sólo aumentó en 1.9 millones con un ingreso de 12.7 miles de millones de dólares.

□

Gráfica 2.5
Ingresos del sector turismo en México





A manera de conclusión, podemos decir que con la puesta en marcha de políticas neo-liberales en México, el turismo ha pasado de ser una herramienta que potencializó el desarrollo de ciertas regiones a un medio que aliena la vida cotidiana de cientos de poblaciones. El turismo de masas que llegó a los diferentes destinos del país en la segunda mitad del siglo XX, hoy es sustituido por uno más especializado e individualista. El consumo de experiencias se torna indispensable y el Estado parece adecuar sus programas en ese sentido. La política de los Pueblos Mágicos es reflejo de ello. Aunque no se trata de logros excepcionales, son ejemplos de una hegemonía selectiva que apropia algunos aspectos de la cultura de un lugar. Presentándola como un espectáculo, el proceso encuentra en el turismo un importante aliado en la mercantilización de la cotidianidad. Queda pues indagar los aspectos mediante los cuales el capitalismo apropia y mercantiliza la vida de los sujetos. En el siguiente apartado nos damos a la tarea de presentar una reflexión en torno a ello desde una perspectiva crítica que arroja luz sobre ciertas características inherentes en el capitalismo.

Talleres vivenciales
de
Son Jarocho
Sanandrescano

ORGULLO JAROCHO

27 de Julio al 03 de Agosto 2013
Lugar: Casa de Cultura, San Andrés Tuxtla, Veracruz.

AFINACIONES ANTIGUAS | GUITARRA DE SON | LAUDERÍA | JARANA
VERSADA | VIOLÍN | ZAPATEADO | CONFERENCIAS
EXPOSICIÓN FOTOGRAFICA | HUAPANGOS | CONCIERTOS

CASA DE CULTURA DE SAN ANDRÉS TUXTLA

Y Sigue La Música Fluyendo

GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ

VERACRUZ GOBIERNO DEL ESTADO

adelante

VERACRUZ RECUPERABLE

INFORMES
Oficina de Turismo: 01 294 94 793 00 ext. 608
Aldo Flores 294 115 61 44 Joel Cruz Castellanos 294 127 43 50

Como parte de las actividades turísticas promocionadas por el municipio de San Andrés Tuxtla, en los últimos años se han instituido talleres de música impartidos por viejos campesinos definidos como la vívida imagen de la tradición jarocho. Recuperado de <https://www.facebook.com/TalleresVivencialesDeSonJarochoSanandrescano>

La “autenticidad” de la vida cotidiana en el turismo

En el año 2014, presencié en San Andrés Tuxtla la grabación de un *spot* publicitario relacionado con el turismo del lugar. En el marco del lanzamiento del proyecto turístico y de la marca “Descubre San Andrés Tuxtla. Naturalmente Mágico”, las autoridades municipales se dieron a la tarea de recolectar imágenes de la población y de los paisajes aledaños. A la ciudad arribó una pequeña empresa dedicada a la publicidad visual. Con el equipo de iluminación colocado en un vistoso callejón sanandresino –el cual había sido previamente remodelado por el municipio–, las cámaras comenzaron a grabar la escenificación de un fandango orquestado para la ocasión. En cuadro aparecía el grupo “Raíces”, oriundo de la población, ejecutando algunos sones populares. A raíz de la cercanía que su líder José Luis Constantino estableció con la Dirección de Turismo municipal, la agrupación monopolizó en gran medida todos los aspectos relacionados con las tradiciones musicales. Desde comerciales para la radio hasta *spots* visuales, “Raíces” se convirtió en el referente del son jarocho tuxtleco en la localidad. En este sentido, su presencia en el comercial sumaba una participación más al proyecto turístico del municipio cuyo fin consistía en la promoción de paisajes y de algunas expresiones culturales de la población serrana.

Eran ya las 8 de la noche y la oscuridad del callejón fue quebrantada por los destellos de luz que emanaban de las grandes lámparas. En medio del escenario, donde los vívidos colores de las paredes crearon una atmósfera de pasividad, el grupo ataviado con la indumentaria “tradicional” del son jarocho tuxtleco ejecutó sus instrumentos mientras acataba tímidamente las indicaciones del director. Aunque “Raíces” ya contaba con varias experiencias en el ramo de la publicidad, esa noche las cámaras los desconcertaron. Conforme la grabación acontecía, una y otra vez el grupo fue interrumpido por el equipo de producción. El nerviosismo y la falta de ensayos, dificultaban la obtención de imágenes que los presentaran “alegres y dicharacheros” (sic). El director, un joven personaje moreno y de baja estatura, pedía amablemente al grupo que ejecutaran sus instrumentos “como regularmente lo hacen”, que olvidaran la

presencia de la cámara y que sólo disfrutaran el rato para tocar. No obstante, el grupo compuesto por las hijas y el sobrino de José Luis Constantino, continuó teniendo dificultades. Para el director, las expresiones faciales de los integrantes no cumplían con las expectativas, los quería ver más alegres y relajados. Luego de una hora y de varias tomas, el *spot* concluyó y, meses más tarde, el comercial fue presentado en una feria de turismo realizada en el Puerto de Veracruz, así como en los sucesivos eventos relacionados con el ramo²⁰.

El *spot* de la marca turística “Descubre San Andrés Tuxtla” consistió de un conjunto de imágenes que presentó en dos minutos los paisajes y la cotidianidad del lugar. En el comercial, las celebraciones y tradiciones acompañaron la espectacularidad de las cascadas y la costa tuxtleca. Naturaleza y cultura ilustraron el discurso que el municipio y las políticas estatales establecen en materia de turismo. En este sentido, el *spot* comercial articuló “un concepto” para atisbar la “autenticidad” del lugar; pero ¿qué tan auténtico es el contenido presentado en el comercial? Si bien el turismo en tanto proceso ha encontrado en la cultura y la naturaleza innumerables recursos que diversifican su oferta, el presente apartado tiene la intención de analizar la forma como se define lo que es o no “auténtico” en el marco de la vida cotidiana. Nos damos a la tarea de discutir los pormenores de la cotidianidad en el capitalismo, para luego esbozar la pertinencia que tiene la noción de “autenticidad” en el turismo. Comencemos pues por comprender qué entendemos por vida cotidiana.

La vida cotidiana es algo más que aquello que acontece todos los días a nuestro alrededor. Para Henri Lefebvre (1991: 12), el mejor ejemplo que podemos emplear para entender la cotidianidad se encuentra en la películas de Charlie Chaplin. En ellas, Chaplin escenifica actividades cotidianas definiéndolas en contraposición a la noción que el resto de la sociedad comparte. Por ejemplo, en una memorable escena de *Tiempos Modernos*, Chaplin aparece trabajando activamente en la línea de ensamblaje de una fábrica. Su

²⁰ Además de su difusión masiva en los eventos organizados por el municipio de San Andrés Tuxtla y el estado de Veracruz, el comercial fue proyectado constantemente en una pantalla ubicada a un costado del Palacio Municipal para que todos los pobladores lo apreciaran. Dicho *spot* comercial se puede ver en el siguiente enlace <https://www.youtube.com/watch?v=-P7z0Z6-i0k>

labor consiste en atornillar una pieza de metal ubicada en una banda que rápidamente avanza delante de él. Luego de unos instantes, el personaje se descuida para rascarse debajo del brazo y, tras percatarse de su falta, Chaplin intensifica la velocidad de su trabajo para no afectar a los otros obreros que están en la línea de ensamblaje. Después de un breve periodo y de varios descuidos, Chaplin es remplazado por otro trabajador. Al retirarse de la banda de producción, el personaje comienza a caminar mientras su cuerpo continúa ejecutando los mecánicos movimientos de su labor. Unos pasos después, Chaplin se detiene, sacude el cuerpo y comienza a caminar normalmente. Para Lefebvre (1991: 12) escenas como esta ilustran la forma como Chaplin invertía la imagen de lo cotidiano en sus películas. Al exagerar los movimientos que normalmente pasarían desapercibidos, el personaje refracta la realidad y la presenta “en toda su profundidad”, como “excepcional, anormal” y ajena a la experiencia cotidiana. Así pues, para Lefebvre (1991:132) lo familiar (cotidiano) no es necesariamente lo conocido, aquello que identificamos como ordinario es en sí “inauténtico” y trivial.

La cotidianidad con la que experimentamos nuestras vidas en el capitalismo está fragmentada, pervertida en pro de la circulación y “los elementos que la componen aparecen desasociados unos de los otros” (Harvey, 2014: 268; Lefebvre, 1991: 132). En el mundo, tal cual lo conocemos, el sentido de los actos cotidianos está invertido de manera tal que lo trivial se torna espectacular y lo ordinario mítico. Para Lefebvre (1991: 14) la inversión de la realidad parte de los postulados de Marx (1867: 38) al respecto del fetiche. Definido como la implantación de “...relaciones materiales entre personas y relaciones sociales entre cosas...”, el fetiche vela las interconexiones que los sujetos establecen entre ellos y con su trabajo. Así pues, el “mundo encantado, invertido y puesto de cabeza” es definido por Hall (2010: 437) como una “fuerza prohibida, poderosa y peligrosa”. El fetiche vela aquello que presenta como real, es la fuerza que para Debord (1995: 12) diferencia el nexo entre el *ser* y el *tener*, entendido como el primer momento de la realización humana en el modo de producción previo al actual.

En un mundo compuesto por “ilusiones”, lo cotidiano es lo humilde y lo más sólido, aquello cuyos actos articulan el uso del tiempo y el sentido que los sujetos le

otorgan a estos (Lefebvre, 1991: 136). Por lo tanto, para entender la cotidianidad es necesario distinguir entre lo ordinario y lo extraordinario, distanciarse razonablemente para percibir las subjetividades de los acontecimientos en vez de objetos fetichizados (Lefebvre, 1991: 20, 39, 72). Así, lo más humilde, lo familiar aparece como algo extraordinario cuando se le analiza de cerca; en su interior residen la multiplicidad de relaciones que lo articulan. Al desprender de la humanidad la “máscara” de familiaridad, continúa Lefebvre (1991: 15), develamos el sentido de lo cotidiano. Aunque la máscara es real, carece de sentido y es resultado de un proceso. Más allá de ser una ilusión, según Gupta *et al.* (2008: 247), la familiaridad de la máscara debe de ser cuestionada “política e históricamente”, su obviedad vela las relaciones que componen aquello que se desarrolla cotidianamente delante de nosotros.

La vida cotidiana es, para Agnes Heller (1994: 19), “el conjunto de actividades que caracterizan la reproducción social de los hombres”; es la praxis en la modernidad (Lefebvre, 1972: 45). En el capitalismo, dichas acciones son repeticiones incesantes, lineales o cíclicas, “de gestos dentro y fuera del trabajo”, movimientos mecanizados y relaciones fetichizadas (Lefebvre, 1972: 29). Así pues, la “vida cotidiana es la vida del hombre” en sociedad, es la participación activa de los sujetos con toda su personalidad, su corporalidad, es pues, una serie de acontecimientos realizados en común por la humanidad (Heller, 1985: 39). No obstante, las circunstancias en las que se realiza la repetición del conjunto se encuentran condicionadas por el proceso que las enmarca. De ahí que la vida cotidiana sea, además de fragmentaria, heterogénea. Mediante la articulación de las diferentes esferas particulares que la componen, continúa Heller (1994: 93), se puede llegar a conocer el sentido que rige la cotidianidad, es decir, la historia. Sin esta cualidad, la vida cotidiana aparece como una serie de acontecimientos autónomos lo que demerita su comprensión. No hay actos al azar, sino su articulación en diferentes esferas de la producción, donde son guiados por un hilo conductor, “el proceso histórico como sustancia de la humanidad” (Heller, 1994: 93).

Ahora bien, la vida cotidiana no se experimenta de forma individual, aunque la mayoría de las acciones que realizamos en ella sean parte de la vida privada. Siguiendo a

Heller (1994: 100), podemos decir que la mayoría de los actos que propician la reproducción de la vida social acontecen en la esfera privada, sin embargo, las actividades que los sujetos realizan tienen ya un antecedente histórico, una socialización; ergo, “el hombre nace ya inserto en su cotidianidad” (Heller, 1985: 41). Para que un sujeto logre desarrollar todas sus habilidades en un grupo humano, debe aprenderlas de otros que formen parte del mismo; solo así obtiene las capacidades para vivir como un adulto en la esfera privada. La familia, la escuela, el trabajo y la comunidad, juegan un papel determinante en las primeras etapas de formación en los sujetos. Empero, los conocimientos aprendidos en el grupo no corresponden al del total de la sociedad. Es decir, al nacer un hombre entra en contacto con la clase que determina la vida de sus padres, siendo ellos los responsables en reproducir a través de su hijo la fuerza laboral, cimientan en él los valores y conocimientos propios de su contexto. Por ello, para Heller (1985: 45) el conocimiento que existe en una sociedad está fragmentado y jerarquizado de acuerdo con las diferentes relaciones económico-sociales.

Al formar parte de un grupo y de una cotidianidad acotada, el hombre no logra atisbar el máximo del conocimiento disponible a su alrededor o lo que Heller (1994: 27) denomina el “nivel de desarrollo de la esencia humana en un momento dado”. El sesgo emanado de la clase, de la división del trabajo, constriñe la comprensión de aquello que le es ajeno. Aunque esta apreciación fue discutida años más tarde por Bourdieu como espacio social, para Heller el distanciamiento generado por los condicionamientos económicos y sociales presenta al sujeto un mundo ajeno, “extraño y diverso” donde su comportamiento no es similar al del resto. En un mundo hostil y diverso, continúa Heller (1994: 27), las normas y valores resultado del posicionamiento social profundizan lo que consideramos una forma de alienación. Para Gramsci (2000: 181) la alienación que experimentan los sujetos en la vida cotidiana corresponde con la forma como viven los grupos subalternos, siempre disgregados y con historias episódicas. Su fragmentación corresponde al desenlace de la lucha de clases y la heterogeneidad que los caracteriza resulta de las relaciones que entablan con el modo de producción, dinámico y en cambio constante. Para este autor la historia de los subalternos depende del momento y la posición determinada por la lógica de la acumulación. De ahí que Hall (2010: 208)

enfatiche la pluralidad de los sistemas de representación, en tanto estos se construyen en cada formación social. Aunado a la heterogeneidad y la fragmentación de las subalternidades, el movimiento del capital suscita la aparición de diferentes regiones en las que convergen de manera jerarquizada ciudades, regiones, pueblos y Estados (Roseberry, 2002: 73). Por lo tanto, los conocimientos que un sujeto aprende en la vida cotidiana están determinados por la clase, la geografía, la historia y el proceso capitalista. Su alienación del resto de los enclavamientos, del total del conocimiento, resulta de la lucha de clases emanada de un capitalismo en movimiento perpetuo.

La historia de la vida cotidiana se encuentra determinada también por la lucha (Heller, 1994: 30). En la formación de las relaciones capitalistas, el sujeto entra constantemente en una arena de competencia que pone a prueba sus habilidades y conocimientos. En ella, la supervivencia del sujeto depende de las capacidades que tenga para posicionarse en un mejor lugar al interior de la sociedad, uno determinado “según sus necesidades y sus posibilidades”. Aunque en la actualidad la individualidad exacerbada suplantó las relaciones que en otros tiempos entablaron los sujetos, una lectura crítica de la vida cotidiana devela los procesos que determinan los condicionamientos. Proponemos pensar a la vida cotidiana como resultado del desarrollo de la historia y de los procesos en ella inmersos. Sin esta cualidad, sin el ejercicio que rastrea los elementos constitutivos de la cotidianidad, difícilmente podríamos arrojar luz sobre los procesos que apropian la cultura y la naturaleza de un lugar, por nombrar lo que aquí nos interesa. La cotidianidad de nuestras vidas se encuentra cimentada por diferentes elementos que la moldean, así la apreciación que tenemos del entorno se naturaliza como ordinario en el marco de estos condicionamientos.

A diferencia de Heller, quien enfatizaba el peso de la historia en la vida cotidiana, Lefebvre (1991: 17, 35) piensa la cotidianidad desde la metáfora del teatro. Para él, los sujetos en sociedad desempeñan “papeles” y “actúan” un rol en la gran trama del proceso. Así, las personificaciones de uno u otro sujeto son puestas en escena a través del sentido determinado por su posición en el proceso. Quien se desempeña como un mesero, dice Lefebvre, lo hace a tal grado que presenta sus acciones de acuerdo con los parámetros de

su trabajo: sirve las mesas, levanta las órdenes y está pendiente de los comensales. Sin embargo, esta primera apreciación encubre los otros papeles que el mesero desempeña fuera del espacio laboral. Además de trabajar en un lugar, el hombre puede ser jefe de un hogar, miembro de algún club deportivo o un fervoroso devoto de una religión. Con ello, Lefebvre (1991: 15-16) subraya la alienación que impera en las relaciones sociales; un sujeto puede trabajar como un mesero y ser solo eso para los comensales, negando así, los otros roles que desempeña en la sociedad a la que pertenece. La alienación deriva de la división social del trabajo y, en gran medida, determina la forma como los sujetos interactúan unos con otros. Para Lefebvre (1991: 16) en el capitalismo no hay relaciones sociales sin algún nivel de alienación; son tantos los roles, las máscaras, los puntos de vista y perspectivas que articulan lo cotidiano en la “sociedad burguesa” que, al final, la verdad queda velada, mistificada.

No hay actos al azar en la vida cotidiana, parafraseando a Heller (1985: 65), aunque todo parezca natural y espontáneo. Los acontecimientos cotidianos y su heterogeneidad se desarrollan –análogo a lo expuesto por Lefebvre– en el sentido de encubrir alguna noción de “individualidad”, la esencia del sujeto (Heller, 1985: 65). Lo que no percibimos en la cotidianidad es el “ser” y sí el “economicismo que rige la probabilidad en la acción”. No obstante, para Lefebvre (1991: 18, 21) dicho “economicismo” refiere más a una “ambigüedad” que nunca agota la realidad de la acción, la hace impredecible y contradictoria. Empero, la vida cotidiana es en sí espontánea, subraya Heller (1985: 55). Aunque no siempre en el mismo nivel, está jerarquizada por las situaciones que enmarcan el acontecimiento. Si bien Heller (1985: 64) reconoce que en el pensamiento cotidiano (paralelo a la acción) no hay absolutos, ya que los sujetos necesitan un margen de movimiento, su apreciación dista de compartir la ambigüedad propuesta por Lefebvre. En Heller, la vida cotidiana está fundamentada en el “economicismo, el pragmatismo, la espontaneidad y la analogía”; el sentido (pensamiento) de un acto corresponde a su posición y circunstancia, no al azar.

Partiendo de lo anterior, Heller (1985: 42) considera que la vida cotidiana está “en el centro de la historia” que acaece en el día a día. A diferencia del posmodernismo, que

postula el fin de la historia, abogamos por reconocer el peso que tiene en el proceso que determina la realidad. Siguiendo a Heller, no es posible pensar la cotidianidad como algo “fuera de la historia” y vacío de sentido, sino como la génesis de su desarrollo; así, el presente refleja el pasado y son los hombres quienes lo viven. En este sentido, el hombre vuelto historia es la sustancia fundamental de la cotidianidad, él carga las objetivaciones, edifica los sentidos y se contrapone al individuo que solo posee un limitado número de relaciones sociales (Heller, 1985: 20-21).

Por otra parte, el curso de la historia es determinado por “la construcción de valores o la degeneración u ocaso de tal o cual valor”. En el análisis que Heller (1985: 23) hace de la vida cotidiana, los valores definen las fuerzas productivas, en tanto “contribuyen directamente o mediante a su ser específico”; en otras palabras, es en el trabajo donde las capacidades humanas se relacionan y constriñen. La historia y su desarrollo no acontecen repentinamente, sino que son resultado de un proceso gradual que depende directamente de los valores. Así pues, la historia en las sociedades capitalistas no está simplemente “presente”, deriva de un largo periodo de tiempo, de cambios y ajustes, de revolución y destrucción. La historia está viva y se desenvuelve conforme los hombres la experimentan cotidianamente. Del mismo modo, nada en la historia es desechado, un valor olvidado resurge con el tiempo. En consecuencia, en el capitalismo todo tiende a ser reutilizado en diferentes circunstancias, la moda del vestido es el ejemplo más claro. A diferencia de otras industrias, la del vestido intercala los “estilos” de cierta década con los del presente; este movimiento perpetuo de uso y olvido en la vestimenta diluye –aparentemente– las fronteras entre el pasado y el presente. De manera análoga, en el turismo, lo que en antaño fuese una casona, en hogaño, es el escenario ideal para la edificación de un hotel-boutique. Al remodelar la antigua arquitectura y agregarle ciertos distintivos, el hotel exalta lo viejo en el marco de una estética contemporánea. En un nivel más cotidiano, por poner otro ejemplo, los utensilios que inspiran las atmósferas de la cocina tradicional en Puebla (ollas y cazuelas de barro o talavera), transforman por completo el sentido del platillo al exaltar el peso que la historia tiene en él. No obstante, la posibilidad de imbuirse en la gastronomía poblana u

hospedarse en un hotel-boutique, está mediada por una clara diferencia entre el tiempo de trabajo y el de ocio en la cotidianidad de los sujetos.

Para Henri Lefebvre (1991: 29), los sujetos, además de ser partícipes activos de su cotidianidad, ejercen espontáneamente críticas hacia ella desde las actividades del ocio. En el tiempo ajeno al trabajo, retomando el análisis de Marx (1867), el sujeto recupera sus fuerzas después del desgaste físico resultado de su labor. Entonces, los hombres personifican otros roles y realizan actividades que posibilitan la circulación de las mercancías. Es decir, en el ocio el sujeto compra, consume, experimenta y realiza aquello que satisface sus necesidades (naturales o artificiales). Sin este tiempo, el ser humano en el capitalismo estaría completamente inmerso en la alienación, derivando en el agotamiento extremo y en la imposibilidad de reproducción de la fuerza de trabajo; del mismo modo, el trabajo suprimiría las necesidades más elementales del ser humano (descanso, alimento, sexo). Consecuentemente, para que la fuerza laboral continúe propulsando el sistema, el tiempo de descanso es imprescindible.

Ahora bien, si el tiempo de ocio es tan importante, también lo es el del trabajo. La venta de la fuerza de trabajo genera las ganancias en el capitalismo y posibilita la reproducción social del trabajador a través de un salario. El salario solventa las necesidades humanas y se invierte en otras actividades, lúdicas o no. Una vez concluido el descanso, el trabajador regresa a laborar y el ciclo comienza una vez más. Si bien esta sencilla exposición simplifica el proceso, también ilustra en cierto modo la relación dialéctica que existe entre los dos tiempos. Para Lefebvre (1991: 29-30), la unidad trabajo-ocio se hace latente cuando los sujetos miden las cantidades de tiempo que dedican a cada una. Por ende, en su administración acontece la crítica a la cotidianidad. A mayor trabajo, mayor demanda de actividades de esparcimiento y viceversa. Empero, en la sociedad actual el esparcimiento de unos representa el trabajo de otros. Los claroscuros entre un tiempo y otro parecen desvanecerse en el marco de un neo-liberalismo que aliena también a los sujetos en las actividades que reproducen su fuerza laboral (Harvey, 2014). De este modo, la relación dialéctica trabajo-ocio es uno de los elementos constitutivos en la apropiación que el turismo hace la vida cotidiana.

El ocio es inherente a la vida cotidiana (Heller, 1985: 40). En la organización de los tiempos, el dedicado al descanso y el esparcimiento aparece valorado como distante de las preocupaciones cotidianas emanadas del trabajo. Según a Lefebvre (1991: 33), el “ocio debe de romper con la cotidianidad o al menos aparentarlo”, para lograrlo debe ser pensando como algo complejo, no solo una distracción. El ocio es el momento de la *libertad*, apunta Lefebvre (1991: 33), la liberación de las obligaciones y necesidades laborales, de las preocupaciones y los problemas de la cotidianidad, es el placer expresado como una forma de libertad. Empero, no todo puede ser liberador en el ocio, siempre se corre el riesgo que termine alienando al sujeto (Lefebvre, 1991: 38). En tanto el tiempo de ocio es una necesidad, la ruptura y el distanciamiento de la cotidianidad permean la liberación y la asimilan al placer. Paralelo a las otras actividades realizadas en el descanso, el placer que emana del ocio facilita la reproducción de la fuerza laboral al aminorar el sentimiento de alienación que experimenta el sujeto en el trabajo.

Ahora bien, el “ocio liberador” en la reflexión hecha por Lefebvre (1991), ha sido el principal punto de partida en el desarrollo de la noción de turismo. Como lo expusimos en la sección anterior, la diferencia trabajo-ocio permea en gran medida las actividades realizadas en el turismo. El viaje lúdico, las vacaciones en la playa, la rutas de ecoturismo, la participación en algunas tradiciones, la degustación de un platillo en un mirador con vista al mar, todas estas actividades explotan la idea del placer que resulta del ocio. Al oponer con tanta fuerza el placer al trabajo, el turismo fragmenta la disimilitud entre ambos tiempos. Cada vez más y con mayor intensidad, el proceso apropia de distintas formas la idea del placer a través del turismo. De la contemplación y pasividad el proceso ideó la co-producción de la experiencia, de la playa y el sol se desplazó a las selvas y a los talleres de gastronomía típica, todo al final cambió a la luz de un proceso individualizador y alienante. Es por ello que el trabajo adquiere mayor relevancia en la dialéctica relación, porque a mayor necesidad de más y mejores experiencias de placer en el turismo, mayor trabajo se necesita. Lejos del individuo y su afán por encontrar la plenitud en el viaje turístico, la producción de las experiencias demanda grandes cantidades de trabajo humano que es invertido en el placer y en su producción.

El hombre contemporáneo ansía la relajación; consecuentemente, el quiebre entre ocio y trabajo se vuelve imperativo (Lefebvre, 1991: 34). Identificando y estimulando esta ansiedad –artificial–, el proceso explota de manera técnica el deseo por alejarse de la fatiga, el estrés y los problemas cotidianos, para ello idea un sinfín de ofertas que satisfagan aquella falsa necesidad. En este sentido, la especialización en la apropiación del tiempo de ocio se diversifica y amplía constantemente. En la alienación del descanso, el placer invierte la realidad para presentarla en los parámetros establecidos por la ideología. Al imitarla a su conveniencia, el proceso reemplaza la insatisfacción real –alienación del trabajo– con satisfacción artificial –placer– (Lefebvre, 1991: 35). En la racionalidad economicista del capitalismo, siguiendo a Harvey (2014: 266), no hay lugar para el tiempo libre improductivo. Conforme el capitalismo intensifica la apropiación del ocio, se acentúa más la necesidad de consumo en un tiempo que no produce riqueza comercial (Harvey, 2014: 269). Con ello, el turismo se ha transformado en las últimas décadas en una importante herramienta para la producción y circulación de mercancías. Ya sean experiencias, suvenires o artesanías, paisajes o tradiciones, todo aquello que es mercantilizado debe apelar a la necesidad de placer y relajación. La distancia del lugar de origen, el quiebre con la cotidianidad, la inmersión en paraísos edénicos o étnicos, nutren el fetiche que se comercializa, produce y consume en el turismo.

En su carácter capitalista, el turismo construye grandes meta-relatos acerca de una nación para después complejizarlos con un sinfín de estereotipos locales y/o regionales. Es decir, para satisfacer la necesidad de relajación, el turismo no solo pone a la disposición del visitante el hotel, el spa o las cabañas en el interior de la Reserva de la Biosfera en Los Tuxtlas, también construye narrativas que amplían los alcances de la interpelación. La relajación, en este sentido, se construye a partir de discursos que encubren la realidad. La mistificación generada por el discurso acontece en un proceso complejo que selecciona sus elementos de acuerdo al sentido que busca crear. En el caso del eco-turismo, por lo regular se exaltan las particularidades de la zona, la importancia que tiene en el ecosistema, las costumbres de los habitantes y su responsabilidad ecológica en sus actividades cotidianas; no obstante, omite el proceso que resultó en el

empobrecimiento de la población local, el impacto que éste tiene en el mundo y la explotación desmesurada de los recursos naturales. Asimismo, el discurso libra una batalla constante por mantener inmerso al turista en el fetiche. Las distracciones ajenas a la línea demarcada por la experiencia en el lugar, constantemente ponen en riesgo la escenificación presentada. De este modo, en las actuales definiciones del turismo, se recalca una y otra vez la participación activa del individuo en la creación, promoción y consumo de la experiencia turística. Sin esta cualidad, la artífice celebración de la naturaleza se diluye ante la exigua participación del visitante.

En Lefebvre (1991: 32-33), las técnicas o “maquinas del ocio” que sacian la ansiedad y las necesidades artificiales que explotan el tiempo de descanso son la radio y la televisión. Sin embargo, esta apreciación corresponde a la época en que el autor realizó su crítica a la cotidianidad capitalista, hoy en día son más complejas las técnicas empleadas por el proceso. Desde la realidad virtual, el deporte vuelto “estilo de vida”, la cultura espectacularizada, las redes sociales y hasta el turismo, la colonización del tiempo de ocio parece ser absoluta. Resulta paradójico pensar en la alienación de aquello que está destinado a liberar al sujeto de su cotidianidad, sin que esta quebrante la reproducción social de la fuerza de trabajo. En otras palabras, si el individuo desgasta incesantemente sus capacidades físicas e intelectuales en el trabajo, para luego salir y continuar alienando su subjetividad, ¿cómo regresa al trabajo cotidiano sin criticar el ciclo nocivo en el que está inmerso?

Para Lefebvre (1972: 72), el ocio no era una recompensa, era un espectáculo generalizado. En él participamos todos directa o indirectamente con nuestras ilusiones y fantasías, nuestra ansiedad y el deseo de placer. En la desviación de las energías creadoras hacia la visualización de lo real a través de imágenes. “[E]l mundo se vuelve consumo del espectáculo y espectáculo del consumo” Lefebvre (1972: 72). Análogo a lo propuesto por Debord (1995), la incesante proyección de imágenes en el ocio tergiversa la comprensión del mundo, lo mistifica. Con ello, en los espectáculos del turismo siempre se le otorga prioridad al marketing, a la promoción de discursos visuales que enaltezcan las particularidades y denoten un sentido de diferencia. Como resultado, se cristaliza la

inversión de la realidad cotidiana de quienes habitan los lugares o practican una tradición. Aunque Comaroff y Comaroff (2009) enfatizan el papel activo que tienen los pobladores en la mercantilización de sus identidades, su participación siempre es mediada por los intereses de quienes convergen en el proceso. Con esto, la espectacularización de una fiesta, una etnia, un paisaje o una cultura, corresponde a los designios de la hegemonía selectiva. No se trata pues de una mera dominación, es siempre una tensa negociación que incluye en sus parámetros las demandas y necesidades de los subalternos.

Respondiendo a nuestro anterior cuestionamiento, para Lefebvre (1991: 40) no es posible escapar de la alienación cotidiana mediante el ocio. Si bien este cumple un papel importante en la reproducción de la fuerza laboral, al final solo aminora la frustración generada en el capitalismo. Al presentarse como una liberación, un escape, la tecnificación de las actividades del ocio se intensifica en mayor o menor medida de acuerdo con el nivel de insatisfacción que predomine en la sociedad. Por lo tanto, los sujetos no pueden escapar de su cotidianidad a través de una fantasía, por más que se presente ante ellos como diferente, exótica y espectacular. Se trata pues de un falso escape, una manera de aliviar el agotamiento; como bien lo apunta Lefebvre (1991: 42), “trabajamos para ganar el ocio y este solo tiene un significado: alejarnos del trabajo” Según Lipovetsky (2007: 54), este ciclo vicioso es acotado por la expresión “sufro, luego compro”. Entre más se exacerben las necesidades del individuo en el ocio, del Yo individualizado (Heller, 1985), con mayor intensidad son proyectadas las ilusiones del efímero escape y las técnicas enfatizan las actividades individuales. Es decir, retomando el ejemplo expuesto por Lefebvre (1991: 32), en actividades como la fotografía, el ocio cultural apela a los conocimientos individuales y exige al sujeto de la profesionalización o especialización fotográfica. Con ello, las actividades del ocio involucran a sujetos pasivos o activos, todo depende de las circunstancias en las que éstas se realicen. No es lo mismo ver una película en casa que en el cine, como tampoco lo es nadar en mar abierto que en un simulador de olas de un balneario público. De manera análoga, en el turismo la contemplación de las zonas arqueológicas ha pasado de ser una actividad pasiva y educativa a una maraña de espectáculos que estimulan la participación activa del visitante.

La satisfacción de la necesidad, de la ansiada relajación, no se encuentra en el consumo. La trampa ideológica constriñe a los sujetos de forma que aquello que parece liberador, aliena paulatinamente el tiempo predispuesto para el desarrollo de sus habilidades humanas. Consecuentemente, no es posible pensar en una “sociedad del ocio” (Lefebvre, 1972: 71), hacerlo implicaría desconocer la dialéctica ocio-trabajo. Empero, la actual tendencia global en materia de turismo se afana en proyectar la noción de un mundo abigarrado con destinos por visitar y conocer, tradiciones prístinas y espectáculos naturales en diferentes latitudes del globo. “Todo puede ser turístico”, apuntaba Francesch (2016: 13), inclusive la vida cotidiana, lo más íntimo que posee la sociedad se convierte en espectáculo mediante un proceso que la apropia desde el “placer” y la “relajación”. Aunque Lefebvre (1991: 71) no abordó las problemáticas del turismo y el capitalismo, sí apuntó que los sujetos eran propensos a buscar un “estilo” en las ciudades del ocio. Es decir, en la incesante búsqueda de satisfactores los sujetos construyen nuevos sentidos en las actividades ajenas al trabajo; y aún más, como lo hemos argumentado, dichos sentidos emanan de un proceso que determina todos los aspectos de lo lúdico. El trabajador observa a otros realizar su labor y la naturaleza se nos presenta como el gran escenario al que accedemos mediante el espectáculo. Al invertir el sentido de la realidad, la mistificación elude los problemas reales de un mundo con recursos limitados, al borde del caos.

En las actividades del ocio, el velo que encubre lo que realmente acontece deriva de un cambio en la definición de los valores de la mercancía. Si en las reflexiones que Marx delineó solo aparecían dos (de uso y de cambio), en el actual desarrollo del capitalismo se agrega uno más, “la experiencia”. Para autores como Pine II *et al.* (1998: 97), la experiencia es el “siguiente nivel en la progresión del valor económico”, un campo fértil para la inversión y extracción de capitales. La “economía de las experiencias” escenifica intencionalmente vivencias, recrea la realidad a través de los servicios ofrecidos al consumidor, crea “experiencias memorables”. Así como las mercancías son intercambiables, continúan Pine II *et al.* (1998: 98), “los recursos tangibles, los servicios intangibles, las experiencias son *memorables*”. A manera de diferenciar una mercancía de

otra en un mercado compuesto por valores de uso y de cambio, la experiencia apela a las emociones, a la psique y al intelecto del sujeto vuelto individuo; por lo tanto, en el consumo de un servicio, “dos personas no pueden tener la misma experiencia” (Pine II *et al.*, 1998: 98). Al enfatizar la importancia que tiene lo “memorable” en el acto del consumo, el sujeto no solo es interpelado –retomando la noción clásica de Althusser–, también se rompe con su cotidianidad. Recordemos que para Lefebvre (1991: 14) los acontecimientos más memorables son aquellos que aparecen como extraordinarios, triviales, mientras que los habituales son mistificados.

En la escenificación de las experiencias, las empresas presentan al sujeto “conceptos”, “estilos de vida asociados a una marca” (Lipovetsky, 2007: 42). De ahí que en muchos de los anuncios publicitarios contemporáneos se presenten primero los satisfactores que el producto ofrece y, al final, la cosa en sí. Consecuentemente, cada día más empresas apelan a los “estilos de vida” que sus productos ayudan a edificar. Por ejemplo, un café de Starbucks no es simplemente un costoso vaso de azúcar y café de mala calidad, es la puerta de entrada a la distinción, al prestigio y a todos aquellos valores exaltados en la empresa (compromiso con el medio ambiente, conciencia social, altruismo). Además, cuando se compra un café en Starbucks, el sujeto entra en una realidad personalizada; ya no se le atiende como un cliente más, se le llama por su nombre e, inclusive, es escrito en el frente del vaso. Por lo tanto, el acto de comprar un café es memorable solo cuando se le añaden otros valores. Si bien la valorización de la experiencia corresponde a una distinción que emana de la clase y del espacio social, su ilusoria democratización vela los elementos que la constituyen. En apariencia todos pueden entrar a un Starbucks, pagar un café y participar de la experiencia, no obstante, los problemas comienzan cuando tomamos en consideración la ubicación de la cafetería y las relaciones que ésta establece con los sujetos próximos. No hay un Starbucks en cada esquina, aunque en ciertas ciudades así parezca, su ubicación apela a un público perfectamente identificado. Las experiencias, entonces, no son ilusiones, son la escenificación de acontecimientos cotidianos vueltos extraordinarios en el marco del espectáculo.

De manera análoga, en el turismo las experiencias apelan a sujetos ávidos de dotar con experiencias memorables el sentido de sus vidas. Desde la participación en un espectáculo de luz y sonido en una zona arqueológica como El Tajín en Veracruz, hasta el recorrido a bordo de un viejo vagón motorizado en un Pueblo Mágico, la experiencia parte de la predisposición del turista hacia ciertos satisfactores y el “concepto” que las aprehende. Para Pine II *et al.* (1998: 101), los consumidores siempre evalúan la relación costo-beneficio de un servicio, participan activamente en la valoración de su experiencia. Si el café de Starbucks construye el “concepto” del café contemporáneo, el turismo cultural delinea el “concepto” del “Otro”. En este sentido, el recorrido en tranvía por las calles de un Pueblo Mágico escenifica el “concepto” de lo histórico; en él se describen los acontecimientos, los personajes y los edificios que dotan de sentido la historia local a través de una narrativa que acompaña cada una de las paradas que el tranvía hace. De forma análoga, el espectáculo de luz y sonido en El Tajín imbuye al turista en lo que Lipovetsky (2007: 58) llama un “entorno hiperrealista estereotipado” que sumerge al sujeto en un “flujo de sensaciones excepcionales” en “un tiempo *fun* [divertido], teatralizado y desprovisto de todo riesgo”. La espectacularización de la historia, simplifica y esencializa mediante estereotipos la complejidad de lo histórico; lo presenta como algo sencillo de aprender en diez o treinta minutos, sin demandar al sujeto conocimientos especializados o una participación ajena a sus capacidades. Consecuentemente, la experiencia es valorada como positiva siempre y cuando interpele las emociones del sujeto y apele a los cinco sentidos del sujeto (Pine II *et al.*, 1998: 104).

Cada día más empresas turistas ofrecen paquetes que abarcan todos los aspectos de la biología humana. Por ejemplo, en los recorridos por los campos viñeros de Querétaro (enoturismo o turismo enológico), el turista conoce el proceso de cultivo y procesamiento de la uva, recorre los campos para conocer de primera mano el fruto y, al final, después de haber conocido su procesamiento, degusta las diferentes variedades de vinos elaborados en la región. Contrario a la simple venta de una o más botellas de vino, el turismo aboga por imbuir al sujeto en los diferentes aspectos que derivan en la bebida. Las empresas planean las locaciones y los tiempos dedicados a cada actividad con la intención de aprehender la completa atención del turista. Como lo estipulan Pine II *et al.*

(1998: 103, 104), para que una experiencia sea memorable y positiva, debe eliminar todos los distractores que contradigan el “concepto”, a la vez que involucrar todos los sentidos en relación con la temática puesta en escena. Lo que importa en la “economía de la experiencia” no es tanto la distinción, sino “el consumo como abanico de servicios para el individuo” (Lipovetsky, 2007: 38).

La tendencia en el turismo por comercializar experiencias, corresponde a un proceso que aliena la vida cotidiana, la subjetividad y los aspectos más íntimos de los sujetos. Para Harvey (2014: 267), las mercancías en el mercado contemporáneo protegen a los individuos de “las presiones del universo racionalizado y de la obligación de comportarse de manera funcional”, los hace felices y los privilegia con distinciones artificiales. El vicioso ciclo trabajo-ocio, alienación-placer, se preserva con la mercantilización de la vida emulada por el espectáculo. Lo que antes era un consumo masificado, más o menos estandarizado, hoy se define como personalizado. Los sentidos y emociones se convierten en los objetivos del marketing publicitario y las empresas transforman sus servicios en momentos memorables. En el turismo la “economía de la experiencia” ha dotado de nuevos valores el consumo del visitante. Le añade constantemente plus valores emocionales, culturales, ecológicos e históricos. En su afán por distinguir una mercancía de otra, el turismo siempre apela a la noción de lo “auténtico”. En ello encontró la justificación de su empresa y a través de él escenificó la espectacularización de lo cotidiano en todos los lugares donde arraigó su lógica. A manera de explicar esta aseveración pongamos un ejemplo.

En San Andrés Tuxtla, anualmente se celebra un festival de música tradicional denominado Encuentro de Jaraneros. Allí convergen músicos, versadores y bailadores de la región y lugares próximos con el afán de presentar su interpretación de una tradición musical denominada “son jarocho”. Conforme los grupos suben al escenario y ejecutan uno o más sones, los espectadores y demás agrupaciones evalúan la autenticidad de la interpretación escenificada. Se trata de un serio dictamen que se emite en el marco del festival y de la población serrana, considerados en el microcosmos del son jarocho baluartes de la tradición sureña del estado de Veracruz. Muchos de los grupos justifican

su interpretación de lo tradicional antes de ejecutar la música; expresiones como “así lo tocan en el rancho” (sic), “así lo aprendimos de los abuelos o de los viejos”, “estos son los sones de mi región”, ilustran los diferentes discursos que justifican el uso de una tradición. El festival siempre aviva el debate de lo que es o no auténtico en el son jarocho y en él participan desde académicos, músicos tradicionales, promotores culturales, hasta los mismos espectadores. En el intercambio de opiniones se enumeran algunos de los rasgos que dotan o demeritan la autenticidad de lo escenificado por un grupo. Tanto la vestimenta, la lírica, las afinaciones musicales de los instrumentos, los ritmos, la ejecución, componen un extenso y complejo abanico de lo “tradicional”, lo auténtico. Así pues, lo tradicional establece un parámetro desde el cual se evalúa lo que está dentro o fuera de la norma. Para Daniel (1996: 782), los juicios emitidos en el debate de lo “tradicional” definen “las fronteras entre diferentes convenciones, reglas y regulaciones” que articulan la noción de lo auténtico.

En la búsqueda de presentar una noción cercana a la tradición, los músicos y acompañantes ensalzan la vestimenta y el performance del fandango. Siguiendo a Chhabra *et al.* (2003: 563), podemos decir que esto resulta de un ejercicio en el que los sujetos recrean el pasado en términos del presente. Es decir, la indumentaria de lo “tradicional” (sombreros, guayaberas, faldas, enaguas, blusas de manta) dota de autenticidad la presentación siempre y cuando refleje alguna noción del pasado; además, la vestimenta “tradicional” se opone a la ropa que visten cotidianamente, por lo tanto, es una folclorización, una simplificación. Comaroff y Comaroff (2009: 9) identificaban en el *marketing* de la “autenticidad étnica” un ejercicio reflexivo en el cual los miembros de un grupo auto-construyen su identidad, dicha reflexión es estimulada por el mercado capitalista. No obstante, en el caso de la tradición tuxtleca del son jarocho, la indumentaria folclorizada no siempre afianza una noción de autenticidad. Al “Encuentro de Jaraneros”, celebrado en las fiestas en honor a San Andrés Apóstol, asisten músicos campesinos, que visten su ropa cotidiana (pantalón y camisa, algunos llevan gorras o sombreros plastificados), que ejecutan la música como la aprendieron con sus conocidos o “a oídas” (sic). Lejos del estereotipo de “lo jarocho tradicional”, estos campesinos representan, en el marco del discurso difundido por el “Encuentro”, la “verdadera

expresión del son jarocho”: son oriundos del campo, lo trabajan y la música es una “diversión” ajena a las labores agrícolas. En el escenario interpretan la música sin prestar atención a los micrófonos, en ocasiones improvisan su presentación y pueden o no estar desafinados. Esta versión de lo “auténtico” corresponde a una idea del “pasado vivo”. En otros festivales en la región de Los Tuxtlas, el folclorismo exacerbado norma la ropa y actitud de los intérpretes y la definición de lo auténtico se encuentra arraigada al campo. Ambas definiciones, apunta Wang (1999: 350), son definidas como “auténticas o inauténticas”, en tanto la creación o representación de lo tradicional se corresponde con las normas establecidas por los lugareños. Así pues, lo que en un lugar se contrapone a lo definido como lo “genuino, lo real y lo único”, en otro es lo “falso” o lo “folclórico”.

Ahora bien, para que el turismo afiance alguna noción de autenticidad en un lugar o cultura, esta debe de romper con la cotidianidad del turista (Chhabra *et al.*, 2003: 704). El quiebre genera la espectacularización de lo ajeno al no corresponder con lo ordinario y común. Esta espectacularización no es sinónimo inmediato de genuino, sino del proceso que la genera, una construcción social definida por Wang (1999: 351) como una “autenticidad constructiva”. En ella entran en juego las relaciones de poder que se establecen entre los sujetos que delinear la noción; las opiniones, creencias, valores y conocimientos escenifican lo genuino ante el turista. En la definición de lo auténtico, los turistas tienen un papel determinante (Wang, 1999: 355). Las aspiraciones y deseos que tienen se afianzan en los estereotipos proyectados por el turismo y en la valoración de lo que es escenificado ante ellos. Lo auténtico es para Wang (1999: 355) “la proyección de los valores del turista, sus preferencias y expectativas”. Lo genuino y original engloba una serie de relaciones de poder que esencializan al Otro y lo presentan como espectacular en tanto contrasta con la cotidianidad de los turistas.

En la construcción de la autenticidad, el turismo se vale de la nostalgia y la idealización del Otro para enfatizar la distancia con la cotidianidad del turista (Wang, 1999: 360). Con esto, el romanticismo que impera en el turismo cultural exagera el folclorismo y subraya la idea de poblaciones más puras, inocentes, libres, armónicas y más verdaderas. Al imponer sobre la realidad cotidiana de estos pueblos la idealización

nostálgica de un “pasado vivo”, el turista entra en contacto con aquello que falta en su vida, con los elementos que la dotan de sentido y que son contrarios a los tormentos que vive en el día a día. Para Wang (1999: 364) los turistas no solo encuentran en el Otro estereotipado aquello que anhelan, también se reflejan en él, buscan en su proyección encontrar aquello perdido. Contrario a las ataduras de la vida neo-liberal, la escenificación del Otro aparece como un escape lúdico caracterizado por la espontaneidad, la libertad y la autenticidad, es un estilo de vida ajeno a la alienación cotidiana. Empero, el espectáculo es efímero y la realidad cotidiana se impone una vez que el sujeto regresa al trabajo. Lejos de romper el ciclo, el turismo intensifica la ansiedad y las necesidades artificiales en los sujetos que viven el capitalismo.

Sin la noción de autenticidad, el turismo (cultural, étnico, patrimonial) pierde relevancia en el mar de ofertas dispuestas en el ocio. Además, dota un cierto sentido de realidad la experiencia turística, siempre y cuando proyecte los anhelos y necesidades del turista. Para Wang (1999: 363), la experiencia está determinada por la necesidad de auto-realización. Al escapar de las ataduras cotidianas, el sujeto encuentra en el turismo el vehículo para re-crearse, para identificarse en el Otro; el turista encuentra el refugio y lo anhelado (Wang, 1999: 352). De este modo, lo auténtico en la experiencia turística es un proceso subjetivo acotado por los valores del sujeto. La percepción que tiene de la realidad está determinada por procesos que emanan de la relación capital-trabajo. Con esto, lo “auténtico” y genuino, además de ser una recreación del pasado, derivan de relaciones de poder entabladas por diferentes actores en el escenario de la sociedad capitalista. Entonces, cuando un artesano encuentra en el turismo una oportunidad comercial, entra en la dinámica como productor de una identidad objetivada (Iuva *et al.*, 2015). Produce una mercancía que el turista identifica como “un recuerdo del lugar visitado”, un souvenir que se comparte simbólicamente con familiares y amigos (Amerlinck, 2008: 189). Empero, la artesanía es algo más que el referente de una identidad, o un souvenir, es la objetivación de los anhelos y necesidades del turista. En la complejidad del proceso, turistas y artesanos se relacionan unos con otros a través de objetos que engloban la dinámica alienante del turismo. De manera análoga, esto

acontece en todos los tipos de turismo, se trata de una búsqueda perpetua de lo que es ajeno a nuestra cotidianidad.

El turismo llena el vacío existencial que frustra al sujeto contemporáneo con espectáculos que simulan una realidad ataviada de liberación y placer. Mediante la esencialización del Otro, los estereotipos de la vida exenta de problemas y ansiedad edifican paraísos artificiales que reflejan las aspiraciones y los anhelos del hombre. A mayor demanda de placer, el capitalismo construye nuevas regiones para saciar las necesidades artificiales. No obstante, los sujetos siempre están insatisfechos, el deseo es una característica inmanente al ser humano (Knudsen *et al.*, 2016: 39). Inmersos en un ritmo de vida intensificado por la sobreproducción de mercancías, los sujetos pierden rápidamente el interés en lo nuevo y demandan más, desean más. La ilusión que alivia el vacío, anotan Knudsen *et al.* (2016: 39), encamina momentáneamente a los individuos hacia la satisfacción de su anhelo. Pero la indiferencia se impone una y otra vez sobre la fantasía, todo se vuelve cotidiano, pierde espectacularidad ante la sobreproducción. De ahí que el ciclo comience una vez más, edificando nuevas ofertas, reduciendo su calidad ante la vorágine de demandas. En este ciclo, el consumo exacerbado profundiza la frustración humana, y aquello que parecía liberador en el turismo aliena con mayor intensidad a los sujetos.

En el marco de estas reflexiones en el siguiente apartado discutimos los pormenores del turismo en el municipio de San Andrés Tuxtla. Enclavado en la serranía del sur del estado de Veracruz, los pobladores actualmente intercalan las actividades agrícolas con diferentes ofertas turísticas que apropian elementos culturales y naturales del lugar: desde cascadas, costas, ríos, hasta tradiciones. La vida cotidiana en el municipio ha cambiado gradualmente en las últimas décadas. La que fue una importante vega de tabaco, hoy se debate entre un endeble turismo de masas, la migración y la agricultura. En la conjunción de estas actividades, las disputas por los recursos económicos se exacerbaban, intensificando la fragmentación del poblado. Quienes reconocen en el turismo una vía de acceso al desarrollo económico lo hacen a partir de sus intereses, empleando un reducido número de sujetos con la intención de generar una

mayor cantidad de ganancias. Con esto, el proceso de alienación de la vida acontece de manera selectiva, los pocos que lo dirigen, exaltan algunos aspectos culturales y naturales del municipio, mientras que el resto permanece relegado y atado a los programas asistenciales del gobierno federal, estatal y municipal. Lo que acontece en esta población sureña del estado de Veracruz ilustra un proceso global encaminado hacia la transformación de regiones y la producción intensificada de mercancías. Si bien el turismo en San Andrés Tuxtla aún se encuentra en sus primeras etapas, ya podemos observar los antagonismos que genera. Además de fragmentar a la población, el proceso apropia diversos elementos de su cotidianidad. Las que fueron en algún momento tierras para el cultivo del tabaco, hoy son paisajes naturales vueltos espectáculos que se inscriben a la oferta turística de la región, el estado y el mundo. Analicemos pues los pormenores del proceso selectivo que rige la vida cotidiana en este municipio serrano.



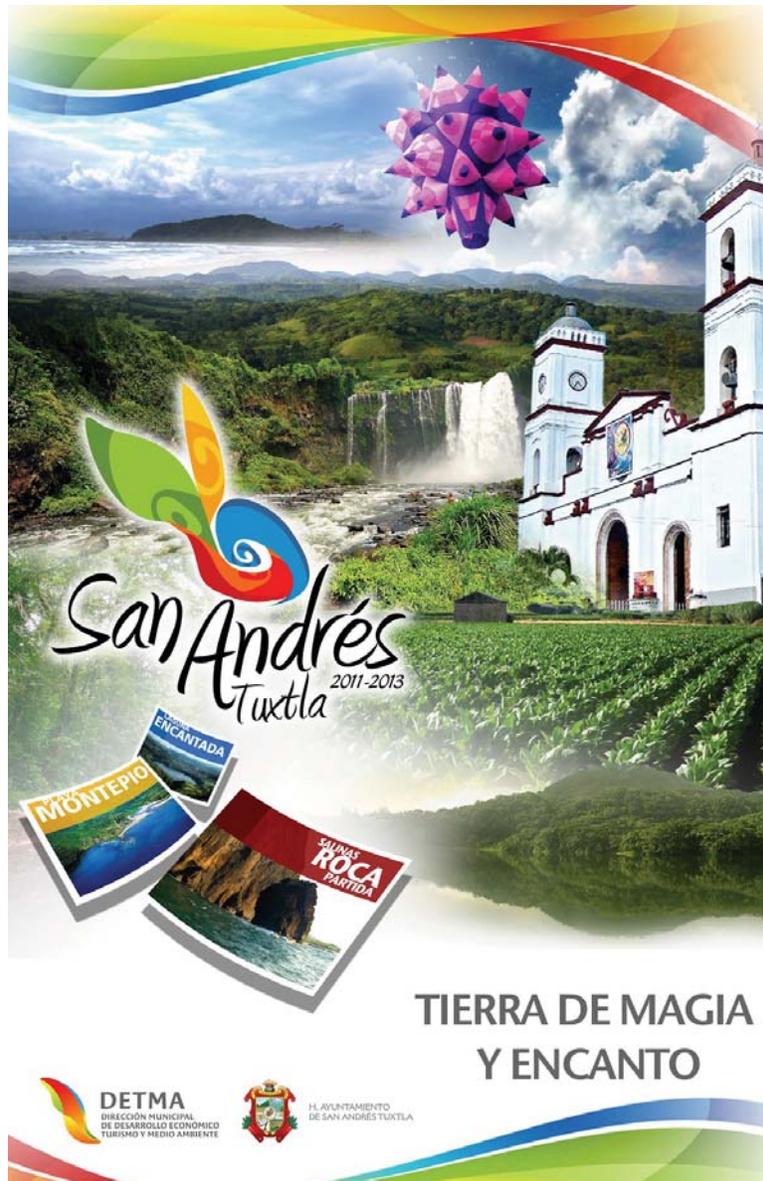
En la naturaleza presentada como espectáculo, los señalamientos son tan necesarios como la infraestructura. Guían la experiencia turística en el lugar

[Fotografía: el autor, julio de 2015, El Salto de Eyipantla, San Andrés Tuxtla, Ver.]

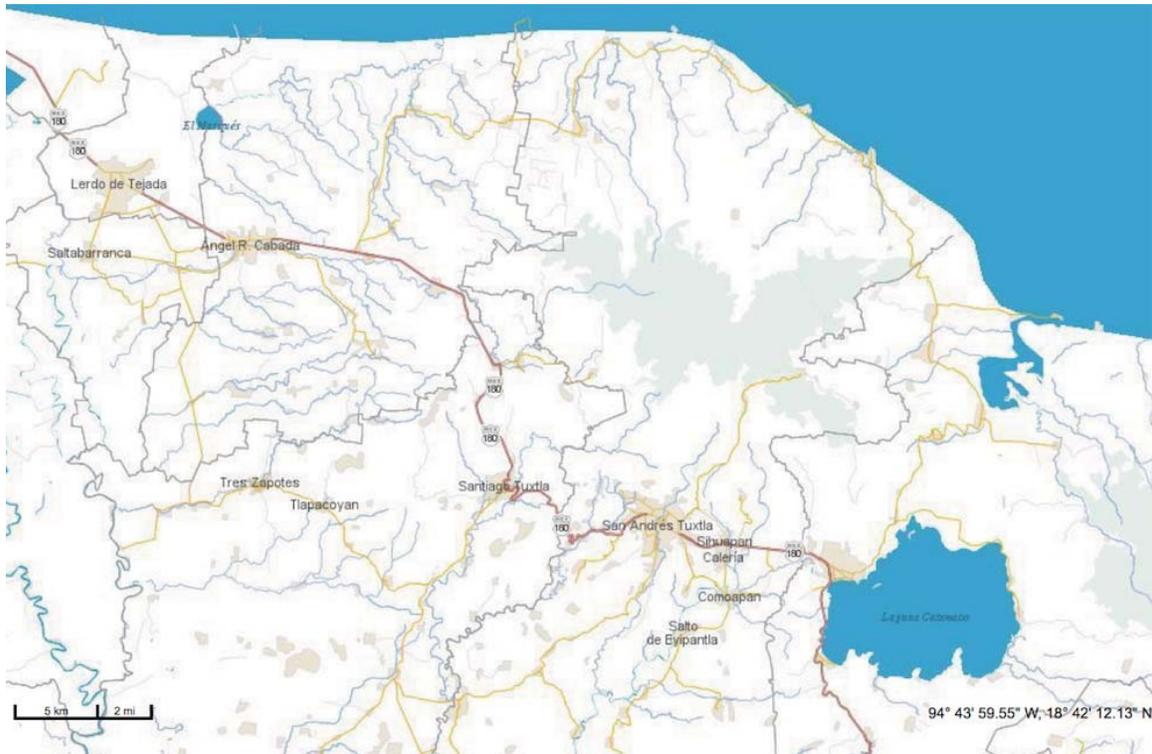


La cascada de El Salto de Eyipantla es el escenario que emplean los turistas para tomar una foto en familia. Otros, recuperan las fuerzas para subir por los escalones que los conducen a este “Paraíso Edénico”.

[Fotografía: el autor, julio de 2015, El Salto de Eyipantla, San Andrés Tuxtla, Ver.]



Poster alusivo a los atractivos turísticos en San Andrés Tuxtla, en el que la naturaleza se equipara en importancia y espectacularidad con el cultivo del tabaco, principal actividad agrícola en la localidad. Recuperado de <http://sanandrestuxtlatrismo.blogspot.mx>



Mapa de la región de San Andrés Tuxtla, Ver. Se aprecian los municipios próximos de Santiago Tuxtla, Catemaco, Ángel R. Cabada y Lerdo de Tejada. Asimismo, se observan las localidades de Sihuapan, Calería, Comoapan y El Salto de Eyipantla. La línea roja representa la carretera federal 180 y las amarillas las vías de acceso a las localidades aledañas. En la parte inferior izquierda aparece la Laguna de Catemaco y al norte, el Golfo de México.

Recuperado de

<http://gaia.inegi.org.mx/mdm6/?v=bGF00jE4LjQzNjk1LGxvbjotOTUuMTk0MDgsejoxMCxsOmNwYXZpbWVudG8=>

Viajeros, turistas y espectáculos en la serranía Tuxtleca

La expansión del mercantilismo sobre el territorio del Golfo de México definió diferentes imaginarios que a la fecha caracterizan a los sujetos que habitan lo que hoy conocemos como el Caribe. Con los primeros viajeros que exploraron las costas, llanuras e islas del vasto territorio, el racismo que definió a su población funcionó como herramienta de dominación y los distinguió del resto de regiones colonizadas en la época. Así, para mediados en el siglo XVIII, el puerto de Veracruz, los diferentes muelles y embarcaderos a lo largo del Caribe, fueron considerados “lugares insalubres” (César *et al.*, 2013: 78). El impetuoso clima, el arribo de grandes cantidades de esclavos y la transformación de los terrenos, nutrió el imaginario colonizador con imágenes de peste, muerte y pobreza. El intenso tránsito de mercancías, personas y recursos, resultaría más tarde en una extraña noción de libertinaje. Debido a su relativo aislamiento, los Trópicos fueron considerados en el siglo XIX como “los nuevos paraísos, lugares donde la laxitud física se empataba con la laxitud moral” (César *et al.*, 2013: 78); ello se encarnó en el cuerpo de la mujer. La liberación de todas las constricciones morales de la época encontró en las mujeres del Caribe el placer anhelado, lejos de todos los valores morales de Occidente. Para los viajeros, mercaderes y población de la época, el Caribe y sus puertos representaron los “nuevos paraísos”, en ellos arraigó la idea de una “liberación dionisiaca” caracterizada por la diversión, la felicidad y la juventud eterna. Producto de esta estereotipada idea del territorio, las empresas navieras comenzaron a transportar a personas ávidas de encontrar en el territorio los placeres negados en Occidente (César *et al.*, 2013: 78). Para el siglo XX, el Caribe racializado y colonizado proyectó en el imaginario de europeos, estadounidenses y locales la impoluta imagen del paraíso dionisiaco, exento de los malestares de un mundo industrializado, del capitalismo global.

El paraíso que los viajeros y colonizadores edificaron con sus anhelos y libertinaje en el Caribe corresponde con una noción mítica ampliamente difundida en Occidente. Para Cardona *et al.* (2015: 717), los paraísos que el colonialismo explotó, e incluso los presentes en el turismo contemporáneo, remiten a sitios míticos donde se origina la vida o

arriban las almas después de la muerte. En ellos, la vida es placentera y tranquila, distante de todo aquello que abrumba al hombre. Sus pobladores, apuntan Cardona *et al.* (2015: 717), son definidos como seres puros y exentos de maldad, los “Nobles Salvajes” que “viven vidas sencillas y son moralmente admirables”. Así pues, los paraísos perdidos son, con la expansión del mercantilismo colonial y, actualmente, con la apropiación por destitución capitalista, “islas” en un mundo plagado de desencanto. Cardona *et al.* (2015: 721) identifican en el mito de la “isla”, el motor que propulsó la exploración y la búsqueda del paraíso perdido; luego que los hombres fueron expulsados del Edén, en la concepción judeocristiana, el anhelo del retorno se perpetuó en el imaginario de un mundo en desarrollo. No es de extrañar que, en la actualidad, dicho anhelo continúe presente en muchos de los turistas y de las políticas que promocionan las costas y poblaciones de territorios como Veracruz. En ellos, la laxitud de la moral y los valores desdibujan la cotidianidad alienante, remiten al escape efímero y liberan al hombre.

Estos imaginarios han sido explotados en el turismo de manera eficaz por las políticas neo-liberales de los últimos dos sexenios. De acuerdo con el 6° Informe de Gobierno (2012: 307) del Presidente Felipe Calderón Hinojosa, el sector aportó el 8.6% del Producto Interno Bruto en el año de 2010, ubicándose como una de las actividades económicas más importantes para el país después de la petroquímica y la extracción de recursos naturales. El gobierno enfatizó la diversificación de las actividades y ofertas en materia de turismo con el objetivo de “garantizar la experiencia del turista”. Para lograrlo, el Estado dispuso diversos programas enfocados en la capacitación, mejora y certificación de prestadores de servicios con el fin de incidir en la “satisfacción del viajero”. Como resultado el gobierno creó nuevas rutas turísticas²¹, aumentó el número de Pueblos Mágicos y destinó incentivos hacia la promoción y el fortalecimiento de un

²¹ Durante el mandato de Felipe Calderón (2006-2012) el gobierno delineó la Ruta Maya que comprende 14 sitios arqueológicos y naturales declarados por la UNESCO como Patrimonio de la Humanidad. Junto con los gobiernos de los estados de Campeche, Chiapas, Quintana Roo y Yucatán, el Estado trazó un proyecto que se empalmó con otros ubicados en países como Guatemala, Honduras, El Salvador y Belice. Definido como un proyecto que integra la cultura, la naturaleza y los paisajes de la zona, la Ruta Maya buscó captar grandes cantidades de turistas internacionales y nacionales. De manera análoga, las políticas turísticas también trazaron rutas que anexaron a los recorridos el patrimonio intangible de la cocina mexicana (6° Informe de Gobierno, 2012: 311-312).

sector altamente rentable para el Estado. De manera análoga, el mandato del actual presidente Enrique Peña Nieto, posicionó al turismo como “eje transversal de la política de infraestructura nacional” (2º Informe de Gobierno, 2014: 467). Además, identificó al turismo cultural como la actividad que mayores recursos aporta al sector, motivo por el cual en el presupuesto del año 2013 se destinó el 56% a su promoción y desarrollo, mientras que el resto del total se repartió entre los Centros Integralmente Planeados de sol y playa (27.8%), el eco-turismo (7.1%) y el turismo de negocios y reuniones (8.3%) (2014: 471).

Los destinos de sol y playa, que fueron moderadamente promocionados en el periodo de 1945 a 1965 (Hiernaux *et al.*, 1991: 21), han sido paulatinamente relegados de las políticas estatales. Con la implementación de la lógica neo-liberal, el Estado recalca el papel que la cultura tiene en el desarrollo del sector; para ello invierte en infraestructura y busca garantizar la satisfacción del viajero. La relevancia que lo cultural tiene en las políticas federales se traduce en diferentes actividades que cada estado se encarga de ofrecer. En el caso de Veracruz, el empobrecimiento de la población abrió las puertas a inversiones en el sector turístico. Con recursos provenientes del Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Interamericano del Desarrollo y el Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, los proyectos de desarrollo rural en regiones céntricas del estado transformaron las actividades económicas de la población (Apodaca *et al.*, 2014: 1524). Municipios como Coatepec abandonaron parcialmente el cultivo del café para incursionar en el eco-turismo y el turismo cultural de la mano del programa Pueblos Mágicos. En lugares como San Andrés Tuxtla, las últimas administraciones municipales han explotado las tradiciones y los paisajes naturales en aras de participar activamente en el turismo y así aminorar las problemáticas que resultaron del cierre de la paraestatal Tabacos Mexicanos.

En la concepción multicultural y diversa del mundo, las políticas estatales en Veracruz definen a la cultura como un “instrumento de marketing turístico” (Rinaudo, 2011). La creación en 1987 del Instituto Veracruzano de Cultura (IVEC), tuvo como intención “afirmar y consolidar los valores locales, regionales y nacionales”; desde su

incorporación en 2006 a la Secretaría de Turismo y Cultura de Veracruz, su labor respalda la espectacularización promovida por el Estado. De la mano del turismo cultural, el Instituto participa activamente en el uso que la iniciativa privada y estatal hace del patrimonio, celebraciones y tradiciones de Veracruz. Ciudades como Tlacotalpan y Papantla²², nombradas Patrimoniales debido a sus tradiciones y arquitectura, son presentadas en el discurso oficial como los baluartes de lo “veracruzano”. Del mismo modo, la zona arqueológica de El Tajín y las costas se ilustran en un sinnúmero de anuncios y folletos turísticos destinados a consolidar tal discurso. Además, con la creación de las “Rutas Turísticas”²³, el Estado reconfiguró la geografía de la demarcación al trazar y seleccionar los lugares que el turista puede visitar. Tanto las fiestas en honor a la Virgen de la Candelaria en Tlacotalpan, como el Festival Cumbre Tajín en Papantla, aparecen como los lugares a conocer y explorar en un estado con serios problemas de marginación y pobreza. De acuerdo con el último censo de INEGI (2010a), Veracruz tiene un alto nivel de marginación: ocupa el cuarto lugar a nivel nacional, por debajo de Guerrero, Chiapas y Oaxaca.

Por otra parte, con la aparición en 1990 de diferentes Casas de Cultura en la vasta geografía del territorio veracruzano, el Estado se dio a la tarea de administrar la cultura. De acuerdo con Rinaudo (2011), dicha labor derivó en dos grandes procesos que reconfiguraron los designios estatales. Por una parte, el “resurgimiento del son jarocho campesino”, que abrió un intenso debate académico y político en relación con el uso y la espectacularización de la cultura en la región del Sotavento, ubicada al sur del estado. El

²² En 1998, la UNESCO nombró a la ciudad de Tlacotalpan, ubicada al sur del estado de Veracruz, Ciudad Patrimonio de la Humanidad. En 2009, la misma organización inscribió, al Ritual de los Voladores de Papantla en la lista del Patrimonio Cultural Inmaterial de la Humanidad.

²³ La Secretaría de Turismo y Cultura de Veracruz enlista seis rutas turísticas en el estado: *La Aventura del Café* (comprende la ciudad de Xalapa, el Museo de Antropología y el Jardín Botánico, las Haciendas Cafetaleras y el Museo del Café en Coatepec, el Museo del Vestido en Xico y las actividades de aventura en Jalcomulco). *Playas Aroma a Vainilla* (propone recorridos por la ciudad Tuxpan y Costa Esmeralda, El Tajín, Papantla y Poza Rica). *Sierra del café* (Puerto de Veracruz, su Centro Histórico y Catedral, Los Portales de la ciudad de Córdoba, el Museo Bonsái de Fortín y el teleférico de Orizaba). *Salsa, sones y danzones* (Fortaleza San Juan de Ulúa y portales del Puerto de Veracruz, Buque Cañonero Guanajuato y Museo Agustín Lara de Boca del Río, Casa de Cortés y Ermita del Rosario en La Antigua, Tlacotalpan). *Encanto Olmeca* (Roca Partida, La Cueva del Pirata Lorencillo, Montepío, Nanciyaga, La Reserva Ecológica de Los Tuxtlas, las ciudades de Catemaco y San Andrés Tuxtla y el puerto de Coatzacoalcos)

“Movimiento Jaranero” y celebraciones como el fandango, también ocuparon un lugar en la agenda cultural y turística. Con esto, lo que había sido en un momento homologado en el imaginario nacional como la imagen estereotipada de “lo jarocho”, se reformula a la luz del multiculturalismo y de las demandas del “Movimiento Jaranero”. Por otra parte, con la creación de los festivales Afro-Caribeño, Agustín Lara y Son Montuno, prácticas cotidianas como el danzón fueron promocionadas como ofertas para el turismo regional, nacional e internacional. Para Rinaudo (2011), dichos procesos no solo revalorizaron expresiones culturales que habían sido olvidadas por el Estado, también abrieron las puertas a una pujante industria turística que se benefició directamente de ellos. En consecuencia, la cultura en el estado de Veracruz se usa como una moneda de cambio y es un recurso apropiado por el Estado y el turismo.

Adicionalmente, emulando las políticas estatales y federales relacionadas con el turismo, la actual administración del municipio de San Andrés Tuxtla identifica en el sector de los servicios una “oportunidad”. El Plan de Desarrollo Municipal 2014-2017 (2014: 154) estipula en el apartado 6.2 dedicado al turismo lo siguiente: gestionar la construcción de la infraestructura necesaria para mejorar la imagen urbana y la vialidad, el equipamiento de servicios turísticos, el desarrollo de esquemas de productos turísticos municipales, así como el “fortalecimiento de la vocación turística de San Andrés, como una ciudad hospitalaria, segura, cultural, de negocios y recreo, accesible por su ubicación geográfica”. Estos lineamientos, además de generalizar el rango de acción del municipio, ilustran en sí los objetivos que tiene en cuanto al turismo. No obstante, las carencias del municipio dificultan en gran medida el desarrollo de estas políticas. De acuerdo con el censo realizado por el INEGI (2010a), San Andrés Tuxtla tiene un nivel de marginación medio y se ubica en la posición 116 en el estado de Veracruz. Así mismo, la agricultura aún es la actividad económica predominante en la vida cotidiana de los pobladores; particularmente la relacionada con el cultivo de maíz, mango, tabaco, frijol, sandía y chile verde (Piñar *et al.*, 2011: 385). Ante este escenario, las diferencias entre los objetivos municipales y la realidad han generado numerosas críticas entre la población. A manera de ilustrar lo anterior, presentamos tres casos que discuten las diversas problemáticas generadas por el proceso turístico en el municipio: la promoción turística

de la cascada ubicada en El Salto de Eyipantla, la forma como sobreviven los pescadores en la playa de Monte Pío y el proyecto de turismo rural en la localidad de Yambigapan.

De entre todos los sitios promocionados por el municipio, resalta uno por su espectacularidad natural, la cascada de El Salto de Eyipantla. Ubicada a 30 kilómetros al sur de la cabecera municipal, la cascada cuenta con una caída de 40 metros de ancho por 50 de alto, se nutre del Río Grande que proviene de la población vecina de Catemaco. Alrededor de ella se instauró el ejido de El Salto de Eyipantla, el cual cuenta con 4 011 habitantes (INEGI, 2010) que combinan el turismo con las actividades agrícolas dedicadas al cultivo de maíz y chile verde²⁴. A la par, los ejidatarios han aprovechado el escenario natural de diferentes maneras. Por una parte, en 1973, construyeron 244 escalones que permiten al visitante bajar y conocer el lugar donde el agua impacta con las rocas, cobran una cuota y se ocupan de la limpieza de la zona. Por la otra, el lugar ha sido la locación de innumerables películas; por ejemplo, en el año de 2005 se rodó la película *Apocalypto*²⁵, dirigida por Mel Gibson. Actualmente, los ejidatarios continúan cobrando 10 pesos por el acceso a los dos miradores construidos por ellos, uno ubicado en la parte superior, justo donde comienza la caída de agua y el otro abajo, el cual está rodeado por numerosos comercios que venden comida y artesanías.

A El Salto de Eyipantla arriban numerosos contingentes de turistas durante todo el año, principalmente los fines de semana y en las temporadas de vacaciones (Semana Santa, julio-agosto, diciembre). En autobús o en auto particular, familias enteras se trasladan a la cascada para pasar un par de horas en el lugar admirando el escenario natural. En el camino, además de sortear las precarias condiciones de la carretera, los visitantes se encuentran en los poblados de Sihupán, Calería y Comopan con diversos grupos de jóvenes o niños que, en la búsqueda de ofrecer el menú de un restaurante, se abalanzan sobre los coches en movimiento. Una vez que los turistas descienden de su

²⁴ Durante las décadas de 1980 y 1990, el ejido participó activamente en el cultivo del tabaco bajo la regulación de Tabamex.

²⁵ La película *Apocalypto* describe los problemas que tienen que enfrentar los pobladores de una aldea maya después de su captura para ser sacrificados en un ritual. Dicha película despertó una serie de críticas que señalaron el uso estereotipado del pueblo Maya.

medio de transporte, son asediados por los diferentes restauranteros que se encuentran ubicados en la parte superior de la cascada. Algunos solo los llaman, otros interrumpen su camino para colocar en sus manos el menú que ofrecen.

No obstante, la dinámica comercial en el lugar no siempre fue así. De acuerdo con el restaurantero Alfredo Velasco, oriundo del ejido y militar retirado de 54 años, el poblado era muy pasivo y pocas personas visitaban la cascada, principalmente aquellas de lugares cercanos como la ciudad de San Andrés y Catemaco, ubicados a treinta y veinte minutos, respectivamente. Con el transcurso de los años y con la presencia activa de la paraestatal Tabamex en la región, el número de turistas aumentó.

En ese tiempo era prácticamente virgen, bajaba por una perdiguera [sic], bajabas y subías por vereda nada más. Ya en 1962 [1973], parece que ese año, se hicieron los escalones. Ya fue que se empezó a hacer más visible. Ya empezaba a venir la gente, pero no tanto. Sí llegaban unos que otros. Todo esto era baldío [el área aledaña a la cascada donde se ubica su restaurante]. En ese tiempo nadie, ¿quién iba a querer vivir aquí? Nadie quería. Decían pues, “los ejidatarios”, “pues allá no porque está lejos”. El pueblo era chiquito. Aquí era todo baldío, campo abierto. Pero ya fue creciendo. (Alfredo Velasco, 26 de julio de 2014).

Para campesinos como Pablo Pucheta, de 63 años, el área aledaña a la cascada fue considerada por el ejido como un terreno baldío, un lugar distante donde la vida se dificultaba por no contar con los servicios necesarios. Para el ejidatario, las diferencias entre quienes son avecindados, miembros del ejido y pobladores se enfatizan al momento de describir la forma como Alfredo y su familia arribaron a las inmediaciones de la cascada.

Pero esas casitas que están ahí [donde se encuentra el restaurante de Alfredo], esas las regalaron. ¿Quién iba a vivir ahí, si eso era un monte? Ese Alfredo [Velasco], imagínate, un solar, ni ejidatario, ni avecindado y ¿ahorita? ¡Ve! Todo se hace por el trabajo. (Pablo Pucheta, 26 de julio de 2014).

Contrario a la descripción hecha por Don Pablo, la señora Francisca Miga Chagala, de 45 años, oriunda del ejido y comerciante, cuyo restaurante se ubica en la parte baja de la

cascada, refiere al lugar casi como un Edén. Previo a la llegada del turismo masivo, con nostalgia: *toda esta área estaba muy cuidada. Había aves, plátanos, flores, el agua era totalmente cristalina, se veía la hojita [que surcaba el agua cristalina], los pescados.* (Francisca Miga Chagala, 17 de julio de 2015)

Más allá de la nostalgia y el romanticismo, las relaciones de poder ejercidas por los ejidatarios en las décadas previas y durante la presencia de Tabacos Mexicanos S. A. de C. V., orillaron a muchos campesinos como Alfredo Velasco a vivir donde “nadie quería” (sic). Con el paso del tiempo y el aumento en el número de visitantes, el lugar adquirió una relevancia tal que muchos encontraron en el turismo una fuente de recursos paralela a las actividades agrícolas. Empero, en el caso de Alfredo esto no fue así. Ante el arribo de más turistas al lugar, decidió abandonar el ejército y edificar un pequeño restaurante a un costado de la entrada a la cascada. En la década de 1990, con sus ahorros y el salario que percibía como milita, Alfredo construyó con palmas y madera una pequeña palapa. En ella, su esposa trabajó como cocinera y sus hijos le ayudaron a levantar las órdenes de los visitantes. En un principio, narra Alfredo, la situación era difícil. Vendían pescados fritos, refrescos, arroz, ensaladas, milanesas de res y algo de pollo, no más. Las ventas dependían de la cantidad de personas que su palapa lograra captar. Con problemas presupuestales y una intensificación en la competencia, su palapa logró cubrir la manutención de su familia mientras sus hijos estaban aún pequeños. Fue en el año 2001 que la crisis económica que atravesó el país afectó severamente sus ventas e ingresos.

Ante la baja considerable en las ventas, el reducido número de ofertas laborales y la educación trunca de sus hijas (que solo estudiaron hasta cuarto y sexto grados de primaria), la migración se convirtió en el último recurso disponible para asegurar la supervivencia. Primero lo hicieron sus dos hijas. Alfredo cubrió el costo de la transportación y el *coyote*²⁶ que las llevó hasta Oregon, en el estado de Ohio. Ahí, se emplearon en un restaurante mexicano llamado “El Nopalito”, propiedad de un

²⁶ Término empleado para designar a quienes se encargan de guiar, a cambio de dólares, a los migrantes en su recorrido hacia los Estados Unidos.

“michoacano” (sic). Conforme arribaron las primeras divisas que mandaron sus hijas, Alfredo cubrió los préstamos que había solicitado para solventar el viaje. En 2009, una vez saldadas las cuentas, Alfredo decidió migrar a Estados Unidos. A los 47 años emprendió el viaje con un solo objetivo: *construir un restaurante más grande, más vistoso, mejor* (sic).

En Estados Unidos Alfredo trabajó lavando platos y utensilios de cocina en el mismo restaurante donde laboraban sus hijas. Doblaba turnos y aprovechaba todas las horas extras que su jefe le permitía realizar. Durante siete años y cuatro meses, Alfredo se empleó en el restaurante mexicano. Ahí aprendió a cocinar, así como todos los aspectos administrativos de un comercio. Mientras laboraba y veía crecer a sus nietos, mandaba dinero constantemente a México para que su esposa administrara la construcción de su restaurante. En aquellos años, Alfredo solo comió arroz, frijoles y algunos guisados que sobraron en el restaurante. El ahorro fue siempre su prioridad, por lo que se sacrificó para obtener el dinero suficiente y así construir en menos tiempo su restaurante. Aunque contó con el apoyo de sus hijas, Alfredo pasó los siete años en Estados Unidos trabajando para alcanzar un sueño que logró en el 2014.

De regreso a México, Alfredo encontró un panorama diferente al que conoció antes de partir. Había más comercios, los restaurantes ofrecían menús más amplios y lo que había sido una palapa de palma y madera, era un amplio edificio de dos pisos que alberga 30 mesas. Su esposa continuó haciéndose cargo de la cocina con la asistencia de tres personas que desempeñaban diferentes labores. No obstante, tenía que enfrentar la competencia desleal de los otros restauranteros. Con el afán de monopolizar las ventas, algunos ofrecieron sus productos a bajos precios, otros pagaron comisiones a los guías de turistas para que llevaran a los visitantes a sus restaurantes. Ante esta situación, Alfredo y otros locatarios acordaron una serie de reuniones para administrar las ganancias que emanan del turismo. Alfredo narra cómo, haciendo uso de su experiencia en Estados Unidos, organizó al resto del gremio, siempre a través de una tensa negociación.

Los restauranteros estamos tratando de organizarnos. Ahorita que llegué yo, hablé con ellos, con los compañeros, vamos a tratar de lo que aprendimos [en Estados

Unidos] ¿no? Vamos a echar a andar un poquito, poco a poco. Tal vez ustedes [restauranteros] no tienen esa visión, esa experiencia, uno que ya anduvo en restaurantes, pues tengo un poquito de experiencia. Da mucho que hablar. Que nos vean más o menos. Nos organizamos para los precios, no hay que alterarlos, que sea justo. Vemos un precio aquí, eso se va a respetar. Por turnos. Antes estaba muy competido, le regateaba mucho el turismo. “¡No!” le digo, “no hay que regatear, tú mercancía está caro (sic). “Ponte a pensar”. Si la mercancía me la regalaran, pues a todo dar. Pero uno viene aquí, [el turista] viene a consumir, viene a gastar, claro, precio justo, que se vayan contento. (Alfredo Velasco, 26 de julio de 2014).

Aunque persiste la competencia desleal entre los comerciantes, Alfredo no pierde la esperanza de lograr un cambio para el beneficio de todos. Sin embargo, no está en sus manos controlar la balanza entre la oferta y la demanda. En las temporadas altas, cuando arriba el gran contingente de turistas²⁷, el lugar se convierte en un campo de batalla, todos buscan ganar algo de dinero para así asegurar la manutención de sus comercios en las temporadas bajas. Por ello, Alfredo continúa buscando los precios más baratos para abastecer su restaurante. Viaja una vez a la semana a la población costera de Alvarado (ubicada a dos horas de distancia) en búsqueda de pescados y mariscos a menor precio. En el trayecto, aprovecha para cubrir la demanda de otros restauranteros y así aminorar los costos del traslado. Las ventas varían de acuerdo con el número de visitantes y ante las inclemencias del tiempo, la precariedad de las carreteras y la situación económica del país, el negocio continúa atravesando por momentos difíciles, por lo que Alfredo no deja de pensar en la migración como una opción.

Por otra parte, la señora Francisca Chagala refiere una situación aún más compleja. Su restaurante se encuentra ubicado en la parte baja de la cascada, a un costado de la explanada y el mirador construido por los ejidatarios años atrás. Frente a su local corre el río a escasos metros de distancia, la señora Francisca aprovecha la sombra de algunos árboles para colocar algunas mesas. Similar a lo que acontece entre los

²⁷ De acuerdo con Alfredo, los turistas son originarios de lugares como Puebla, Guadalajara, Tijuana, Ciudad de México y Monterrey. Aunque el lugar es frecuentado mayoritariamente por un turismo regional y nacional, hay una esporádica presencia de turistas extranjeros.

restauranteros establecidos a la entrada a la cascada, las mujeres que administran los restaurantes compitieron de manera férrea por muchos años. Los visitantes que lograban bajar, consumían la comida del local que los guías (previa comisión) les “recomendaban”. Mientras algunas locatarias observaban el monopolio ejercido por unas, otras decidieron organizar una cooperativa para mitigar las diferencias. Comenzaron a tomar turnos para repartirse las ganancias equitativamente. No obstante, como lo refiere la señora Francisca, tienen que continuar el pago de las cuotas a los guías de turistas y a los “enganchadores”²⁸ que acompañan al visitante desde su arribo al lugar. Los pescados que venden suben de precio constantemente. En temporada baja, en un día de trabajo el restaurante de la señora Francisca vende entre dos o tres platillos que no cubren la inversión hecha ni los gastos que el local demanda (luz eléctrica, agua, gas natural).

Sumado a lo anterior, la gran mayoría de turistas que deciden descender por los escalones, arriban al mirador con bolsas de comida. Se trata de un turismo proletarizado que carga con sus sándwiches, tortas y botanas y que solo consume refrescos en los locales. Por otra parte, los restaurantes ubicados en la entrada de la cascada, ofrecen precios relativamente más bajos en comparación con los normalizados por la cooperativa de las mujeres. La situación se complica aún más cuando en las temporadas bajas, cuando el turismo arriba solo los fines de semana y son, en su mayoría, gente de lugares próximos. De acuerdo con la señora Francisca, la mayoría de las mujeres de la cooperativa “van al día” (sic), vendiendo solo para costear el mantenimiento del negocio. Entre impuestos, elevadas tarifas de energía eléctrica y altos precios de los mariscos que compran los fines de semana, la situación económica dificulta el éxito de sus empresas. No obstante, el municipio continúa ofreciendo a los comerciantes ligados al turismo una serie de talleres de capacitación que buscan educar a los prestadores de servicios en diferentes aspectos. Al respecto, la señora Francisca, con algo de indiferencia, nos dijo:

El municipio nos manda gente preparada para que nos enseñen cómo preparar un platillo, cómo presentarlo, cómo atender al turista. Los talleres nos los dan cada tres o cuatro meses o dos veces al año. En el municipio el taller dura tres días. El

²⁸ Por enganchadores nos referimos a los jóvenes y niños que se abalanzan sobre los turistas para ofrecerles un menú a cambio de una propina.

municipio reúne a mucha gente de otros lugares también para darle el taller, de las costas. (Francisca Chagala, 17 de julio de 2015).

Cubriendo el total de sus gastos, la señora Francisca asiste esporádicamente a los talleres impartidos en la ciudad de San Andrés Tuxtla. La relativa cercanía y el hecho de que su esposo trabaja en un taxi, facilitan su traslado a la ciudad. Sin embargo, ante la difícil situación económica y social que atraviesa el poblado, Francisca ha optado por cerrar el restaurante entre semana y solo trabajarlo los días viernes, sábado y domingo. Aunque su esposo cubre los gastos en el hogar, la señora Francisca no puede dejar de expresar una cierta desilusión al referir la problemática que vive cotidianamente en su local. Así, al momento de enunciar las causas que propiciaron las bajas ventas, Francisca hizo referencia al río y la cascada. En la temporada de lluvias (mayo, junio y julio), la afluyente carga con los desechos de la ciudad de Catemaco y todo lo que encuentre en su camino, así como aquello que arrojan otros riachuelos. Con esto, la cascada se contamina y despiden un mal olor, reduciendo significativamente el tiempo que los turistas pasan en el lugar. La señora Francisca ha recurrido a los políticos en campaña en búsqueda de apoyos, encontrando solo promesas vacías.

Le soy honesta, no me gusta decir mentiras, está contaminado el río. Lo contamina la gente de Catemaco, de Comoapan, de todas las rancherías que vienen al paso. Estaba un señor que estaba promoviendo su campaña para presidente municipal, nos quejamos con él. Le pedimos ayuda, lo que queremos es que se haga algo para que se limpie el agua. Porque de a momentos llega a oler [despide un olor desagradable], pero es la gente que no cuida. (Francisca Chagala, 17 de julio de 2015).

No todos se benefician del mismo modo de la cascada de El Salto de Eyipantla. Los restauranteros compiten entre ellos constantemente para vender uno o dos platillos, mientras que los ejidatarios cobran el acceso a la cascada sin distinción alguna. En este sentido, parecería que quienes acaparan la mayor gran cantidad de ingresos son los 103 campesinos que conforman el ejido. Empero, ellos continúan laborando en el campo y los ingresos que reciben por la afluencia de turistas son distribuidos después de cada corte de caja. Se trata de un ingreso extra que perciben bimestralmente y que depende del número

de visitantes. También los ejidatarios invierten en el mantenimiento de los baños, el mirador y los escalones, así como en los salarios de quienes realizan la limpieza y administran la entrada. Aunque en algunas ocasiones son ellos quienes desempeñan estas labores, por lo regular emplean a un miembro de su familia para que cubra su lugar. Don Pablo anota que el mayor beneficio de la cascada depende de las relaciones de poder que se establecen entre comerciantes y ejidatarios. Con algo de desconfianza, Don Pablo relató lo siguiente:

El ejido no más cobra lo que tiene, la cascada, el puente, es lo único. Pero todo el que tiene [un comercio ubicado próximo a la entrada], que ya se estaciona aquí [un turista] y ya me tomo un refresco, ahí pues yo también me voy a chingar [ganar] ahí también algo. Todos los que viven ahí [comerciantes] ya se van a ganar algo, se sacan para ir viviendo. El corte [de caja] se hace cada dos meses y ahí nos dan una parte [el ejido], ahí también. Bueno, por ejemplo, ahorita son pocos [porque es temporada baja], el más bueno es en Semana Santa, ahí en dos meses... ¡Sí queda! Hicimos 100 [mil pesos] en una semana, pero eran en vacaciones. Pero de eso tienen que comprar todo el mantenimiento de los baños, de todo. ¡Sale una chingada lana! [mucho dinero] No, ¿a poco alguien quiere estar ahí una semana de a gratis? Todos ahí ganan. Los negocios abajo, bajando los escalones son del ejido. Los otros ya es otra directiva [restaurantes y puestos de artesanías]. Lo del mirador es del Ejido. La entrada la cobra el ejido [cobro de sanitarios]. Los otros [restaurantes y comerciantes] lo tomaron como tierra... ¿Cómo se dice? Como tierra [sin dueño]. Hay veces que llegamos y está de hasta de 200 [mil pesos semanales], pero es como te digo, por temporadas. Pues a lo mucho, digamos que estuvo buena la semana, nos dan a mil quinientos, pero al año ya así [temporada baja], de quinientos o seiscientos pesos. No más que ahí, cuando se trata de dar servicio [trabajo en común], se trata de lavar, pintar, tiene uno que andar ahí. No gana, pero, a largo tiempo, está la ganancia. (Don Pablo, 26 de julio de 2014).

En El Salto de Eyipantla la competencia por generar algún tipo de ganancia del espectáculo natural se intensifica conforme la difícil situación económica del país se profundiza. Las temporadas altas, cuando arriban miles de turistas diariamente y todos se benefician de una u otra manera, se contraponen a la realidad cotidiana de las temporadas bajas. Entonces, las personas que habitan la pequeña población luchan por sobrevivir

constantemente. Algunos migran, otros trabajan el campo, algunos más se emplean como albañiles en la ciudad de San Andrés y pocos se aferran al trabajo en la zona turística aledaña a la cascada. Si bien el Estado continúa asignando recursos al lugar a través de los programas de asistencia social, la situación se dificulta cada vez más. Así, en estos poblados la vida se divide entre el espectáculo y la agricultura, entre las ganancias y la precariedad.

En San Andrés Tuxtla, alternar actividades económicas se ha vuelto, en las últimas dos décadas, una forma de cubrir el sustento familiar. En el municipio, difícilmente podríamos encontrar un lugar donde la agricultura sea la única actividad que genere ganancias para quienes la realizan. En este sentido, en lugares como Monte Pío, las personas trabajan en sus actividades cotidianas ligadas a la ganadería, la pesca y la agricultura, a la par que asisten al turismo que arriba a sus playas. Ubicado a 57 km de distancia de la cabecera del municipio, a orillas del Golfo de México y próximo al núcleo de la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas, el pequeño poblado cuenta apenas con 195 habitantes (INEGI, 2010a). De manera análoga a lo que ocurre en El Salto de Eyipantla, Monte Pío se transforma radicalmente durante las temporadas en las que el turismo regional y nacional visita la playa. A raíz de ello, algunos lugareños han optado por construir a orillas del mar, pequeñas palapas de madera y palma en las que expenden comida y bebidas. Sin embargo, en las temporadas bajas, muchos sobreviven de las actividades agrícolas, pocos continúan pescando.

Lo que fue un poblado de pescadores, actualmente es identificado como la playa más visitada del municipio de Los Tuxtlas. Si bien no es la única playa²⁹, si es una de las más promocionadas en los folletos municipales de turismo y en los tours que recorren la zona. Aunque sería difícil calcular el número de turistas que arriban a esta playa en temporadas altas como Semana Santa, verano (junio-julio) y diciembre, podemos inferir que superan los miles. Pescadores como Rafael Chan Murillo de 35 años, originario del poblado aledaño Dos de Abril y jefe de una familia de cinco integrantes, encuentran en el

²⁹ En San Andrés Tuxtla existen otras playas como Costa de Oro, Arroyo de Lisa, Playa Hermosa, Los Órganos, Salinas y Toro Prieto.

turismo un aliciente al uso de sus conocimientos marítimos. Rafael creció en el mar, o al menos así lo dice. Su padre fue pescador y, junto con sus hermanos, aprendió a tirar la red en mar abierto. Desde pequeño asistió a su papá en las labores de la pesca, ahí conoció la diferencia entre un pescado y otro, a interpretar las olas y entender el comportamiento del mar. Actualmente, Rafael forma parte de una cooperativa de pescadores, “Monte Pío”, que continúa explotando los recursos marítimos. Aunque las cantidades de peces que logra capturar son cada día menores, su labor es constantemente monitoreada por la marina ya que Monte Pío se encuentra ubicado al interior de la Reserva de la Biosfera. Las regulaciones impuestas por el decreto emitido en 1998 que busca preservar la diversidad ecológica del lugar, limitan en gran medida su trabajo como pescador. De acuerdo con Rafael, la pesca de especies protegidas por el decreto es penalizada con multas que ascienden a los treinta o cuarenta mil pesos.

La pesca ha dejado de ser el sustento de la familia Chan y en la búsqueda de otras opciones económicas opuestas a la migración, el turismo aparece como la más viable para el jefe de familia. Rafael incursionó en el sector luego que su hermano mayor abandonara la pesca y le vendiera en 35 mil pesos la vieja lancha fabricada con fibra de vidrio, que le iría pagando “en abonos” mensuales de entre mil quinientos y dos mil pesos, para realizar recorridos por la costa de San Andrés Tuxtla. Además, le pidió prestado a su padre un motor para propulsar la embarcación. De haber invertido en la adquisición de una lancha nueva y un motor de cuatro tiempos, habría tenido que gastar aproximadamente 225 mil pesos (entre 70 y 75 mil en la lancha y 150 a 160 mil más en el motor). Rafael logró pagarle a su hermano en un año veinte mil pesos. Ofrece a los turistas viajes cortos y largos de acuerdo con sus presupuestos. Rafael aprendió a distinguir entre aquellos que pueden costear el viaje en un costo que le resulte provechoso y a aquellos que pueden pagarle el mínimo.

Pues como ayer, llevé a unos chavos, y como llevaban a cinco chiquitos, pues me dice, “no pues mira, ¿a cuánto el viaje?” “No pues la verdad se los voy a dejar en mil pesos”. No había sacado nada. Dice, “no, ponte más barato”. “No dice, no da”. Pero de ahí vi otra pareja, dije, “bueno, si agarro los dos pues se las dejo, pues para sacar algo”. Entonces le digo, “te la voy a dejar en 700”. Dice, “bueno”. Entonces ya fui a ver a aquellos y me dicen, “¿cuánto?” Entonces digo, “pues se las voy a

echar a ellos, a ver si se dejan”. “Digo que, “dame 600”. Me dice, “sí”. ¡Fíjate, aquellos eran dos! Digo “pues vámonos”. Me los llevé hasta Roca Partida, entramos a la cueva. Nos hicimos como hora y media más o menos. (Rafael Chan, 15 de julio de 2015).

En un recorrido como el que Rafael narra, invierte aproximadamente 300 pesos en gasolina, más lo que le tenga que dar al joven que lo asiste en el resguardo de la lancha. De una ganancia neta de 1 300 pesos, el pescador solo se queda con 900 por viaje. A esto debemos agregarle si se trata de temporada alta o baja, ya que, a mayor demanda, más cortos serán los recorridos, mientras que en la baja realiza largos desplazamientos como el que hizo hasta Punta Roca Partida, ubicada a 14 km al oeste de Monte Pío.

Pero las inversiones hechas por Rafael no se limitan a cubrir la deuda que tiene con su hermano, también necesita saldar el costo del permiso expedido por la Capitanía de Puerto, la matrícula y el seguro, que representan gastos anuales de siete u ocho mil pesos. Ante la carencia de estos recursos, Rafael optó por realizar sus recorridos sin permiso, licencia o matrícula. Aunque está consciente que en caso de ser detenido por la marina el sustento de su vida sería confiscado y él multado, continúa ofreciendo tours en los que lleva a los visitantes a conocer los lugares cercanos a la población. Cuevas donde Rafael cuenta que el pirata Lorencillo escondió sus tesoros, paisajes naturales formados por la violenta explosión volcánica que configuró la geografía tuxtleca, todo es aprovechado en las narraciones que el pescador hace mientras pasea a los visitantes. De manera amena y con mucha paciencia, describe cada uno de los detalles del lugar donde detiene la embarcación. No omite detalles, que lejos de ser reales o no, cautivan la atención de los turistas. Constantemente incita a los turistas para que tomen fotos de las aves, los cangrejos o las rocas que son golpeadas constantemente por el mar. Una vez que los turistas cesan de tomar fotografías con sus celulares, Rafael emprende el camino de vuelta al punto de partida. Tras varios recorridos, antes de regresar al poblado de donde zarpó, Rafael se detiene en mar abierto por unos minutos frente a la playa de Monte Pío, desde donde observa el pequeño poblado y la majestuosidad de la serranía tuxtleca.

Los recorridos ofrecidos por el pescador solo son una parte de las actividades que su familia desempeña para generar ingresos. Su esposa le asiste en la administración de una palapa ubicada a un costado de la rampa de acceso a la playa. Allí venden pescados fritos, pollo, ensaladas, refrescos y cervezas. Para amenizar el lugar con música, emplean las bocinas de un viejo estéreo que tienen ubicado al interior del cuarto de madera que funciona como cocina. La palapa, que sirve como lugar de refugio ante los inclementes rayos del sol, alberga diez mesas de plástico. A diferencia de las otras 27 palapas que pueblan la playa, la que pertenece a la familia Chan, acapara grandes cantidades de turistas por ubicarse justo en la entrada al lugar. A diferencia de esta familia, el resto de los comerciantes optan por cerrar sus restaurantes durante las temporadas bajas, esta opción no es gratuita.

Según Rafael, además de los costos de los servicios básicos (agua, luz eléctrica y gas), los comerciantes están obligados a pagar un permiso a la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación (SAGARPA). Trimestralmente, la esposa de Rafael emprende un viaje a la ciudad de Veracruz para realizar los trámites de uso de suelo correspondientes. Debe llevar fotografías que reflejen las condiciones de la estructura de su palapa, en caso de presentar postes o palmas deteriorados, Rafael reemplazarlas. El permiso trimestral tiene un costo de 1 200 pesos que, sin demora, los dueños de las palapas deben cubrir cuatro veces al año. En caso de incumplimiento, sus negocios son clausurados, perdiendo así la oportunidad de generar recursos para la sobrevivencia familiar. Si bien Rafael sorteja las demandas de la Secretaría mediante ligeros ajustes, al menos una vez al año debe gastar entre cuatro o cinco mil pesos en la edificación de una palapa nueva debido a su rápido deterioro causado por el salitre que emana del mar. Los gastos en cualquier tipo de actividad económica que se emprenda en la costa de Monte Pío limitan los alcances que estos negocios puedan aspirar a lograr.

Aunque resulta complicado administrar un comercio en las playas de San Andrés Tuxtla, personas como Rafael diversifican sus actividades económicas y así generar ingresos para lograr el sustento de sus familias. Por lo que el pescador no deja de idear maneras que le permitan explotar sus conocimientos y habilidades en aras de aumentar

sus ingresos. De ahí que el siguiente paso en el proyecto de Rafael consista en la adquisición de una *banana*³⁰. A diferencia de los pescadores que ofrecen recorridos con duración de entre 30 minutos y dos horas, los recorridos de los *bananeros* son de quince a veinte minutos. Al ser considerada como una de las actividades más demandadas por el turismo que arriba a Monte Pío, este negocio se intensifica durante las temporadas de alta afluencia de bañistas. Para incorporarse en el negocio de la *banana*, Rafael necesita de veinticinco mil a treinta mil pesos, dependiendo del tamaño de la banana y el número de chalecos. El pescador evalúa con singular detenimiento la viabilidad de su próxima empresa:

Ellos cobran entre 30 y 50 pesos por persona. La vuelta te ha de durar como seis o siete minutos, porque nada más te llevan aquí, atrás del cerro. Si, por ejemplo, la banana lleva doce o diez, pues échela, son 300 pesos de una vuelta que se da. Si echa diez vueltas, los chavos la hacen, son 3 000 pesos, son los que más o menos les va bien. Yo no. Por ejemplo, si a mí me sale un recorrido [por toda la costa] me gano mil pesos, pero pues ya salió lo del día. Pero con lo que le invierto me salen como 500 pesos. Le echo como 300 de gasolina y ya. Al chalán [asistente] que traigo le doy su día, como 100 pesos. (Rafael Chan, 15 de julio de 2015).

Durante las temporadas altas, todos los comerciantes en la playa de Monte Pío alcanzan a percibir algún tipo de ingreso. Desde las pequeñas tiendas ubicadas a un costado de la carretera que desemboca en la playa, pasando por los dos hoteles que hay en el lugar y los 27 restaurantes ubicados en la playa, todos se benefician del turismo en un periodo de tres meses distribuidos a lo largo del año. Empero, las diferencias entre el ingreso de unos y otros se acentúan en los momentos en que no reciben turismo que use sus servicios. Son quienes arriban por la mañana a bordo de grandes camiones que recorren diversos lugares en la región³¹. Durante el día disfrutan el paisaje y la playa, para después comer lo que llevan en sus bolsas (desde sándwiches hasta latas de atún) y

³⁰ La *banana* es una lancha de plástico empleada en la recreación acuática. Debido a sus amplias dimensiones puede soportar el peso de cinco u ocho personas. Por lo regular son de colores vistosos y quienes las montan buscan experimentar emociones fuertes surcando las olas del mar rápidamente.

³¹ Por lo general, estos camiones pertenecen a empresas que realizan largos recorridos grupales por la región. Cuyos costos para los turistas son significativamente inferiores a los recorridos individuales o familiares. La mayor parte de los turistas que usasn estos servicios provienen de los estados céntricos del país.

después suben al camión para emprender el camino de vuelta. Este tipo de turismo, señala Rafael, es un tanto nocivo para el lugar. Algunos rentan una mesa, compran alguna bebida o alquilan un recorrido en lancha o un viaje en la *banana*. Además de no consumir casi nada lo que su pequeño restaurante ofrece, contaminan la playa al dejar rastros de basura por doquier, por lo que, una vez que se retiran, los comerciantes limpian el frente de sus palapas. Ellos también tienen que pagar el servicio de limpia municipal que llega dos veces por semana. Este tipo de turistas, que representan un elevado porcentaje del total que arriba al lugar, consumen principalmente el paisaje y la experiencia de estar en una pacífica playa ubicada en medio de la serranía tuxtleca, por lo que su presencia no es importante para los comerciantes.

Tanto en Monte Pío, como en El Salto de Eyipantla, el turismo es un proceso que explota el paisaje e incluye de manera diferenciada a algunos de los pobladores. La naturaleza se presenta ante el turista como un espectáculo ubicado en medio de la serranía tuxtleca y sus pobladores son los anfitriones que luchan por los recursos. Algunos invierten años de su vida buscando alcanzar un sueño, otros más sortean las complicaciones mediante estrategias colectivas. Ante un proceso que exagera la competencia y el individualismo, los sujetos recurren a ciertas prácticas de solidaridad para alcanzar sus objetivos. Ello no significa que vivan en comunidad o que existan lazos completamente armónicos entre ellos. La solidaridad que demuestran los sujetos se da solo en aras de aumentar la ganancia y termina cuando esto se logra. Si los restauranteros mantuvieran la unión, homologaran los precios, se repartieran equitativamente a los turistas y buscaran estrategias grupales para abastecer sus comercios, otras serían las dinámicas. Sin embargo, el individualismo expresado en la competencia desleal persiste y los antagonismos entre los diferentes bandos se intensifican cuando todos entran a la arena de la competencia.

Por último, y en contraposición a los dos ejemplos expuestos, se encuentra el proyecto de turismo rural Yambigapan. Ideado como proyecto de tesis por Nidia Patricia Hernández de la Universidad de Xalapa, el plan propone una aproximación diferente a los recursos naturales y culturales de la población en el municipio. La Estancia Rural

Yambigapan surgió en el año 2000 de la inquietud y necesidad de rescatar las tradiciones locales. Luego que el padre de Nidia cerrara su negocio de pinturas y paralelo a la incursión en la ciudad de grandes empresas como Soriana, Aurrera y Coppel, Nidia ideó una serie de campamentos para amigos y familiares de sus padres. Aunque en un principio la intención de la joven empresaria consistía en el entretenimiento de los huéspedes mediante actividades que consideraba “tradicionales”, en poco tiempo la relevancia de su propuesta se difundió ampliamente entre diferentes sectores de la población. Para Nidia, el proyecto era solo un pasatiempo donde ella experimentaba con los conocimientos adquiridos en su formación profesional, pero la clausura de la tienda de su padre la obligó a percibir el pasatiempo como algo que podía generar el sustento para su familia. Nidia narra las primeras experiencias que acontecieron en la estancia rural ubicada a tres kilómetros al norte de la ciudad de San Andrés Tuxtla:

[En el año 2000] empiezo yo organizando los campamentos para los hijos de los amigos de mis papás. Entonces, requeríamos de los servicios de alimentos y a mi mamá le encanta la cocina, empezó ella a dar el servicio de alimentos para los campamentos. Así fue como se comenzó a correr la voz de la cocina típica, tradicional y entonces mucha gente comenzó a voltear a vernos, a reservar con nosotros para sus eventos. De una u otra forma crecimos rápido en promoción y difusión. (Nidia Patricia Hernández, 16 de julio de 2015).

A decir de Nidia, la cocina de su madre aún preserva los diferentes platillos que han sido prácticamente olvidados por los sanandresinos. Se trata de una gastronomía que, según narran promotores culturales como José Luis Constantino Villegas, deriva de la cocina prehispánica. Platos como el *mogo-mogo* (un preparado hecho a base de plátano macho verde), el *Tatabiguiyayo* (caldo de res espesado con masa que se sirve en celebraciones religiosas), los frijoles con *chonegui* (aderezados con una hoja de traspatio que ha dejado de cultivarse) y la inmensa variedad de *tamale*³² (sic) tuxtlecoc, son todos

³² La lista de tamales en la región de Los Tuxtlas es amplia y sus variedades corresponden con las adecuaciones que las personas hacen en cada lugar. En el caso de San Andrés podemos enumerar los siguientes: *chancletas*, de masa, de frijol, de *capita* (tamal hecho con capas de masa, relleno de frijol), *chanchamitos* (rellenos de carne de pollo con salsa de tomate, epazote y chile), hoja de *betso* (una hoja de traspatio), tamal de cazuela (se cocina en caldo), de *presa* (carne de conejo o de res) y los *mimilos* (hecho de elote tierno rallado, azúcar, canela y leche)

parte de una dieta que ha sido relegada por diferentes motivos. En algunos casos las recetas de madres o abuelas no fueron aprendidas por las generaciones más jóvenes, en otros los ingredientes que se cultivaban en el traspatio se perdieron y en otros más la desidia o el cambio del gusto, influyeron en el abandono de su preparación.

Al distanciarse de la cotidianidad turística de San Andrés, Nidia identificó en la gastronomía tuxtleca los elementos que la distinguían del resto de las ofertas turísticas. El uso de los viejos platillos la separó del resto de los restaurantes de la región y la noción de lo tradicional la diferenció de las otras ofertas turísticas que aún no identificaban en la cultura un valor agregado a sus experiencias. Si bien Nidia emuló en gran medida la literatura en materia de turismo que identifica a la tradición como lo “auténtico”, su proyecto logró en su momento un importante impacto. Conforme la fama de La Estancia rural Yambigapan se propagó, más turistas y dependencias de gobierno se acercaron a conocer lo que acontecía en el lugar. Gracias a la asistencia de un periodista amigo suyo, que conocía ampliamente el mundo político del estado, Nidia emprendió el acercamiento a las dependencias de gobierno en la ciudad de Xalapa, particularmente la Secretaría de Turismo y Cultura de Veracruz. Armada con una carpeta ejecutiva, difundió la particularidad de su proyecto que en poco tiempo fue incorporado en las Ferias de Turismo organizadas por el gobierno estatal. La inclusión de su propuesta en la promoción del estado dinamizó los alcances de aquello que había iniciado como un proyecto de tesis. Las alianzas que tejió con los diferentes directivos del gobierno estatal y federal, le aseguraron a La Estancia Rural Yambigapan un lugar privilegiado entre las diferentes ofertas en materia de turismo rural. Fueron considerados, como lo narra Nidia, los embajadores de Los Tuxtlas y la cocina tradicional fue su estandarte.

Los objetivos planteados por Nidia no han cambiado con el paso de los años. Definida como el lugar del rescate y la preservación de la cultura, la Estancia Rural Yambigapan exalta lo local y cotidiano desde la “autenticidad” de su gastronomía y tradiciones. Para lograrlo, Nidia se alió no solo con la clase política, también recurrió a los músicos de son jarocho en San Andrés Tuxtla, todo con el afán de involucrar a más

personas que compartieran sus aspiraciones. Nidia describe la distinción que existe entre un oficio y una pasión al referirse a quienes participan en el proyecto:

Eso es lo que buscamos realmente en el proyecto. Involucrar a gente que ama sus tradiciones y las ve como algo que hay que rescatar, no con lo que voy a comercializar. Es involucrar a la gente que hace esa actividad [tradicional] del diario, que ha vivido de ello toda su vida. Esa gente que aprende y que lo hace como oficio, no nos sirve. Porque jamás va a ser promotor de lo propio. Porque no conoce de dónde viene, no lo ha vivido, no hubo esa transmisión de amor, de algo, por parte del papá, del abuelo, del tío, simplemente lo vio como algo que está pagando. La gente ya no lo hace por el gusto, lo hace por dinero, el problema es grave, ¡muy grave! (Nidia Patricia Hernández, 16 de julio de 2015).

En la cotidianidad de un acto, Nidia establece una diferencia entre “el gusto” (definido desde la noción nostálgica del pasado) y el oficio (mecanizado y carente de valor). Si bien esta distinción es aprovechada por el turismo como una manera de demarcar lo que es o no auténtico, en tanto remita a la noción de un pasado idealizado, la apreciación hecha por Nidia añade un valor a cada uno de los actos. Asimismo, resulta interesante observar la habilidad con la cual la demarca la diferencia entre las dos versiones del mismo acto. Delinea una tenue frontera entre la mercantilización de la cultura sin un sentido social y aquellos que realizan la misma acción en un marco de reconocimiento definido por el multiculturalismo. Al exaltar la particularidad de una acción hecha por “gusto” y “amor”, Nidia refiere la presencia de un grupo que merece ser exaltado porque aún preserva lo auténtico. Se trata pues de un interesante proceso en el que las nociones del turismo contemporáneo influyen ampliamente.

El proyecto Yambigapan también apeló desde sus inicios al sentido de comunidad. Para que funcionara como una estancia rural, debía recalcar en los valores locales de la comunidad huésped; empero, el proyecto está ubicado en el rancho que es propiedad de sus padres y quienes lo habitan son sus familiares. Las ocho personas que trabajan “comunitariamente” en la estancia son: su mamá, su hermano, su papá y algunos trabajadores contratados para que realicen labores de limpieza y asistan en la cocina. Esta versión tergiversada de lo “comunitario” resulta funcional para Nidia ya que la exenta de

la carga moral que representa el apropiarse de algo ajeno para mercantilizarlo sin aportar nada de regreso. Si su mamá prepara los platillos que desde pequeña degustó en la cocina de su hogar, entonces lo tradicional se convierte en propio y la mercantilización de la cultura queda libre de cualquier atadura moral. Al exaltar lo que le pertenece por derecho nato, Nidia se exime de la justificación de sus actos y enfatiza una vez más la noción de autenticidad presentada a los visitantes. La expresión “lo hizo mi mamá con los conocimientos que heredó de mis abuelas y ellas de las suyas”, ilustra la forma como, al dotar de autenticidad a la experiencia gastronómica, el proceso turístico vela la alienación de aquello que es común para todos los integrantes de una sociedad, la historia. La fama que la Estancia adquirió como resultado de la promoción que Nidia hizo en la ciudad de Xalapa y en las Ferias Turísticas, elevó considerablemente el prestigio del lugar en la geografía del turismo en Veracruz. Nidia recuerda la forma como fue revalorizada la gastronomía local gracias a su empresa y las críticas que se le hicieron:

Nos dimos cuenta que la gente local asistía más por la comida, por la gastronomía. Comenzamos a dar talleres y fue tal el impacto que tuvo en la gente extranjera que ellos comenzaron a recomendar el lugar en su guía esta de *Lonely Planet*. Eso nos motivó a estarlo haciendo, porque aquí te dicen, “¡ay eso lo hacía mi abuelita!” Pero, ¿cuándo lo comes o te lo hacen en tú casa? No encontramos mucho eco. Pero el hecho de ver que gente de fuera, extranjeros, llegaban y así como ¡wow! ¡un tesoro poder tener este espacio ahí con nosotros! Y, además, tenían el paisaje, la actividad y aparte la integración con una familia local donde realmente aprendes las costumbres. Porque nosotros, aunque estamos en una visión más empresarial, seguimos con la esencia de la gente nativa de San Andrés. Te desayunas lo que nosotros nos desayunamos, que lleva epazote, el *topote* amarillo [tortilla de maíz tostada en el comal]. Entonces veían que podían hacer una caminata con nosotros y descubrir que las 20 mil plantas que veían, las 20 mil tenían propiedades. (Nidia Patricia Hernández, 16 de julio de 2015.)

Al espectacularizar lo cotidiano, la gente en la ciudad identificó como inauténtica la gastronomía presentada en la Estancia Rural Yambigapan. Al restarle méritos, la población ejerció una forma de poder que rompió la ilusión creada por el proceso turístico. Sin embargo, la intención del proyecto no era el “rescate de lo tradicional” para

inculcarlo en la población de San Andrés Tuxtla, sino el rescate de lo tradicional vuelto espectáculo. No apelaba al gusto de la gente, sino a la noción que ellos tenían de su cotidianidad. Al revivir un momento del pasado –“eso me lo hacía mi abuelita”–, en la Estancia se construyó una experiencia ajena al ritmo de vida que eficientemente estimuló las emociones y los recuerdos. Aunque los sanandresinos que asistieron a degustar de los platillos desaprobaban la autenticidad de lo presentado en sus platos, continuaron frecuentando el lugar. Esto habla de un regreso a la experiencia de placer delimitada por las memorias de un pasado anhelado. Con ello, el platillo evocó a los primeros momentos de la vida de los comensales, aquellos que estaban exentos de los malestares de la vida adulta y que, consecuentemente, fueron valorados como positivos.

Por otra parte, la narración que Nidia hace del impacto que la gastronomía tuxtleca y la locación ocasionó en los comensales extranjeros, corresponde a otro tipo de anhelo. Como se expuso al principio de este apartado, la idea de un paraíso perdido, de una isla, es funcional en el turismo en tanto solidifica la experiencia creada. La ilusión se presenta como real ante los anhelos de un turista ávido de encontrar aquello que perdió en el proceso alienante del trabajo. A diferencia de los comensales tuxtlecos, los extranjeros fueron interpelados no solo por la comida, también por el escenario en donde se escenificó la degustación de los platillos. La experiencia entonces apeló a todos los sentidos e involucró a los comensales en recorridos por la selva para continuar con el estímulo de sus emociones. Al final, tanto los anhelos de los turistas, como la experiencia escenificada en Yambigapan, se reconocieron a través de un plato de comida. Aquello que fue aprehendido por el turismo en San Andrés Tuxtla, apareció ante el turista como un espectáculo que emuló el pasado prístino e impoluto de la población. Y al empatar la ingesta de los alimentos con un ambiente natural, la experiencia se solidificó e hizo real.

En síntesis, el proceso de turístico en el municipio de San Andrés Tuxtla logra alienar la vida cotidiana a través de la participación activa de todos los involucrados en el proceso. Tanto restauranteros, como pescadores, empresarios y turistas participan en la construcción de los paisajes, de las tradiciones y de la valorización que se le da a cada uno de ellos. Aunque existen diferentes puntos de vista en cuanto al futuro del proceso,

reproducimos dos que, a nuestra consideración, enmarcan la incertidumbre que el proceso turístico despierta entre muchos sanandresinos. El primero corresponde a Andrés Nájera, quien además de ser un importante promotor cultural, es el referente intelectual que muchos tienen en el poblado en materia de tradiciones. En su apreciación, el municipio aún carece de muchos elementos en materia de turismo; no obstante, el profesor identifica en el turismo una actividad que puede solucionar los problemas económicos de San Andrés Tuxtla. Andrés Nájera, como Director de la Casa de Cultura, nos habló de esta incertidumbre :

Yo no le miro mucho presente, ¿no? Hay una riqueza muy grande en Los Tuxtlas, tenemos una vegetación exuberante, hay muchos atractivos, hay varias lagunas en la montaña, La Laguna Encantada, cascadas, arroyos. Pero ¿a dónde va ir un turismo teniendo pues una infraestructura muy pobre, muy raquítica, y donde ningún gobierno quiere invertirlo? Si vas al [El] Salto de Eyipantla, la carretera está para llorar. La carretera está pésima. ¡Muy, muy, muy fea! Todos los caminos muy malos... Como siempre, ha sido nuestro pueblo. Ha sido un pueblo pequeño que apenas está saliendo, le está apostando a otro tipo de generación de recursos, de empleo. (Andrés Nájera, 24 de julio de 2014).

Desde la incertidumbre, Andrés Nájera identifica tanto los problemas, como las virtudes que el municipio tiene. Su duda nos remite a pensar en la forma como él concibe el papel que el Estado tiene en el proceso turístico. En su apreciación, es el Estado el que debe invertir y guiar la ejecución del desarrollo de las actividades en la región. El Estado debe garantizar la correcta aplicación de las políticas para así evitar problemas como los que acontecen en la carretera que comunica a El Salto de Eyipantla con el municipio. No obstante, no todos identifican al Estado como el responsable del proceso. Para jóvenes empresarias como Nidia Hernández, parte de la responsabilidad recae en los turistas. Ellos son partícipes del turismo, lo consumen y, a través de este acto, le otorgan sentido. Asimismo, en su apreciación Nidia recalca el papel que los empresarios también tienen en la definición del proceso turístico. En ellos recae la responsabilidad de crear experiencias para un público más selecto y ya no aquel que no se involucra con lo que es escenificado. En este sentido, Nidia describe la relación entre turistas y empresarios de la siguiente forma:

Siento que merecemos otro tipo de turismo. No nada más el que viene y trae sus tortas y que deja su basura y que no consume absolutamente nada y se va a un Soriana, hace sus compras, llega a la playa acampa y el dinero se lo dio a Soriana y ellos no invierten aquí. Y en cambio, el turismo de calidad, no quiero decir que sea un turismo de dinero, o que sea un turismo millonario, no; un turismo de calidad es uno que tiene una conciencia, que tiene una experiencia viajera. Que va a venir y va a valorar que tú le enseñes a hacer una tortilla, va a valorar el hecho que cocinaste en un fogón de leña, va a valorar el hecho que lo llevaste a caminar tres kilómetros en la selva. Que te va a decir, “no cortes eso, déjalo”. (Nidia Hernández, 24 de julio de 2014).

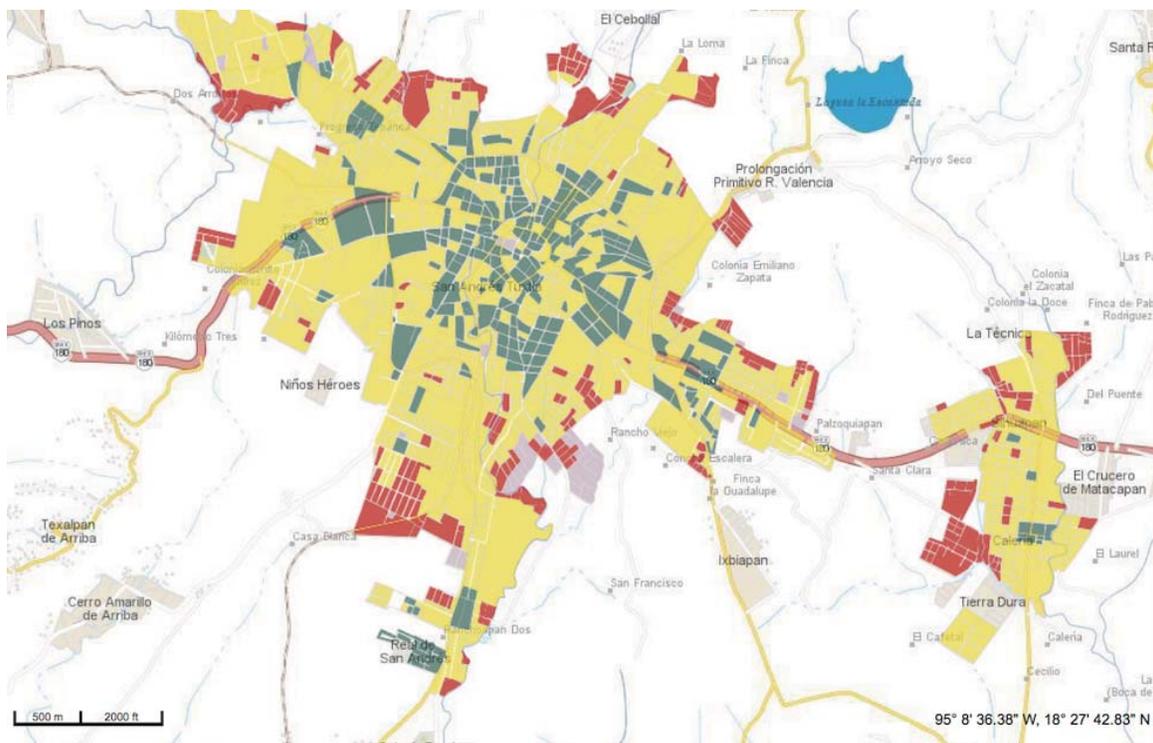
Por último, además de los casos aquí expuestos, en San Andrés Tuxtla el municipio, junto con algunos pobladores, ha iniciado en los últimos tres años un proceso que espectaculariza las tradiciones icónicas del poblado. A través de él, se debaten los elementos que constituyen la noción de tradición y su autenticidad. Sin embargo, dichas definiciones han sido criticadas por diversos sectores de la población que no se identifican con ellas. Mientras que el municipio busca subsanar la deteriorada imagen de su mandato a través de la promoción turística de las tradiciones, los lugareños las continúan celebrando en sus barrios y colonias. Queda pues presentar la forma como se desarrolla el debate entre quienes abogan por la tradición prístina y aquellos que se contraponen a estas definiciones. En el siguiente apartado partimos de la etnografía para analizar los dos momentos más representativos de este proceso: las fiestas en honor al San Andrés Apóstol y la suelta de globos que se realiza durante el mes de septiembre en los barrios sanandresinos.



En la foto, Rafael espera pacientemente el arribo de algún turista para ofrecerle un viaje por la cueva del pirata Lorencillo. Su “chalán” lo asiste en el cuidado de la lancha. [Fotografía: el autor, julio 2015, Monte Pío, San Andrés Tuxtla, Ver.]



En un módulo municipal de información turística en el ejido de El Salto de Eyipantla, se orienta a los visitantes. Bajo la marca “San Andrés Tuxtla, naturalmente mágico”, se construye un discurso que exalta las tradiciones frente a una pujante industria turística. [Fotografía: el autor, noviembre de 2014, El Salto de Eyipantla, San Andrés Tuxtla, Ver.]



Mapa urbano de San Andrés Tuxtla, Ver. Aparecen las áreas con mayor desarrollo urbano (color verde) frente aquellas que cuentan con algunos servicios (amarillo) y las que no cuentan con calles pavimentadas (rojo). Recuperado de <http://gaia.inegi.org.mx/mdm6/?v=bGF0OjE4LjQzNjk1LGxvbjotOTUuMTk0MDgsejoxMCxsOmNwYXZpbWVudG8=>

Las tradiciones tuxtlecas. Ilamas, globos y mojigangas

En la entrada del palacio municipal de San Andrés Tuxtla, justo detrás de la reja, a la izquierda, está colgado un cuadro del pintor costumbrista tuxtleco Víctor Torres. Titled “Choco y chaneque de jade soltando una ilama”, el cuadro de grandes dimensiones difícilmente puede ser pasado por alto, los vívidos colores que iluminan las figuras en él trazadas atraen la mirada de quien entra al recinto. En el cuadro, el pintor plasmó dos figuras humanas que sostienen con las manos una gran figura geométrica compuesta por picos pintados de verde, blanco y rojo. Detrás de los dos personajes, aparecen los amplios terrenos circunvecinos. Numerosos cuadros en diferentes tonalidades de verde conforman el horizonte campirano que acompaña un cielo plagado por otras figuras geométricas que evocan los globos llamados ilamas. Debajo de las aglomeradas formas, dos grandes cabezas de piedra resguardan en el centro las matas de tabaco que alojan el escudo de armas del municipio.

Los chocos y chanaques son en el cuadro de Víctor Torres las figuras humanas que cargan el globo. El primero, desnudo y moreno, voltea y mira a quien se detiene a contemplar la escena. En su espalda cuelga una jarana y de su cabeza brota una vírgula amarilla, alegoría del habla o, tal vez, del canto. A la izquierda del choco, está el chaneque arrodillado frente a la ilama. Con ramas en una mano y un soplador de palma en la otra, el chaneque también eleva su voz en forma de vírgula al cielo, o quizá emite un rezo que acompaña el vuelo del globo. Las dos figuras humanas, el misticismo y el indígena, son resguardadas por el poblado de San Andrés que Víctor Torres pintó al costado izquierdo de ellos. Haciendo uso de los elementos que componen la identidad sanandresina, el pintor tuxtleco representó un discurso construido históricamente. El cuadro, alegoría del pasado y el presente, ilustra la afinidad que el artista tiene hacia los discursos y prácticas que definen actualmente la noción de lo tuxtleco. Noción apuntalada

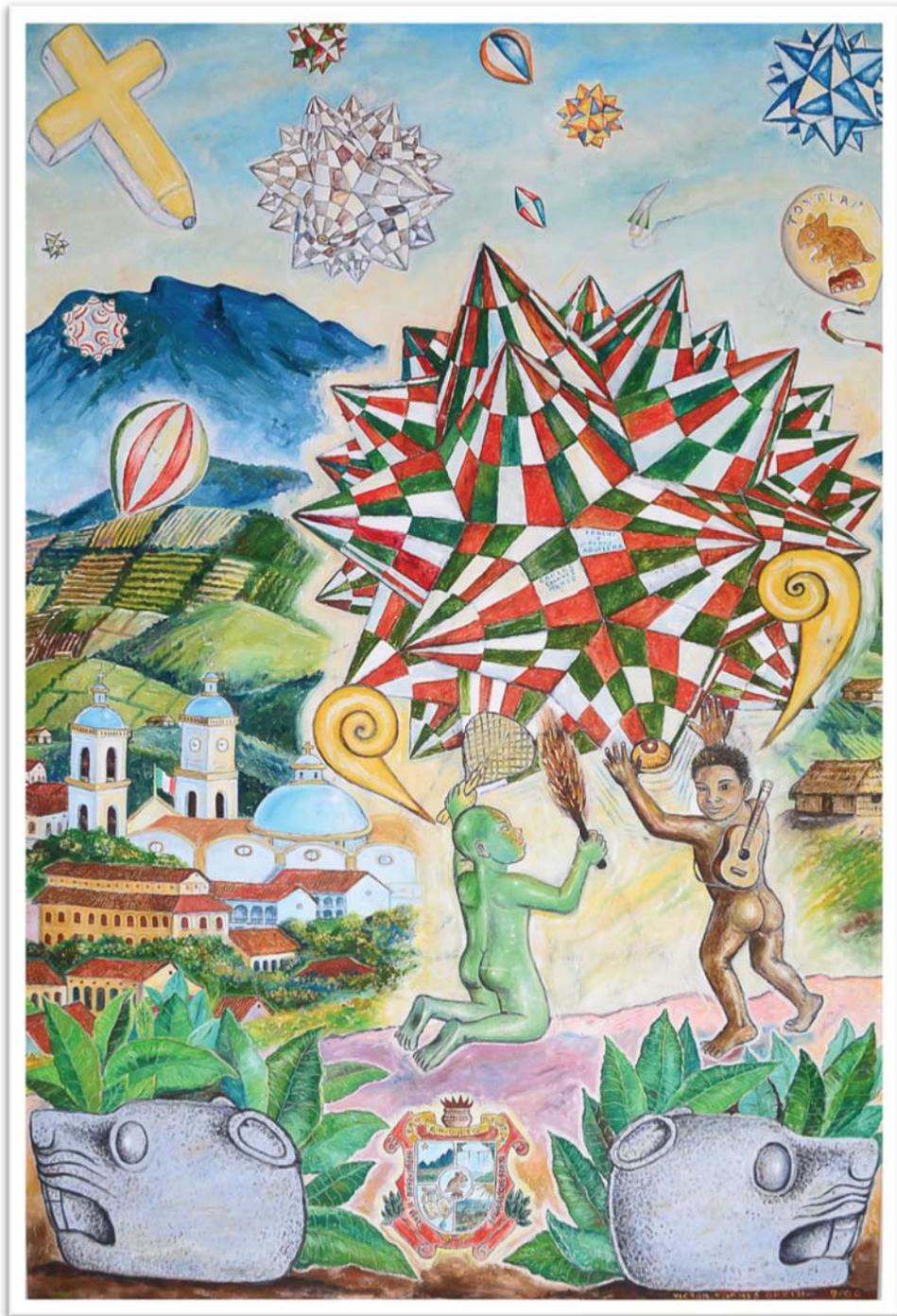
en tradiciones y mitos, paisajes y folclorismos de un poblado serrano demarcado por históricos procesos económicos, políticos, culturales y sociales.

San Andrés Tuxtla es, en el cuadro de Víctor Torres, un poblado de fiestas, tradiciones e historia. Las ilamas, las gigantes figuras geométricas de papel que surcan los cielos tuxtlecos en el mes de septiembre son en la pintura el centro de atención. Son los globos que los habitantes elaboran en sus tiempos libres, en la madrugada o cuando las jornadas laborales lo permiten. Gigantes que elevan efímeramente la imaginación de los hombres vueltos artesanos. De las manos de un indígena y un ser mítico, la ilama despega hacia el horizonte habitado por otros globos similares y uno en forma de cruz. La ferviente religiosidad tuxtleca, caracterizada por Torres como un elemento más en vuelo, nutre de elementos simbólicos la idea que el pintor enuncia en su obra. Asimismo, el chaneque acompaña con rituales el culto a lo divino, manifestando en ello la devoción que dota de sentido la vida de los sanandresinos. Junto a él, los huapangos y cantos profanos de los chocos animan las festividades, las engalanan con música, baile y alegría.

La obra pictórica “Choco y chaneque de jade soltando una ilama” engloba algunos de los elementos que compone las tradiciones a continuación descritas. Dividido en dos secciones, en este capítulo se delinear los pormenores de las celebraciones más significativas de San Andrés. Tomando como punto de partida las fiestas patronales en honor al apóstol y la suelta de globos, perfilamos la descripción etnográfica de una cultura escrita por quienes la viven. Un proceso material que constituye las experiencias de los sujetos a la par que estos erigen en ella significados (Roseberry, 2014: 68, 85); una cultura viva donde las relaciones de poder crean las formas culturales que a continuación abordaremos. Formas que intrincan los diferentes puntos de vista que los tuxtlecos enuncian en torno a una festividad o actividad. Así pues, nos adentramos en una cultura dinámica conformada por relaciones de poder que estructuran significados y éstos, a su vez, moldean al poder que los acota (Roseberry, 2014: 79).

Las fiestas en San Andrés son algo más que un espectáculo folclórico, tradicional y bucólico. Son dinámicas en las que el pasado y el presente entremezclados, definen las

acciones y significados que los sanandresinos otorgan a la suelta de los globos de papel y a la danza de las mojjangas. En este sentido, presentamos el primer apartado de nuestro recorrido, las fiestas titulares en honor al apóstol San Andrés. Celebradas anualmente el 29 y 30 de noviembre, la juerga articula diferentes momentos en los que lo religioso y mundano compaginan el bullicio de un pueblo festivo con el culto a un apóstol católico. Con los primeros rayos del sol, en la madrugada del 29 de noviembre los sanandresinos abarrotan las silenciosas calles del poblado para acompañar el recorrido del santo y sus feligreses. Bailando, brincando, cantando y riendo, los tuxtlecos anuncian el inicio de los días más importantes en su calendario religioso. Días que avivan los antagonismos entre el pasado y el presente, entre la realidad y el anhelo de una tradición recreada.



“Choco y chaneque de jade soltando una ilama”, autor Víctor Torres.

La danza de las mojigangas. Las fiestas titulares de San Andrés Tuxtla

Dicen que la mojiganga
esta tarde ha de salir
y que poco ha de vivir
quien no aproveche esta ganga
de gozar y de reír.

No bien asoma en el Oriente
del alba la luz temprana
y el tañer de una campana
está despertando la gente
desde la Iglesia cercana.

(“Hay fiestas en mi pueblo” por Juan de la Cera)

De un templete iluminado por brillantes luces, descienden los músicos que interpretaron los últimos sonos del Encuentro de Jaraneros “Los Juanitos”. A un costado de la catedral, buscan resguardo de la lluvia que asedió la noche de su presentación. El público, escaso y mojado, se despide del lugar no sin antes asomarse al huapango que algunos jóvenes y viejos improvisan debajo de una endeble carpa de acero. En ella, las jaranas percuten los sonos tuxtlecos y el compás del zapateado femenino acompaña el insigne canto de los jaraneros. Apretujados, los músicos resguardan sus instrumentos del chubasco y se incorporan al borlote que pronto muda de lugar. La lluvia y la falta de espacio, obliga a los vehementes músicos a cargar la pesada tarima de madera con rumbo a los portales del palacio municipal. Con la tarima como guía, el grupo atraviesa el parque Lerdo, centro de la ciudad de San Andrés Tuxtla, para continuar la celebración en los arcos del inmueble gubernamental. Allí tocarán y bailarán toda la noche. El alcohol, las risas y las pláticas serán sus aliados en una fría noche que anuncia el inicio de las fiestas patronales del poblado.

Uno tras otro, son interpretados los sonos de la región por los músicos del campo que arribaron al encuentro. Parados junto a la tarima, los viejos músicos dictaminan la cadencia de la música orquestada por las jaranas, el canto y el baile. Todos participan en el huapango, incluso aquellos que solo observan lo que acontece en el entablado de madera. Las miradas, la plática y la curiosidad delatan la complicidad de su presencia. La

noche prosigue su curso y la lluvia otorga una tregua a los músicos que, sedientos y con hambre, caminan a las tiendas aledañas en búsqueda de alcohol y alguna botana. La música emitida por el pequeño contingente invade el silencio de las calles circunvecinas. A lo lejos, se alcanza a percibir la alegría con la cual los jaraneros celebran la conclusión de un evento que los convocó en torno a una celebridad religiosa. De entre las personas congregadas en las puertas del palacio municipal, salen algunos jóvenes con rumbo a los barrios contiguos. Sus pasos y las pláticas que alegremente entablan, atestan el sosiego de las oscuras calles que albergan su andar.

Entre las sombras de las viejas casas, los jóvenes prosiguen su camino hasta arribar al barrio de Campeche. Ubicado al norte de la ciudad, justo al pie de la carretera federal que comunica a la ciudad con las poblaciones de Santiago Tuxtla y Catemaco. El barrio es el hogar de César Villegas, quien junto con sus hijos y otros jóvenes que lo asisten, confecciona en el patio de su casa los últimos detalles de las mojigangas que acompañarán el recorrido de La Aurora. Con férrea voz de mando Cesar, o el *Tajalate* como lo conocen en el barrio, delega las responsabilidades que cada muchacho tendrá en las horas previas a la salida del coche que transportará a La Aurora por las calles de la ciudad tuxtleca. Apresurados, los jóvenes pegan el oscuro estambre en las cabezas de tela y aserrín del muñeco que asemeja al tabacalero Alberto Turrent. Otros deshilan la amarillenta rafia que es atada a líneas de tela que recubren un overol usado por los obreros de Pemex. “Es para el oso”, dicen mientras atan los trozos de fibra a la indumentaria que viste quien personificará al animal. En el piso, los restos de estambre, rafia, pegamento y pintura delatan las largas horas de trabajo del grupo en el lugar.

El frío de la madrugada prolonga el cansancio de los amigos y familiares de Cesar. Sus perros no dejan de ladrar. En el frente de la casa de madera y lámina otros adolescentes juegan con los muñecos ya terminados. Los hay de diferentes tipos, algunos tienen forma de payasos de circo, otros de arlequín, inclusive hay uno inspirado en la caricatura de Memín Pingüín. Al estar armados con una estructura de bejuco seco y recubiertos con tela, los muñecos son livianos y fáciles de manipular. Con una altura de alrededor de dos o tres metros y cabezas rellenas de aserrín, los muñecos –que en el

poblado tienen el nombre de mojíngangas— forman parte del contingente que recorrerá las calles en las primeras horas del 29 de noviembre. A lo lejos, en punto de las cuatro de la mañana, los cohetes anuncian el inicio de las fiestas. Los adolescentes, impacientes ya después de la espera, se aproximan a la casa de Cesar para saludarlo y preguntar si pueden cargar uno de los muñecos confeccionados en su casa. Son pocos los que reciben la aprobación de Cesar, el celo con el que elaboró por semanas las mojíngangas lo obliga a ceder el gusto de quienes lo ayudaron.

El estruendo de los cohetes y la monótona melodía que ejecutan algunos músicos desde un viejo camión de redilas, anuncian el avance que hace La Aurora en las calles del poblado. La Aurora, personificada por una niña que viste un blanco y elegante atuendo, representa en el catolicismo los primeros rayos del sol, el triunfo de la luz sobre las tinieblas. Alrededor de ella, otros infantes engalanan la carreta de acero que fue adornada con intensas luces. Desde un podio la niña saluda a quienes observan su recorrido. Detrás de La Aurora, un grupo de mujeres y hombres bailan las mojíngangas al compás del son de “La Tuza”. Monótona y repetitiva es la melodía que interpreta la pequeña banda transportada en la batea de un camión. De entre las calles aledañas salen otras mojíngangas. Detrás de ellas, familias enteras se incorporan al recorrido acompañadas de los muñecos que encabezan su contingente.

Frente a su casa, mientras fuma un cigarro, Cesar asigna a los jóvenes los muñecos, los coloca sobre sus hombros. Su mirada y expresión denotan la satisfacción y el orgullo que lo llevaron a invertir tiempo, dinero y trabajo en la confección de los diferentes muñecos. “Después de todo, lo que importa es la diversión”, dice mientras entra a su casa para recoger el resto de figuras. A su salida, ya lo esperan ansiosos otros jóvenes que desean cargar los *totoles* y el enorme toro que Cesar fabricó con bejuco y tela. A diferencia de las mojíngangas, los *totoles* —figuras en forma de guajolote— y los toros, no recubren la totalidad del cuerpo del portador. Los tirantes que los sostienen cuelgan en sus hombros, permitiendo entonces otro tipo de manipulación y de comportamiento. Mientras las mojíngangas bailan, saludan y se contorsionan, los *totoles* y el toro corren incesantemente alrededor de los grandes muñecos de tela. Quienes los

cargan deben de asumir el comportamiento del animal, para lo cual los *totoles* cuentan con un mecanismo en el cuello que facilita su manipulación. Moviendo los largos pescuezos mediante un hilo, los jóvenes emulan a los guajolotes que picotean el piso. A diferencia de los guajolotes, los toros figuran como amplios cuerpos de tela blanca a la altura de la cintura de los jóvenes. Con dos cuernos al frente y una cola detrás, los toros corren de un lado al otro, siempre alrededor de las mojigangas.

El último en salir de la casa fue el “oso”, un joven delgado y de mediana altura que vistió el overol recubierto por rafia. En la cabeza porta un casco que fue modificado con los rasgos caricaturescos del animal. Brincando de un lado a otro y agitando los brazos de arriba abajo, el muchacho practica los movimientos que ejecutará durante el trayecto de La Aurora. El avance de la caravana de feligreses arriba a la carretera federal, en la esquina contraria los adolescentes esperan impacientes que el contingente pase frente a ellos para incorporarse detrás de los pobladores de los barrios que ya suman más de cien personas. Los *totoles*, el toro, las mojigangas y el oso corren al frente del grupo. Son la tradición personificada y, en la política instituida por la administración municipal actual, su lugar corresponde al de honor al frente de todos los barrios. Aunque el templado clima de la madrugada tuxtleca nubla el cielo oscurecido, en las calles de San Andrés la gente baila y corre detrás de los camiones que transportan los sonidos que amenizan la fiesta.

Tras La Aurora van los barrios con sus mojigangas. A diferencia de las tradicionales, los muñecos que bailan al compás de música electrónica tienen otra estética. Son más altos, miden más de cuatro metros, y los adolescentes que los cargan semejan diminutos personajes ante las dimensiones de las creaciones que elaboraron en la intimidad de sus hogares. Algunos de estos muñecos representan las caricaturas populares del momento y otros, los más vistosos, parodian de forma grotesca la estética del anime japonés. Brincando y en grupos compactos de veinte o más mojigangas, la caravana barrial impone otro ritmo a la celebración. Las enormes bocinas negras, transportadas en grandes camiones, emiten una estruendosa música que, con la asistencia de un animador, incitan a los jóvenes a vociferar loas que enaltecen sus barrios. El grito de “Galeaaana ¡A

huevo!, Galeana, Galeana, Galeana, ¡a huevo, a huevo, a huevo!” se repite en más de una ocasión mientras la música electrónica y las luces neón recubren los giros que los jóvenes hacen con las mojíngas.

Conforme avanza La Aurora, el contingente duplica su tamaño y la gente, desde banquetas y balcones, observa atónita el espectáculo. Lentamente, la inmensa cantidad de personas abarrotan las calles, acompañan a las niñas del camión y ovacionan a las mojíngas tradicionales. Al arribar a la entrada del pueblo, la caravana detiene la marcha para reordenar el caos desatado por los diferentes carros de sonido. Los organizadores, en su mayoría burócratas municipales asistidos por la policía municipal, asignan a cada barrio el lugar que ocuparán en lo que resta del trayecto. A la cabeza va La Aurora, el camión con la banda y las mojíngas tradicionales de los barrios de San Antonio de Padua y Campeche. Detrás, cientos de jóvenes y familias y camiones atestados con bocinas, componen un paisaje abarrotado por mojíngas que giran incesantemente. En ese orden entra la muchedumbre al centro del pueblo. Descienden por la calle Benito Juárez para después pasar por detrás del mercado municipal, en ciertos momentos la trayectoria instituida por los organizadores torna caótico el tránsito.

La escarpada geografía de la sierra tuxtleca y el crecimiento improvisado de la mancha urbana, delinearón angostas calles en algunas zonas de la ciudad. Por allí caminan y bailan las mojíngas. La luz de la mañana asoma algunos destellos y luego de casi tres horas de recorrido, La Aurora arriba al parque Lerdo. Seguido por los muñecos tradicionales y la banda de música, el contingente arriba al corazón de San Andrés entre aplausos y porras. El trayecto en un espacio abarrotado por personas que, colgadas de los árboles del parque, de pie sobre los templetos o desde el quiosco, admiran el baile de los monigotes tradicionales. Unas cuerdas antes de llegar al parque, las autoridades municipales desvían el curso de los estruendosos sonidos y sus mojíngas. No quieren que su presencia apabulle la normatividad instituida por la política municipal. Sin oponer resistencia y en medio de bailes, los contingentes retornan a sus barrios para descansar después de recorrer más de la mitad del poblado. En el Parque, Cesar resguarda el baile de sus mojíngas. Los *totoles* persiguen a las muchachas y las hostigan con sus picos, el

toro corre de un lugar a otro en búsqueda de alguien que lo pueda torear y las mojigangas danzan al compás de la banda. Al pie de la catedral, la niña que personifica La Aurora, desciende del camión que la transportó y, junto a los otros infantes, se preparan para entrar al recinto sagrado.

En el parque, mujeres reparten tamales de dulce y atole a todos los asistentes. Es parte de la costumbre corresponder con comida a todos los que sacrificaron el sueño para participar en el recorrido de La Aurora. El aroma a tamal inunda el espacio que horas antes había resguardado a los jaraneros. Del huapango queda nada más la tarima y algunos músicos que dejaron de tocar ante el bullicio de las personas. En la catedral, la niña vestida de blanco hace su entrada bajo la guía del párroco. Afuera, Cesar y sus amigos interrumpen el baile para buscar tamales y descansar. Lentamente, la muchedumbre se dispersa y pocos entran a escuchar la misa que oficia el sacerdote. Aún restan dos recorridos más y la administración de la fuerza física se torna imprescindible. Luego de tres horas de recorrido, el bullicio de cientos de personas que bailaron y gritaron hasta el cansancio, el estruendo de los cohetes y la música electrónica que cimbraron la serranía tuxtleca cesan, concluyendo así el trayecto de La Aurora. Con ello las fiestas en honor al apóstol San Andrés quedan inauguradas y la vida en el poblado serrano detiene su ritmo dos días. Aunque la tranquilidad que caracteriza a la pequeña urbe brevemente retoma su ritmo, solo lo hace para permitir el descanso y la organización de los siguientes desfiles y recorridos.

Las fiestas en honor al apóstol constituyen el punto más álgido del calendario religioso tuxtleco. En torno a su celebración cientos de personas que migraron o que habitan en las localidades aledañas arriban a la ciudad para compartir el momento con sus familiares o amigos. Aunado al culto de la virgen de Guadalupe y al santo San Judas Tadeo, la devoción a San Andrés corresponde a la institución de un catolicismo fincado en la costumbre de los tuxtlecos. Debido a su importancia y a la multitud que arriba al lugar, la intervención de las autoridades municipales se ha naturalizado como un elemento más de la tradición. Ellos son los encargados de vigilar y resguardar la integridad de todos los que participan del borlote. Además, organizan la participación de

los diferentes barrios que asisten a los tres recorridos. El de La Aurora en la madrugada del 29 de noviembre, es solo la antesala de otros dos más grandes y bulliciosos. En la tarde del mismo día, los contingentes de mojigangas vuelven a recorrer las calles. A diferencia de La Aurora, los desfiles de la tarde asemejan más un carnaval que una celebración religiosa. De ahí que la presencia de las autoridades municipales se vuelva necesaria. Pero su participación tan activa en las fiestas encubre otros intereses.

En el año de 2014, el ayuntamiento de San Andrés Tuxtla, presidido por Manuel Rosendo Pelayo, inició la campaña publicitaria “Descubre San Andrés”. Mediante la difusión masiva de anuncios comerciales que definen al poblado como resguardado por espectaculares paisajes y recursos naturales prístinos, la política turística implementada buscó atraer nuevas inversiones y visitantes. Además de los espectáculos naturales, la promoción incorporó a los posters y comerciales elementos definidos como tradicionales. Las ilamas y las mojigangas ocuparon un lugar importante en la reconfiguración de la identidad tuxtleca construida por el ayuntamiento. La intención era presentar un lugar “naturalmente mágico”, plagado de aventuras y experiencias culturales únicas en la región. Para lograr su cometido, la administración municipal estructuró diferentes equipos de trabajo que entablaron charlas y negociaciones con los personajes más destacados en cada elemento definido como tradicional. En el caso de las mojigangas, por ejemplo, el ayuntamiento recurrió al trabajo de las señoras del barrio de San Antonio de Padua. Un grupo conformado por educadoras retiradas que, desde el año 2011, trabaja por recomponer una celebración que dista mucho de lo que ellas definen como “la tradición”.

Luego que el ayuntamiento conformó en el año de 2014 el Comité Pro Fiestas Patronales, la maestra Ana María Campos Cadena se incorporó a la organización de las celebraciones en la ciudad. Ella fue, en sus palabras, una de las pioneras en el rescate de las tradicionales mojigangas. A su decir, el rescate emprendido por las mujeres de su barrio inició en la década de 1990, cuando la violencia suscitada por las rencillas entre los barrios se había apropiado de la fiesta. Con temor y la influencia indirecta de las políticas nacionales que incentivaron las actividades turísticas apuntaladas en la cultura de las

poblaciones, el pequeño grupo de educadoras salió en defensa de su tradición. La maestra Ana María rememora lo ocurrido:

En el 2011, mi mamá que fue una persona a la que le gustó defender las tradiciones, se abocó a la investigación del traje [típico] junto con mi tía. Y pues bueno, dijimos, “¿por qué no rescatamos o tratamos de hacer algo por rescatar las mojigangas?” Era, en aquel entonces, como una utopía. Porque bueno, fue precisamente en 1993 cuando el director de la Esbio saca las mojigangas gigantescas y no es que sean feas, sino simplemente era la tradición. Y uno lo recuerda la mojiganga original y decimos, “¿por qué no nos lanzamos al rescate?” Nos armamos de valor las señoras del barrio y salimos con una sola mojiganga, ¡una! Armamos un carro alusivo al santo patrono, entre los mismos vecinos, uno prestó la camioneta y entre todos la armamos. Tratando de no brincarnos las trancas, metimos un oficio al ayuntamiento avisando que teníamos un carro y una mojiganga, que si nos permitían participar y nos dijeron que sí. Fuimos y encabezamos el desfile. Atrás venía todo el relajo. Al año siguiente, nos enteramos que IVEC [Instituto Veracruzano de Educación y Cultura], en coordinación con Conaculta [Consejo Nacional para la Cultura y las Artes], pues tienen estos programas de apoyo sobre cultura, ¿no? Pues dijimos, “bueno, nada perdemos con hacer la prueba” y metimos nuestro proyecto y nos lo autorizaron. El proyecto se llama “Rescate de Mojigangas Tradicionales de San Andrés Tuxtla”. (Ana María Campos Cadena, 26 de noviembre de 2014).

Con el resguardo de la policía, la educadora salió a las calles con una mojiganga hecha de tela, aserrín y bejuco. Si bien el resto de los participantes construyeron sus muñecos empleando materiales como tubos de PVC, mangueras, papel maché o fibra de vidrio, las señoras del céntrico barrio San Antonio de Padua navegaron a contracorriente. En el marco del proceso que en 40 años transformó los muñecos, la tarea emprendida por la maestra Ana María Campo intentó restituir la antigua noción de la tradición, aquella fincada en la memoria y en los escritos de personajes como León Medel y Alvarado. Siguiendo al historiador más reconocido de San Andrés, el primer registro hecho de las mojigangas data de 1897 (Medel, 1993). En este relato, los muñecos toman como antecedente las Fallas que acompañan las fiestas de la provincia de Valencia en España y definen a las mojigangas como sátiras que la población hace de algunas personas del lugar, particularmente de los patronos o políticos. Partiendo de esta noción, personajes como el maestro Sixto Carvajal –actual cronista de la ciudad– nutren el ideal de la tradición con la experiencia personal. Al respecto, el cronista de 64 años y reconocido

orador en la política sanandresina define, desde la autoridad investida por el ayuntamiento, a las mojigangas:

Era destacar, reconocer a los personajes de nuestro pueblo... A los personajes típicos, muy originales por su personalidad y también satíricamente exhibir a los políticos que se pasaban, que nunca se paraban dónde estaba la gente. Entonces decían, “¡vamos a sacar a don fulano!” Pero lo hacían como caricatura, de tal suerte que se ridiculizaba. En eso trabajaba la gente y diseñaban a las personas sobre la marcha... [En el año de 1956] ya empezaban los más ingeniosos y ya decían, “¿a quién vamos a hacer? A Petrita Señal” Era una señora muy peleonera y muy revoltosa, pero muy querida por todo el pueblo. Pero ya la señora tenía fama desde los años treinta. Tenía su rebozo, sus huaraches y se parecía mucho a la india María. Pobre del que le dijera algo o le hiciera algo, porque se volteaba. Entonces se les ocurrió hacer a Doña Petra, porque una de las características de la mojiganga es reconocer a los personajes por sus servicios a la sociedad, a los malos políticos o a la gente típica... Había otro señor, el Negrito Planchador que por donde andaba escuchabas su risa, era muy ocurrente y todo el mundo lo quería, también lo personificaron. Estaba Don Emilio López Miranda, que fue de los primeros ricos comerciantes que hicieron un emporio, lo sacaron [lo representaron]. Y ya la gente decía, “¡miren ahí viene don fulano!” Sí no le acertaban mucho al rostro, sí a los rastros, a la vestimenta y por algo tú identificabas. Además, le ponían un letrero con el nombre, “don fulano”. (Sixto Carvajal, 23 de noviembre de 2014).

La descripción que narró el maestro Sixto Carvajal retoma en gran medida el trabajo hecho por los cronistas que le precedieron. El reciclar a partir de lo escrito en otras épocas las definiciones y significados de los elementos más típicos de la población, afianza la noción de continuidad y permite al cronista en turno complementar las descripciones con experiencias personales. Es desde esta dinámica, investida de autoridad por el ayuntamiento y la población, que la idea de tradición y mojiganga establece una asimetría con la realidad actual. En las últimas cuatro décadas, según el director de la Casa de Cultura, Andrés Bernardo Moreno Nájera, las mojigangas han experimentado diversos cambios en diferentes momentos. En la década de 1970, quienes manipulaban las mojigangas comenzaron a emplearlas en actos violentos, fuera de lo acostumbrado por la población. Por ejemplo, de un coscorrón dado con la cabeza de aserrín del muñeco, los jóvenes de la época intensificaron el impacto tras colocar piedras o yeso en vez de viruta. Asimismo, el tamaño fue reducido al grado que los personajes representados alcanzaron el puño de quien los portara. Cargando el muñeco de tela y piedras en la

mano, los participantes de la celebración entraban a una arena de combate donde las disputas entre los barrios o los problemas personales se dirimían. En la opinión del maestro Andrés Moreno, las mojigangas no fueron las únicas en cambiar su uso, los *totoles* y los toros también fueron modificados para que portaran navajas o clavos que herían a los contrincantes.

En el contexto de la crisis agrícola de 1970, la expansión de los caciques y la migración del campo a la ciudad, las mojigangas de San Andrés Tuxtla ilustran las tensiones suscitadas en la población. Muchos fueron los heridos, algunos inclusive perdieron la vida y los recorridos fueron la antesala de batallas campales libradas en el parque Lerdo. Al respecto, Cesar Villegas, originario del barrio de Campeche, define a las pequeñas mojigangas de su infancia cómo “muñecos de golpe”. Una vez que iniciaba el recorrido de La Aurora, los barrios se incorporaban al borlote y entre los muñecos y la ropa se ocultaban diversas armas. La expresión “¡yo ya vengo preparado!” esclarece la forma como se naturalizó la violencia. Los hombres de los diferentes barrios arribaban al lugar cargando piedras, palos, tubos, cadenas, desarmadores y cuchillos, todos ocultos o parte de los muñecos. Con la intención de agredir a los barrios contrarios, los conatos de violencia pasaron a ser parte de la norma al interior de la celebración. En el caso de Cesar, su sobrenombre *Tajalate* adquirió mucha relevancia en aquellos años. Junto con otros pobladores del barrio de Campeche, defendió el territorio y los intereses de los jóvenes de cualquier agresión. Habitado por albañiles, carpinteros, carniceros y obreros de la Comisión Federal de Electricidad, en el barrio de Campeche las disímiles relaciones entre las clases sociales motivaron la comunión de los jóvenes marginados. Con ello, la defensa de lo propio, del territorio, de la esquina o de la *banda* adquirió relevancia en las dinámicas de poder al interior del barrio. En este sentido, Cesar defendió al barrio y la *banda* en los partidos de fútbol, en las fiestas de quince años y en los “muñecos” – término con el cual nombra el recorrido de las mojigangas–.



En la búsqueda por redefinir lo tradicional, las señoras salen, junto con sus nietos, a recrear aquello que vivieron en su juventud. Las mojigangas tradicionales, a diferencia de las contemporáneas, exaltan los valores de un pasado idealizado. [Fotografía: el autor, noviembre de 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

La violencia suscitada en 1970 obligó la intervención municipal a través de un comité dedicado a resguardar la seguridad de los asistentes. Con semanas de anticipación, las administraciones municipales registraban el nombre y el barrio de cada participante. A cambio, les otorgaban un número que obligatoriamente formó parte de la indumentaria que recubrió la mojiganga. En la memoria de algunos habitantes del barrio de Campeche, la cantidad de números que colgaron detrás de los muñecos semejó más una carrera de maratón que el recorrido de la imagen del apóstol San Andrés. No obstante, la violencia continuó por otros medios. Cesar recuerda una ocasión en la que 20 o 30 muñecos rodearon a un pequeño grupo de jóvenes mujeres que estaban paradas en la calle observando el paso de las mojigangas. Los monigotes comenzaron a darles los característicos besos con la cabeza, pero pronto los besos se convirtieron en golpes. Entre los hombres que propinaron los golpes, hubo algunos que manosearon a las mujeres, abusando sexualmente de ellas. Una vez concluida la agresión, las jovencitas corrieron en búsqueda de los hombres de su barrio y, junto con ellos, confrontaron a los agresores. Cesar recuerda la forma como volaban las piedras de un lado a otro, los gritos y la sangre que manó de las personas golpeadas.

Hechos como el narrado por Cesar derivaron en el retorno a la tradición entre los años de 1986 y 1987. Como lo platicaron Andrés Nájera, Ana María Campos y Cesar Villegas, la dirección de la Escuela de Bachilleres Doctor Isaac Ochoterena (comúnmente conocida como Esbio) intervino en los recorridos incorporando muñecos inspirados en las descripciones de Medel y los cronistas adaptados a la época. De acuerdo con Andrés Nájera, la tala intensiva de los montes, en particular del bejuco, propició su substitución por plástico y el cambio del tamaño de las mojigangas. De ser pequeños guantes de box, los muñecos de la Esbio alcanzaron los tres o cuatro metros, causando la admiración de la población. Inspirados por los monos o marmotas que recorren las ciudades de Oaxaca, los directivos y alumnos de la escuela de bachilleres transformaron la estética de las mojigangas en un lapso de tres años. En la década de 1990 los muñecos dejaron de representar a los pobladores y retomaron personajes populares del momento.

Las mojigangas contemporáneas resultaron del cambio hecho por directivos y alumnos de la escuela en 1987. El tamaño y los materiales empleados continúan siendo aquellos. Sin embargo, la estética es propia de los jóvenes que inspiran sus creaciones en caricaturas y tendencias que entre ellos acontecen. Hoy las mojigangas tienen rostros de animé japonés, miden entre tres o cuatro metros de alto, portan *dreads* y, en ocasiones, sacan humo o los ojos emiten luces. Frente a esta expresión de lo grotesco, las críticas hacia los barrios y sus muñecos han encontrado eco en las últimas administraciones municipales, en especial en la presidida por Rosendo Pelayo. La tarea que encubre la política “Descubre San Andrés” es una que homologa la definición de la tradición en relación con los valores y la estética dictaminada por cronistas, historiadores y el selecto grupo de promotores culturales. Indirectamente, el pacto establecido entre estos grupos, ha ocasionado una serie de críticas en torno al papel que el ayuntamiento desempeña en la administración de las tradiciones. Tomando en cuenta los elementos históricos y políticos ajenos al actual mandato, los promotores culturales (maestros, músicos e investigadores) han sido los más críticos con el Ayuntamiento y la población.

Cada promotor cultural o persona que tiene injerencia en las decisiones culturales, emite una opinión que influye directamente a quienes los rodean. Por ejemplo, para Sixto Carvajal, cronista de la ciudad de San Andrés Tuxtla, la situación de las mojigangas demanda el reconocimiento de la estética actual consensuada con la noción de la tradición. En su opinión, los jóvenes no son los culpables y el aparato político debe asumir su responsabilidad:

No es estar contra la gente joven, que no lo vean así. Se trata de rescatar la esencia de nuestro pueblo... Quieren sus muñecos, quieren lo que les tocó en su época. Es que hay un error y no es culpa de ellos. Es como el padre que por hacer dinero se desatiende de ellos y ellos, los pobres, hicieron lo que les gusta. Está muy justificado, pero hubo un descuido. La autoridad tiene la culpa de esta situación. Las fiestas se dejaron a la deriva... No se trata de ese choque, tenemos que ir sensibilizando poco a poco a los jóvenes... Si queremos que cambie la mentalidad de nuestra gente, tenemos que educar con el ejemplo. (Sixto Carvajal, 23 de noviembre de 2014).

Los directivos de la Casa de Cultura identifican como una crisis la rencilla entre las mojigangas de los barrios y las instituidas por el municipio. Al respecto, Andrés

Nájera, importante personalidad en el mundo de la cultura y de las jaranas en San Andrés opina lo siguiente:

Desafortunadamente ahorita la mojiganga ha caído en un esquema muy crítico... Ha perdido su esencia y ha rebasado a las autoridades. Las autoridades hoy no pueden hacer nada con los barrios que sacan sus muñecos completamente diferentes, con la música que rompe con todo. Hoy ya tenemos muñecos de tres metros de altura y a veces los chamacos ya no pueden y ahí andan cargándolos. (Andrés Nájera, 24 de julio de 2014).

Del mismo modo, José Luis Constantino Villegas, célebre jaranero e instructor musical de la Casa de Cultura, en una plática que sostuvimos en relación con las fiestas, enfatiza la responsabilidad que tienen los padres en la educación sus hijos. Los valores y tradiciones, en su opinión, recaen en la transmisión de generación en generación, en la enseñanza de padres a hijos.

También es un error del papá, sí yo sé cómo es la cuestión, entonces digo: “no hijo, la mojiganga se trata de esto”, le explico cuál es la función. Pero lo primero que dice el papá... “es que no era mi época. Tu época no fue la mía hijo, ¿quieres una mojiganga?” “La quiero de Spiderman o de una caricatura”. Esa es la cuestión, que por darle gusto a tu hijo para que ande con la mojiganga, ¡ah, pues una caricatura! Pero se rompe la idea de lo que realmente es la mojiganga. (José Luis Constantino Villegas, 30 de noviembre de 2014).

Considerando las opiniones expuestas, hay muchos responsables en la distorsión de lo que ha sido definido como la tradición. Cada sentencia aquí reproducida ejerce una crítica desde posicionamientos que comparten algunos valores y demandas. Ante esto, los responsables de las políticas turísticas “Descubre San Andrés”, incorporaron los anhelos de los promotores en el año 2014. Al respecto, Norberto Martín Tepach, Oficial Mayor de la actual administración y responsable del recorrido y las mojigangas, planteó meses antes de la celebración una serie de reuniones en el Salón de Cabildos con los representantes de los barrios participantes. En ellas, el Oficial Mayor intentó retomar las alianzas que en fechas anteriores consolidaron el éxito de otros eventos. No obstante, en las mojigangas encontró lo siguiente:

Ya conocíamos a los globeros y la mayoría hacen mojigangas también, los volvimos a invitar. Pero ahí la respuesta no fue buena, no llegó casi nadie a la reunión, no les interesó porque cuando empezamos con ellos, poco a poco

a justificar, para que no les cayera de golpe, “¿sabes que? vas a cambiar tu muñeco”... Al muchacho que hace mojigangas no le interesa hacerlo como era antes porque para ellos es feo... Hay muchachos que ya nacieron conociendo las mojigangas como son, nadie se preocupó desde entonces en rescatarla, en encausarla como debieron de haberla hecho... Se pusieron las personas jóvenes en contra de las mayores y las mayores en contra de los jóvenes y ¡eso fue un pleito de barrio! (Norberto Martín Tepach, 22 de julio de 2015)

Las diferencias entre el pasado y el presente no son exclusivamente un asunto de edades o de la dicotomía tradicional/moderno, sino son un juego de poder, en el que los designios del Estado intentan, mediante el consenso primero, cambiar la idea que los lugareños tienen acerca de su pasado, de la identidad que los constituye. Tomar como aliados a los promotores culturales y los valores por ellos defendidos, justifica las acciones de una administración que intenta por todos los medios hacer del pueblo un atractivo turístico. El retorno a las tradiciones, al pasado originario, es solo el vehículo de un proceso político encabezado por el Estado que tiene como finalidad la apertura de un nuevo nicho de explotación capitalista. La cultura, definida como tradición bucólica en el proyecto “Descubre San Andrés”, es empleada en tanto mercancía. Quienes la viven, pueden o no estar de acuerdo con el cambio en la definición, no obstante, el proceso continúa. El recorrido hecho por las mojigangas en la tarde del 29 de noviembre, ilustra la forma como se ejerce el poder en San Andrés Tuxtla.

Reunidos en la calle posterior a la Catedral del poblado, los organizadores disponen los últimos ajustes en el recorrido de la imagen del apóstol San Andrés. Representado por un joven ataviado con la túnica y los colores que distinguen al santo, la imagen recorrerá el mismo trayecto hecho por La Aurora horas antes. Detrás de la plataforma metálica confeccionada con elementos de la flora endémica del lugar, los músicos que interpretan la música de la extinta Orquesta Ideal, afinan los instrumentos. La temperatura desciende. El ambiente generado por los asistentes torna la celebración en algo similar al Carnaval de Veracruz. A las cuatro de la tarde la imagen del santo inicia el recorrido. Entre cohetes, la monótona melodía de la banda y el baile de las mojigangas tradicionales dispuestas por las señoras del barrio de San Antonio de Padua, la comitiva

avanza hasta llegar al boulevard. Allí, diversos contingentes oriundos de los barrios populares esperan el arribo de la multitud para sumarse.

El santo apóstol avanza, detrás de él los equipos de sonido y las mojigangas de los barrios populares de Campeche, Gómez Pedraza, Belén Grande y Chico, Buena Vista y el contingente de la calle Corona, suman sus muñecos a la muchedumbre que camina delante de ellos. Su incorporación es regulada por los oficiales de tránsito, quienes tienen la facultad de impedir que los jóvenes acompañen a la turba en caso de incumplimiento de las condiciones expuestas días antes por el comité organizador. Al respecto, Cesar Villegas comparte lo que escuchó en la reunión a la que asistió días antes a la celebración. A cambio de algunos insumos empleados en la elaboración de las mojigangas tradicionales, los “artesanos” se comprometieron a acatar una rígida normatividad que encuadró la noción de lo tradicional. En ese sentido, Cesar y los jóvenes que lidera en el barrio Campeche tomaron una serie de previsiones para evitar que les impidieran la participación

Tratar de no poner música altisonante o que distorsione lo que vamos a hacer. Dos, no alcohol, no droga. No llevar armas, porque nos van a llevar protección, porque como dicen ellos, “si quieren a la policía o a la estatal, se las mandamos, pero la gente se va cohibir”. Entonces yo controlo a mis chavos en ese aspecto, a mi gente. Nos ponemos de acuerdo, decimos “vamos a ponernos camisas de negro y los de negro vamos a defender a los demás”. La demás gente de otros colores para identificarnos. Siempre hay empujones. A los del sonido le van a dar la música. Camioneta que no cumpla con los requisitos va a ser suspendida la licencia del chofer, con música que vaya en otro sentido. A los dueños de los sonidos que no hagan caso, que cambien la música, se los lleva la municipal con todo y sonido. Y si los chavos van fumando droga, la marina, protección o el ejército o la estatal, porque sí hay un chingo de gente... El que salga después de cuatro de la tarde, la municipal lo va a detener. (Cesar Villegas, 25 de noviembre de 2014).

Días antes, en el registro de los barrios, el Comité Pro Fiestas Patronales repartió discos compactos con la música tradicional ejecutada por la banda que encabeza el recorrido. Fue obligación de los animadores acatar la norma y lo hicieron. En sus grandes bocinas resonó el son de “La Tuza”, de las “Lavanderas de Chichichipilco”, la melodía de “R con R, cigarro”, todo al ritmo de la música electrónica. Los encargados de los sonidos

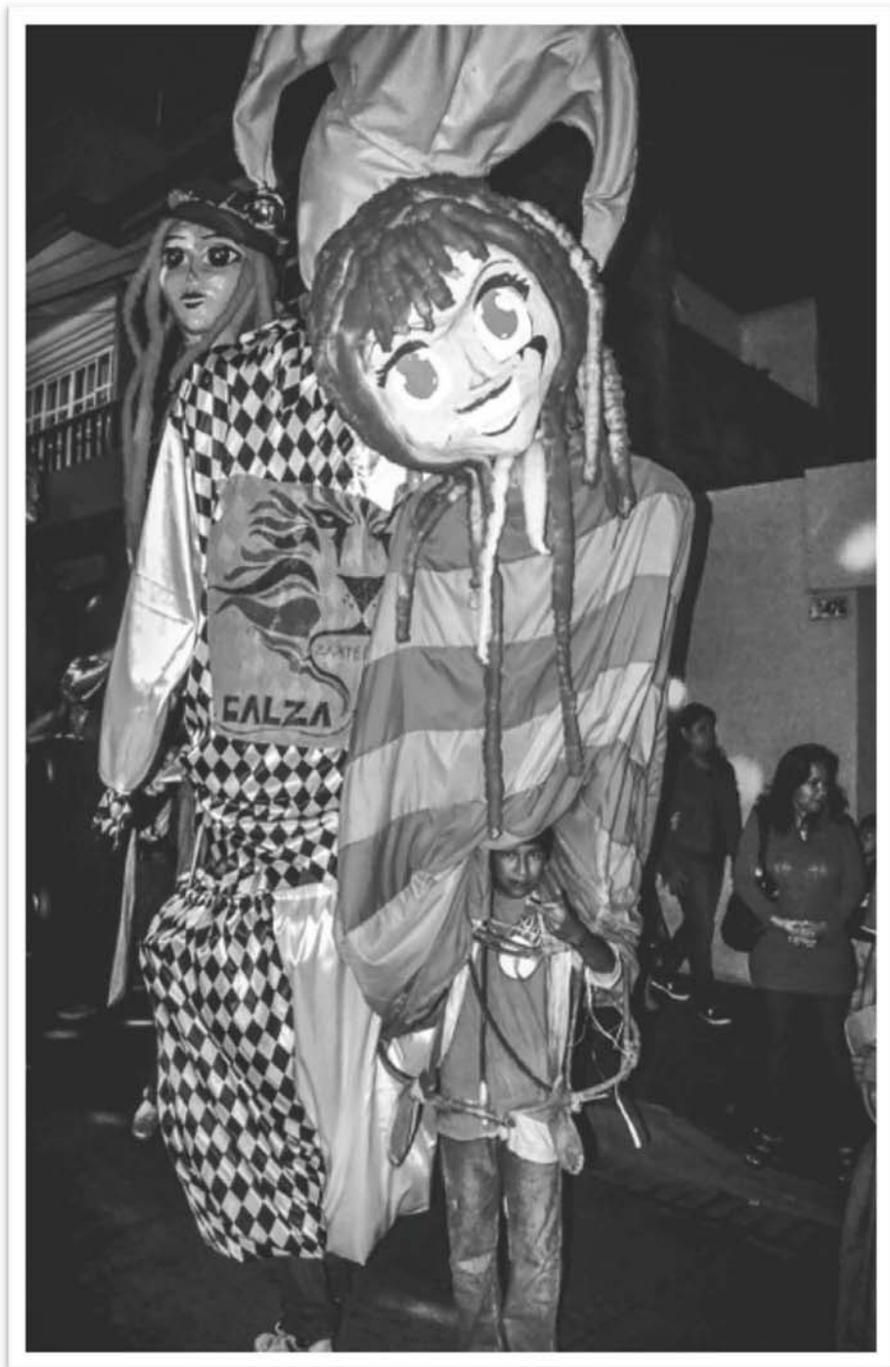
ya tenían en sus manos la mezcla hecha años antes. Conforme los barrios se aproximaban al lugar donde se encontraron con el resto de la multitud, los sonidos cambiaron la música a lo demandado por el ayuntamiento. Así avanzaron varias calles hasta que la policía o los oficiales de tránsito los perdían de vista. Una vez solos o lejos de las figuras de autoridad, cambiaban la melodía tradicional por reggaetón o por variaciones de la música electrónica. En el acto, sin titubear, los jóvenes formaron grandes grupos que, corriendo o brincando, empujaban a las mojígangas que caminaban detrás de los sonidos. Bailando al ritmo de la música electrónica, también arribó Cesar y el barrio Campeche a la entrada del pueblo. Emocionado por contar con un sonido obtenido mediante un patrocinio de último momento, bailó una mojíganga ataviada con las vestimentas de la población indígena de la zona.

En el trayecto que duró dos o tres horas, los jóvenes abarrotaron las estrechas calles del centro de San Andrés. Junto a familias enteras que atónitas observaban el paso de la multitud, los adolescentes bailaron, gritaron y corearon todos los éxitos del momento. Los barrios populares impusieron su forma de celebrar las fechas. Resultaron ser demasiados para un ayuntamiento que los amenazó y trató de cooptar con materiales empleados en la fabricación de mojígangas. Inclusive, el comité organizador planteó un concurso con la intención de acumular el mayor número de muñecos tradicionales. El premio fue de 20 mil pesos y el ganador sería aquel barrio con la mayor cantidad de *totoles*, osos, zapateros y mojígangas que emularan a los personajes del poblado. Al final, los incentivos no lograron contener el posicionamiento de los barrios y la fiesta reprodujo lo que años atrás había sido tan criticado.

Hubo consumo de drogas, los sonidos incitaron en más de una ocasión a la violencia o al desafío de la autoridad, los muñecos en forma de caricatura o animé japonés sobrepasaron la cantidad de mojígangas tradicionales, hubo pelás y algunos jóvenes resultaron heridos. Los condicionamientos y el ejercicio de poder poco efecto lograron ante masas de jóvenes que se lanzaron al goce de la fiesta. Muchos de ellos confeccionaron sus muñecos con sus ahorros o la buscaron patrocinios, otros pidieron prestados. Llegando al parque Lerdo, algunos jóvenes fueron detenidos violentamente por

la policía. Se les acusó de consumir marihuana y, ante la pasividad de sus vecinos o amigos, presentaron poca resistencia. Mientras los jóvenes transitaban a un costado del parque, los sonidos irónicamente reprodujeron los discos que contenían la mixtura de los sonos compuestos por la Orquesta Ideal y el ritmo electrónico.

Entre chiflidos, risas, brincos y muchas luces neón, los contingentes retornaron a sus barrios. Victoriosos y cansados, impusieron una vez más su designio sobre el proyecto de la administración municipal. No obstante, cada vez más gente asume la vuelta a la tradición de manera positiva. Para ellos lo primordial en las fiestas titulares es el regreso a la esencia del pueblo, al pasado idealizado o reconfigurado a través de la memoria. Luego entonces, el juego de poder continúa. Será mediante las negociaciones, el consenso o el ejercicio legítimo de la fuerza que el Estado construya, en el marco de sus intereses políticos, el sentido de la identidad tuxtleca. En las fiestas titulares de San Andrés, la religión quedó relegada de las celebraciones. Pocos feligreses asistieron a los rituales católicos, la mayoría optó por incorporarse a la danza de las mojigangas, al goce de la fiesta en los términos determinados por la historia y al mayor gasto que exige de los sanandresinos.



A diferencia de quienes enfatizan la noción de lo tradicional, los jóvenes en el poblado bailan con sus mojígangas, su estética y su idea de lo tradicional.

[Fotografía: el autor, noviembre 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

El vuelo de la ilama. Globos, globeros y tradición

Cada barrio tenía su artista, cada barrito tiene sus globos, lo suelta, el gusto es verlo ir. Yo a veces le decía a mi papá: es el gusto del choco nada más, porque ya nada más lo soltaban y ese era todo el gusto. Tanto trabajo, tanto estar gastando para que se vaya nada más en un ratito, se queme y ya (Andrés Nájera).

En la pequeña mesa de la sala, los jóvenes plasman el diseño que planearon con meses de antelación. Miden, cortan, empatan, pegan, arman y vuelven a medir. Uno tras otro los pliegos de papel china dan forma a la imaginación de los globeros. El ingenio proyectado sobre el papel posibilita la ensoñación del vuelo exitoso, la conquista efímera del cielo. Largas horas trabajarán hombres y mujeres en la confección de sus obras. El aire caliente elevará los anhelos de una población dedicada a otras actividades laborales. Los globos son, para muchos, la diversión, la comunión entre los miembros de la familia. Para otros, las ilamas y los trompos son nada más eso, figuras que recorren el cielo para el beneplácito de la población. En el mes de septiembre, el firmamento tuxtleco muda su semblante compuesto por nubes por uno más colorido, abigarrado de siluetas y la fugaz presencia de las obras de seres terrenales.

Es 15 de septiembre y en San Andrés Tuxtla los globos surcan los cielos. Uno tras otro elevan el vuelo las formas de un trabajo hecho en grupo. Rara vez alguien trabaja por su cuenta, la extenuante labor demanda la asistencia de otros. Ya sean familiares, vecinos, amigos o conocidos, los globos articulan a los tuxtlecos en torno a una finalidad, echarlos al vuelo. De entre los techos de las casas, emanan los trompos, las ilamas y las estrellas. Su ligera estructura cede ante los vientos que deciden la ruta que seguirán. Algunos alcanzan una altura tal que los conjuga con el firmamento, otros no corren con la misma suerte. De entre las calles, salen algunos niños corriendo y, con la vista fija en el aire, siguen la trayectoria de los globos que descienden. Gritando se dan ánimos mientras doblan la esquina. Tal vez el globo caerá en el techo, en el patio de algún vecino o quedará atorado en las ramas de algún árbol. Sin importar cuales sean las condiciones, los niños pondrán sus manos sobre la figura de papel. Subirán el árbol, entrarán a la casa

ajena o atravesarán la maleza de algún lote baldío, todo para recuperar el globo, cambiarle la borla y volverlo a elevar.

A lo lejos, en el estadio de beisbol Aurelio Ballados, el Ayuntamiento inaugura el Primer Festival Internacional del Globo de Papel. Una iniciativa creada para fomentar el intercambio cultural entre los diferentes artesanos que respondieron a la convocatoria. En el lugar se dan cita muchos de los pobladores para contemplar el espectáculo. Lentamente llenan las gradas que el Ayuntamiento dispuso alrededor del diamante verde. Afuera, una larga fila de personas ansiosas por entrar al recinto da la vuelta a la cuadra. Uno por uno, ingresarán al lugar después que los encargados de la seguridad hayan revisado sus pertenencias en búsqueda de algún arma o bebida alcohólica. Una vez adentro, el espacio donde juega el equipo de beisbol Los Brujos de Los Tuxtlas, se presenta ante el espectador en forma de una amplia arena verde. En medio están los animadores y a su costado algunos equipos extienden sus creaciones sobre el pasto para preparar su despegue. Con micrófono en mano, el animador instruye a la concurrencia los pormenores del evento. Pide insistentemente que mantengan la calma mientras orquesta porras. Después de una prolongada espera, arriba al lugar el presidente municipal, Manuel Rosendo Pelayo (2014-2017).

Acompañado por su comitiva, el presidente municipal recorre el campo tranquilamente. Sonriendo saluda a los asistentes y da palmadas en la espalda a los jóvenes que terminan de preparar el proceso de inflado de sus globos. Tomando el micrófono, “Chendo” –apodo que heredó en el tiempo de su campaña política– da la bienvenida a la concurrencia sanandresina:

Hoy como san andrescano me siento muy orgulloso y me siento muy motivado de este gran inicio de este Primer Festival Internacional de Globos. Ver nuestra plaza llena, ver la algarabía de la gente y ver sobre todo que muchos visitantes que vienen de diferentes partes de la República. ¡Bienvenidos a San Andrés Tuxtla!... Me siento feliz de que juntos podamos conjugar a todos los artesanos globeros de San Andrés. Como muchas familias con tradición, por más de cien años haciendo globos, hoy se hacen presentes. Hoy logramos a través de la coordinación juntar a todos los globleros, pero además logramos que San Andrés, siendo pionero de los globos en el país, logramos traer a todos los estados y municipios que se

dedican a la suelta de globos. Pero también invitamos a dos países que hacen globos, a Brasil y Colombia. Es para relacionar a todos los globeros y desde la cuna del globo, San Andrés Tuxtla, enseñarle al mundo lo que sabemos hacer.

Entre aplausos y porras orquestadas por el animador del evento, el presidente municipal emprende la retirada. Mientras camina rumbo a la puerta, a sus espaldas los dos equipos posicionados en el campo inflan apresuradamente los globos. En cuestión de minutos logran que el papel contenga el aire caliente que es introducido mediante un ventilador y un soplete de gas. Los aplausos comienzan a brotar de entre las gradas y, en segundos, todos ovacionan a los artesanos, quienes, in esperar alguna indicación, sueltan los globos. La borla encendida que mantiene la presión al interior del globo, despide una estela de humo oscuro conforme el globo emprende el vuelo. No pasa mucho tiempo para que los dos globos alcancen la altura necesaria para salir del recinto. Su salida anunció, en esa tarde de septiembre, la maratónica suelta de ilamas organizada por el Ayuntamiento.

Contra poniéndose a lo que acontecía en el estadio de beisbol, en el barrio de Campeche, en una pequeña superficie recubierta de cemento, los globeros del lugar inflan espectaculares figuras al compás de unas jaranas que amenizan el evento. A la orilla de la carretera, con poco espacio para maniobrar, hombres y mujeres trabajan en equipo durante todo el proceso de inflado y despegue. No hay estrés entre ellos, no obstante, se percibe cierta incertidumbre. Riendo preguntan unos a los otros sí todo va marchando bien. En la banqueta, numerosas familias observan pacientemente la elevación de la ilama. Los picos del dodecaedro, pintados de amarillo, azul y blanco, invaden el paisaje compuesto por las sencillas casas del barrio. Transeúntes y pasajeros de vehículos que transitan por la carretera admiran y fotografían el espectáculo con sus celulares o cámaras fotográficas, algunos más videograban. Todos al final obtienen un recuerdo del suceso.

Después de unos minutos, el globo comienza a elevar el vuelo. La gigantesca figura escapa de las manos de quienes se aferran a ella esperando que el resto del equipo encienda la mecha que mantendrá la combustión necesaria para su ascenso. Entre aplausos la ilama comienza a elevarse, conforme lo hace del piso levantan papeles atados por una delgada cuerda. Minutos después del despegue, de la parte inferior del globo

emanan unas incandescentes chispas que avivan las ovaciones del público una vez más. Ante la detonación muchos quedan atónitos y sus miradas siguen al globo en la espera de otro estallido. Conforme la ilama se eleva, los improvisados comentaristas –en su mayoría activistas políticos–, con micrófono en mano, narran la importancia que tienen la tradición en el poblado. Con ánimo exaltan la particularidad de la ilama, la habilidad de los globeros y la pertinencia que tiene la suelta en el contexto del barrio. Denuncian el falso espectáculo orquestado por el ayuntamiento en el parque de beisbol, critican la malversación de fondos que el municipio hace al transformar las tradiciones de San Andrés.

Los globos, y en particular las ilamas, las figuras inspiradas en la fruta endémica de la zona, corresponden al otro elemento que aglutina la noción de identidad en la población tuxtleca. En el contexto de las celebraciones patrias, el poblado libera cientos de globos en el transcurso del 15 y 16 de septiembre. Aunque la elevación de una ilama no es exclusiva de las fechas ya que la suelta puede ocurrir en cualquier momento del año, el marco de las festividades dota de sentido la liberación de las ilamas. De acuerdo con Bogar Vasconcelos Gil³³, la suelta de las ilamas adquiere una singular connotación. Bogar describe a la tradición como un proceso histórico influenciado por el arribo a la población de algunos personajes.

La tradición aquí llegó desde hace muchos años, desde finales del siglo XIX, principios del siglo XX, allá por 1898, como toda tradición pues tiene su base. Aquí la tradición es soltar globos entre el 15 y el 16 de septiembre, celebramos las fiestas patrias. Más que nada el globo lo comparamos como sinónimo de libertad, cuando el globo despega de sus ataduras del suelo se considera libre, ese es el significado que le damos con nuestras fiestas patrias. Esa es una. Se tiene documentado el primer festejo con globos en las fiestas patrias en el año de 1893 ó 1898, no recuerdo bien el año, es la fecha más antigua que se tiene documentada... Posteriormente, de acuerdo a esos primeros globos, cada año se comenzó a lanzar pequeños globos trompos, aquí los conocemos como globos de papel, en otros lados se les conoce como globos de cantolla... El globo a San Andrés llega como espectáculo de circo en donde un circo venía y presentaba dentro de su espectáculo un globo

³³ Bogar Vasconcelos cuenta con 38 años de edad, quien además de ser taxista y comerciante, es quizá el principal eslabón entre el gremio globero y el municipio por su trabajo como asistente en las oficinas municipales, también es identificado como un referente en el gremio de globeros de San Andrés

gigante que lanzaba, de tela. El precedente era que lanzaban un globo pequeño para calcular la dirección del viento. (Bogar Vasconcelos Gil, 30 de julio de 2014).

No todos los sanandresinos comparten la versión de que la suelta de los globos es un momento de “liberación”. Para muchos la tradición globera abarca otros elementos más allá del mero acto o el referente histórico. En tanto diversión, momento de esparcimiento en la infancia, el correr detrás del globo representó para algunos sanandresinos el referente obligado en la construcción significativa del suceso. Demarcado por los condicionamientos de clase, muchos niños pasaron las fechas patrias detrás de un globo ajeno. Tal fue el caso de José Luis Constantino, hoy jaranero e instructor de la Casa de Cultura, quien creció rodeado por importantes familias de globeros en el barrio de Campeche. El renombre del lugar, así como el de sus apellidos, demandaron de él una serie de habilidades. Al nacer en un lugar de renombre globero en la suelta de las ilamas, Constantino aprendió el oficio en las mesas de su casa y en las de sus vecinos. En las fechas patrias, los cielos de su colonia eran abarrotados con artefactos de todos tamaños, formas y colores. Aunque no careció de los medios para tener una vida sosegada, prefirió perseguir los globos junto a los niños que carecieron de ellos.

El gusto en los globos era la diversión de corretearlos. El chiste, la diversión era que tú lo recuperas y lo vuelves a elevar. Era una diversión, eso también ya se ha perdido, ya no corren. Pero antes, tú corrías y, a veces, por ejemplo... Lo curioso es que no puedes correr a la velocidad del globo... Pero tú vas. A veces caían en casas y nos metíamos, ni permiso pedíamos. Mira, puede caer en techos, patios, ríos, lotes baldíos, barrancas y cuando caían en árboles ya veías a los chamacos colgados quitándole la borla para que no se quemara. La gente en su casa te decía: “ahí viene el globo”, y te abrían. (José Luis Constantino, 15 de septiembre de 2014).

El joven Adrián Velasco, licenciado en informática de 24 años de edad, define la suelta de globos como un juego aprendido que permite la expresión de los sentimientos. Al crecer en el mismo barrio que José Luis, Adrián instituyó en su formación una serie de elementos que lo relacionaron con otros aspectos de la tradición. La curiosidad que lo asediaba lo llevó a cuestionar diferentes elementos que muchos pasaron por alto. Por ejemplo, el oficio de globero es aprendido principalmente en el entorno familiar y, como en cualquier gremio, en el de globeros siempre existe una élite que destaca sobre el resto.

En el barrio de Campeche, ese grupo fue la familia Aguilera. Los Aguilera corresponden al selecto grupo que celosamente resguardó sus habilidades y conocimientos. Adrián dice que la cerrazón de la familia Aguilera fue un reto que lo llevó a dominar la técnica y los conocimientos del oficio.

Antes no era tan fácil que una persona te transmitiera los conocimientos de cómo elaborar un globo, en especial las familias globeras. Si tu ibas y preguntabas, querías conocer, no había momento, los distraías. En particular tuve un momento en mi infancia... Llegué al lugar donde elaboraban sus globos, motivado por la curiosidad y ese gusto que tenía, pues literalmente me corrieron y fue algo tan feo, cualquier niño lo siente, que su ídolo te batee... Pero fue tan feo, que en ese momento pensé, “si en algún momento llego a estar así no quiero que alguien más llegue a sentir eso”. (Adrián Velasco 16 de septiembre de 2014).

Tras dominar la técnica, Adrián cambio la definición del globo y, por ende, su concepción de lo tradicional. Sus habilidades lo han ayudado a ganar importantes reconocimientos a nivel nacional, de la mano del gremio globero, recorrió desde pequeño el mundo de los papeles vueltos artefactos voladores. Peregrinó por el país inscribiéndose en los diversos festivales que instituyeron la competencia como elemento significativo en el universo globero. Desde el disciplinamiento adquirido a lo largo de 16 años, Adrián define a los globos como “lienzos en blanco”. Lenzos que pueden o no encuadrar las habilidades de cada globero en la noción de lo tradicional. Para Adrián, los globos compaginan la física y la imaginación, los cálculos matemáticos con los deseos.

Un globo es una bolsa de aire, tiene capacidad volumétrica, superficie lineal. Son cálculos que tú puedes manejar, realmente son cálculos muy fáciles que sí son muy utilizados. Hacer un globo de forma tradicional, bueno ese hecho de llegar, tener papel y volar tu globo. Pero hay algo más allá, que es el calcular tu globo, ¿qué significa? Que vas a diseñar un globo, que vas a identificar todas sus características, metros lineales, la cantidad de metros cúbicos que puede contener y eso sirve para determinar qué puede cargar tu globo, cuánto tiempo aproximado puede volar, determinar pesos... Sabiendo los metros cúbicos de aire caliente, aproximadamente un metro cúbico de aire caliente puede elevar 0.333 gramos de peso. Entonces sí tú determinas la capacidad volumétrica de tu globo, conoces el límite de carga y, a partir de ahí, empiezas. Bueno, de mecha le puedo poner 400 gramos, más el peso del globo, más la estructura metálica, si le quiero poner otro adorno. Tú con eso puedes identificar las características que puede llevar tu globo para que sea

mucho más seguro su vuelo y te dé mayor seguridad. (Adrián Velasco 16 de septiembre de 2014).

En la lectura que hacen promotores culturales como Andrés Moreno, los globos encierran valores instituidos que dotan de sentido esta y otras festividades. Definiendo a la tradición como la comunión entre las familias, la narración de Andrés Moreno encuadra a la práctica en medio de una serie de significados definidos por su labor como promotor. En cierta medida, el posicionamiento de Andrés parte de su experiencia de vida, la alegría que significó el trabajo transformado en diversión. La extenuante labor demandó largas horas de esfuerzo en el corte y pegado de los pedazos de papel china. Sentado, frente al escritorio o la mesa de su casa, Andrés aprendió el oficio de globero de su padre. Para él los globos son el resultado de una tarea realizada en familia. Además, su trabajo como promotor cultural le ha dado conocimientos que pocos detentan en la ciudad, por lo que es más crítico.

Eso primero mantiene la unidad entre las familias. Entonces los globos son una actividad que ha ido creciendo y que no es, como muchos dicen, una actividad ¡única de los Tuxtlas! ¡No! Es una actividad que ha surgido en diferentes lugares. Lo mismo se da en unos pueblos de Campeche, lo mismo se da en Michoacán, en varios lugares y varios lugares del mundo... Y bueno, aquí se le ha dado renombre porque quien no se mantiene informado cree que es lo único que tenemos y que somos los únicos y no es cierto, ¡no somos los únicos!... Lo que debemos es cuidar nuestras formas, las figuras que se han hecho que es lo que va a dar identidad a nuestro lugar, le llamamos ilamas. Cuando esto se haya globalizado y esté en los globos que se sueltan en Brasil, en Michoacán, perdemos nuestra identidad... Debemos ver por lo que nos da identidad, lo que nos identifica en la región. (Andrés Moreno, 14 de julio de 2015).

Tanto los cálculos matemáticos, como el abolengo globero e inclusive la diversión, dotan de sentido la suelta de los globos. Para Andrés, las ilamas atañen elementos significativos en la estructuración de la identidad. No obstante, dicha afinidad depende en gran medida de las circunstancias y de quien la enuncie. En este sentido, las ilamas son más que globos inspirados en la fruta endémica, son constructos simbólicos encuadrados en relaciones de poder. Significar al globo con un apellido expresa las dinámicas al interior del gremio y del barrio. La estructura jerárquica, verticalmente instituida, obligó a jóvenes como Adrián a buscar otros medios para aprender el oficio.

En el proceso, reconfiguró los conocimientos aprendidos empíricamente para articularlos con cálculos matemáticos propios de un ingeniero en informática. La educación es, en la experiencia de Adrián, otro elemento en la ecuación del poder. Desde la autoridad con la que inviste la definición que tiene del globo, el discurso matemático explora el alcance de su descripción. Para él, los globos ya son algo más que un “lienzo en blanco”, son relaciones de poder estructuradas en el marco de conocimientos, habilidades y jerarquías de abolengo.

La familia de Adrián Velasco siempre ha competido con los Aguilera en el barrio por el máximo reconocimiento, el aplauso y la incorporación en los proyectos del municipio. Los globeros que le cerraron las puertas por envidia en su infancia, lo hicieron a manera de resguardar sus intereses. La competencia entonces, instituye la transformación constante de los globos. Los diseños que en un principio sólo contaron con 12 vértices, según narró Bogar, hoy en día pueden tener entre 400 y 700 picos. Las “ilamas monumentales”, cómo él las define, abarcan un amplio espectro de globos contruidos con el fin de responder a la competencia. Lejos de la noción romántica de Andrés Moreno, el gremio globero construyó un mundo donde las técnicas, las experiencias y los conocimientos intensifican la complejidad de los diseños. Si bien muchos aprendieron a realizar los tradicionales globos de cantolla en la infancia, con el tiempo incorporan a su arsenal de conocimientos procedimientos de otras latitudes. Tal como lo dice Moreno Nájera, los globos de San Andrés Tuxtla no son exclusivos de la región, están inmersos en las interrelaciones creadas por el mundo capitalista. Además del aspecto competitivo, el apropiar métodos, diseños y categorías de países como Brasil y Colombia, abre un nuevo abanico de posibilidades a los globeros. Sus diseños, entonces, no se encuentran constreñidos por la prístina tradición, dependen de las experiencias y recorridos que cada sujeto hace al interior del gremio. Empero, no todos parten de las mismas circunstancias, algunos viajan únicamente a Paracho, Mich., otros traspasan las fronteras nacionales y llega a Brasil y la gran mayoría explota los recursos informáticos encontrados en el internet.

Las plataformas del mundo interconectado posibilitan la reconfiguración constante de los diseños. Para Bogar Vasconcelos, la multiplicidad de diseños lo obligó a replantear las categorías de los globos. En su apreciación, los trompos abarcan globos tradicionales (de cantolla o de papel), Piau (inspirados en diseños brasileños con forma de trompo), Truff (modelos brasileños que son planos en la parte superior). Los globos geométricos son sólidos pitagóricos, poliedros y dodecaedros; en este grupo se encuentran las ilamas, los globos en forma de cubos y balones. Por último, están “los globos artísticos” inspirados en caricaturas, animales y otras formas distintas a las anteriormente descritas. La circulación de conocimientos también ha derivado en la construcción de mejores mechas empleando diferentes materiales y diversas calidades de papel de china. En un mundo dominado por el comercio, los conocimientos y habilidades no pueden ser entendidos como únicos, lo que sí puede ocurrir es que sean instituidos en el marco de una identidad regional y local.

En el Festival Internacional de Globos de Papel celebrado en el mes de septiembre de 2014, se fincó la particularidad de las ilamas en un contexto conformado por globeros locales, nacionales e internacionales. Tras convocar a los participantes del Estado de México, Distrito Federal, Puebla, Michoacán y Oaxaca, el ayuntamiento estableció una serie de negociaciones con los globeros locales. Entrelazando las intenciones municipales con la autoridad que Bogar Vasconcelos detenta en el gremio de los globos tuxtlecos, el Regidor Primero, Juan Carlos Parrotín Cadena, reunió a los equipos sanandresinos en una junta informativa el 28 de julio de 2014. Las viejas rencillas suscitadas entre el gremio y la autoridad estatal, despertaron las suspicacias de los globeros. Es importante aclarar que en administraciones anteriores el gremio ha sido empleado en un sinnúmero de ocasiones por los políticos como parte de un espectáculo puesto a merced de la incipiente industria turística del lugar. En otras ocasiones las administraciones intentaron concentrar a los globeros en torno a un evento masivo mediante el reparto de insumos y dádivas. Todo ello resultó en la fragmentación del gremio y en la creación de un bloque fiel a los intereses del municipio. Norberto Martín Tepach –Oficial Mayor– dice al respecto:

El festival de globos surge... hace cuatro años. El actual alcalde estaba como Coordinador Estatal de la Junta de Mejoras y decidimos hacer un evento en San Andrés. La primera vez que realizan el evento en el campo de la Primero de mayo, que está a borde de carretera. Y vimos que era buena idea tratar de juntar a todos los globeros en un solo punto. Porque de primera mano, ese era el primer obstáculo que teníamos en el organizar un evento de este tipo. No todos los globeros querían reunirse en un solo espacio, porque la tradición es del pueblo, cada quien suelta y hace lo que quiere en sus casas. Nosotros tampoco queríamos obligarlos, sin embargo, el hecho de juntar a todos en un solo lugar, le dábamos la oportunidad al público de que observaran a todos y no estar reunidos en el parque y ver a cuatro globeros que sueltan su globo y decir, “mira qué bonito”, no los ves de cerca. Entonces aquí la idea que surge es juntar a todos los globeros, invitar a otros globeros del país que también se dedican a lo mismo e invitar a otros globeros extranjeros. Porque no nomás es en México y no nada más SAT (sic). Hay distintos lugares que hacen distintas formas, los trajimos a San Andrés para que fuera un intercambio cultural, un intercambio de técnicas, de experiencias, demás para que favoreciera las técnicas de nuestros globos. San Andrés... Nos llamamos la “cuna de la ilama” porque es el lugar donde se comienzan a elaborar este tipo de globos. La ilama es un icosaedro de papel que está constituido por picos y se le da el nombre de ilama en relación a una fruta que se da aquí, en San Andrés, que es una especie de guanábana, la corteza son puros piquitos. (Norberto Martín Tepach, 22 de julio de 2014)

En el marco de estas ríspidas relaciones, el Regidor Primero pronunció un elocuente discurso con el cual intentó persuadir a los asistentes. Empleó uno de los recursos más comunes en la política mexicana, la ilusión de la amistad. Al entablar la negociación entre “iguales”, Juan Carlos Parrotín tuvo la intención de ganar la confianza de un público escéptico, crítico y distante de las políticas instituidas por el ayuntamiento. Reproducimos parte del alegato con el objetivo de presentar los pormenores de la negociación:

Esta es una reunión informativa, una reunión de amigos, hay un proyecto por eso sin tanta logística o tanto protocolo. Yo soy Carlos, y a partir de hoy soy un fan de los globos. Me interesa este festival que vamos a hacer. La idea surge porque nuestro San Andrés es muy rico en esta tradición. Todos ustedes hacen un espectáculo, lo hacen por amor, lo hacen por tradición, lo hacen por gusto, por *hobbie*, no se les remora [sic] económicamente lo que hacen. Los felicito. La verdad que lo que ustedes hacen por San Andrés es mucho. Reciban un saludo de Manuel Rosendo... A Manuel le gusta esta tradición y me dijo, “Parrotín, no sé cómo le hagas, pero tenemos que pasar a la historia”. Tenemos que pasar a la historia en dar el impulso, el apoyo a

esta tradición. Yo sé que aquí las hojas están en blanco, que aquí vamos a armar la convocatoria, de aquí vamos a hacer este festival. No lo va a inventar el área administrativa, lo va a inventar los propios globeros de San Andrés. Ustedes se conocen, saben quiénes son los globeros, los artesanos...

Conforme se desarrolló la reunión en la Sala de Cabildos, los globeros expusieron una y otra vez su inconformidad. Tomando como justificación las experiencias de años anteriores, el gremio criticó la malversación de fondos, los escasos recursos que les suministraron, el uso mediático que proyecta a la ciudad como la cuna de la ilama (lo cual no les retribuye en algo) y los antagonismos que genera un proyecto pensado como competencia en vez de festival. En algunos momentos, los ánimos exaltados hicieron difícil dialogar y, frente a ellos, el Regidor Primero se posicionó en numerosas ocasiones como un *hostess* similar a los que aparecen en la televisión. Escuchó las demandas, tomó notas y guardó silencio mientras hablaban los globeros, esperó el momento adecuado para contar chistes con el fin de alentar la respuesta positiva de los asistentes. Con la exclamación, ¡¿vamos a hacer un festival importante en San Andrés, si o no?!, el político logró serenar los ánimos e instruyó a sus asistentes para que recolectaran las hojas en las que cada grupo de globeros registró el nombre del equipo, el número de integrantes, el barrio de procedencia, el número de pliegos de papel que necesitarían para construir la cantidad de globos a que se comprometieron.

La negociación rindió frutos. En las semanas previas a las fiestas patrias el municipio contó con 60 equipos inscritos. Cambiando la locación de la cancha de fútbol en la colonia Primero de Mayo al estadio de beisbol Aurelio Ballados, el municipio presentó a los globeros mejores condiciones para que estos expusieran públicamente sus artefactos. No obstante, las intenciones del ayuntamiento eran otras. El acondicionamiento del lugar, junto con la entrega de algunos insumos, definió al festival como un espectáculo de globos. Los equipos participaron con la cantidad de globos y las formas acordadas en el registro. Previo al festival, los globeros recibieron del municipio los materiales indispensables empleados en la construcción de los globos: millares de hojas de papel, pegamento, alambre, alambrón, hilo, estopa, parafina y aguarrás. No obstante, en algunos casos el material no fue suficiente para la construcción de la

cantidad de globos que los globeros se habían comprometido a hacer y en otros, era demasiado.

Los diseños de los globos, determinan la cantidad de materiales necesarios para su elaboración. Al inscribirse en el festival, algunos equipos falsearon las cifras y recibieron más materiales de los que necesitarían. Otros, los menos hábiles, solicitaron menos de lo necesario y, por lo tanto, entregaron al municipio menos globos de los acordados. Los materiales que sobraron o que no se emplearon, pasaron a nutrir el mercado negro del gremio globero. Millares de papel de china fueron vendidos a bajos precios para facilitar su pronta distribución, el pegamento y el resto de los materiales fueron empleados con otros fines ajenos a la confección de globos. El ayuntamiento también contribuyó en el contrabando del papel. Guardado en las bodegas del municipio, esperó su incorporación al mercado. Cuando en las papelerías y los comercios locales el papel empezó a escasear, la administración puso a la venta los pliegos a un precio inferior al estipulado por el mercado.

La emergencia de un mercado negro fue aprovechada por los globeros para obtener los recursos que emplean en la confección de sus figuras. Por ejemplo, la construcción de globos de grandes dimensiones demanda más materiales, además, los globeros gastan en la compra de refrescos o comida para sus ayudantes. Ante esta situación muchos buscan el patrocinio de algún comerciante o empresario, a cambio del apoyo económico o en especie, los globeros se comprometen a publicitar a quien contribuyó en la construcción del globo. La búsqueda de recursos ha llevado a muchos a tocar las puertas de Casa de Cultura; sin embargo, dado los escasos recursos de la institución, que a duras penas permite solventar los gastos de mantenimiento del edificio y pagar los salarios de algunos instructores, poco puede apoyar a los globeros. Andrés Moreno narra la forma como los globeros hacen peticiones a los directivos de Casa de Cultura:

A veces vienen aquí a pedirnos papel porque se creen que como institución pues tenemos. Una vez me decían por ahí: “es que ustedes tienen la obligación de darnos porque son Casa de Cultura”. Pero sabe Dios, ahí vamos. “Si te regalo algo te lo doy de mi dinero y de lo mío. Porque como

Casa de Cultura pues no tenemos nada y queremos también”. A veces aquí hacemos talleres también, nunca falta quien venga y diga que quiere dar un taller, por el solo gusto de hacerlo y viene y trae, invita a los muchachos y vienen y traen sus papeles y les enseñan a hacer el globo y soltarlo y no cobran nada, ni a los chamacos o a ellos. (Andrés Moreno, 14 de julio de 2014).

La pobreza generalizada de la mayoría de los pobladores dificulta su participación en tradiciones como la suelta de globos. Como hemos visto, además de que los materiales distribuidos por el municipio por lo regular son insuficientes, en no pocas ocasiones son distribuidos entre los grupos afines. Algunos globeros como Bogar Vasconcelos optan por vender parte de su producción para generar ingresos. En opinión del célebre globero, las inversiones que el municipio hace al traer a personajes de países distantes, no satisfacen las necesidades de un gremio pobre conformado, en su mayoría, por jóvenes estudiantes, desempleados o trabajadores cuyos sus ingresos mensuales no rebasan los cuatro mil pesos. Molesto, Bogar expresa una dura crítica a las prácticas del gobierno municipal:

Yo no estoy de acuerdo como globero que tú traigas a cinco brasileños, que cada pasaje te va a costar como 20 mil pesos, y una artista al final del evento. Y que no le des el material completo a lo que te está pidiendo la gente de aquí. Si quieres depuramos listas y yo te digo, “a este dale tres mil, a este mil, a este quinientos”. Por ejemplo, los chamacos con 500 pliegos son felices, pero dale pegamento, servitoalla, alambre... Pero al que hace globos grandes, a ese dale entre tres mil o cuatro mil pliegos y aparte le vas a dar diez kilos de parafina, diez paquetes de servitoalla, alambrón, alambre galvanizado en varios calibres y con eso te va sacar lo que tú quieres. Y te vas menos que traer un cabrón de Brasil. (Bogar Vasconcelos. 30 de julio de 2014).

En los meses previos al festival, la ciudad de San Andrés se dividió en dos grandes bandos más o menos delineados. Por una parte, los globeros registrados en el evento municipal gozaron de los privilegios otorgados por el municipio. Integrados por equipos de diez o quince sujetos, estos grupos trabajaron hasta cumplir los compromisos concertados. Por otra parte, familias como los Velasco y otras del barrio de Campeche, optaron por tomar una distancia crítica e hicieron cuestionamientos críticos. Anualmente, en el barrio, los Velasco sueltan infinidad de globos en un pequeño terreno ubicado al pie

de la carretera federal. Con materiales obtenidos a través del patrocinio, trabajan sin cesar por meses en los globos que liberan el 15 y 16 de septiembre. La familia y los vecinos organizan equipos que realizan diferentes actividades: unos cocinan los alimentos, otros negocian los patrocinios con comerciantes o restauranteros y el resto trabaja en la fabricación de las ilamas. Para ellos, la tradición adquiere sentido únicamente si la suelta la realizan familias en el barrio o en otras colonias vecinas. En la opinión de Adrián Velasco, el festival tiene un doble carácter:

Al menos en mi caso siempre me ha gustado ver todo desde distintos puntos de vista...Tiene sus pros y sus contras. En el caso de los pros, pues bueno, creo que a la comunidad de San Andrés Tuxtla le hace bien tener algún festival o evento relevante que atraiga gente, ¿por qué? Porque hay mayor derrama económica, San Andrés Tuxtla en parte se sostiene también por turismo, entonces eso es beneficio. Sin embargo, creo que no es, en mi punto de vista, no es del todo correcto, llamémoslo así, el hecho de llegar a lucrar de cierta forma con un acto, con una cultura... El hecho de concentrar a gente en un solo lugar para llevar a mucha gente a que vea sus globos, tiene un trasfondo que al menos a mí no me llega a agradar del todo. La tradición en San Andrés Tuxtla es la elaboración y suelta de globos en familias. Esto quiere decir que cada familia sale el 16 a la calle, suelta sus globos y es un momento de convivencia familiar. Y este evento rompe con este bonito paradigma de la tradición de San Andrés Tuxtla. Porque finalmente está mostrando al globo y al artesano globero, vaya, ¡hasta como un animal de circo!, donde la gente puede llegar a verlo. Y se está dejando a un lado ese sentimiento que no existe en ningún otro lado del país. Realmente el hecho de hacer globos muy grandes y hermosos es finalmente el hecho de superación. Es superarte a ti mismo. (Adrián Velasco, 16 de septiembre de 2014).

De la opinión de Adrián Velasco tomamos dos elementos significativos en el desarrollo del proceso que determina la tradición patria de San Andrés Tuxtla. Al aglutinar a un importante grupo de globeros en un espacio confeccionado para el espectáculo masivo, el ayuntamiento, y en particular el Regidor Primero, profundizan las diferencias entre el gremio e instituyen un cambio en las categorías de los globos. Quienes realizan globos en el marco de las políticas “Descubre San Andrés” y del Festival Internacional, dejan de ser taxistas, trabajadores, artesanos, estudiantes o campesinos para convertirse en artesanos. La categoría dota de otro sentido las intrincadas relaciones que establecen los globeros con el entorno social y económico que

los determina. De ser un gremio que fabrica globos en sus horas libres y que busca por todos los medios posibles solventar sus gastos, la noción de artesano traslapa las relaciones de poder al ámbito cultural. Ahí, los sujetos son presentados como hábiles maestros en la fabricación de los espectaculares globos y los condicionamientos que decretan su realidad quedan velados por el paisaje natural que habitan. Lo que mayor relevancia adquiere en la concepción municipal del artesano son los globos, principalmente las ilamas.

La imagen plasmada en postales de una ilama surcando los cielos o en las manos de unos niños ataviados con la folclórica vestimenta, ilustra algunos de los usos que el ayuntamiento ejerce al reconfigurar las categorías. La marginación que asedia la ciudad y las condiciones de trabajo que componen el contexto en el cual los artesanos fabrican sus globos, quedan cubiertas por un manto ideológico. El manto finca la noción de la tradición no solo en la idea de identidad, también la enmarca en un espectáculo estructurado a través de imágenes. Aunque el uso de las imágenes no retribuye económicamente a los globeros mediante el derecho instituido por la propiedad intelectual, sí los aglomera en torno a la prístina noción de una tradición que solidifica por otros medios las políticas turísticas del municipio. El uso indiscriminado de los globos en posters, comerciales, playeras y postales, corresponde a la definición que el municipio ejerce en torno a los aspectos culturales de los habitantes. Para los políticos y promotores turísticos, la cultura es pública, es de todos, en ese entendido, todos pueden hacer uso de ella. Sin embargo, las relaciones de poder entre los sujetos que conforman la cultura establecen asimetrías en el uso y significado de lo cultural. Por lo tanto, no todos tienen el mismo acceso a los discursos plasmados en las imágenes y no todos son seleccionados por el municipio.

Por otra parte, y continuando con lo expresado por Adrián Velasco, la tradición instituida en el ámbito familiar encubre la jerarquía que norma las relaciones en el gremio globero. Aunque todos en San Andrés tienen la libertad o inclusive los conocimientos para elaborar un globo, pocos aventuran sus ratos de ocio en la fabricación de uno. La trasmisión de los conocimientos y habilidades entre los miembros de una familia

dependen de la posición que ocupe en el gremio. Por ejemplo, en San Andrés Tuxtla, la mayoría de los pobladores puede identificar al autor de una ilama que surca el cielo por ciertos rasgos:. Primero, el lugar desde el cual se eleva el globo reduce el número de globeros a los habitantes de la zona. Segundo, las características del globo manifiestan el estilo de la persona que lo realizó. Tercero, sus dimensiones constriñen a un pequeño grupo su autoría. En una ocasión, mientras platicaba con José Luis Constantino a las afueras de su casa, nos detuvimos a observar los globos que pasaban sobre nosotros. Con calma y ayudado por su familia, identificaron gran parte de los trompos e ilamas que recorrían el cielo de la ciudad.

La suelta de los globos es más que un acto tradicional, es un diálogo que los pobladores articulan mediante discursos con formas de papel, en el que las jerarquías y las relaciones de poder dictaminan la intensidad de los mensajes. La competencia y los estilos de cada globero nutren la polifonía de enunciados al liberar diferentes globos en momentos determinados. La tarde del 15 de septiembre los barrios únicamente elevan los trompos y las figuras pequeñas, reservando los más majestuosos para el día 16. En caso que, por ejemplo, un barrio aledaño libere una ilama de más de 100 picos, los barrios contiguos inflan algunos globos que puedan competir con aquel de gran tamaño. Lejos de ser un acto liberador –como lo plantea Bogar–, las ilamas son una forma de expresión, tal como lo señala Adrián Velasco. No obstante, la expresión no es el resultado del libre albedrío, corresponde a las asimétricas relaciones de poder dentro y fuera del gremio globero.

A lo largo del año, los sandresinos emplean los globos para celebrar los diferentes acontecimientos de la vida cotidiana. Algunas veces, los trompos elevan cuadros de papel que portan el rostro de una persona, en otras, solo son inflados con fines lúdicos. Pero en los meses de septiembre, octubre, noviembre y diciembre, la cantidad y calidad de los globos aumenta. El esfuerzo realizado por las familias o los equipos de jóvenes, culmina con el vuelo efímero del globo. Retomando la opinión de Andrés Moreno Nájera, el gusto con el que los sanandresinos elevan los artefactos es algo más que un mero acto de diversión. El globo, además de ser un discurso, abarca las dinámicas sociales de un

pueblo volcado al rescate y difusión de sus tradiciones. Aunque no todos participen activamente, el resultado final repercute directa o indirectamente en el grueso de la población. Tradiciones como la suelta de globos denotan la forma como la cultura entrecruza el pasado y el presente en una polifonía de significados regulados por el poder.

Queda pues indagar los pormenores de un proceso global que trasmuta los elementos culturales en mercancías. Si bien aquí ya presentamos algunas directrices, falta encuadrar las particularidades de San Andrés Tuxtla con los aspectos más amplios del capitalismo que coloniza todos los aspectos de la vida. El turismo, presentado como nuevo nicho de acumulación, adquiere relevancia en la realidad sanandresina en tanto la industria reconfigura elementos culturales en beneficio de los servicios que se promocionan. Las rutas ecoturísticas y los paisajes, articulan estas tradiciones y otros elementos de la vida cotidiana a través de un proceso direccionado por una hegemonía selectiva. En ella, los elementos de la vida son revolucionados al grado de transformar su práctica y significado, mientras que el resto que no fue seleccionado pasa a formar parte de un acervo que es puesto a merced de las necesidades del proceso y de quienes lo enarbolan.



En contraposición del espectáculo municipal, los globos de Adrián Velasco surcan los cielos de San Andrés sin restricciones o lineamientos que obedecer.

[Fotografía: el autor, septiembre de 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]



En el marco de la suelta de globos orquestada por el Municipio, cientos de pobladores se dieron cita en el parque del poblado para presenciar lo que ocurre de manera cotidiana en sus barrios y colonias. [Fotografía: el autor, septiembre de 2014, San Andrés Tuxtla, Ver.]

¿Fin de las tradiciones o su continuación por otros medios?

En el marco de una industria turística que recompone los espacios de producción agrícola y de un proceso mundial que traslapa todos los antagonismos al terreno de lo cultural (Zizek, 2009), nos preguntamos: ¿de qué manera son incorporados los elementos culturales de San Andrés Tuxtla al mercado mundial? El espectáculo orquestado por el municipio ha enaltecido el retorno al pasado bucólico y prístino. En el proceso, la realidad de la población queda invertida para denotar un sentido de pertenencia e identidad bajo los parámetros instituidos por el Estado. Ante la emergencia de grupos que confrontan los dictámenes municipales, el consenso y la negociación se tornan imprescindibles. Asimismo, la violencia y la competencia continúan normando gran parte de las dinámicas que configuran las tradiciones.

En este contexto compuesto por imágenes y espectáculos nos retiramos brevemente de las tradiciones tuxtlecas, no sin antes encuadrar la pertinencia que tienen otros procesos en ellas. Por una parte, la intensificación en el cultivo del tabaco acentuó el ritmo de las transformaciones económicas y sociales en la población al grado que, en el caso de las mojitangas, por ejemplo, la violencia caracterizó el periodo de 1970. Después de la instauración de Tabacos Mexicanos en la zona, tradiciones como las fiestas titulares y el recorrido de la imagen del apóstol San Andrés adquirieron otro significado. De ser espacios para dirimir las diferencias entre la población, se tornan en un pasado idealizado. La trasmutación implicó la reconfiguración de los elementos que componen el recorrido para hacer de ellos instrumentos de poder. Desde ellos, el Estado comenzó a construir el consenso en torno a una idea prístina de la identidad y de las festividades en las que se refrenda. Con la ayuda de promotores culturales y habitantes preocupados por el “rescate” de sus tradiciones, el poder instituido logró virar la dirección del proceso hacia la emergente industria turística. Si bien el proceso aún continúa, resulta interesante analizar los pormenores del mismo.

La suelta de los globos vuelta espectáculo y sus autores presentados como artesanos, acompaña un proceso que apropia lo que tal vez sea lo único que puedan aportar los sanandresinos al capitalismo, su cultura. Las imágenes que transforman la noción que los pobladores tienen del presente, encubren la precarización de sus vidas. Al usufructuar la vida cotidiana, el capitalismo en San Andrés Tuxtla, marginó parcialmente algunos elementos que la componen. Así, los globos pasaron a ser meras figuras geométricas en el cielo, en vez de mensajes que los habitantes emiten para entablar un diálogo articulado con figuras de papel. En este sentido, el pintor Víctor Torres tal vez acertó al incorporar en su cuadro las vírgulas dibujadas a los costados del choco y del chaneque. Dos mundos que, a diferencia de lo plasmado por Torres, no dependen del misticismo o de los campesinos, sino del proceso que acumula ganancias tras arrebatar aquello que dota de sentido la vida.

Las fiestas en San Andrés Tuxtla continúan avivando los ánimos de los pobladores. Anualmente los preparativos efectuados por el municipio o los pobladores de los barrios, reclaman parte del tiempo y del esfuerzo que componen la vida cotidiana de los sanandresinos. Algunos preparan los papeles para confeccionar los globos, otros pintan y visten sus muñecos, al final todos esperan con ansias el inicio del ciclo festivo. En el proceso, nuevas generaciones se incorporan a las festividades y desde su realidad significan aquello que les fue heredado. Entonces, la cultura continúa su curso al compás de los designios de un selecto grupo. Ello no implica que las asimetrías permanezcan y que el descontento termine siendo incorporado al proceso. Siempre existe la posibilidad de virar el rumbo de las cosas. Depende de quienes ejercen las críticas el posibilitar un cambio en beneficio del resto.

Vivimos una realidad invertida, en palabras de Marx, “puesta de cabeza”. Tanto la geografía, como la vida cotidiana, aparecen ante nosotros como los escenarios donde se desarrolla una obra cuyos personajes son constantemente intercambiados. Los que en algún momento tuvieron mayor relevancia, en otra escena pasan a segundo plano o se alejan del escenario. Con esto, nuevas escenas son montadas en aras de mantener cautiva la atención del espectador. Lejos de ser pasivo, el público interviene en la obra, la señala, critica, aplaude y abuchea. Empero, todos se mantienen a la expectativa del siguiente acto. Así, con la ansiedad por delante, el público permanece atado a su butaca. Se mantienen a la expectativa de aquello que está por acontecer. Aunque dudan, la incertidumbre no los agobia. Son cautivos de una obra que constantemente los sorprende con actos más espectaculares, más significativos, más memorables. Pero, ¿llegará en algún momento la obra a su fin? De ser esto posible, ¿cuál será el desenlace después de tantos actos y personajes presentados? ¿Cuál será la opinión de la crítica y de los espectadores?

La respuesta para muchos es, en una primera instancia, sencilla: la obra continúa, no puede terminar, aún queda mucho que ver. Si esta es la tendencia y si resulta tan difícil imaginar el final de la obra, ¿por qué algunos persisten en idear su desenlace? Al parecer quienes se niegan a perpetuar los actos escenificados son los menos, desde sus críticas señalan, identifican y analizan las problemáticas que acontecen en las escenas. Creo que esa es la tarea que tenemos por delante quienes nos dedicamos a las ciencias sociales. Además de señalar las problemáticas que emergen, podemos reflexionar en torno al papel que desempeñamos en el escenario dispuesto por el capitalismo. Debemos permanecer alertas ante las nuevas dinámicas que acontecen cotidianamente y a las cuales prestamos poca atención. Así como el turismo fue descartado por la antropología en la década de los sesenta (véase capítulo segundo), justo cuando estaba consolidando su lógica mediante la construcción de paraísos artificiales en las costas del mundo, hoy necesitamos atender los problemas que aquejan a las sociedades contemporáneas transformadas por el espectáculo. La antropología no puede continuar ideando formas

para preservar la idea impoluta de las poblaciones distantes en tiempo y espacio a la nuestra; cuenta con las suficientes herramientas para romper el cristal de la idealización y ver aquello que ha sido velado. Si bien el espectáculo cautiva la atención, los sentidos e inclusive el pensamiento, en él se entretajan los sentidos de una vida en constante alienación. El velo solo encubre una parte de la realidad, un presente que ha sido configurado históricamente y un pasado más complejo que dista de la idealización que de él se hace. Las ciencias sociales, particularmente la antropología, deben enfatizar el estudio de los procesos en su larga duración, identificar las huellas que las olas del capitalismo han dejado marcadas en las costas de la geografía humana. Más allá de la enumeración y la interpretación, considero necesario profundizar en las reflexiones teóricas y metodológicas en aras de análisis críticos y certeros.

En este sentido, el documento presentado busca sumarse a un debate fértil en la antropología en México, uno dedicado a entender cómo funciona el turismo. Para ello nos dimos a la tarea de rastrear sus elementos, los momentos previos a su lógica y la definición hegemónica que de él se hace. Propongo entonces, retomar dos líneas de argumentación que acompañaron los capítulos antes expuestos: primero, la construcción de una hegemonía vinculada al trabajo agrícola y, segundo, la selección que ésta hace en un presente neo-liberal que apropia la vida cotidiana a través del turismo. Las vegas de tabaco que en San Andrés Tuxtla transformaron los paisajes e interconectaron a la población con la dinámica global, fueron algo más que el punto de partida en nuestro análisis. Reconocimos en la historia los elementos que nutren el presente y delinear, de algún modo, el futuro. En ella, en su génesis, los hombres han personificado y determinado los rumbos que la sociedad contemporánea vive en su cotidianidad, lo que para Heller (1994) era la esencia del hombre. En este sentido, emprendimos un viaje —a modo de tour— por las etapas que configuraron la producción del tabaco dentro y fuera del estado de Veracruz. Nos detuvimos a conocer a los personajes y los procesos que dieron forma a los puros elaborados por las manos de los campesinos tuxtlecos y del mundo. A través de ellos conocimos los pormenores de una industria que nació para arraigarse en el imaginario de la población tuxtleca al grado que, hoy, los sanandresinos difícilmente se pueden pensar ajenos a la hoja de la planta. Está grabada en el escudo de

armas del Municipio, en la localidad existen por todos lados referencias a ella y la mayoría de las personas conocen o tienen al algún familiar trabajando en alguna actividad relacionada con el cultivo de las solanáceas.

La dirección hegemónica que revolucionó la lógica de la acumulación en el centro, norte y sur de Veracruz, ideó a lo largo de tres siglos los medios que preservaron la presencia de una élite agrícola en el poder. Bajo la figura del monopolio, el Estado y los latifundistas entablaron una serie de relaciones que los vinculó directamente con la administración de las vegas y del comercio de las hojas secas. Aunque el monopolio se rompió en diferentes momentos, las relaciones se preservaron tras la reorganización de los intereses y de los vínculos con el mercado nacional e internacional. En este sentido, tanto el Real Estanco del Tabaco, como las trasnacionales estadounidenses y la paraestatal Tabacos Mexicanos S. A de C. V, comparten una serie de características propias del proceso de acumulación. Primero, delinearon un territorio provisto de políticas que regularon el cultivo y el procesamiento de las hojas para así facilitar su inclusión en la circulación internacional de las pacas de tabaco. Con el control del comercio, delimitaron las áreas sembradas y regularon a las poblaciones que estuvieron fuera del territorio especificado. Segundo, la administración estuvo siempre a cargo de una élite (latifundista, estatal o ejidal) que normó las negociaciones con los campesinos que rentaron, arrendaron o trabajaron en los terrenos del tabaco. A través del salario, inversiones, contratos, enganches y deudas, se contó con una mano de obra cautiva y dócil que trabajó en aras de un proceso mundial. Aunque existieron momentos cuando la dominación fue directa, en la mayoría de los casos analizados, la dependencia económica y política permitió la dirección hegemónica de unos sobre otros. Gracias al peso que el pasado tuvo en cada uno de los episodios, los cimientos estructurados en torno a la producción y comercialización de las hojas acompañaron el desenvolvimiento de los episodios aquí descritos. Si bien con el paso del tiempo cambiaron las técnicas agrícolas ligadas al tabaco, la asimétrica organización del campo preservó en manos de un selecto grupo las ganancias. Esto habla, pues, de un largo proceso construido bajo lo que Roseberry identificó como “las olas del capital”.

Partiendo de lo anterior, podemos decir que la estructura económica y política en el cultivo del tabaco parece, entonces, rígida. Empero, su reproducción en las diferentes geografías la tornó un tanto flexible. Mediante su adecuación a los distintos entornos ecológicos y sociales, las características que adquirió ampliaron su dominio y desarrollaron formas para involucrar a los actores ligados al cultivo del tabaco. Tanto el Estado, como los latifundistas y los campesinos formaron –y aún forman– parte de un cultivo rico en ganancias, pero plagado de antagonismos. Gracias a su capacidad de adaptación, el capitalismo permeó la vida humana en las regiones donde se sembraron las solanáceas y estrechó su vínculo con las rutas (terrestres y marítimas) que conformaron los mercados comerciales. Esta capacidad del capitalismo no solo ilustra su creatividad, también expone la intensa labor que los hombres hacen en aras de continuar la expansión económica. En tanto en el capitalismo las relaciones no son meros intercambios de objetos, sino vínculos entre personas que se enfrentan unos con otros mediante cosas en un mercado global de mercancías, la construcción de este sistema social nutre el proceso económico y político. Paralelo al acortamiento de las distancias físicas por medio del tabaco entre Veracruz y el mundo, al interior de sus sociedades se profundizaron los antagonismos de clase. Con el cultivo, se crearon masas de trabajadores asalariados que continúan vendiendo su trabajo en terrenos y fábricas dedicadas a la extracción de las valiosas hojas. Bajo el amparo del Estado, la expansión de la “destrucción creativa” apropió territorios para el monocultivo de estas plantas y ató la vida humana a su destino.

En el análisis expuesto, buscamos develar la forma como ha funcionado el capitalismo a lo largo de la historia. Recordemos que la génesis del capitalismo no es una historia pasiva, ni lineal, tiene altibajos y giros que demandan especial atención. Quienes la viven no se percatan de ello, es solo a la distancia –como bien lo señalaba Gramsci–, con el paso del tiempo, que podemos aprehender la magnitud del proceso. No obstante, en lo cotidiano logramos atisbar los fragmentos de una historia viva y en desarrollo. Por ello, decidimos imbuirnos en la vida cotidiana, en los eventos que pasan desapercibidos, en lo que ha perdido relevancia en un mundo en constante cambio. En esos acontecimientos “mistificados”, Lefebvre identificó la relevancia que tiene la vida en sociedad para el hombre. A manera de reflexión, estudiamos el presente neo-liberal de

una población tuxtleca, donde la idea del individuo, libre y exento de cualquier culpa, dota de sentido el quehacer de los sujetos en el capitalismo contemporáneo.

Siguiendo a Lefebvre, podemos decir que en una realidad fragmentada la mayor parte de los acontecimientos no parecen estar interrelacionados. Su aparente singularidad los aísla, dificultando su entendimiento como elementos de un gran proceso social, histórico, político y económico. Al recalcar una y otra vez la noción del individuo, la supuesta libertad que delega el capitalismo exime al sujeto de la totalidad. En tanto sujetos individualizados, nos regimos por parámetros que consideramos propios, únicos. Es esta singularidad la que nos impide reconocer en ellos la praxis ideológica expresada en nuestros deseos y anhelos. Para Marx (1851) los hombres hacen su propia historia, pero no bajo sus términos, sino por aquellos que derivan de la historia. En el presente, la libertad –libre albedrío– no emana del individuo, sino que corresponde al pasado y al “peso de los muertos en el pensamiento de los vivos”. Se trata de una jaula invisible que constriñe –hasta cierto punto– las acciones de los sujetos. Empero, esta jaula no es estática, mucho menos rígida. Se transforma y adecúa constantemente a las demandas y necesidades de los diferentes momentos históricos. Su capacidad es aquella que resulta de la dirección hegemónica. Para que existan libertades en un mundo antagónico se necesita de la negociación antes que la disputa o la dominación directa; solo así el pasado logra configurar el presente en lucha. En este sentido, las libertades del hombre en el capitalismo no son gratuitas, corresponden al momento que experimenta el proceso.

Luego de reconocer el peso del pasado en el presente, nos dimos a la tarea de enfrentar la cotidianidad con un mundo espectacularizado, iniciando así el análisis del turismo. En una sociedad normada por el encanto y el desencanto, los sujetos viven atados a una espiral incesante donde la frustración y la ansiedad rigen sus anhelos. La metáfora del paraíso ayuda a comprender la forma como el proceso aprehende las aspiraciones y la frustración humana. Mediante el placer exacerbado, los sujetos se desencantan con mayor facilidad, solo para regresar al proceso en búsqueda de más satisfacciones. En una realidad donde la sobre producción de mercancías norma la cotidianidad, las ofertas son bastas y todo parece tener un precio. Los recursos que en un

momento pensó Marx como inalienables se presentan como objetos dotados de una autenticidad. Al revestir las cosas con ciertas cualidades, los valores de uso y de cambio que las definían, pasan a componer un triángulo junto con otro plus valor: la experiencia. Al agregarle valores subjetivos, la mercancía se reviste de más elementos que mistifican su apariencia. La “experiencia” parte entonces de elaborados discursos y prácticas, se escenifica constantemente en un mundo ávido de ella.

El turismo construye estas experiencias y las revoluciona a su conveniencia. Si bien, por definición, el turismo básicamente consiste en el traslado del punto A al B, con una parada en C, los motivos del traslado y la definición de los puntos A, B y C dependen de las circunstancias históricas y de las características del proceso capitalista. La definición que se hace de los paisajes y de los modos de vida que los presenta como “estilos de vida”, formas de escape de una realidad agobiante, cambian conforme el capital define las áreas para la acumulación de experiencias turísticas. Asimismo, el proceso tiene rostros y nombres. Es personificado por los sujetos que lo revolucionan, que lo adaptan a un contexto y lugar. No es un ente que flota fantasmagóricamente construyendo ilusiones a cada paso que da. El turismo es una de las formas contemporáneas de la alienación capitalista, en su quehacer transforma el sentido de la geografía humana. En el mundo contemporáneo, muchos lugares son definidos bajo la óptica del viajero imbuido en la incesante búsqueda de nuevas experiencias que doten de sentido la existencia. En sus recorridos, los “estilos de vida”, los discursos a través de imágenes y sonidos, los nombramientos patrimoniales y las políticas estatales, acompañan al viajero en su trayecto. Cimientan los aparadores que cautivan su atención, no sin antes demandarle un incentivo económico y su participación activa en el espectáculo.

Más allá de ser un proceso económico en el que se venden artesanías y suvenires, el turismo comercia con experiencias memorables. Momentos efímeros que permanecen grabados en la psique del sujeto arraigando la noción de placer. Análogo a la ingesta de alguna droga fuerte, la experiencia y el placer atan de por vida al sujeto a sus designios. Así funciona el turismo, estimula las fibras más íntimas del ser humano, otorgándole en

el acto la falsa noción de plenitud solo para desilusionarlo una vez más. Pero, ¿cuántas desilusiones puede soportar el sujeto? Al parecer, bastantes. Considero que los seres humanos en el capitalismo no están del todo conscientes de los motivos de su frustración y del desencanto con la vida. Aunque en estados de máximo estrés pueden atisbar algunos de ellos, esto no siempre ocurre. Además, las frustraciones de un sujeto no son del todo similares a las de otro, de ahí que sea difícil traducirlas y compartirlas. No obstante, después de cada desilusión, el sujeto regresa en búsqueda de más satisfactores. Esta perpetua dinámica, mantiene en gran medida la lógica de procesos como el turístico. Cuando un poblado o lugar pierde la atracción de turistas, inventa nuevos elementos para atraer la atención del visitante y, una vez dentro de la experiencia, lo que es una creación, una invención, se presenta como real; de lo contrario, el proceso se transforma en otra actividad económica que continúa la obtención de ganancias.

En lugares como San Andrés Tuxtla, los lugareños inventan las historias que los turistas quieren escuchar. A los visitantes poco o nada les interesan los problemas cotidianos que enfrentan los pobladores para sobrevivir, ya tienen suficiente con los propios. A su arribo a la región de Los Tuxtlas, los visitantes buscan historias de piratas, lagunas encantadas, lugares misteriosos o embrujados, paisajes que los remonten a tierras inhóspitas, quieren comer lo que los lugareños producen, pero solo si es en los términos delineados por el turismo y la experiencia “auténtica”. Asimismo, quieren vestir como la gente del lugar, compran su ropa, se disfrazan solo para exaltar su falso sentido de pertenencia. Otros salen en búsqueda de aquello que les falta en la vida, personifican a los exploradores de un mundo recorrido y mapeado digitalmente. Y otros más, con cámara fotográfica en una mano y libreta de campo en la otra, los acompañan en sus aventuras por lugares como Los Tuxtlas. En el turismo, los discursos y las tradiciones son inventados una y otra vez, siempre partiendo de los órdenes previos.

La insaciable necesidad de volver lo espectacular cotidiano y lo común espectáculo, ha alcanzado en los últimos años niveles que difícilmente pudieron imaginarse décadas atrás intelectuales como Lefebvre. La apropiación que el turismo hace de las tradiciones en San Andrés es muestra de ello. Las fiestas que en décadas

pasadas eran menospreciadas, temidas e incluso prohibidas por el Estado, hoy son motivos de orgullo regional, de “amor por el terruño”. Los globos que surcan las montañas tuxtlecas ya no son vistos como resultado del laborioso trabajo de los jóvenes que los fabrican, son concebidos como parte de un paisaje fotografiado y presentado en facebook como la última atracción visitada en lo que va del año. De manera análoga, las mojigangas tuxtlecas reflejan la concepción que la juventud tiene del mundo contemporáneo. Con sus grotescas imágenes, los jóvenes bailan, brincan, corren y no cesan de vitorear loas a sus barrios para demostrar que están ahí, que no se van a ir y que son muchos. Aunque en numerosas ocasiones el municipio ha intentado silenciar sus protestas vueltas carnavales dionisiacos, una y otra vez los mismos jóvenes salen y por tres días consecutivos se apropian de las calles de un poblado celoso de sus tradiciones.

Más allá de ser un problema entre generaciones, el asunto de la autenticidad en las tradiciones es uno de clases. Mientras unos tratan de acotar a través de sus valores la definición de lo tradicional, otros gritan y protestan, bailan y ríen, gozan de aquello que les fue negado, su presencia en la fiesta. Ante esto, la hegemonía selectiva busca normar a los disidentes, los escucha y atiende sus demandas, no los reprime, los encausa hacia campos donde desarticula el potencial de sus críticas. Con esta estrategia las autoridades municipales de San Andrés Tuxtla han logrado contener el ímpetu de los jóvenes. Por ejemplo, durante las fiestas en honor a San Andrés Apóstol, una y otra vez el municipio prohibió el uso de equipos de sonido que reprodujeran música ajena a la designada por la tradición. Aunque muchos acataron la norma, cuerdas más adelante, elevaron el volumen de sus bocinas para demostrar su definición de la celebración. Ante esto, las autoridades no hicieron gran cosa, detuvieron a algunos jóvenes y multaron a un par de equipos de sonido, el resto, quedó exento. Esto no fue una concesión otorgada por el Estado, se trató de una negociación. Así como se les permitió escuchar y bailar a las mojigangas con su música, implícitamente se les hizo saber quién detenta el poder en el poblado. Al dejar que la gran mayoría de los jóvenes continuara su recorrido con sus modos y maneras, el Estado cedió un poco de terreno para luego contrarrestar los estragos generados por el carnaval juvenil. En los periódicos locales no aparecieron imágenes de sus mojigangas, las primeras planas fueron abarrotadas por las llamadas “mojigangas tradicionales”.

Empero, los jóvenes tienen otras vías de comunicación y a través de los medios digitales compartieron sus experiencias con el resto de la población.

Las luchas de poder que acontecen en San Andrés Tuxtla en el marco de las políticas del espectáculo, del turismo y del neo-liberalismo, ilustran las ríspidas relaciones que norman lo cotidiano. Aunque quedan muchas interrogantes por plantear, considero que una en particular ha guiado en gran medida las presentes reflexiones, ¿qué habrá después del turismo? Si todos los aspectos de la vida parecen ser alienados por el proceso, si los paisajes del mundo entero ilustran las portadas de folletos turísticos, si los grupos étnicos conforman empresas en aras de obtener una ganancia, ¿qué pasará el día de mañana cuando los recursos humanos y naturales se terminen? ¿Podrá el capitalismo preservar la revolución permanente que rige su lógica? La respuesta a esto se ubica en el difícil presente que vive el estado de Veracruz.

Asediado por olas de violencia, narcotráfico e inestabilidad política, los andamiajes del turismo y del resto de las actividades económicas en Veracruz se cimbran. La inseguridad y la incertidumbre acentúan una severa crisis en la cotidianidad de las poblaciones veracruzanas. Los grandes proyectos promocionados por los gobiernos federal y estatal, no alcanzan a solventar las necesidades de una sociedad cansada de la violencia estructural. Uno tras otro aparecen en los periódicos los casos de secuestros, asesinatos y desvíos de fondos estatales. Ante este panorama, las tensiones entre los pobladores y las figuras gubernamentales se intensifican. Las marchas, los cierres de carreteras e inclusive los ataques directos al Estado conforman un panorama que se contrapone directamente a la noción que el turismo estatal difunde al resto del país. Frente a los espectaculares paisajes se antepone el descontento generalizado. La muerte y el empobrecimiento de los pobladores derrumba la supuesta vida prístina de regiones enteras en Veracruz. Con esto, cientos de personas pierden el único sustento de sus vidas, el trabajo en el turismo. El declive de la industria profundiza aún más la miseria y la desigualdad, nutriendo los flujos de migrantes que abandonan sus hogares en búsqueda de mejores horizontes.

Ante el descontento generalizado en el estado de Veracruz, el futuro del turismo es incierto. No obstante, el capitalismo continúa generando dividendos a través de otros medios. Cada día son más los que se suman a las redes del narcotráfico que asedian la vida cotidiana de poblados que se pensaron exentos de esta problemática. A su vez, en diferentes lugares aparecen grupos armados que se contraponen a los ataques perpetuados por las organizaciones delictivas. La ineficacia de las instituciones gubernamentales veracruzanas aviva el enfrentamiento entre poblaciones fragmentadas por el proceso capitalista. La crisis actual del sistema acentúa los antagonismos, desencadena la persecución de los más desprotegidos y mucho daño hace a la vida humana en Veracruz. Lejos de identificar a los culpables, que en mucho propiciaron la situación actual, considero que debemos repensar las repercusiones que ha tenido el neo-liberalismo en México y el mundo entero. El presente veracruzano es la expresión de más de cuarenta años de saqueo, explotación y dominación de una hegemonía que parece estar en jaque. El desencanto de los sectores fieles a la dirección de la clase en el poder, ilustra diariamente en Veracruz el fin de una época del capitalismo.

Enmarcada por un proceso global de intensos cambios políticos y sociales, la violenta realidad en Veracruz expresa uno de los momentos más severos de la actual crisis capitalista. Si bien la crisis es inherente al desarrollo del sistema, momentos como el presente demandan la búsqueda de otros modelos que permitan la continuación de la vida humana. Aunque el espectáculo continúa y la realidad teatralizada aún constriñe la atención de la sociedad, la intensificación de la violencia rompe el encanto de ese mundo “puesto de cabeza”. Los horizontes, en este sentido, son poco alentadores en territorios como Veracruz. La violencia estructural, expresada en el empobrecimiento de todos los aspectos de la vida, deja un margen muy angosto para que el neo-liberalismo continúe normando el quehacer capitalista. El mundo se encuentra en un momento determinante. En diversas geografías los antagonismos nutren las guerras por los recursos naturales, por el control geopolítico y por la dominación de los intereses económicos sobre los humanos. Análoga a la situación política de Medio Oriente, México es un país en estado de guerra, donde los muertos siempre son del bando más empobrecido y explotado, sean militares o civiles. La careta del Estado se desmorona con los desatinos de un presidente

calificado como el peor de la historia mexicana. Los gobiernos estatales de Guerrero, Michoacán y Oaxaca libran batallas por el apaciguamiento de los que fueron sus más cercanos aliados en décadas anteriores. Campesinos, maestros, sindicatos de trabajadores y un sinnúmero de personas y organizaciones, demandan cada día más el reconocimiento de sus demandas a través de la violencia. El divorcio entre las bases que resguardaron el desarrollo neo-liberal en México y el Estado acontece en una larga lista de encuentros y desencuentros. Y la negociación se torna tensa en momentos en que el Estado en poco responde a los intereses de una mayoría empobrecida al grado que sus culturas fueron vendidas al mejor postor.

Difícil es la situación que enfrenta el capitalismo global. Las promesas de una mejor vida se disuelven en el mar de protestas y conflictos bélicos. El que fuera un proyecto político de una élite en Chicago, ha terminado por corromper las fibras más sensibles de la humanidad. La dignidad pende de un hilo ante la individualidad exacerbada en el mundo contemporáneo. El espectáculo ha roto el espacio privado y con ello volcó todo a la arena pública. Las imágenes han sustituido las nociones del “ser” por las del “parecer”. En el consumo exacerbado, la producción de los estilos de vida ha transformado e inventado culturas en aras de las ganancias económicas. Lo que parecía ser real, las tradiciones o las particularidades culturales de una sociedad, son producto del ingenio de una empresa de marketing o de una política estatal. Asimismo, los espectáculos se reinventan a través de todos los medios posibles. Las “realidades aumentadas” de las aplicaciones digitales se afanan en enmascarar un mundo cuya realidad se desmorona a pasos agigantados y las nuevas generaciones demandan mayor espectacularidad en los sucesos que cautivan su atención.

Empero, para fortuna de pocos e infortunio de muchos, las crisis del capitalismo son los motores que revolucionan su transformación. El proceso continuará y su fin aún se encuentra muy lejos. Para la población de San Andrés Tuxtla, el turismo y el tabaco continúan siendo los medios que sustentan sus vidas. Esperando el arribo de algunos turistas que se atrevan a desafiar la violencia y la inseguridad que plaga la geografía veracruzana, quienes se dedican a fabricar experiencias turísticas continúan

promocionando a su pueblo como un destino obligado en la ruta de Los Tuxtlas. De hacer lo contrario, el sustento de sus vidas queda a merced de una incertidumbre abrumadora. La jaula invisible parece, entonces, limitar las opciones a las que pueden acceder los sanandresinos. Entre el turismo, el trabajo precario y temporal en empresas regionales, la migración, el narcotráfico, la ganadería o el campo, las posibilidades de una vida digna son insuficientes. Queda el ejemplo de San Andrés Tuxtla como uno donde el giro en el modelo de producción ilustra las dinámicas de un capitalismo global matizado localmente. En ese pequeño poblado tuxtleco, el campo y las actividades relacionadas al tabaco, paulatinamente ceden su lugar a una industria turística normada por el espectáculo de la vida cotidiana. Y en el marco de una crisis mundial capitalista, el futuro aloja las pocas esperanzas de aquellos que no han sido incluidos en los designios de la hegemonía.



En el espectáculo de lo tradicional una fotografía proyecta a otra. En el proceso, le otorga otro encuadre, otra tonalidad y así la presenta como la realidad. [Fotografía: el autor, septiembre de 2014]

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abrams, P. (1977). Notes of the Difficulty of Studying the State. *Journal of Historical Sociology*, 1.
- Álvarez, M. (1985). *La intervención del Estado en la producción agrícola: la producción tabacalera en Alamo, Veracruz*. (Licenciatura en Antropología Social), Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa, México.
- Amerlinck, M.-J. (2008). Arquitectura vernácula y turismo: ¿identidad para quién? *Destiempos.com*, 3(15), 381-388.
- Amparo, M. (1993). El tabaco: del monopolio colonial a la manufactura porfiriana. *Historias*, 57-70.
- Apodaca, C., Juárez, J. P., Ramírez, B., & Figueroa, R. (2014). Revitalización de fincas cafetaleras por medio del turismo rural: caso del municipio Coatepec, Veracruz. *Revista Mexicana de Ciencias Agrícolas*, 1523-1535.
- Ariza, R. d. C. (2009). Turismo, produção do espaço e desenvolvimento desigual para pensar a realidade brasileira. En R. Bartholo, D. G. Sansolo & I. Bursztyn (Eds.), *Turismo de base comunitaria. Diversidade de olhares e experiências brasileiras* (92-107). Rio de Janeiro: Letra e Imagem.
- Arroyo, R. (2011). La sociedad de ensueño del turismo. *Anuario Turismo y Sociedad*, XII, 17-26.
- Asensio, R. H., & Pérez, B. (2012). *¿El turismo es cosa de pobres? Patrimonio cultural, pueblos indígenas y nuevas formas de turismo en América Latina*. España: Asociación Canaria de Antropología - Instituto de Estudios Peruanos.
- Azevedo, J., & Gomes, C. L. (2013). El ocio y el turismo en los artículos publicados en revistas académicas de turismo. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 22, 875-892.
- Azuela, A. (1995). Ciudadanía y gestión urbana en los poblados rurales de los Tuxtlas. *Estudios Sociológicos*, 13(39), 485-500.
- Bartra, A. (1979). El panorama agrario en los 70. *Investigación Económica*, 38(150), 179-235.

- Bartra, R. (1972). Campesinado y poder político en México: Un modelo teórico. *Revista Mexicana de Sociología*, 34(3/4), 659-684.
- Bartra, R. (1976). Y si los campesinos se extinguen... (Reflexiones sobre la coyuntura política de 1976 en México). *Revista Mexicana de Sociología*, 38(2), 323-337.
- Bartra, R. (1982). Capitalism and the peasantry in Mexico. *Latin American Perspectives*, 9(1), 36-47.
- Binford, L. (Ed.). (2004). *La economía política de la Migración Internacional en Puebla y Veracruz: siete estudios de caso*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Blanco, E. (2009). O turismo rural em áreas de agricultura familiar as “novas ruralidades” e a sustentabilidade do desenvolvimento local. En R. Bartholo, D. G. Sansolo & I. Bursztyn (Eds.), *Turismo de base comunitaria. Diversidade de olhares e experiências brasileiras* (348-357). Rio de Janeiro: Letra e Imagem.
- Borón, A. A. (2004). "Pensamiento único" y resignación política: los límites de una falsa coartada. En J. C. G. Atilo A. Borón, Naúm Minsburg (Comp) (Ed.), *Tiempos violentos: neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina*. Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
- Bracho, J. (1990). Conflicto en el tabacal: campesinos, técnicos y sindicatos en Tabamex: 1972-1974. *Revista Mexicana de Sociología*, 52(2), 65-92.
- Calderón, J. (1986). Estado, reforma agraria y autogestión campesina en México. *Investigación Económica*, 45(176), 181-211.
- Canclini, N. G. (1988). *Las culturas populares en el capitalismo*. México: Nueva Imagen.
- Cardona, J., Azpelicueta, M. d. C., & Sierra, A. (2015). El mito del paraíso perdido en al definición del destino turístico. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 24, 715-735.
- Carvajal, S. (s. a.). *Crónicas de mi pueblo*. San Andrés Tuxtla, Ver.
- Castorena, G. (1983). Concentración vertical de productores campesinos por el Estado. *Revista Mexicana de Sociología*, 45(3), 829.
- César, A., & Arnaiz, S. (2013). El turismo y la sociedad de consumo. *Anuario Turismo y Sociedad*, XIV, 65-82.

- Chhabra, D., Healy, R., & Sills, E. (2003). Staged Authenticity and Heritage Tourism. *Annals of Tourism Research*, 30(3), 702-719.
- Comaroff, J. L., & Comaroff, J. (2009). *Ethnicity, Inc.* United States of America: The University of Chicago Press.
- CONAPO. (2010). *Índice de Marginación por Entidad Federativa y Municipio 2010*. México: Consejo Nacional de Población.
- CONAPO. (2014). *Decreto: Declaratoria de Zonas de Atención Prioritaria para el año 2015*. México: Diario Oficial de la Nación.
- Coronado, G. (2014). Selling culture? Between commoditisation and cultural control in Indigenous alternative tourism. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 12(q), 11-28.
- Coronado, G. (2015). De la curiosidad a la prioridad: el lugar del turismo en la antropología. *Desacatos*(47), 90-97.
- Correos, G. d. (Cartographer). (1904). Carta Postal de la República Mexicana, Hoja No. 21 Estado de Veracruz.
- Corrigan, P., & Sayer, D. (1985). *The Great Arch. English State formation as a Cultural Revolution*. New York: Basil Blackwell.
- Crehan, K. (2004). *Gramsci, cultura y antropología*. Barcelona: Ediciones Bellaterra.
- Cristiani, B. C. (1981). Política agraria, crisis y campesinado. *Revista Mexicana de Sociología*, 43(1), 275-287.
- Cristiani, B. C. (1985). El campo y los campesinos, hacia 1985. *Revista Mexicana de Sociología*, 47(1), 207-219.
- Cristiani, B. C. (1988). El cardenismo y el nuevo rostro de la sociedad rural. *Revista Mexicana de Sociología*, 50(3), 125-156.
- Daas, V., & Poole, D. (2008). El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas. *Cuadernos de Antropología Social*(27), 15-52.
- Daniel, Y. (1996). Tourism dance performances. Authenticity and Creativity. *Annals of Tourism Research*, 23(4), 780-797.

- De la Peña, S. (1983). Acumulación originaria y la nación capitalista en México: ensayo de interpretación. *El Trimestre Económico*, 50(198), 713-732.
- Deans-Smith, S. (1992). *Bureaucrats, planters, and workers. The making of the tobacco monopoly in Bourbon Mexico*. Austin: University of Texas Press.
- Debord, G. (1995). *La sociedad del espectáculo*. Santiago de Chile: Ediciones Naufragio.
- Debord, G. (2006). *El planeta enfermo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Delgado, A. (2004). *Historia, cultura e identidad en el Sotavento*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Dirección General de Cultura Populares e Indígenas.
- Delgado Selley, O. (1991). La industria estatal mexicana antes y después de la privatización: 1983-1989. *Investigación Económica*, 50(197), 413-444.
- Díaz, M. (2008). Contrabandistas tabaqueros en la región de Veracruz (1765-1807). El sistema alternativo al estanco del tabaco. *Chronica Nova*, 199-217.
- dos Santos, I., & Moquete, S. (2014). Turismo de experiencia: una alternativa socioeconómica para Itacaré (BA)? *Cuaderno Virtual de Turismo*, 14(2), 117-132.
- Ender, J. (2009). *Contrabando y comiso de urao en la provincia de Mérida, durante la vigencia del estanco del tabaco (1781-1833)*. (Licenciado en Historia), Universidad de los Andes Venezuela.
- Escalante, R. (1992). Las políticas de estabilización y ajuste estructural y el sector agropecuario desde la crisis de la deuda (1982-1990): el caso de México. *Investigación Económica*, 51(200), 229-268.
- Estrada, Á. (2015). *Los empleados de la factoría de tabacos de la villa de Córdoba bajo el régimen del estanco, 1780-1809*. (Maestría en Historia), Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Falcón, R. (1979). Veracruz: los límites del radicalismo en el campo (1920-1934). *Revista Mexicana de Sociología*, 41(3), 671-698.
- Fernández, A. M. (2016). Una revisión del Programa Pueblos Mágicos. *CULTUR*, 10(1), 3-34.
- Ferrer, A. (2004). La globalización, la crisis financiera y América Latina. En J. C. G. Atilo A. Borón, Naúm Minsburg (Comp) (Ed.), *Tiempos violentos:*

- neoliberalismo, globalización y desigualdad en América Latina* (51-65). Buenos Aires: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
- Foley, M. W. (1995). Privatizing the countryside: The mexican peasant movement and neoliberal reform. *Latin American Perspectives*, 22(1), 59-76.
- Foweraker, J. d. C., & Cusminsky, R. (1989). Los movimientos populares y la transformación del sistema político mexicano. *Revista Mexicana de Sociología*, 51(4), 93-113.
- Fowler, H. (1970). Orígenes laborales de la organización campesina en Veracruz. *Historia Mexicana*, 20(2), 235-264.
- Francesch, A. (2016). Antropólogos, turistas, confusiones y reflexiones. *Pasos*, 14(1), 11-21.
- Franklin, A. (2003). "The tourist syndrome". *Tourist Studies*, 3(2), 205-217.
- Gárate Ojanguren, M. M., & de Luxán y Meléndez, S. (2009). Cuba y Nueva España: los dos pilares del tabaco español en el siglo XVIII. *Úlua*, 35-74.
- García de León, A. (2001). La real compañía de Inglaterra y el tráfico negrero en el Veracruz del siglo XVIII, 1713-1748. *Investigación Económica*, 61(237), 153-182.
- García de León, A. (2011). *Tierra adentro, mar en fuera. El puerto de Veracruz y su litoral a Sotavento, 1519-1821*. México: Fondo de Cultura Económica / Universidad Veracruzana / Secretaría de Educación del Estado de Veracruz.
- García, F. (1998). *Veracruz: Base de la acumulación capitalista*. (Doctor en Ciencias Históricas), Universidad de La Habana, La Habana, Cuba.
- Garrido, C. A. (2004). "De la caña a la Gran Manzana. El trasfondo de la migración internacional en zonas cañeras rurales del centro de Veracruz". En L. Binford (Ed.), *La economía política de la Migración internacional en Puebla y Veracruz: siete estudios de caso*. (103-135). México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla - Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Giménez, G. (1996). "Territorio y cultura". *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, II(4), 9-30.
- Gledhill, J. (2004). "La ciudadanía y la geografía social de la neoliberalización profunda". *Relaciones*, XXV(100), 75-106.

- Gledhill, J. (2007). "Neoliberalism". En D. Nugent & J. Vicent (Eds.), *A companion to anthropology of politics* (232-248). Estados Unidos de América: Blackwell Publishing Ltd.
- González, J. (1991). *Los Tuxtlas*. México: Archivo General del Estado de Veracruz.
- Gordillo de Anda, G. (1979). El "núcleo estatal" en el medio rural: algunas consideraciones sobre el crédito agrícola en México. *Investigación Económica*, 38(147), 199-221.
- Gramsci, A. (1971). *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Gramsci, A. (2000). *Cuadernos de la Carcel* (Vol. 6). México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla / Era.
- Guillén, H. (2005). *México frente a la mundialización neoliberal*. México: Ediciones Era.
- Gupta, A., & Ferguson, J. (2008). Más allá de la "cultura": espacio, identidad y las políticas de la diferencia. *Antidopa*(7), 233-256.
- Hale, C. R. (2002). "¿Puede el multiculturalismo ser una amenaza? Gobernanza, derechos culturales y política de la identidad en Guatemala". En M. L. Lagos & P. Calla (Eds.), *Antropología del Estado: Dominación y prácticas contestatarias en América Latina* (285-346). Bolivia: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo.
- Hall, S. (1997). The spectacle of the "other" *Representation. Cultural representations and signifying practices*. (223-285). London: The Open University/SAGE Publications Ltd.
- Hall, S. (2010). *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Colombia: Universidad Javeriana - Instituto de estudios sociales y culturales Pensar / Universidad Andina Simón Bolívar (Ecuador) - Instituto de Estudios Peruanos / Envió Editores.
- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Harvey, D. (2005). *Spaces of neoliberalization: towards a theory of uneven geographical development*. Weisbaden: Franz Steiner Verlag.

- Harvey, D. (2010). *The enigma of capital. And the crises of capitalism*. Londres: Profile Books.
- Harvey, D. (2014). *Diecisiete contradicciones y el fin del capitalismo*. Ecuador: Instituto de Altos Estudios Nacionales del Ecuador - Traficantes de Sueños.
- Heg, A. (1995). *Our Rightful Share. The Afro-Cuban Struggle for Equality, 1886-1912*. Estados Unidos de Norteamérica: The University of North Carolina Press.
- Heller, A. (1985). *Historia y vida cotidiana*. México: Editorial Grijalbo, S. A.
- Heller, A. (1994). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Ediciones Península.
- Hernández, J. (2010). El desencanto por la independencia: los tabacaleros de Orizaba ante el monopolio estatal del cultivo de la hoja en México, 1821-1836. *Ulúa. Revista de Historia, Sociedad y Cultura*, 99-123.
- Hernández, J. d. J. (2009). Tequila: Centro mágico, pueblo tradicional. ¿Patrimonialización o privatización? *Andamios*, 6, 41-67.
- Hernández-Ramírez, J., Pereiro, X., & Pinto, R. (2015). Panorama de la antropología del turismo desde el Sur. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural.*, 13(2), 277-281.
- Hiernaux, D., & Rodríguez, M. (1991). Las ciudades del turismo. *Revista mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(145), 13-25.
- Hjorth, S. V. (2011). "Los nuevos patrones migratorios en el sur de Veracruz. Transformaciones rurales, unidad doméstica y migración". En H. J. Salas, M. L. Rivermar & P. Velasco (Eds.), *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México* (83-108). México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas / Juan Pablos Editor.
- Hobsbawm, E. J., & Ranges, T. (1984). *The Invention of Tradition*. Great Britian: Cambridge Universtiy Press.
- ICOMOS. (1999). *Carta internacional sobre turismo cultural. La gestión del turismo en los sitios con patrimonio significativo*. México: International Council on Monuments and Sites.
- INEGI. (2009). *Prontuario de información geográfica municipal de los Estados Unidos Mexicanos. San Andrés Tuxtla, Veracruz de Ignacio de la Llave*. México.

- INEGI. (2010a). *Censo de Población y Vivienda*. México.
- INEGI. (2010b). *México en Cifras*. México.
- INEGI. (2010c). *Veracruz de Ignacio de la Llave. Marco Geoestadístico Municipal 2010*. México.
- Iuva, C., & Ciliane, C. (2015). El souvenir artesanal y la promoción de la imagen del lugar turístico. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 24, 188-204.
- Jáuregui, J., Kuschick, M., Itriago, H., & García, A. I. (1980). *Tabamex: un caso de integración vertical de la agricultura*. México: Editorial Nueva Imagen, S. A.
- Jáuregui, L. (1997). Una aproximación a los costos y beneficios del cambio institucional en el México Borbónico 1765-1795. *Investigación Económica*, 57(222), 145-160.
- Jiménez, R. (2012). La Introducción del tabaco en San Andrés Tuxtla, Veracruz: cambios económicos y ecológicos en al región del sotavento veracruzano. *Memorias del II Congreso Nacional de Estudios Regionales y Multidisciplinariedad en la Historia*. México: Universidad Autónoma de Tlaxcala.
- Juárez, D. (2012). Ecoturismo comunitario en México: dos casos de éxito. En R. H. Asensio & B. Pérez (Eds.), *¿El turismo es cosa de pobres? Patrimonio cultural, pueblos indígenas y nuevas formas de turismo en América Latina*. España: Asociación Canaria de Antropología - Instituto de Estudios Peruanos.
- Katz, F. (1988). *Riot, rebellion, and revolution. Rural social conflict in Mexico*. Princeton: Princeton University Press.
- Knudsen, D. C., Rickly, J. M., & Vidon, E. S. (2016). The fantasy of authenticity: Touring with Lacan. *Annals of Tourism Research*, 58, 33-45.
- Laclau, E., & Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- Lefebvre, H. (1972). *La vida cotidiana en el mundo moderno*. España: Editions Gallimard - Alianza Editorial S. A.
- Lefebvre, H. (1991). *Critique of Everyday Life* (Vol. I). New York: Verso.
- Léonard, E., & Mackinlay, H. (2000a). Les producteurs mexicains de tabac face à la privatisation du monopole public Tabamex. *Tiers-Monde*, 41(164), 841-864.

- Léonard, E., Quesnel, A., & Velázquez, E. (2003a). “La regulación agraria en sus contextos, normatividad legal, prácticas de los actores y juegos de poder”. En É. Léonard, A. Quesnel & E. Velázquez (Eds.), *Políticas y regulaciones agrarias. Dinámicas de poder y juegos de actores en torno a la tenencia de la tierra* (9-38). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Institut de Recherche pour le Développement / Miguel Ángel Porrúa.
- Léonard, E., Quesnel, A., & Velázquez, E. (Eds.). (2003b). *Políticas y regulaciones agrarias. Dinámicas de poder y juegos de actores en torno a la tenencia de la tierra*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Institut de Recherche pour le Développement / Miguel Ángel Porrúa.
- Léonard, E., & Velazquez, E. (2000b). *El Sotavento veracruzano: procesos sociales y dinámicas territoriales*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Institut de Recherche pour le Développement.
- Lipovetsky, G. (2007). *La felicidad paradójica. Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- López, Á. (2015). Turismo y desarrollo sustentable en áreas protegidas o sobre los "nuevos" contrasentidos para la producción y el marasmo en el ámbito rural. *Desacatos*(47), 36-53.
- López, L. Á. (2004). Cambios de la estructura ocupacional en las zonas rurales mexicanas vinculadas al fenómeno de la migración transnacional hacia EE.UU. En N. Giarraca & B. Levy (Eds.), *Ruralidades latinoamericanas. Identidades y luchas sociales* (79-116). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- MacCannell, D. (1999). *The Tourist. A new theory of the leisure class*. California: University of California Press.
- Macip, R. F. (2005). *Somos un país de peones: Café, crisis y estado neoliberal en el centro de Veracruz*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla – Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades.
- Mackinlay, H. (1998). ¿Negociación colectiva o individualizada? La organización campesina en la rama del tabaco frente a los procesos de reestructuración productiva de los años noventa. *Revista Mexicana de Sociología*, 60(4), 209-251.
- Mackinlay, H. (2001). *Crisis del intervencionismo estatal y nuevos arreglos institucionales en la rama del tabaco. La empresa paraestatal Tabamex (1972-2000) y su privatización durante los años noventa*. (Doctor en Ciencia Política), Universidad Nacional Autónoma de México, México.

- Mackinlay, H. (2011). La agroindustria del tabaco en México y la formación de la empresa paraestatal Tabamex: 1920-1972. *Polis*, 7(2), 213-262.
- Madrid, F. (2012). El turismo cultural en los albores del siglo XXI. *Patrimonio cultural y turismo. Cuadernos*, 16-21.
- Maldonado, C. (2009). O turismo rural comunitário na América Latina. Gênese, características e políticas. En R. Bartholo, D. G. Sansolo & I. Bursztyrn (Eds.), *Turismo de base comunitaria. Diversidade de olhares e experiências brasileiras* (25-44). Rio de Janeiro: Letra e Imagem.
- Maldonado, L. K. (2008). Empleos y salarios en México: perspectivas actuales y desarrollo. En A. Solís, M. Ortega, A. Mariña & N. Torres (Eds.), *Reformas estructurales, crisis de la gobernabilidad neoliberal y ascenso de los movimientos sociales*. (63-84). México: Universidad Autónoma Metropolitana - Unidad Iztapalapa.
- Mantecón, A. R. (2002). Los estudios sobre consumo cultural en México. En D. Mato (Ed.), *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* (255-263). Caracas, Venezuela: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Marín, G. (2015). Turismo: espacios y culturas en transformación. *Desacatos*(47), 6-15.
- Martínez Assad, C. (1994). Del fin del porfiriato a la Revolución en el sur-sureste de México. *Historia Mexicana*, 43(3), 487-504.
- Martínez, E., & Vallejo, J. (2011). Las nuevas relaciones rural-urbanas y mercados de trabajo en Morelos y el Estado de México. En H. J. Salas, M. L. Rivermar & P. Velasco (Eds.), *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México* (29-58). México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas / Juan Pablos Editor.
- Martini, M. (2013). El origen del conocimiento. El lugar de la experiencia y de la razón en la génesis del conocimiento del turismo. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 22, 985-1001.
- Marx, K. (1851). El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte *Obras escogidas en tres tomos* (Vol. I.). Moscú: Editorial Progreso.
- Marx, K. (1867). *El capital: crítica de la economía política* (3 ed. Vol. I). México: Fondo de Cultura Económica.

- Mateos, J. (2006). El turismo en México: la ruta institucional (1921-2006). *Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos # 14*, 34-43.
- Medel, L. (1993). *Historia de San Andrés Tuxtla, 1525-1975*. México: Gobierno del Estado de Veracruz.
- Medel, L. (1999). *Del Soberano y Aromoso Tabaco*. México: Gobierno del Estado de Veracruz-Instituto Veracruzano de Cultura-Editora de Gobierno.
- Medianeira, M., & Borges, I. (2015). Indicadores para o planejamento e gestão do turismo religioso municipal: o caso da festa de nossa Senhora do Livramento, em Caracarái, Roraima. *Cultur. Revista de Cultura e Turismo*, 9(3), 101-142.
- Méndez, M. d. C., Rodríguez, O. M., Osorio, M., & Salgado, M. d. C. (2013). La flexibilidad laboral en el sector turístico en México. Una interpretación teórica. *Estudios y Perspectivas en Turismo*, 22, 705-728.
- Muñoz, F. (2014). La epistemología y el turismo. *Anuario Turismo y Sociedad*, XV, 187-203.
- Muriel, D. (2016). El modelo patrimonial: el patrimonio cultural como emergencia tardomoderna. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 13(1), 181-192.
- Náter, L. (2006a). Colonial Tobacco: key commodity of the Spanish Empire, 1500-1800. En S. Topik, C. Marichal & F. Zephir (Eds.), *From silver to cocaine: Latin American Commodity chains and the building of the world economy, 1500-2000* (93-118). Estados Unidos de América: Duke University Press.
- Náter, L. (2006b). Engranajes del Imperio. el caso de los monopolios de tabaco en el siglo XVIII. En L. Alónso, L. Gálvez & S. Luxán (Eds.), *Tabaco e Historia Económica. Estudios sobre fiscalidad, consumo y empresa (siglos XVII-XX)* (205-229). Madrid: Fundación Atladis.
- Naveda, A. (2009). El impacto económico y social del monopolio del tabaco en Córdoba, 1765-1798. *Ulúa*, 23-47.
- Ojeda, L. (2012). El patrimonio inmaterial p'urhé y el turismo cultural: Reflexiones en torno a un festival cultural étnico. En R. H. Asensio & B. Pérez (Eds.), *¿El turismo es cosa de pobres? Patrimonio cultural, pueblos indígenas y nuevas formas de turismo en América Latina*. España: Asociación Canara de Antropología - Instituto de Estudios Peruanos.

- OMT. (2015). *Barometro Organización Mundial de Turismo (Volumen 13)*.
- Ortiz, F. (2002). *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar*. Madrid: Cátedra.
- Pereiro, X. (2015). Reflexión antropológica sobre el turismo indígena. *Desacatos*(47), 18-35.
- Peresson, G. (2010). General overview of the country. *Giornale della Libreria*, 14(1), 107-124.
- Pérez, E. (2001). Hacia una nueva visión de lo rural. En N. Giarracca (Ed.), *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* (17-29). Argentina: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales.
- Pietschmann, H. (1990). Revolución y Contrarrevolución en el México de las reformas borbónicas. Ideas protoliberales y liberales entre los burócratas ilustrados novohispanos (1780-1794). *Caravelle*, 21-35.
- Pietschmann, H. (1991). Consideraciones en torno al proliberalismo, reformas borbónicas y revolución. La Nueva España en el último tercio del siglo XVIII. *Historia Mexicana*, 41(2), 167-205.
- Pine II, B. J., & Gilmore, J. H. (1998). Welcome to the Experience Economy. *Harvard Business Review*, 95-106.
- Piñar, Á., Nava, M., & Viñas, D. (2011). Migración y ecoturismo en la Reserva de la Biosfera de Los Tuxtlas (México). *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 9, 383-396.
- Popple, H. (Cartographer). (1733). A map of the British Empire in America (Sheet 13).
- Pradilla, E. (2009). *Los territorios del neoliberalismo en América Latina. Compilación de ensayos*. México: Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco Miguel Ángel Porrúa.
- Quesnel, A. (2003). Poblamiento, regulaciones agrarias y movilidad en el sur del estado de Veracruz, México. En E. Léonard, A. Quesnel & E. Velázquez (Eds.), *Políticas y regulaciones agrarias. Dinámicas de poder y juegos de actores en torno a la tenencia de la tierra* (41-71). México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Institut de Recherche pour le Développement / Miguel Ángel Porrúa.

- Ramírez, E. D. (2014). Agroecoturismo: aportes para el desarrollo de una tipología turística en el contexto latinoamericano. *Anuario Turismo y Sociedad*, XV, 223-236.
- Recondo, D. (2007). *La política del gatopardo. Multiculturalismo y democracia en Oaxaca*. México: Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- República, P. d. I. (2012). *6º Informe de Gobierno 2012 México*.
- República, P. d. I. (2014). *2º Informe de Gobierno*. México.
- Richards, G. (2011). Creativity and Tourism. The State of the Art. *Annals of Tourism Research*, 38(4), 1225-1253.
- Richards, G., & Wilson, J. (2007). Tourism development trajectories: from culture to creativity? *Tourism, Creativity and Development* (1-35). New York: Routledge.
- Rinaudo, C. (2011). Lo "afro", lo "popular" y lo "caribeño" en las políticas culturales en Cartagena y Veracruz *Circulaciones culturales. Lo afrocaribeño entre Cartagena, Veracruz, y la Habana*. México: Publicaciones de la Casa Chata.
- Rojo, S., & Llanes, R. (2009). Patrimonio y turismo: el caso del Programa Pueblos Mágicos. *Revista de Arquitectura, Urbanismo y Ciencias Sociales.*, I.
- Roseberry, W. (2002). Understanding Capitalism – Historically, Structurally, Spatially. En D. Nugent (Ed.), *Locating capitalism in time and space. Global restructurings, politics, and identity* (61-80). Stanford, CA: Stanford University Press.
- Roseberry, W. (2014). *Antropologías e historias: ensayos sobre cultura, historia y economía política*. (A. Acevedo, Trans.). México: El Colegio de Michoacán.
- Saavedra, M. (1961). El tabaco: principales aspectos. *Investigación Económica*, 21(83), 517-557.
- Salas, H., & Rivermar, M. L. (2011a). Nuevas ruralidades en el sur de Tlaxcala. En H. Salas, M. L. Rivermar & P. Velasco (Eds.), *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México* (139-164). México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas / Juan Pablos Editor.
- Salas, H., Rivermar, M. L., & Velasco, P. (Eds.). (2011b). *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México*. México: Universidad

Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas / Juan Pablos Editor.

Sánchez, G. (2001). Estanco y contrabando: la herencia colonial del tabaco en Michoacán en la primera mitad del siglo XIX. *Tzintzun*, 9-34.

Sauvage, A., & Gámez, A. E. (2013). Desarrollo, identidad cultural y turismo en el oasis de Baja California Sur, México. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 11(1), 159-172.

SECTUR. (2000). *Estudio de Gran Visión del Turismo en México: Perspetiva 2020*. México: Redes Consultores.

SECTUR. (2014). *Guía de incorporación y permanencia. Pueblos Mágicos*. México.

SECTUR-Veracruz. (2015). *Mapa de Actividades México*.

Silva, R. E. d. (2009). O turismo desenvolvido em territórios indígenas sob o ponto de vista antropológico. En R. Bartholo, D. G. Sansolo & I. Bursztyn (Eds.), *Turismo de base comunitaria. Diversidade de olhares e experiências brasileiras* (240-248). Rio de Janeiro: Letra e Imagem.

Smith, G. A. (2007). Hegemony. En D. Nugent & J. Vicent (Eds.), *A companion to anthropology of politics* (216-230). Estados Unidos de América: Blackwell Publishing Ltd.

Smith, G. A. (2011). Selective Hegemony and Beyond-Populations with 'No productive function': A Framework for Enquiry. *Identities. Global studies in culture and power*, 18(1), 12-38.

Starr, B. W. (1954). Levels of communal relations. *American Journal of Sociology*, 60(2), 125-135.

Suárez, S. (2011). Globalización y transformaciones socioterritoriales en el ámbito rural: puntualizaciones sobre una nueva ruralidad. En H. J. Salas, M. L. Rivermar & P. Velasco (Eds.), *Nuevas ruralidades. Expresiones de la transformación social en México* (59-82). México: Universidad Nacional Autónoma de México - Instituto de Investigaciones Antropológicas / Juan Pablos Editor.

Surade, J., & Morro, A. (2010). El turismo cultural hoy. *Turismo Cultural*. Barcelona: Universitat Oberta de Catalunya.

- Teubal, M. (1987). Internationalization of Capital and Agroindustrial Complexes: Their impact on Latin American Agriculture. *Latin American Perspectives*, 14(3), 315-364.
- Transportes, S. d. C. y. (2002). *Atlas de Comunicaciones y Transportes*. México.
- Turrent, E. (1958). *Remolino*. México: Centro Veracruzano de Cultura.
- Tuxtla, H. A. S. A. (2014). *Plan Desarrollo Municipal 2014-2017*. Diario Oficial de la Nación.
- UNESCO. (2005). *Convención sobre la protección y promoción de la diversidad de las expresiones culturales*. Paris.
- Uriely, N. (2005). The tourist experience. Conceptual Developments. *Annals of Tourism Research*, 32(1), 199-216.
- Valdéz, R. (2012). Funcionamiento de los programas de turismo cultural en México. Algunas observaciones críticas. *Patrimonio Cultural y Turismo. Cuadernos # 19. Políticas Públicas y Turismo Cultural en América Latina: Siglo XXI*, 19-40.
- Varisco, C. (2016). Turismo rural: propuesta metodológica para un Enfoque Sistémico. *PASOS. Revista de Turismo y Patrimonio Cultural*, 14(1), 153-167.
- Viana, L. D. G. (2003). *El regreso de los lobos. La respuesta de las culturas populares a la era de la globalización*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas - Departamento de Antropología de España y América.
- Walker, D. W. (1984). Business As Usual: The Empresa del Tabaco in Mexico, 1837-44. *The Hispanic American Historical Review*, 64(4), 675-705.
- Wang, N. (1999). Rethinking authenticity in tourism experience. *Annals of Tourism Research*, 26(2), 349-370.
- Williams, R. (1980). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Península.
- Wolf, E. (1971). *Los campesinos*. España: Editorial Labor, S. A.
- Wolf, E. (1999). *Envisioning power. Ideologies of dominance and crisis*. Estados Unidos de América: University of California Press.
- Wolf, E. (2005). *Europa y la gente sin historia*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Xue, L., Manuel-Navarrete, D., & Buzinde, C. (2014). Theorizing the concept of alienation in tourism studies. *Annals of Tourism Research*, 44, 186-199.
- Yang, L. (2011). Ethnic tourism and cultural representation. *Annals of Tourism Research*, 38(2), 561-585.
- Zizek, S. (2009). *En defensa de la intolerancia*. Madrid: Ediciones Sequitur.
- Zizek, S. (2013). *El año que soñamos peligrosamente*. España: Ediciones Akal, S. A.
- Zúñiga, F. (2014). Nuevos usos del Patrimonio Arqueológico de El Tajín, a través de los procesos de turistificación, mercantilización y espectacularización. *Anales de Antropología*, 48-II, 151-182.